

POR FAVOR, OLVÍDAME

G.R OLIVEIRA

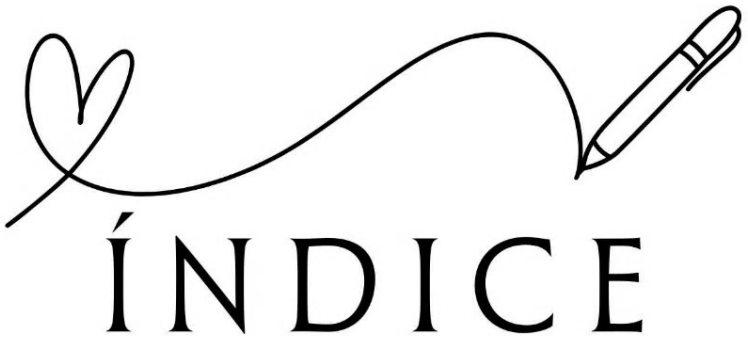
POR FAVOR, OLVÍDAME
(2025)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



Sumário

Índice

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

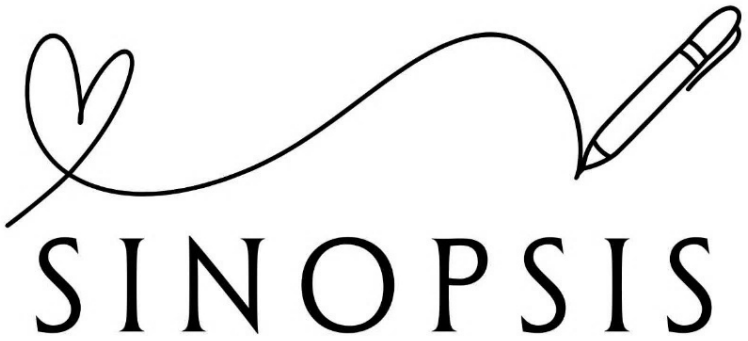
Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo 1

Epílogo 2

Nota Del Autor



SINOPSE

DIFERENCIA DE EDAD + SECOND CHANCE + EMBARAZO INESPERADO + FOUND FAMILY + NIÑA ADORABLE

LÍVIA FERNANDES

Solo quería empezar de nuevo mi vida en Florianópolis, lejos de la sombra de São Paulo. Arthur Valentim, mi único y gran amor, se marchó sin mirar atrás, abandonando no solo a mí, sino también a nuestra hija, Ana Clara. Pero el destino tiene un sentido del humor peculiar cuando quiere volver a unir a las personas, y aunque me mudé de estado, descubrí que estaba trabajando en una de sus empresas...

ARTHUR VALENTIM

En el pasado elegí el poder y la riqueza por encima de un gran amor, y todavía hoy pago las consecuencias. Pero ahora, durante un viaje a Florianópolis, vi con mis propios ojos que Lívia Fernandes, la mujer a la que nunca dejé de amar, trabajaba en uno de mis hoteles. Y eso no era todo: también descubrí que tenía una hija, Ana Clara, y aquello lo cambió todo. De repente, la riqueza y el poder dejaron de tener la menor importancia...

FRAGMENTO

—Entonces, cariño, ¿te ha gustado tu día?
—¡Sí, mamá! ¡Ha sido el mejor cumpleaños de todos! —exclamó, con una sonrisa que iluminó su rostro y me calentó el corazón.
—Me alegra muchísimo que te haya gustado. ¿Qué pediste cuando soplaste las velas?
—Pedí conocer a mi papá —dijo Ana Clara, con una vocecita suave pero decidida.
—¿Es... tan importante para ti, hija?
—Ajá. —Asintió, mirándome con una esperanza que me partió el alma.
Sabía que este día llegaría, que en algún momento me preguntaría por él, pero nada podría haberme preparado para el impacto de esas palabras, y menos aún hoy...

*** LIBRO ÚNICO**



PRÓLOGO

«Como la brisa que precede al amanecer, su amor llegó con suavidad, pero con la promesa de un nuevo comienzo, luminoso y puro.»

LÍVIA MEDEIROS

LÍVIA MEDEIROS

—¡Huye conmigo, Arthur!

Mi voz salió temblorosa, casi un susurro desesperado, pero cargada con la fuerza de quien está dispuesta a tirarlo todo por la borda por amor.

Le amaba. Más de lo que debía. Más de lo que era seguro. Era el gran amor de mi vida.

El único.

Arthur apartó la mirada. Por un instante vi algo en sus ojos —un destello breve, ahogado por la culpa—.

—Yo… no puedo.

Esas tres palabras destrozaron todo lo que aún quedaba de mí.

Fue como sentir cómo se abría el suelo bajo mis pies, arrancándome el aire de los pulmones.

Me senté en el borde de la cama deshecha, las sábanas todavía marcadas por una noche que ahora parecía lejana, casi irreal. Él estaba de pie, con las maletas listas a su lado, como un hombre dispuesto a abandonar no solo un lugar, sino toda una vida.

No me miraba. Ni una sola vez.

Su postura lo decía todo. Estaba vencido —no por la vida, sino por sus propias decisiones—. Yo sabía que el éxito le llamaba, que una promesa de gloria le esperaba en algún lugar lejos de aquí.

Y, por mucho que me doliera admitirlo, yo no formaba parte de ese futuro.

—Te avergüenzas de mí, ¿verdad? —pregunté, intentando contener el temblor de mi voz.

—Nunca me he avergonzado de ti, Lívia.

Reí sin alegría, un sonido frágil y amargo que se disolvió en el silencio de la habitación.

—Sí que te avergüenzas. Te da vergüenza porque soy la hija de la limpiadora que vive de favor en la mansión de tus padres. ¡Dilo!

Me ardía el pecho. Cada palabra salía cargada de rabia y resentimiento acumulados.

En los últimos meses él había cambiado: distante, frío, irreconocible. Y por más que yo intentara entenderlo, no podía.

Hacía dos semanas que había cumplido dieciocho años, y aunque él me llevaba diez, en ese momento yo era la que parecía más madura.

—Lívia… —Se pasó la mano por el pelo, la voz ronca, vacilante —. Tengo que irme. Algún día volveré, y…

—Si sales por esa puerta —le interrumpí, tragándome el llanto que me quemaba la garganta— no quiero volver a verte jamás.

Dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí.

—Lívia…

—Si de verdad quieres irte, por favor, ¡olvídame! —mi voz se quebró, pero seguí firme—. No me prometas lo que tu corazón no puede cumplir. Si decides irte, hazlo del todo. Porque voy a borrarte de mi memoria, Arthur. Lo juro.

Su mirada vaciló.

Por un segundo creí que volvería. Que soltaría la maleta, me rodearía con sus brazos y me diría que nada en el mundo valía más que nosotros dos.

Pero no.

Respiró hondo, cogió la maleta y se quedó allí, quieto, mirándome como si intentara grabar cada rasgo de mi cara, cada detalle que un día amó. Y entonces se dio la vuelta.

La puerta se cerró con un clic suave —un sonido tan pequeño, pero capaz de romper mi corazón en mil pedazos—.

Me quedé de pie, inmóvil, hasta que el silencio me ahogó. Cuando por fin me derrumbé, el llanto llegó en oleadas, incontrolable.

Me tumbé en la cama, la cara hundida en la almohada, sintiendo su olor aún impregnado en las sábanas.

«Cuidaré de ti para siempre, mi amor, y nuestra diferencia social nunca será un problema para nosotros dos, te lo prometo…»

Las palabras resonaron en mi mente como una maldición. La promesa que un día me hizo soñar ahora sonaba como una ironía cruel.

La rabia fue ocupando el lugar del dolor. Un sentimiento cálido, palpitante, que lo quemaba todo por dentro.

Estaba cansada —de esperar, de creer, de que me dejaran atrás —.

Apoyé la espalda en el cabecero y me quedé mirando el techo, observando cómo las sombras se movían a medida que caía la noche. La mansión, antes un refugio, parecía ahora un laberinto de silencio y recuerdos.

Pero, en medio de aquel caos, empezó a nacer una decisión.

Me prometí a mí misma que no sería rehén de un amor que me hacía pequeña. Que no dejaría que las decisiones de Arthur definieran mi destino.

El dolor sería el precio de mi renacimiento. El suelo donde florecería.

Y cuando amaneciera, habría una nueva mujer en el lugar de la chica que él había dejado atrás.

Enfrentaría al mundo —o no me llamaba Lívia Medeiros.



«En cada latido de nuestro corazón compartido, nacía una nueva estrella en el cielo de nuestro amor infinito.»

LÍVIA MEDEIROS

6 AÑOS DESPUÉS

Necesitaba unas vacaciones con desesperación.

En los últimos seis años, desde que dejé São Paulo, había vivido como una nómada.

Cambié de ciudad tantas veces que perdí la cuenta, intentando encontrar un rincón del mundo que me hiciera sentir en casa, pero en ningún sitio hallé la conexión que tuve con la ciudad donde nací y crecí.

Aun así, elegí Florianópolis.

Quizá porque el frío siempre me había traído consuelo, o porque el sonido del mar me recordaba que la vida sigue en movimiento incluso cuando todo parece detenido.

La isla me ofrecía una combinación perfecta de paz e intensidad, como si reflejara el caos que llevaba dentro: el deseo de descansar y, al mismo tiempo, de empezar de nuevo.

Durante los primeros meses me dediqué a recorrerla como quien busca respuestas.

Caminé por playas desiertas, me perdí en senderos que terminaban en miradores de vértigo y me enamoré de los pequeños cafés que escondían historias en cada rincón.

Con cada fotografía que hacía, sentía que capturaba un pedazo de mi propia alma, un intento de guardar en imágenes todo lo que no era capaz de traducir en palabras.

Pero no era solo la belleza del paisaje lo que me mantenía allí.

Era la oportunidad de volver a encontrarme.

Después de tantos años huyendo, sentía que por fin empezaba a entender quién era. Florianópolis se convirtió en un espejo… y, poco a poco, también en un hogar.

—¡Mamá! ¡Mamá!

La vocecita de Ana Clara me sacó de mis pensamientos.

Tiró de mi mano, los ojos fijos en el horizonte, donde el mar besaba un cielo teñido de dorado.

—Hola, mi amor… —respondí, siguiendo su mirada.

La puesta de sol era deslumbrante, un espectáculo de colores que incendiaba el cielo.

—¡Mira, mamá, el cielo está ardiendo! —exclamó, maravillada.

Sonreí, observando el reflejo dorado danzar en sus ojos castaños.

—Es precioso, ¿verdad?

—Ajá… —contestó, apretándome la mano con fuerza.

En aquel pequeño y cálido contacto cabía todo mi mundo.

Ana Clara solo tenía cinco años, pero parecía entender la vida con una dulzura que me desarmaba. Era mi centro, mi motivo, mi razón.

Absolutamente todo.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunté, acariciándole el pelo fino.

—¿Podemos quedarnos aquí hasta la noche?

Me reí por lo bajo.

—No, cariño. La abuela debe de estar echándonos de menos.

Suspiró y asintió.

—Es verdad…

Vivíamos las tres —mi madre, ella y yo— en el centro de la ciudad.

A pesar del ruido constante y del tráfico, nuestro piso era el refugio perfecto: pequeño, acogedor y lleno de amor.

—Mamá, ¿podemos ir al parque? —pidió con los ojos brillantes —. ¡Quiero enseñarle a la abuela las flores que aprendí a dibujar contigo!

—Claro que sí. A la abuela le encantará ver tus dibujos —dije, entrelazando sus deditos con los míos.

El parque era nuestro lugar especial, un trocito de naturaleza rodeado de cemento.

Íbamos siempre que podíamos. Para Ana Clara, cada flor tenía un nombre, cada árbol guardaba un secreto y cada mariposa era un sueño que ella seguía con la mirada.

Nos sentamos en nuestro banco favorito, bajo la sombra de una higuera.

Mientras ella dibujaba concentrada, con la lengua entre los labios y el papel apoyado en las rodillas, yo la observaba en silencio.

Ver a mi hija crecer en medio de aquel equilibrio —entre ciudad y naturaleza, entre inocencia y curiosidad— era un privilegio que no daba por hecho.

—¡Mira, mamá! —alzaba el papel con orgullo—. ¡He hecho otro para la abuela!

El dibujo mostraba un jardín colorido, lleno de flores vibrantes y pajarillos azules.

—Está precioso, mi amor. La abuela lo pondrá en un sitio especial de la casa, ya verás —le dije sonriendo.

Ana Clara también sonrió, satisfecha, y volvió a dibujar.

Nos quedamos allí casi dos horas, hablando, riendo, inventando historias para las nubes que pasaban. Sabía que aquellos momentos eran pequeños tesoros, recuerdos que un día guardaría con nostalgia.

Cuando el sol empezó a ponerse del todo, tiñendo el cielo de naranja y rosa, decidimos volver a casa.

Mi madre, Suzana, estaba en la cocina, y el olor a comida casera se extendía por todas las habitaciones.

Nos sonrió al vernos entrar, y aquella sonrisa —sencilla, serena — fue el recordatorio de que, por mucho que el mundo me quitara, aún nos teníamos la una a la otra.

—¡Mira lo que te he hecho, abuela! —dijo Ana Clara, entregándole el dibujo con las manos temblando de emoción.

Mi madre cogió el papel, y sus ojos se llenaron de lágrimas casi al instante.

En el dibujo aparecía en medio del jardín, coronada de flores de colores, como una reina rodeada de amor.

—Oh, cariño mío… ¡esto es una maravilla! —dijo con la voz entrecortada—. Va directa a la pared del salón.

Besó la frente de su nieta y Ana Clara sonrió con ese orgullo puro que solo conocen los niños.

Mientras mi madre volvía a la cocina, mi hija me tiró de la mano.

—¡Ven, mamá, quiero enseñarte una cosa!

La seguí hasta el dormitorio, y se me encogió el corazón al ver lo que había hecho: un pequeño mural en la pared, junto a la cama, lleno de dibujos de colores.

—aquí —dijo, dando unos golpecitos suaves en la pared— es para poner todos mis dibujos. Así, cuando me duerma, estaréis siempre conmigo.

Sentí un nudo en la garganta. Me arrodillé frente a ella y le cogí sus manitas.

—Siempre estaremos contigo, mi amor.

—¿Lo prometes, mamá?

—Lo prometo, cielo mío.

Sonrió y me abrazó, apoyando su carita en mi cuello.

En aquel abrazo supe que no había dolor, cansancio ni pasado capaz de borrar el amor que nos unía.

Y, aunque a veces llorara —de añoranza, de gratitud, de miedo —, era siempre ella quien me recordaba lo que de verdad importaba.

Ana Clara era mi milagro.

La razón por la que seguía entera, incluso cuando la vida había intentado romperme.



Después de cenar, Ana Clara se quedó dormida en cuestión de minutos, agotada tras un día lleno de risas, dibujos e historias inventadas.

El sonido suave de su respiración llenaba la habitación y, por un instante, me quedé quieta en la puerta, observándola dormir. Su pecho subía y bajaba con un ritmo sereno, y aquel pequeño gesto bastaba para recordarme que todo valía la pena.

Cerré la puerta con cuidado y volví al salón. Mi madre estaba sentada en el sofá, con una taza de té entre las manos.

El aroma de la manzanilla se extendía por el aire, mezclado con el leve murmullo de la televisión encendida a volumen bajo.

—¿Estás bien, hija? —preguntó, apartando la vista de la pantalla.

Me hundí a su lado en el sofá y forcé una sonrisa.

—Sí, mamá. ¿Por qué lo dices?

Soltó un suspiro suave, como quien mide las palabras antes de pronunciarlas.

—Porque últimamente estás distraída… y hoy se cumplen seis años desde que él se fue.

Por un momento, sentí que el corazón se me detenía.

No hizo falta decir su nombre. Estaba allí, suspendido en el aire entre nosotras, como un fantasma que nunca me había abandonado.

Arthur Valentim. El padre de mi hija.

Cerré los ojos, intentando alejar el recuerdo.

No fue solo él quien se marchó aquella noche. Yo también me fui —física y emocionalmente—.

Cuando cerró la puerta tras de sí hace seis años, algo dentro de mí también se cerró. Me fui de la ciudad poco después, sin mirar atrás, intentando borrar cualquier rastro de lo que fuimos.

Pero la vida tiene una forma cruel de sorprendernos.

Un mes después, descubrí que estaba embarazada.

Recuerdo la sensación de pánico mezclada con un amor inexplicable que crecía dentro de mí.

Intenté hablar con él. Llamé. Envié mensajes. Busqué a su familia.

Me ignoraron con una frialdad que aún hoy me aprieta el pecho. Durante casi un año esperé una respuesta que nunca llegó.

Cuando nació Ana Clara, entendí que ya no quedaba nada por esperar. Él había elegido olvidarme —y, conmigo, a la hija que nunca conoció—.

Y, pese a todo, nunca me arrepentí.

—En mi cabeza, eso ya quedó atrás, mamá —murmuré, incapaz de mirarla a los ojos.

Dejó la taza sobre la mesa y se giró hacia mí.

—¿Y en tu corazón?

Sus palabras me golpearon como una ola helada.

Guardé silencio, intentando descifrar qué quedaba aún dentro de mí.

En el pasado, lo que sentía por Arthur era demasiado intenso. Un amor que ardía, consumía y dejaba cicatrices profundas.

Pero con el tiempo aprendí a transformar ese dolor en algo más grande. El amor que sentía por él se disolvió, y en su lugar nació algo puro, inmenso y duradero: el amor que sentía por nuestra hija.

Ana Clara se convirtió en el centro de todo. Era por ella que me levantaba, que luchaba, que sonreía incluso cuando los recuerdos me arrastraban de nuevo al abismo.

—Sinceramente, mamá… —dije, respirando hondo— en mi corazón, lo que siento es gratitud.

—¿Gratitud? —repitió, sorprendida.

Asentí.

—Agradecida por Ana Clara, por todo lo que me ha enseñado. Agradecida por la vida que hemos construido juntas. Y, de algún modo, incluso por el dolor… porque sin él, no sería la mujer que soy hoy.

Mi madre me miró largo rato y luego sonrió. Una sonrisa llena de ternura, pero también de admiración.

Se acercó y me abrazó con fuerza, de esos abrazos que curan hasta las heridas invisibles.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees, hija —dijo con la voz entrecortada—. Estoy tan orgullosa de la mujer en la que te has convertido. Criar sola a una hija no es fácil, pero lo has hecho con amor, paciencia y valentía. Ana es una niña con mucha suerte.

Sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

A veces la vida nos consume tanto que olvidamos reconocer nuestras propias victorias. Y en aquel momento, entre el calor de su abrazo y el silencio tranquilo del salón, sentí una paz rara.

—Gracias, mamá… —susurré, secándome los ojos—. No lo habría conseguido sin ti.

Entrelazó sus manos con las mías y las apretó con cariño.

—Nunca has estado sola, hija. Somos una familia, y siempre lo seremos —sonrió, con esa mirada sabia de quien ya ha vivido demasiado—. Y quién sabe lo que el futuro te tiene reservado… la vida adora sorprendernos cuando menos lo esperamos.

Me quedé en silencio, mirando la taza olvidada sobre la mesa y pensando en todo lo que había dicho.

Durante tanto tiempo había volcado toda mi energía en el pasado —intentando superarlo, recomenzar, proteger a mi hija—. Rara vez me permitía soñar con el mañana.

Pero aquella noche, con el corazón más ligero y la luz de la luna filtrándose entre las cortinas, me dejé imaginar lo que vendría después.

Un futuro que quizá no tuviera por qué ser solitario. Un nuevo comienzo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la idea de volver a amar no me pareció imposible.



«Nuestros suspiros se entrelazaban con la brisa, susurrando secretos de amor que solo la luna se atrevía a escuchar.»

ARTHUR VALENTIM

—Tenemos que resolver esta situación cuanto antes… —dijo Renato, mi asesor, con voz firme, mientras el zumbido constante de las turbinas llenaba la cabina de mi avión privado.

El cielo, despejado, se extendía en un azul intenso que se fundía con el brillo del sol que atravesaba las ventanillas. Pero mi mente estaba en otra parte —lejos, muy lejos de aquel vuelo—.

—De acuerdo —respondí, sin apartar la vista de la inmensidad frente a mí—. Pero centrémonos primero en Florianópolis. Al fin y al cabo, es hacia allí adonde vamos.

Renato asintió y volvió a hojear la carpeta con los informes.

Debería estar analizando esos números, tomando decisiones, planificando los próximos pasos… pero mi mente insistía en traicionarme.

A lo largo de mi vida había renunciado a demasiadas cosas en nombre del éxito —amistades, sueños, amores—.

Y entre todas las pérdidas, una seguía persiguiéndome como una herida que jamás cicatrizó.

Lívia Medeiros.

Su nombre resonaba en silencio dentro de mí.

Tener que elegir entre el amor y el poder fue, quizá, la mayor batalla que he librado.

Sabía que mi familia nunca aceptaría lo que sentía, y al final cedí a la presión, convencido de que renunciar a ella era el precio que debía pagar por la vida que quería construir.

Pero, en el fondo, siempre supe que era mentira. Podría haberme ido con ella, podría haber luchado por nosotros.

En lugar de eso, inventé excusas, me escondí tras el deber y el orgullo.

Fue la única decisión de mi vida de la que realmente me arrepiento.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en el hotel? —preguntó Renato, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

—Una semana, quizá —respondí, pasándome una mano por el pelo, distraído—. Quiero dejar claro que me tomo el negocio en serio, supervisarlo todo personalmente.

Él se limitó a murmurar un "bien", volviendo a sus notas, pero la mirada fugaz que me lanzó lo decía todo: se daba cuenta.

Aquel breve intercambio no bastó para ahuyentar los pensamientos que me acosaban.

El silencio de la cabina se volvió cómplice de mis recuerdos, y la imagen de ella invadió mi mente como un perfume familiar imposible de olvidar.

Lívia.

Su sonrisa tímida, el brillo dulce de sus ojos, la manera en que pronunciaba mi nombre —como si lo convirtiera en algo importante—.

Me preguntaba si aún vivía en la misma ciudad, si seguía recogiendo el pelo de cualquier manera cuando tenía prisa, si seguía sonriendo como antes.

Si aún pensaba en mí.

O si me había borrado por completo.

La posibilidad de que fuera feliz sin mí era, a la vez, un consuelo… y una tortura.

—Hoy te noto distante —comentó Renato, observándome con el ceño levemente fruncido—. ¿Va todo bien?

Aparté la mirada de la ventana.

—Todo bajo control. —La respuesta salió automática, ensayada, como tantas otras que había dado a lo largo de mi vida.

Pero nada estaba bajo control. Nunca lo estuvo.

Elegir seguir el camino de mi familia, en lugar del deseo de mi corazón, lo cambió todo.

En su momento, pareció la elección correcta.

Hoy, era una sombra que me carcomía por dentro.

El avión seguía surcando el cielo rumbo a Florianópolis, pero mi mente vagaba por un pasado que fingía haber olvidado.

Lívia representaba todo lo que dejé atrás: un amor verdadero, una vida sencilla pero llena de sentido.

Ella me enseñó que la felicidad no tiene nada que ver con cifras o estatus, sino con lo que compartimos con quienes amamos.

Y yo, idiota, la abandoné sin mirar atrás.

—Arthur, llegaremos en aproximadamente una hora —avisó Renato, sacándome de mis pensamientos.

—De acuerdo —respondí en un tono más bajo del que pretendía.

El trabajo siempre había sido mi refugio.

Mantener la mente ocupada era la única forma de no ser devorado por los remordimientos que me rondaban.

Con los años, construí un imperio.

La cadena de hoteles Valentim contaba con más de ochenta unidades repartidas por todo el país —cada una reflejo de mi perfeccionismo, de mi necesidad de control—.

Me empeñaba en visitar personalmente cada nuevo hotel inaugurado.

No confiaba en informes ni en opiniones ajenas. Creía que un verdadero líder solo comprende su negocio cuando se mezcla con quienes lo hacen posible.

El Hotel Valentim de Florianópolis era mi adquisición más reciente… y, de algún modo, la más simbólica.

Se alzaba frente al mar, un coloso de cristal y elegancia donde el lujo se fundía con la naturaleza.

Un proyecto que reflejaba todo en lo que me había convertido: ambición, disciplina, distancia.

Mientras el avión surcaba los cielos, el recuerdo de Lívia permanecía firme, como una sombra que se niega a marcharse.

Florianópolis. La ciudad que había elegido olvidar y que ahora estaba obligado a revisitar.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Tenía la extraña sensación de que aquel viaje no sería solo un asunto de negocios, sino un ajuste de cuentas con el pasado que fingía no cargar conmigo.



La ceremonia oficial de inauguración había sido impecable: los flashes estallaban por todas partes, los periodistas se agolpaban para captar cada gesto, cada palabra, cada sonrisa protocolaria que yo esbozaba.

Estaba rodeado por la élite local, inversores, periodistas, autoridades y curiosos. Todo giraba a mi alrededor, como solía ocurrir siempre, y aun así sentía que una parte de mí estaba lejos, desconectada de todo aquello.

Sobre el escenario pronuncié los discursos esperados, corté la cinta simbólica con la pompa necesaria, agradecí a los socios y hablé de futuro, innovación y sueños.

Las palabras salían automáticas, ensayadas, pero mi tono transmitía convicción. Al fin y al cabo, el orgullo que sentía por lo que habíamos construido era real.

Cada detalle —desde el vestíbulo hasta la última suite— había sido pensado para ofrecer a los huéspedes algo que no fuera solo lujo, sino una experiencia.

Tras el acto, insistí en guiar personalmente a algunos invitados especiales por el hotel. Era una costumbre mía, una forma de conectar con lo que entregábamos al público.

Cuando por fin terminé, Renato, mi asesor, se acercó con esa mirada que decía «ahí viene otra de mis preguntas».

—¿Está seguro de que quiere quedarse en la habitación más básica?

—¿Por qué me haces siempre la misma pregunta si ya sabes la respuesta, Renato?

Esbozó una media sonrisa.

—Nunca está de más cambiar de vez en cuando.

—No en este caso. El hotel fue diseñado para atender con excelencia a todos los huéspedes, sin importar la categoría de habitación que paguen. Si quiero asegurarme de eso, tengo que estar donde están ellos.

Esa era mi filosofía.

No me alojaba solo en las suites presidenciales; alternaba entre todas las categorías, observaba, probaba, vivía.

Para mí, un buen líder debía sentir en su propia piel lo que sentían los clientes.

—Solo pienso que a veces deberías disfrutar un poco más del lujo que ofrecen tus hoteles —insistió él, casi en tono de broma.

—Disfrutar del lujo no me da la misma satisfacción que sentir la realidad de los clientes. Necesito conocer todas las capas de mi negocio, desde la más sencilla hasta la más sofisticada.

Renato levantó las manos en señal de rendición, aunque sabía que, en el fondo, admiraba aquella obstinación mía.

Horas después subí a la habitación sencilla que había elegido para mi estancia aquel primer día.

No tenía nada extraordinario, pero era limpia, funcional, acogedora.

Examiné cada detalle con ojos entrenados, tomando nota mental de pequeños ajustes. Todo estaba como esperaba… y aun así, mi corazón latía inquieto, como si algo estuviera a punto de suceder.

Bajé en el ascensor para hacer más anotaciones en recepción. El edificio tenía veinticinco plantas, y yo estaba en la penúltima.

Las puertas se abrieron en la planta baja, y antes siquiera de poner un pie en el vestíbulo oí voces alzadas.

Un tono áspero, de reprimenda.

Me acerqué, movido por la curiosidad. Detrás del mostrador, una gerente visiblemente irritada hablaba con una empleada de espaldas a mí.

La joven tenía los hombros encogidos, como quien desearía desaparecer.

—¡Esto es inaceptable, Lívia! —exclamó la gerente, golpeando un papel sobre el mostrador—. Tienes que seguir los protocolos establecidos, da igual lo novata que seas.

Lívia.

El nombre me atravesó como un disparo silencioso.

Era imposible que fuera ella. Estábamos en otra ciudad, tan lejos de São Paulo…

—No volverá a pasar —respondió la empleada.

Y esa voz. Dios mío. Esa voz.

Todo mi cuerpo se tensó. Cada músculo. Cada fibra.

Seguí caminando, incapaz de detenerme.

—Espero que no —replicó la gerente—. Si no…

—Me ocupo yo a partir de ahora —interrumpí, con la voz más firme de lo que pretendía.

La gerente se giró, abriendo los ojos de par en par al verme allí.

—Señor Valentim… yo… no sabía que estaba aquí.

—Como he dicho, me ocupo yo.

Tragó saliva y se apresuró a salir de nuestro radio de acción, dejándome a solas con la empleada, que seguía de espaldas, inmóvil.

—Date la vuelta —ordené.

Ninguna reacción. Solo el sonido de su respiración entrecortada.

—He dicho que te des la vuelta —repetí, más bajo, pero con mayor peso.

Respiró hondo. Luego, despacio, giró el cuerpo. Y el mundo se detuvo.

El corazón se me desbocó, la sangre pareció huir de mis venas.

Era ella. Era de verdad ella. Mi Lívia.

—Lo ocurrido no volverá a repetirse, señor —dijo, alzando el mentón con una dignidad herida.

—Lívia… ¿eres tú de verdad? —pregunté, idiota, porque cualquiera habría visto que sí.

Joder. Era ella.

Los rasgos de su rostro estaban distintos, más maduros, marcados por historias que desconocía, pero seguía siendo la misma mujer que me había hecho dudar del mundo entero.

Había cambiado, sí. Cambiado de una forma que solo realzaba su fuerza.

Me miró con unos ojos en los que se mezclaban sorpresa, cautela y dolor.

—Sí, y sigo siendo la misma, Arthur —respondió, con una sonrisa amarga que no alcanzaba los ojos.

La simple mención de mi nombre, pronunciada por sus labios, desató una avalancha de emociones que llevaba seis años intentando enterrar.

El corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que juraría que podía oírlo.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado de recuerdos, de palabras no dichas y promesas rotas.

—Ni siquiera sé qué decir —confesé, casi en un susurro—. No esperaba encontrarte aquí, trabajando… en mi hotel, y en otra ciudad.

Desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior.

—La vida nos lleva por caminos inesperados —dijo con voz más baja, casi temblorosa—. Necesitaba empezar de nuevo, Arthur. Y Florianópolis parecía un buen lugar para hacerlo. Ahora ya no lo sé, viéndote aquí delante de mí.

Aquella frase fue una hoja afilada clavándose en mi pecho.

Seguía dolida, y con toda la razón.

—Lívia, yo… —empecé, pero las palabras se desvanecieron.

Avanzó un paso, acortando la distancia entre nosotros, y por un momento creí que iba a decir algo que lo cambiaría todo. Pero no.

—Si me disculpa, tengo que irme.

Yo la había dejado en el pasado, pero ahora la situación era distinta.

Tenía el control de mi vida. No pensaba dejar escapar esa oportunidad.

—No. Antes de que vuelvas al trabajo, necesito hablar contigo.

Me miró de arriba abajo, con una frialdad cansada.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Sí lo tenemos —dije, con voz más firme, más baja—. Más de lo que imaginas.

Respiró hondo, como si librara una batalla interior.

Y supe, en ese instante, que nada en mi vida volvería a ser igual después de aquel reencuentro.



«Ella era el verso que mi alma había pasado la vida intentando componer, la melodía perfecta hallada en el silencio.»

LÍVIA MEDEIROS

El destino siempre ha tenido un talento cruel para la ironía. Una forma retorcida de reírse de aquello que juramos haber superado.

No debería haber estado allí. Ni de lejos.

Me presenté al puesto sin pensarlo demasiado, solo buscando un nuevo comienzo.

Quería reconstruir mi vida en Florianópolis después de perder el trabajo anterior —uno más entre los muchos golpes que me había tocado encajar—.

Envié el currículum sin expectativas, movida únicamente por la necesidad urgente de seguir adelante.

Cuando me llamaron para la entrevista, estaba tan concentrada en la posibilidad de empezar de nuevo que ni siquiera reparé en el nombre de la empresa, impreso en la parte superior del correo: Hotel Valentim.

Un detalle pequeño. Un apellido demasiado grande.

En aquel momento no me di cuenta. No uní los puntos. Solo más tarde entendí hasta qué punto el universo tiene un sentido del humor perverso.

El mismo nombre que un día me hizo sonreír, que un día quise llevar junto al mío, ahora sonaba como un recordatorio cruel de todo lo que perdí… de todo lo que él me arrebató.

Me contrataron por mi experiencia y mis ganas de crecer. Me entregué al trabajo por completo, decidida a demostrar mi valor.

Durante el periodo de formación, escuché a mis compañeros hablar de él con devoción: «un hombre visionario», «un genio de los negocios», «el tipo de líder que impone respeto solo con entrar en la sala».

Yo escuchaba, sonreía, fingía interés.

Nunca imaginé que aquel hombre fuera él.

Arthur Valentim.

El mismo hombre que un día fue el amor de mi vida. El mismo que se marchó sin mirar atrás. El mismo que, sin saberlo, me dejó con el

mayor regalo —y la mayor responsabilidad— de mi existencia: nuestra hija.

Cuando lo vi en la recepción del hotel, por un instante el tiempo pareció doblarse. Todo a mi alrededor desapareció.

Arthur. El nombre me ardió en la garganta.

Estaba allí, de verdad. No una imagen, no un fantasma. En carne y hueso.

Y aún más guapo de lo que mi memoria se atrevía a admitir.

El traje perfectamente ajustado. La mirada —esa misma mirada intensa que siempre atravesaba mis defensas—.

El gesto contenido, pero con algo distinto. Había un peso nuevo en sus rasgos, una madurez silenciosa.

Mi corazón empezó a latir de forma descompasada, tan rápido que parecía delatar el caos que aún provocaba dentro de mí.

¿Por qué ahora?

Huir me parecía cobarde. Enfrentarlo, un error.

Pero antes de que pudiera decidir, pronunció mi nombre.

—¿Qué haces realmente en Florianópolis, Lívia?

Su voz. Grave, firme, familiar. Me atravesó como una cuchilla.

—Ya te lo he dicho —repliqué, sin mirarlo.

—No me has contestado con claridad.

Crucé los brazos, intentando ocultar el temblor de las manos.

—Ahí ya no puedo hacer nada —respondí, irritada, aferrándome a aquella rabia que fingía que me protegía—. Pero ya sé lo que voy a hacer.

—Lívia…

—Voy a dimitir. Hoy mismo.

Frunció el ceño y dio un paso hacia mí.

—No lo harás.

—No te necesito en mi vida, Arthur. —Mi voz salió más alta de lo que pretendía—. En realidad, quiero tenerte lo más lejos posible.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, el arrepentimiento me golpeó.

Casi me disculpé. Pero me mordí la lengua.

Él me observó en silencio, como intentando descifrar lo que se escondía detrás de mi explosión.

Arthur nunca fue un hombre cruel —y quizá eso dolía todavía más—. Porque no me dejó por maldad.

Me dejó por miedo. Por cobardía.

Y, aun así, la herida que causó nunca cicatrizó.

—Lívia… por favor —dijo con un tono más calmado, pero cargado de firmeza—. Entiendo tu enfado, tu frustración. Pero dejar el trabajo no va a solucionar nada.

—No intentes hacerte el racional ahora —contesté con una risa breve y amarga—. Perdiste el derecho a opinar sobre lo que es mejor para mí.

Respiró hondo, intentando mantener la calma.

—Créelo o no, no sabía que trabajabas aquí. Pero ahora que lo sé, no puedo fingir que esto no cambia las cosas.

Las cosas. Esa expresión se quedó martilleando en mi cabeza. Las cosas.

Como si todavía existiera algo entre nosotros. Crucé la mirada con la suya… y, por un segundo, todo volvió a desaparecer.

En los ojos de Arthur había algo que no esperaba encontrar: vulnerabilidad.

Una súplica muda de comprensión.

Y por más que intentara protegerme, una parte de mí —la parte tonta, la parte que aún recordaba su tacto, su olor, sus promesas de un "para siempre" que nunca llegó— se preocupaba.

Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Cerré los ojos un instante, intentando recomponerme. Mi hija me necesitaba entera, no hecha pedazos.

Pero mientras Arthur seguía allí, respirando el mismo aire que yo, con esa mirada firme y esa presencia imponente, supe que nada en mi vida volvería a ser sencillo.

Ni de lejos.

—Arthur, dejaste un vacío en mi vida, en la vida de nues… —me detuve, tragando en seco, el corazón desbocado.

Por un pelo. Un segundo más y habría revelado lo que llevaba guardando dentro de mí durante seis largos años.

—¿Nues…? —repitió él, con voz ronca y la mirada afilada, intentando descifrar lo que casi había dicho.

Aparté el rostro, buscando desesperadamente una salida a la trampa que yo misma había creado.

—De mi familia —corregí, apresurada—. Eso era lo que quería decir.

Arthur guardó silencio.

Solo me observaba, como si mis palabras no bastaran, como si intentara ver qué se escondía detrás de ellas.

—Perdón —murmuró al fin, y el sonido de aquella palabra hizo que algo dentro de mí se estremeciera.

—No tiene perdón lo que hiciste —respondí con firmeza, aunque mi voz temblaba por dentro—. Ya te lo dije, y lo repito: por favor, olvídame, Arthur. Te lo ruego.

No contestó enseguida. Me sostuvo la mirada —larga, profunda, intensa—, como si mis súplicas no fueran más que un desafío que debía superar.

Incluso después de tanto tiempo, aquella mirada seguía desarmándome.

Y lo peor era que él lo sabía.

Pero había algo distinto en Arthur. Un peso nuevo en sus ojos, una sombra que antes no existía.

Parecía… arrepentido. Como si aquel reencuentro hubiera removido algo que llevaba años intentando enterrar.

—De acuerdo, Lívia —dijo por fin—. Pero con una condición.

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Cuál? —pregunté, exasperada, deseando acabar de una vez con aquella conversación.

—Que sigas trabajando aquí, en el hotel.

Solté una risa sin humor.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a hacerme pagar de alguna forma?

—Jamás te haría algo así —replicó enseguida, la voz más alta, casi nerviosa—. Pude equivocarme en el pasado, pero sabes quién soy. Nunca usaría mi poder para perjudicarte.

—Puede ser… —murmuré, con las palabras amargas en la lengua—. Al fin y al cabo, lo tuyo siempre fue abandonar a las personas que amas. Y que te aman también.

En cuanto lo dije, vi el cambio en su rostro.

Un destello de dolor, breve pero intenso. Desvió la mirada, respiró hondo, y cuando volvió a mirarme, el arrepentimiento estaba ahí, sin disfraz.

Por un momento fugaz, sentí culpa.

Quizá me había pasado. Pero la rabia que había cargado durante años, el dolor de haber sido abandonada justo cuando más lo necesitaba, me impedía callar.

Arthur se pasó una mano por el pelo, como si buscara aire antes de rendirse.

—Sé que la cagué, Lívia —dijo con voz baja, grave, sincera—. Sé que nada de lo que diga va a cambiar el pasado. No te estoy pidiendo perdón… ni siquiera sé si algún día podrías dármelo. Solo te pido que no dejes el trabajo por mi culpa. Es una oportunidad para ti. Y yo… —titubeó—, no quiero ser el motivo de otra pérdida en tu vida.

El silencio que siguió pareció eterno.

Lo miré, intentando encontrar falsedad en sus palabras, cualquier traza de manipulación… pero no había. Solo vulnerabilidad.

Parte de mí quería creerle. La otra gritaba que huyera.

El problema era que, en el fondo, todavía sentía. Y eso me enfurecía.

—Lo pensaré —dije al fin, agotada, con un tono más suave del que pretendía.

Arthur asintió despacio, y el alivio en su rostro me pilló por sorpresa. Parecía realmente agradecido de que no le hubiera dado la espalda.

—Gracias, Lívia —dijo en un susurro casi inaudible—. Y quiero que sepas que esta vez estoy aquí. Si necesitas cualquier cosa… búscame.

Dio un paso atrás, respetando el espacio entre nosotros, y luego se dio la vuelta, alejándose despacio.

Me quedé quieta, observándole.

El corte del traje, la forma en que se pasaba la mano por el cabello, la postura que mezclaba poder y cansancio.

Arthur Valentim.

El hombre al que un día amé con toda mi alma. El mismo que destrozó mi corazón.

Sentir su presencia de nuevo era peligroso. Porque, incluso con toda la rabia que guardaba, seguía afectándome.

Y el miedo que sentía ahora no era por lo que pudiera hacerme… sino por lo que podría sentir si descubría la verdad.

Si llegaba a saber que, hace seis años, me marché embarazada.

Que la hija que nunca conoció… era suya.



«Nuestro amor era como el reflejo del sol sobre el mar: deslumbrante, cambiante e imposible de atrapar, pero demasiado hermoso como para apartar la mirada.»

ARTHUR VALENTIM

—¿Algún problema? —preguntó Renato en cuanto entramos en la sala de reuniones, cerrando la puerta tras nosotros.

El golpe de la madera resonó como un recordatorio incómodo de que no podría huir de aquello por mucho tiempo.

—Sí —respondí, dejándome caer en la butaca de cuero y soltando un suspiro pesado—. Necesito que te pongas en contacto con

el investigador privado. Quiero que averigüe algo por mí.

Alzó una ceja, intrigado.

—¿Sobre qué exactamente?

Entrelacé las manos, intentando mantener la calma. Su mirada era inquisitiva, pero yo no estaba preparado para enfrentar preguntas.

—Sobre alguien de mi pasado —aclaré, con una voz más firme de lo que realmente sentía—. Quiero saber todo lo que ha pasado en los últimos seis años con esa persona.

—Seis años… —murmuró, pensativo—. ¿Y el nombre?

Miré por la ventana panorámica de la sala.

Afuera, la vista del paseo marítimo parecía burlarse de mí. El cielo azul se reflejaba en el cristal, pero todo lo que veía era su rostro.

—Lívia Medeiros —dije, al fin.

El silencio que siguió fue denso, como si su nombre tuviera la fuerza suficiente para alterar el aire a nuestro alrededor.

Renato me observó unos segundos, calibrando mi expresión. Me conocía desde hacía años, lo bastante para entender lo que ese nombre significaba.

—Es la mujer a la que amaste.

—Sí —admití, la palabra saliendo baja, casi atragantada—. Está aquí, en Florianópolis. Ha empezado a trabajar en el hotel.

Renato se apoyó en la mesa, cruzando los brazos.

—¿Crees que lo ha hecho a propósito? ¿Para acercarse a ti?

Negué con la cabeza.

—No —la respuesta salió demasiado rápido, casi instintiva—. En realidad, creo que fue justo lo contrario. No quiere ni verme.

El recuerdo de su mirada distante, de la frialdad contenida en su voz, regresó a mi mente como una cuchilla.

Me había evitado. Me había tratado como a un desconocido.

Y, aun así, el simple hecho de tenerla cerca, bajo el mismo techo, removía algo dentro de mí con lo que no sabía cómo lidiar.

—Entiendo —murmuró Renato, sin apartar los ojos de mí, como si intentara medir cuánto me afectaba aquello.

—A última hora de la tarde te paso más detalles —añadí, cortando el tema de forma abrupta—. Ahora necesito concentrarme en esta reunión antes de perder por completo la cabeza.

Asintió, ajustándose la corbata.

—Claro, jefe.

Durante unos segundos reinó el silencio.

El sonido lejano del aire acondicionado llenaba la sala, mezclado con mis propios pensamientos.

Renato se acercó a la puerta, pero vaciló antes de salir.

—Arthur… —llamó, y levanté la mirada—. ¿Estás seguro de que quieres saberlo todo?

La pregunta quedó flotando en el aire como una provocación.

Cerré la carpeta que tenía delante y me recosté en la silla, mirando al techo por un momento.

La respuesta era obvia, pero admitirla dolía.

—Necesito saberlo —murmuré—. Aunque la verdad no sea la que quiero oír.

Renato asintió y salió, dejándome solo con el peso de la decisión que acababa de tomar.

El nombre de ella seguía resonando en mi mente —Lívia Medeiros— y, con él, todas las memorias que había intentado enterrar.

La risa, el tacto, la mirada, el momento en que la dejé marchar.

Y la sensación inconfundible de que esta vez el pasado no solo estaba regresando.

Venía a cobrar lo que había dejado sin cerrar.



Cuando trabajaba, nada conseguía distraerme.

Siempre había sido ese tipo de hombre: centrado, metódico, incapaz de permitir que lo personal interfiriera en lo profesional.

Pero esta vez era distinto. Por más que lo intentara, no conseguía dejar de pensar en ella.

Lívia.

Su nombre resonaba en mi mente como un eco persistente, colándose en rincones que creía cerrados desde hacía mucho.

Era como si el simple hecho de tenerla de nuevo en mi vida hubiera puesto todo patas arriba.

El control, la rutina, el enfoque —todo aquello que siempre utilicé como armadura— se desmoronaba ante el recuerdo de lo que fuimos.

Me sentía como un crío otra vez, aturdido por una emoción a la que no sabía poner nombre.

Algo entre el deseo, la nostalgia y el arrepentimiento.

Una fuerza poderosa, casi cruel, empujándome de vuelta hacia ella, como si el universo quisiera castigarme obligándome a enfrentar lo que dejé atrás.

Tras la reunión me quedé solo en la sala.

El silencio era casi absoluto, roto únicamente por el zumbido discreto del aire acondicionado y el rumor amortiguado de la ciudad moviéndose al otro lado del cristal.

Me acerqué a la ventana, apoyando una mano sobre el vidrio frío, y contemplé el paisaje exterior. Florianópolis se extendía ante mí: viva, luminosa, indiferente a mis tormentas internas.

Y allí estaba ella. En la misma ciudad. En el mismo hotel que llevaba mi nombre.

Aquello no podía ser una coincidencia.

No para mí.

Era una señal —quizá cruel, quizá piadosa— de que algo entre nosotros aún necesitaba resolverse.

Una historia que, por más que hubiera intentado cerrar, seguía abierta, latiendo en algún rincón escondido del alma.

Pero quien lo destruyó todo fui yo.

El pasado tenía ese hábito implacable de encontrarme, por mucho que huyera. Y, esta vez, venía con su rostro.

Respiré hondo, sintiendo cómo el peso familiar de la culpa me invadía.

Sabía exactamente dónde había fallado —y lo peor era ser consciente de que mi ausencia había sido el golpe final.

La dejé cuando más me necesitaba.

Y, desde aquel día, nada dentro de mí volvió a ser igual.

Regresé al escritorio y me senté, notando cómo el cuero frío de la silla se amoldaba a mi espalda.

Abrí el cajón inferior y saqué la cartera, gastada por los años. De su interior extraje algo que siempre llevaba conmigo: una fotografía antigua.

Éramos nosotros.

Su sonrisa, la suavidad en su mirada, la manera en que sujetaba mi mano. Pasé el pulgar sobre la imagen, como si aquel gesto pudiera reconectar el pasado con el presente.

Era absurdo, lo sabía, pero nunca fui capaz de desprenderme de aquella foto.

Y, en el fondo, nunca quise hacerlo.

Era el recordatorio vivo de lo que perdí… y del hombre en que me convertí al perderlo.

Lívia representaba todo lo que me negué a mí mismo: la sencillez, la ternura, el amor verdadero.

A cambio, elegí el poder. El dinero. La gloria vacía.

Y nada, absolutamente nada, podría deshacer lo que hice. Pero ahora estaba aquí.

Lo bastante cerca como para sentir el mismo escalofrío que recorría mi cuerpo cuando nuestras miradas se cruzaban. Tal vez ya fuera demasiado tarde para cambiar el pasado, pero no para reescribir el presente.

Cerré los ojos, inspirando hondo, como si pudiera oír su voz entre el silencio de la sala.

Esta vez no dejaría que el miedo decidiera por mí. Esta vez haría lo que mi corazón me pedía desde hacía seis años.

LÍVIA MEDEIROS

Nunca había deseado tanto que el tiempo pasara deprisa.

Cada minuto dentro de aquel hotel se arrastraba, recordándome su presencia en cada rincón, en cada voz, en cada respiración que daba.

En cuanto el reloj marcó la hora de comer, salí a toda prisa. Caminé sin rumbo, solo queriendo alejarme —de todo, pero sobre todo de él—.

El aire de Florianópolis estaba fresco, y el olor del mar se mezclaba con el murmullo lejano de las olas al romper. Aun así, nada lograba calmar el torbellino que me ocupaba la mente.

Mis pensamientos giraban en torno a Arthur: el hombre al que había amado, el hombre que me dejó, el hombre que, por una cruel ironía del destino, ahora era mi jefe.

Me senté en un banco del parque y observé a la gente pasar. Parejas de la mano, niños corriendo tras las palomas, ancianos leyendo el periódico.

Todos ajenos al caos que llevaba dentro.

Cerré los ojos un momento y dejé que la brisa salada me acariciara el rostro.

Intenté respirar hondo, encontrar un poco de paz en aquel instante efímero. A veces eran esos pequeños respiros los que me mantenían en pie.

Pero la calma duró poco.

El recuerdo de nuestra conversación insistía en regresar, como una herida que no podía dejar de rascar.

«Vas a hacerme pagar de alguna forma, y…», le había dicho, intentando mantener la distancia.

«Nunca haría eso contigo.»

Su voz aún resonaba dentro de mí, cargada de una sinceridad que me desarmó por un instante fugaz.

Era imposible negarlo: una parte de mí quería creer que había cambiado. Que el hombre que me hizo daño ya no era el mismo.

Pero entonces la realidad volvía.

Recordaba el dolor. El abandono. El peso de tener que reconstruir una vida sola.

¿Cómo se olvida algo así? La respuesta era sencilla: no se olvida.

Volví al hotel al final del almuerzo, decidida a ponerme una armadura.

El profesionalismo sería mi escudo. Trataría a Arthur como si fuera solo otro nombre más en la jerarquía.

Pero bastaba oír su voz para que mi cuerpo traicionara mi determinación. Bastaba una mirada suya para que todo el pasado amenazara con salir a flote.

Trabajé el resto del día en modo automático, escondiéndome detrás de hojas de cálculo, sonrisas educadas y tareas rutinarias.

En cuanto terminó la jornada, salí deprisa y tomé el primer autobús.

A cada kilómetro que pasaba, sentía cómo la tensión se disolvía, sustituida por una necesidad casi física de llegar a casa.

Y cuando crucé la puerta y vi a mi hija, todo lo que llevaba dentro se derrumbó.

Corrí hacia ella y la abracé con fuerza, como si aquel cuerpecito fuera mi refugio.

—¿Estás triste, mamá? —preguntó con esa vocecita dulce que siempre conseguía desarmarme.

Tragué la emoción y sonreí.

—No, cariño. Tú me haces feliz, mi cielo.

Me miró un segundo, desconfiada, pero enseguida me devolvió la sonrisa, y aquel gesto bastó para disipar la nube oscura que me rodeaba.

Ana Clara era mi luz.

La razón de todo. El motivo por el que soporté lo que parecía insoportable.

Pero ahora, con Arthur de vuelta, no sabía cómo proteger esa luz de la tormenta que se avecinaba.

Durante la cena intenté mantener la conversación ligera. Hablamos del colegio, de dibujos, de flores… de todo, menos de mí.

Más tarde, mientras la arropaba en la cama, me preguntó cómo había sido mi día.

Era nuestro pequeño ritual: siempre quería saber si me había reído, si alguien había sido amable conmigo, si el trabajo había sido "aburrido o divertido".

Dudé un instante.

—Hoy he vuelto a ver a alguien del pasado —respondí, escogiendo las palabras con cuidado—. Y eso me ha hecho pensar

bastante.

—¿Alguien bueno? —preguntó, curiosa, con los ojitos ya medio cerrados por el sueño.

Suspiré.

—Alguien que fue muy importante para mí, pero que también me hizo sentir muchas cosas diferentes. No es una mala persona. Solo… alguien que me marcó.

Guardó silencio unos segundos, pensativa, y luego murmuró:

—Pero ahora estás conmigo, mamá. Y eso es bueno, ¿verdad?

El corazón se me encogió.

—Es lo mejor del mundo, cariño. Siempre lo será. —Le besé la frente, sintiendo una oleada de determinación atravesarme—. Eres mi razón de todo.

Me quedé allí hasta que se quedó dormida, observando su rostro tranquilo, ese mismo gesto en la sonrisa que un día también fue de él.

Cuando salí del cuarto y apagué la luz, fui al salón y dejé que el silencio me envolviera.

Arthur había vuelto a mi vida… y con él, todo lo que había pasado años intentando olvidar.

Huir no era una opción. Pero enfrentarlo… me aterraba.

Y el miedo más profundo, el que me helaba la sangre, era imaginar el día en que descubriera la verdad.

Que la descubriera a ella.

Nuestra hija.

Cerré los ojos, respirando hondo. El pasado podía llamar a mi puerta todas las veces que quisiera, pero esta vez no dejaría que decidiera el futuro.

No mientras aún tuviera algo —o alguien— por quien luchar.



«Sostenía mi mano como quien sostiene una rareza preciosa, con la delicadeza de quien comprende el valor de lo que no puede repetirse.»

LÍVIA MEDEIROS

—Ni siquiera contestaste mi mensaje de ayer… —dijo Marina, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba reproche y curiosidad, en cuanto abrí la verja de casa.

Estaba plantada en la acera, moviendo el pie con impaciencia, como quien no está dispuesta a aceptar excusas de antemano.

Medía poco más de un metro y medio, tenía el pelo castaño y rizado cayéndole en ondas hasta los hombros —tan lleno de vida como ella— y unos ojos que cambiaban de color según la luz: a veces verdes, a veces color miel.

Llevaba su "uniforme" habitual: camiseta de banda vintage, vaqueros rotos y zapatillas altas, además de las incontables pulseras de cuero y tela que tintineaban suavemente cada vez que se movía.

Marina era un torbellino de energía, y estar cerca de ella era como respirar después de una larga inmersión.

—Perdóname, amiga —suspiré, ajustándome el bolso al hombro —. Ayer… no fue un buen día.

El tono de mi voz bastó.

Su impaciencia desapareció, sustituida por una preocupación sincera.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo cuento de camino a la parada —respondí, echando a andar.

Caminamos una al lado de la otra por la calle estrecha, el sonido de nuestros pasos mezclándose con el canto lejano de las gaviotas.

Respiré hondo antes de soltarlo todo de golpe.

Le conté.

Le hablé del reencuentro, del impacto de verlo allí, del detalle cruel de que él fuera el dueño del hotel donde trabajaba.

Marina se detuvo en seco, parpadeando varias veces, como si necesitara procesarlo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, llevándose la mano a la boca—. Espera… ¿Arthur? ¿El Arthur?

Asentí.

Soltó un silbido bajo, luego me cogió las manos entre las suyas y me miró con una seriedad que pocas veces usaba.

—Lívia… esto es, no sé, el guion de un drama romántico de esos que nos destrozan la vida. ¿Qué vas a hacer?

Reí nerviosa, pero enseguida aquel intento de risa se convirtió en un suspiro cansado.

—No lo sé. Una parte de mí quiere salir corriendo, desaparecer. Pero otra parte… —dudé, sintiendo el nudo en la garganta apretar— otra parte quiere entender. Saber por qué ha vuelto, qué quiere de mí… si se arrepiente de algo.

Sus ojos se suavizaron. Marina era una gran oyente, de esas amigas que no interrumpen, pero sienten contigo.

—Amiga… —dijo con voz más dulce— solo prométeme que vas a tener cuidado, ¿vale? Estas cosas del corazón… son un campo de minas. Y, bueno, también tienes a tu hija que pensar.

Tragué saliva, notando cómo el recuerdo de Ana Clara me atravesaba el pecho como un recordatorio silencioso.

—Lo sé. —Mi respuesta fue firme, aunque por dentro temblaba —. No dejaré que nada nos haga daño. Ni siquiera él.

Asintió, apretando mis manos antes de soltarlas.

—Vale. Pero recuerda que me tienes aquí, ¿eh? Para escucharte, ayudarte, esconderte o arrastrarte a un bar si hace falta.

No pude evitar sonreír, la primera sonrisa genuina desde el día anterior.

—Lo sé, y te lo agradezco. De verdad. —Negué con la cabeza, sintiendo un calor reconfortante por dentro—. Ahora vamos, antes de que llegue tarde y me den más motivos para que me llamen otra vez al despacho de mi… jefe.

Ella soltó una carcajada, ligera, contagiosa.

—Ni me lo digas. Mi jefe también es un pesado.

—Bueno, al menos tú trabajas rodeada de arte y de gente creativa.

—Creativa, sí. Sensata, no —replicó entre risas—. Ayer un cliente me pidió que hiciera el rojo "más rojo". Te lo juro, Lívia, hay momentos en que pienso que trabajo en un circo y no en una agencia.

Estallé en carcajadas.

—Muero por ver ese rojo más rojo que el rojo.

Me miró de reojo, fingiendo indignación.

—¡Ya ves! Debería estudiarlo la NASA.

Seguimos riendo mientras cruzábamos la calle.

Su humor, esa habilidad natural para convertir cualquier cosa en un momento ligero, era justo lo que necesitaba.

Poco a poco, la tensión del día anterior empezó a disiparse.

—¿Sabes? —dijo ella, más tranquila ahora— me quejo, pero me gusta la locura. Cada día es distinto. Eso es lo que me mantiene viva.

La miré, y por un instante vi la sabiduría que se escondía tras su sarcasmo.

Quizá era eso. Quizá tenía que empezar a mirar mi vida como ella miraba la suya: no como una sucesión de pérdidas y tragedias, sino

como una colección de experiencias —unas buenas, otras no tanto— que me habían traído hasta aquí.

El reencuentro con Arthur era una más de esas experiencias. Una que dolía, que asustaba, que lo removía todo.

Pero, aun así… formaba parte de mi historia.

—Tienes razón, amiga —dije sonriendo, apartando un mechón de pelo que el viento se empeñaba en despeinar—. Y hablando de aventuras, creo que estoy a punto de embarcarme en una de las más grandes de mi vida.

Marina alzó una ceja, y una sonrisa maliciosa le apareció como un reflejo automático.

—Espero que esa "aventura" no implique a ningún hombre peligroso, porque si lo hace, ya sabes que te mato antes de que él tenga la oportunidad.

Reí, a pesar de la tensión que todavía me acompañaba desde el día anterior.

—Prometo intentar sobrevivir sin escándalos, ¿vale?

Trabajábamos relativamente cerca —menos de un kilómetro de distancia—, así que el trayecto hasta mi trabajo se me pasó volando.

Cuando llegamos frente al hotel, me atrajo hacia un abrazo rápido, fuerte, con ese cariño típico suyo de quien no habla mucho, pero siente intensamente.

—Cuídate, ¿sí? —dijo, sujetándome por los hombros y mirándome con una seriedad poco habitual en ella—. Y si pasa cualquier cosa, me llamas. Cualquier cosa de verdad.

—Descuida. —Sonreí levemente—. Y gracias. Otra vez.

Hizo un gesto con la mano y echó a andar hacia la avenida, con el pelo rizado moviéndose al compás del viento.

La observé alejarse hasta que desapareció entre los coches, antes de respirar hondo y volver a entrar en el hotel.

En cuanto crucé las puertas de cristal, el peso de la realidad volvió con toda su fuerza.

La ligereza que Marina siempre conseguía contagiarme fue sustituida por la tensión familiar que se instalaba en mi pecho cada vez que pensaba en él.

Arthur.

Mi pasado con él seguía latiendo en algún rincón escondido de mí —un eco que intenté silenciar, pero que ahora insistía en perseguirme—.

Aun así, algo había cambiado.

Me sentía un poco más firme, un poco más dispuesta a enfrentar lo que fuera necesario.

Pasé el día sumergida en mis tareas, concentrada en mantenerme ocupada. Tomé notas de pedidos, organicé reservas, sonreí a huéspedes que apenas veía. Fingir normalidad era mi especialidad.

Pero entre un encargo y otro, el pensamiento inevitable regresaba: ¿qué quería de mí?

¿Por qué ahora, después de tantos años, había vuelto a aparecer?

Sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentar a Arthur, hacer las preguntas que me quemaban por dentro.

Lo que no imaginaba era que ese momento llegaría tan pronto.

—El señor Valentim quiere hablar contigo en la sala de reuniones cinco. Ahora —anunció mi jefa, con su tono agrio y su mirada impaciente de siempre.

Tragué saliva.

—De acuerdo.

Caminé hacia el ascensor notando cómo el corazón se aceleraba.

Cada paso resonaba demasiado fuerte sobre el mármol, delatando el nerviosismo que intentaba esconder.

Cuando entré en la sala, él ya estaba allí.

Arthur estaba sentado a la mesa, con un traje impecable. Los codos apoyados, la mirada fija en mí. Y, por un instante, el mundo simplemente… se detuvo.

El aire se volvió denso, y el sonido de mi propio corazón fue lo único que escuché.

Aquella mirada —intensa, impenetrable, familiar— me golpeó como un puñetazo. Era la misma que me hizo enamorarme y la misma que me destrozó cuando se marchó.

—Lívia, gracias por venir. —Su voz sonó firme, aunque había en ella una vacilación casi imperceptible—. Siéntate, por favor.

Asentí y me senté frente a él, manteniendo una distancia prudente.

Mis manos temblaban ligeramente bajo la mesa, pero mi mirada no se apartó.

—Sé que lo último que querías era volver a verme… y menos aquí —empecé, intentando sonar más segura de lo que me sentía.

—No, desde luego que no lo esperaba —admitió, acomodándose en la silla—. Pero ahora que estamos en esta situación, tenemos que hablar de cómo vamos a manejarlo profesionalmente.

—Estoy de acuerdo. —Crucé las piernas, fingiendo calma—. Quiero dejar claro que mi prioridad aquí es el trabajo. No pienso permitir que el pasado interfiera en nada.

—Yo tampoco quiero eso —respondió él. Y el modo en que lo dijo —mirándome directamente a los ojos— me provocó una punzada en el estómago.

Por un segundo, me faltó el aire.

Arthur Valentim, el hombre al que un día amé con todo lo que era, estaba sentado frente a mí.

El mismo, pero distinto. El tiempo había dejado en él una madurez serena que solo acentuaba todo lo que yo intentaba olvidar.

—Gracias —murmuré, incapaz de soportar el silencio más tiempo.

Se recostó en la silla, observándome con atención.

—¿Qué puesto te gustaría ocupar aquí, Lívia?

Parpadeé, desconcertada.

—¿Cómo?

—Quiero saber cuáles son tus planes. Qué quieres conseguir dentro de mi empresa.

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Yo no era más que una empleada nueva, una recién llegada intentando pasar inadvertida entre la multitud.

—La verdad… —dudé, notando cómo se me encendía la cara—. No lo he pensado. Solo necesitaba un trabajo.

Arthur alzó una ceja, y una esquina de su boca se curvó en una media sonrisa que me confundió.

—Entiendo.

Durante unos segundos guardó silencio, mirándome de esa forma que me recordó exactamente por qué era tan difícil resistirme a él.

Luego se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, con la voz más baja, casi confidencial.

—Tengo una propuesta para ti.

Mi corazón dio un salto.

—¿Qué tipo de propuesta?

—Quiero que trabajes en recepción —dijo, sin rodeos—. Es un puesto que exige empatía, paciencia, profesionalidad. Cualidades que a ti te sobran.

—¿Recepcionista? —repetí, sorprendida.

—Sí. —Sostuvo mi mirada—. Siempre tuviste talento para tratar con la gente, incluso cuando no te dabas cuenta.

Me quedé en silencio, intentando descifrar lo que se escondía detrás de aquella propuesta.

Parte de mí pensaba que intentaba redimirse; otra parte creía que era solo una forma de mantenerme cerca.

Pero mientras lo observaba, noté algo distinto en sus ojos. No era arrogancia.

No era lástima. Era… una especie de reconocimiento.

La sorpresa debió de ser imposible de disimular. Lo supe por la manera en que Arthur me observó en silencio, consciente de que mi expresión me había traicionado antes incluso de abrir la boca.

Recepcionista.

No era exactamente lo que esperaba oír, ni el puesto con el que alguna vez soñé.

No tenía experiencia directa en hostelería y, sinceramente, no me veía en ese papel. Aun así, había algo en la forma firme, casi serena, con que había hecho la propuesta que me dejaba sin margen para rechazarla.

Además, lo sabía: el sueldo sería bueno.

Y en ese momento, aquello era algo imposible de ignorar.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté por fin, con un tono que sonó más frágil de lo que pretendía—. ¿Por qué me ayudas, Arthur?

Se recostó en la silla, entrelazando las manos sobre la mesa. Su mirada, firme y a la vez vulnerable, se posó sobre mí con el peso de lo que no decía.

—He cometido muchos errores en mi vida. —Su voz salió ronca, cargada de algo que rozaba la culpa—. Incluido contigo, y lo sabes. Solo quiero… intentar arreglarlo.

Un amago de risa irónica escapó de mis labios antes de poder contenerlo.

—Eso no borra el hecho de que te fuiste, Arthur. Que me dejaste justo cuando más te necesitaba.

Él no apartó la mirada.

—Lo sé —dijo simplemente, y el silencio que siguió pareció alargarse durante una eternidad—. Pero me arrepiento de eso todos los días de mi vida.

Aquellas palabras, pronunciadas con una sinceridad desarmante, golpearon algo dentro de mí que creía haber cerrado hace mucho.

No las esperaba.

Y, por un instante, no supe qué responder.

Me limité a observarlo: el hombre que tenía delante, el mismo que un día fue mi todo y que ahora, de repente, estaba allí diciéndome las cosas que esperé oír en vano durante tantos años.

Parecía el mismo, pero había cambiado.

Sus ojos castaños conservaban ese brillo intenso, ese calor familiar que me hacía recordar noches en las que el tiempo parecía detenerse, promesas susurradas entre besos… y todo lo que vino después: la ausencia, el dolor, el silencio.

Y a pesar de cada herida, mi corazón reaccionaba del mismo modo. Golpeando con fuerza. Desacompasado.

Como si reconociera un peligro antiguo, pero irresistible.

—Arthur, yo… —empecé, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Su arrepentimiento había despertado emociones que llevaba años intentando enterrar.

El recuerdo de su partida, el peso de criar sola a una hija, la fuerza que tuve que reunir cuando todo se vino abajo.

Y ahora, frente a él, todo eso se mezclaba de nuevo: dolor y deseo, rabia y nostalgia.

Se inclinó ligeramente hacia delante, la mirada fija, casi suplicante.

—Lívia, no espero que me perdones. Ni ahora, ni quizá nunca. —Su voz era baja, pero tan honesta que podía tocarse—. Solo quiero que podamos empezar de nuevo, de algún modo. No como pareja… —titubeó, respirando hondo— sino como compañeros. Tal vez incluso como amigos, si el tiempo lo permite.

Su petición me descolocó. Una amistad.

Era inesperado, pero no del todo indeseado.

Parte de mí —la parte tonta, sentimental, la que aún buscaba algo bueno entre los escombros— quería creer que había cambiado. Que el hombre sentado frente a mí ya no era el chico que un día se marchó sin mirar atrás.

—Estoy dispuesta a intentarlo —dije, sorprendiéndome a mí misma—. Pero con una condición.

Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Lo que quieras.

La rapidez con que respondió me arrancó una sonrisa breve, involuntaria.

—Que esto no interfiera en el trabajo. —Crucé los brazos, sosteniendo su mirada—. Estoy aquí para hacer mi trabajo, y voy a hacerlo. Nada más.

Arthur me observó en silencio durante unos segundos, como si analizara cada palabra, intentando leer lo que no decía. Por fin asintió despacio.

—De acuerdo.

Asentí también, sintiendo un alivio extraño recorrerme el cuerpo.

—Gracias, Arthur. —Sonreí, esta vez de verdad, dejando que la tensión se disolviera poco a poco—. Acepto el reto. Y te prometo que daré lo mejor de mí.

Él inclinó ligeramente la cabeza, y durante un instante algo brilló en sus ojos —una mezcla de orgullo, recuerdo y, quizá, un destello de esperanza.

Y fue entonces, al sentir el peso de su mirada sobre mí, cuando comprendí lo peligroso que podía ser este nuevo comienzo.

Porque, en el fondo, lo sabía: había desafíos que no empezaban en el trabajo.

Empezaban en el corazón.



«Cada momento a su lado era un poema que el tiempo recitaba despacio, una palabra de amor tras otra.»

ARTHUR VALENTIM

Comprendí, con la nitidez de un golpe certero, que jamás había amado a otra mujer en la vida aparte de Lívia.

Ninguna.

Ni los rostros fugaces que pasaron, ni las compañías ocasionales, ni los amores tibios que el tiempo me ofreció para rellenar el hueco que ella dejó.

Todo palidecía junto a ella.

El recuerdo de Lívia era el único que resistía al tiempo —vivo, constante, palpitante.

Durante años bastaba con pensar en ella para que el corazón se me acelerara, y ahora, sabiendo que estábamos en la misma ciudad, que respirábamos el mismo aire, era imposible contener el torbellino que volvía con fuerza.

No había escapatoria posible. Al menos no para mí.

—¿Ese es el domicilio exacto? —pregunté, con la mirada fija en la casa de enfrente—. ¿Corresponde a lo que declaró en la entrevista?

—Sí, jefe. Todo coincide. —La voz de Renato sonó por el teléfono, estable como siempre.

Me quedé en silencio, observando la fachada sencilla de la casa, el portón blanco algo gastado, el jardincito pequeño pero cuidado.

Parecía cosa de acosador, y quizá lo fuera. Pero la verdad era que yo solo quería entender.

Quería saber cómo vivía ahora, si estaba bien… si su madre seguía viviendo con ella.

En el pasado, las dos habían trabajado para mi familia —la madre de Lívia era casi parte de la casa. Después de todo lo ocurrido, ambas desaparecieron.

Y, en cierto modo, yo también.

Respiré hondo y colgué, sintiendo el peso de la nostalgia y la culpa atravesarme como una hoja.

Quedarme allí no cambiaría nada. Eso me repetí mientras ponía en marcha el coche.

Pero en el instante en que giré la llave y el motor rugió, el portón de la casa comenzó a abrirse.

Instintivamente aparqué un poco más adelante, en un punto desde el que podía observar sin llamar la atención. El corazón se me disparó.

Lívia salió primero.

Y durante un segundo me olvidé de respirar.

Estaba hermosa —no solo como antes, sino de un modo distinto. El tiempo no la había endurecido; la había pulido. El pelo suelto caía en ondas sobre los hombros, y había en su rostro una serenidad madura que antes no existía.

Detrás de ella apareció la madre, con el mismo semblante acogedor que yo recordaba. Y entonces —alguien— cruzó corriendo el portón entre las dos.

Una niña.

Pequeña, de unos cinco o seis años, la risa clara resonando en el aire. El cabello castaño balanceándose al correr, y había algo en sus gestos, en su energía… en la manera en que miraba a Lívia que me dejó completamente inmóvil.

Todo mi cuerpo se congeló.

La niña tenía el mismo tono de pelo. El mismo brillo en los ojos. Y esa sonrisa —Dios, esa sonrisa— me golpeó como un puñetazo en el pecho.

Sentí el aire desaparecer de mis pulmones.

¿Podría ser…?

La pregunta se formó en mi mente antes de que quisiera pensarlo. Que Lívia tuviera una hija era un hecho.

Pero ¿y si… y si aquella criatura fuera también mía?

Una mezcla de asombro y euforia me invadió, tan intensa que tuve que apretar el volante para mantenerme en el presente.

La idea de tener una hija —nuestra hija— y de no haberlo sabido nunca… resultaba demencial.

Por un instante imaginé que quizá Lívia había rehecho su vida con otro hombre, pero nada en la escena confirmaba esa hipótesis.

La niña se movía como ella. Tenía la misma curiosidad, la manera de inclinar la cabeza al reír.

Y cuando Lívia se inclinó para ajustar el abrigo de la niña, vi un gesto tan familiar que el suelo pareció desaparecer bajo mis pies.

Mi teléfono sonó de nuevo. Era Renato.

—Diga. —Mi voz salió más tensa de lo que hubiera querido.

—Tengo algunas novedades —informó—.

—Te escucho.

Mientras hablaba, no aparté la mirada de la escena delante de mí.

Lívia sostenía la mano de la niña con delicadeza, mientras su madre cerraba el portón. Parecían una pequeña familia, el tipo de cuadro que siempre imaginé tener, pero que nunca viví.

Durante casi quince minutos Renato fue desgranando cada detalle —informaciones, fechas, nombres— con su habitual precisión. Y a medida que sus palabras se sucedían, una certeza terrible y arrebatadora se fue formando en mi interior.

Cuando terminó, el silencio al otro lado de la línea pareció eterno.

—¿Estás seguro de lo que me dices, Renato? —pregunté, con la voz baja, casi ronca.

—Absolutamente. He dejado una copia de los documentos en tu despacho y he enviado el resto por correo.

Entrecerré los ojos, intentando asimilar lo que aquello significaba.

Si todo fuera cierto —y sabía que lo era—, mi vida acababa de cambiar para siempre.

—Bien —murmuré.

—¿Necesitas algo más, jefe?

Eché una última mirada a la casa. Lívia, su madre y la niña caminaban por la acera, lejos ya, pero tan vivas dentro de mí que me faltaba el aire.

—No. De momento eso es todo.

Colgué y dejé que el silencio me invadiera.

El motor seguía encendido, pero no pude mover el coche. Me quedé allí, mirando el retrovisor, el corazón desbocado, las manos temblorosas sobre el volante.

Mañana arreglaría esto. Mañana miraría a los ojos a Lívia y le preguntaría qué me había ocultado todos esos años.

Y si aquella niña era realmente mi hija… entonces nada, absolutamente nada, me impediría recuperar el tiempo perdido.

LÍVIA MEDEIROS

Desperté antes de que sonara el despertador.

El sol apenas se insinuaba entre las rendijas de la cortina, tiñendo la habitación de un dorado tímido, pero mi corazón ya latía con fuerza.

Era mi primer día en el nuevo puesto y, aunque la emoción me acompañaba, había algo inquietante en la idea de empezar de nuevo, sobre todo en aquel hotel.

Mientras me preparaba, ensayé mentalmente la sonrisa que tendría que mantener todo el día.

Profesional. Acogedora. Inquebrantable.

Por dentro, sin embargo, era un torbellino —miedo, expectación y un resquicio de algo a lo que fingía no poner nombre: la incomodidad de saber que aquel lugar pertenecía a Arthur Valentim.

Al llegar, el aroma de café recién hecho y flores frescas en el vestíbulo me dio la bienvenida. El espacio era amplio, elegante, con ventanales de cristal que dejaban entrar la luz natural y hacían brillar cada detalle. De algún modo, aquel escenario grandioso me intimidaba y me fascinaba al mismo tiempo.

El nerviosismo se fue disipando poco a poco, especialmente cuando conocí a Lavínia, mi nueva gerente.

Era el polo opuesto de la anterior: sonriente, paciente, de voz suave y gestos tranquilos. Había en sus ojos algo sabio, como si hubiera vivido todas las situaciones posibles dentro de un hotel y aprendido de cada una.

—Los huéspedes son el alma de nuestro hotel, Lívia —dijo mientras caminábamos por el pasillo impecablemente perfumado—. Acuérdate siempre. Cada uno trae una historia, un motivo para estar aquí. Nuestro trabajo es convertir su estancia en algo memorable.

—Sí, señora —respondí, intentando absorber cada palabra.

Se detuvo al ver pasar a una pareja de ancianos y los saludó con una sonrisa cálida.

El hombre respondió con un gesto alegre, y la mujer, sonriendo, comentó algo sobre lo arropados que se sentían allí.

Lavínia me miró de reojo y añadió en voz baja:

—La diferencia está en los pequeños detalles. Una sonrisa, un saludo por su nombre, un simple "¿qué tal ha ido su día?". Así es como transformamos a un huésped en alguien que regresa.

Y tenía razón.

Con cada consejo, entendía que la hospitalidad era mucho más que un trabajo: era una forma de arte.

Pasamos el día sumergidas en formaciones.

Me enseñó sobre check-ins y check-outs, reservas, perfiles de clientes, horarios punta del restaurante e incluso el tono de voz ideal para cada tipo de situación.

Observarla tratar con la gente era como presenciar una coreografía precisa: un equilibrio perfecto entre firmeza y delicadeza.

—¿Siempre trabajaste en hostelería? —pregunté, curiosa.

—No siempre —respondió con una sonrisa nostálgica—. Pero cuando descubrí lo que significaba, me enamoré de ello.

Asentí, sintiendo un leve nudo en el pecho.

—Yo quisiera eso. Encontrar algo que me hiciera sentir… en el lugar correcto.

Ella me miró de lado, como si hubiera visto más de lo que yo había dicho.

—A veces el destino decide por nosotros, Lívia.

El destino. Me mordí el labio, intentando apartar el nombre que acudió de inmediato a mi mente. Arthur.

¿Era aquello el destino… o una trampa del universo?

Lavínia reanudó el paso y, unos minutos después, soltó un comentario que me heló la sangre:

—Y sé que te irá bien. Al fin y al cabo, fue el propio Arthur Valentim quien te recomendó. Confía en tu potencial.

Me quedé muda. El corazón dio un salto extraño en el pecho.

—¿Él… dijo eso?

—Sí. —Sonrió—. Dijo que merecías la oportunidad.

Asentí, tragando saliva.

Lo último que quería era que me recordaran como la empleada a la que el dueño había recomendado.

—Daré lo mejor de mí —dije con más firmeza de la que sentía.

—Lo sé —respondió ella antes de dirigirse a otra zona del hotel.

La tarde trajo mi primera prueba real.

Un huésped enfadado, insatisfecho con su suite, exigía explicaciones. Recordé las palabras de Lavínia, respiré hondo y traté de aplicar todo lo aprendido en unas pocas horas.

La conversación fue tensa, pero poco a poco logré calmarlo. Ofrecí alternativas, mostré empatía y, al final, lo vi sonreír: aliviado, satisfecho, agradecido por la atención.

Cuando se marchó, noté que me temblaban las manos, pero una sensación de orgullo leve, casi infantil, crecía dentro de mí.

Lo había conseguido.

Al final de la jornada, mientras actualizaba los últimos datos en el sistema, un escalofrío me recorrió la nuca. Era esa sensación inconfundible de estar siendo observada.

Levanté la vista. Y allí estaba él.

De pie, a unos metros de distancia. Traje impecable, postura dominante, mirada fija en mí.

No dijo nada al principio —solo me observó, con esa intensidad que parecía atravesar todas las capas de defensa que había levantado.

El aire entre nosotros pareció encogerse.

Entonces habló, con la voz firme, grave, ese mismo tono que un día me hizo creer en promesas que nunca se cumplieron:

—Necesito hablar contigo.

El estómago se me revolvió.

—¿Sobre qué?

—Cierra tu turno y ven a mi despacho. Te esperaré allí.

La orden sonó tranquila, pero había algo distinto en su expresión. Una tensión velada, una mirada que no era solo profesional.

Durante un instante me quedé quieta, incapaz de reaccionar.

Arthur se dio la vuelta y salió del vestíbulo con paso lento y preciso.

Y yo me quedé allí, con el corazón golpeando tan fuerte que juraría que podía oírlo en el silencio del hotel.

Algo me decía que aquella conversación no sería solo de trabajo.

Y, aunque no quisiera admitirlo, una parte de mí sabía que nada volvería a ser igual después de ella.



«En las páginas de nuestro amor, cada capítulo empezaba con una sonrisa y terminaba con la promesa de un nuevo amanecer.»

LÍVIA MEDEIROS

Mientras subía al último piso, el sonido de mis propios pasos parecía resonar más alto de lo habitual.

El corazón me latía con fuerza, y cada latido sonaba como una advertencia.

¿Qué querrá de mí justo el primer día?

El ascensor se deslizó en silencio hasta la planta superior y, cuando las puertas se abrieron, un escalofrío me recorrió la espalda.

A cada paso que daba hacia su despacho, intenté convencerme de no imaginar escenarios en mi cabeza —obviamente, sin éxito.

Respiré hondo antes de llamar a la puerta.

—Adelante —escuché la voz firme de Arthur al otro lado.

Abrí despacio, intentando aparentar calma aunque mis manos me delataban.

—Cierra la puerta y siéntate, por favor —pidió, sin levantar la vista de los papeles que tenía sobre la mesa.

Obedecí, y solo entonces me miró.

Su mirada, profunda e indescifrable, me golpeó como siempre.

—¿Qué desea? —pregunté, intentando sonar profesional, aunque el aire dentro de aquella sala parecía haberse vuelto más denso.

Se recostó ligeramente en el sillón y cruzó los brazos.

—Quería saber cómo ha ido tu primer día.

La pregunta me descolocó.

Por un instante me quedé muda, procesando. Esperaba cualquier cosa —una reprimenda, una advertencia, un comentario frío —, menos eso.

—Bien… —empecé, acomodándome en la silla—. Un poco desafiante, pero estoy aprendiendo mucho.

Arthur asintió, con el rostro neutro, aunque había algo distinto en la forma en que me observaba.

Una especie de tensión silenciosa que no sabía cómo interpretar.

—¿Crees que te adaptarás bien? —preguntó, con ese tono que ponía a prueba algo más que la competencia profesional.

—Sí, por supuesto. Lavínia me está enseñando muchísimo.

—Es una gran profesional —comentó, pasándose el pulgar por la barbilla—. Me costó convencerla para dejar su antiguo hotel. Tuve que hacerle una oferta bastante generosa.

—Lo entiendo —respondí, intentando mantener el foco en la conversación, aunque mi atención se dispersaba.

Estaba distinto. Más serio. Más… humano.

—Espero que te adaptes pronto —dijo por fin.

—No se preocupe —murmuré, queriendo cerrar el tema.

El silencio que siguió fue espeso, casi asfixiante. Sentía su mirada sobre mí y, sin poder evitarlo, le devolví la vista.

Error.

Sus ojos castaños se clavaron en los míos, y había en ellos algo crudo, intenso, imposible de ignorar.

Entonces se levantó. Empezó a caminar de un lado a otro, las manos en los bolsillos, la mandíbula tensa.

—Lívia… —dijo al fin, con la voz más baja—. Hay algo más de lo que tengo que hablar contigo. Algo personal.

El estómago se me revolvió.

—¿Sí? —pregunté, intentando sonar tranquila, aunque la ansiedad me traicionaba.

Se detuvo y se giró hacia mí.

La distancia entre nosotros pareció desvanecerse cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—Es sobre tu hija —empezó, y el sonido de esas palabras me golpeó en el pecho—. Desde que te vi con ella y con tu madre el otro día… —Hizo una pausa larga, dubitativa—. No consigo dejar de pensar. Y… estoy casi seguro de que también es mi hija.

Directo. Brutal. Sin rodeos.

El mundo empezó a girar.

El aire desapareció de la sala y, durante unos segundos, lo único que escuché fue el ritmo frenético de mi propio corazón.

Sabía que este momento llegaría, pero nunca imaginé que sería así.

Tan rápido. Tan desnudo. Tan inevitable.

Arthur me observaba, y había algo distinto en sus ojos: no la firmeza del hombre acostumbrado a tener todas las respuestas, sino la vulnerabilidad de quien teme encontrarlas.

Se me secó la garganta.

—Arthur… —susurré, pero mi voz se quebró a mitad de camino.

¿Cómo explicárselo? ¿Cómo decirle que sí, que tenía razón, que aquella niña era suya sin que todo lo que había construido en los últimos años se derrumbara entre nosotros?

Tragué saliva, intentando contener el temblor de las manos.

—Yo… —empecé, pero las palabras no salieron.

Él dio un paso hacia delante, con el rostro marcado por una mezcla de dolor y esperanza.

—Es mi hija, ¿verdad?

El silencio fue mi respuesta.

Su emoción era casi tangible: el pecho le subía y bajaba de forma irregular, los ojos buscando los míos como si quisiera arrancarles una verdad que ya no podía ocultar.

—Solo quiero saber la verdad, Lívia. —Su voz salió baja, un susurro ronco—. Nada más. No estoy aquí para exigir ni para complicarte la vida. Solo… quiero entender.

Había algo nuevo en su tono, una vulnerabilidad que jamás había visto en Arthur Valentim.

El hombre que tenía delante no era el mismo que un día me dio la espalda: ni el empresario seguro, ni el hijo obediente, ni el heredero del imperio.

Parecía despojado de todo eso. Solo quedaba el hombre.

Por un instante me quedé en silencio, limitándome a observarlo.

El peso de nuestras decisiones flotaba entre nosotros, sofocante, como si el aire cargara con años de reproches no dichos.

Cada recuerdo, cada palabra callada, nos había conducido a aquel momento inevitable.

Sabía que la verdad debía salir a la luz. No solo por mí, ni por él, sino por ella.

Nuestra hija.

Tenía derecho a conocer su historia. A saber de dónde venía. Y, sobre todo, a saber quién era su padre.

Sí, él y su familia me habían dado la espalda. Sí, me dejaron sola.

Pero mentir ya no era una opción.

Cerré los ojos un segundo, reuniendo la poca valentía que me quedaba, sintiendo el corazón golpearme con fuerza dentro del pecho.

Cuando volví a mirarlo, Arthur seguía observándome con los ojos empañados —ojos de quien espera, suplica, teme.

—Arthur… —mi voz vaciló—. Sí. Es tu hija.

Las palabras salieron en un susurro, pero el impacto fue devastador.

Retrocedió como si le hubieran dado un golpe en el estómago.

El color desapareció de su rostro. Luego se pasó las manos por el pelo y se dejó caer en la silla, como si las piernas ya no pudieran sostenerlo.

El silencio que siguió era denso, casi palpable.

Podía oír su respiración temblorosa y el tic-tac amortiguado del reloj en la pared.

—¿Por qué me lo ocultaste? —preguntó al fin, con la voz ronca, casi herida.

—¡No te lo oculté! —La respuesta me salió antes de poder contenerla, cargada de dolor y de rabia—. ¡Intenté decírtelo! ¡Lo intenté durante meses, Arthur!

Frunció el ceño, confuso.

—¿Qué quieres decir con eso?

La rabia contenida durante seis años emergió a la superficie, caliente, afilada.

—Cuando me fui, descubrí que estaba embarazada poco después. Te llamé, te escribí, busqué a tu familia… ¡y nadie me respondió! —La voz me tembló, pero no me detuve—. Me ignorasteis, Arthur. Tú y todos ellos. Tú, el hombre que decía amarme, desapareciste sin más.

Se levantó de golpe, el rostro contraído en una mueca de incredulidad.

—No lo sabía. Te lo juro, Lívia, no tenía ni idea. Después de aquel día, mi padre me prohibió buscarte. Dijo que tú no querías volver a verme.

—¿Y lo creíste? —escupí, amarga—. ¿Ni siquiera se te ocurrió averiguarlo por ti mismo?

—¡Era un imbécil! —replicó, alzando la voz—. Joven, cobarde… atado a todo lo que esperaban de mí.

—Y lo hiciste de maravilla —ironizé, con una sonrisa amarga—. En el fondo, nunca te necesitamos. Y mucho menos tu dinero.

—El dinero no es lo que importa —murmuró, dando un paso hacia mí.

—Lo dudo. —Crucé los brazos, intentando ocultar el temblor en las manos—. Solo lo dices porque te sobra.

Arthur respiró hondo, con la mirada clavada en mí.

—Fue el dinero lo que me hizo perder lo que más amaba. A ti.

Sus palabras me desarmaron por un segundo.

—No me perdiste, Arthur —susurré, con la garganta cerrada—. Me dejaste. Fue una decisión tuya.

Golpeó la mesa con la mano, la rabia y el arrepentimiento reflejados en su rostro.

—¡Y me arrepiento de esa maldita decisión cada segundo de mi vida!

El sonido reverberó en el despacho, pero ninguno de los dos retrocedió.

El aire se había vuelto demasiado espeso para respirar.

Nos quedamos allí, frente a frente, dos fantasmas de lo que fuimos, dos desconocidos unidos por algo que nunca dejó de existir.

—El arrepentimiento no cambia el pasado —murmuré al fin, rompiendo el silencio—. La cuestión ahora es qué vas a hacer con lo que sabes.

Arthur se pasó una mano por el cabello, intentando controlar las emociones.

El hombre seguro que conocía ahora luchaba por mantenerse en pie, dividido entre la culpa, la esperanza y el miedo.

—Quiero formar parte de la vida de nuestra hija —dijo, con la voz quebrada—. Quiero ser el padre que se merece. Quiero estar presente, aunque me lleve toda la vida ganármelo.

Titubeó antes de continuar, más bajo, más humano.

—Y quiero intentar arreglar las cosas entre nosotros. Si todavía es posible.

Lo miré, sorprendida por su franqueza y, al mismo tiempo, destrozada.

—No es posible —respondí con un tono firme, aunque el corazón gritaba lo contrario—. Al menos no entre nosotros.

Él me sostuvo la mirada en silencio, los ojos empañados, como si mis palabras lo golpearan una vez más.

Parte de mí quería creerle.

Quería decir que quizá habría un nuevo comienzo, que el tiempo podría borrar lo ocurrido.

Pero la otra parte —la que aprendió a sobrevivir sin él— me gritaba que no cediera.

Cerré los ojos un momento, conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer.

Arthur, sin embargo, parecía decidido. Y cuando volvió a mirarme, vi en sus ojos una certeza peligrosa.

Esta vez no se iría. No sin luchar.

Y, por mucho que quisiera negarlo, algo dentro de mí temía —y deseaba— exactamente eso.

ARTHUR VALENTIM

Resolvería los asuntos con mi familia más tarde —explicarles que Lívia había intentado hablar conmigo, contarles cada detalle de lo que había descubierto—, pero en aquel momento mi preocupación era otra.

No podía retroceder en el tiempo.

No podía deshacer las decisiones que tomé ni las consecuencias que trajeron, pero sí podía decidir quién iba a ser a partir de ahora.

Inspiré hondo y la miré, sintiendo cómo cada palabra que estaba a punto de pronunciar pesaba en el aire entre nosotros.

—Quiero formar parte de la vida de mi hija. —Mi voz salió firme, cargada de algo entre súplica y determinación—. No pienso renunciar a eso.

Lívia me observó como si intentara descifrar cada sílaba.

Sus ojos castaños eran un torbellino: miedo, rabia, duda… pero, en el fondo, había un destello de esperanza que casi me robó el aliento.

—Arthur, no lo entiendes… —dijo con la voz temblorosa, los dedos entrelazados sobre el regazo—. Después de todo lo que pasó, pensé en mudarme de ciudad, empezar de nuevo. Lejos de todo esto.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo seco.

La imagen de Lívia marchándose con nuestra hija, desapareciendo otra vez sin dejar rastro, se grabó en mi mente.

Era insoportable.

Sabía que mi mera presencia reabría heridas antiguas. Sabía que tenía todo el derecho del mundo a culparme.

Pero la idea de no formar parte de la vida de nuestra hija era algo que no podía aceptar.

Di un paso hacia ella, bajando la voz, casi en un ruego.

—Lívia, por favor, escúchame. —Tragué saliva, buscando las palabras adecuadas, intentando poner orden en el caos que sentía dentro—. Sé que te hice daño. Sé que tengo mucho por lo que pedir perdón. Pero descubrir que tengo una hija… lo ha cambiado todo para mí.

Alzó los ojos despacio, y por un momento volví a ver en ella a la misma chica que un día me amó con una confianza ciega.

—No quiero ser solo un nombre en un certificado de nacimiento ni un recuerdo lejano. —Cada frase salía de mí con más fuerza—. Quiero estar presente. Verla crecer. Ser un padre de verdad.

Lívia guardó silencio, mordiéndose el labio inferior, el pecho subiendo y bajando con rapidez.

Podía ver la batalla interna en sus ojos: el instinto de proteger a nuestra hija y el miedo a reabrir todo lo que había intentado enterrar.

—¿Y si eso solo trae más confusión a su vida? —murmuró, titubeante—. ¿Y si…?

La interrumpí antes de que terminara.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que eso no ocurra. —Cerré los puños a los lados del cuerpo—. Quiero aprender, Lívia. Aprender a ser el padre que nuestra hija merece. Y el hombre al que tú… quizá puedas volver a respetar. Sé que no será fácil. Sé que tal vez

nunca consigas perdonarme. Pero tengo que intentarlo. Por ella. Y, si me dejas… también por nosotros.

Suspiró hondo, el sonido mezclado con un leve temblor. Sus ojos brillaron con lágrimas que no dejó caer.

—No lo sé, Arthur. Es demasiado que asimilar. —Su voz era baja, pero no derrotada—. Aun así, no puedo negarle a nuestra hija la oportunidad de conocer a su padre. Pero…

Di un paso más hacia ella.

—¿Pero…?

—Quiero que me prometas que no me la quitarás.

Sin pensarlo, extendí la mano y tomé la suya.

El contacto fue repentino, casi instintivo, pero real. Sentí el calor de su piel, la tensión en sus dedos, el pulso acelerado. La miré a los ojos, tan cerca que pude distinguir cada matiz de aquel castaño que me perseguía desde hacía años.

—Jamás haría algo así. —Mi voz salió baja, pero firme—. No sería capaz.

Ella respiró hondo, como si se quitara un peso de encima.

—De acuerdo.

Era un comienzo.

Un hilo frágil de esperanza entre las ruinas de nuestro pasado.

—Gracias por darme esta oportunidad. —Mi voz tembló, cargada de gratitud—. Prometo que estaré aquí para lo que necesitéis. Haré todo lo posible por ser un buen padre… y un hombre mejor.

Nos quedamos así, con las manos entrelazadas, durante largos segundos.

Los recuerdos del pasado regresaron como una película: las risas compartidas, las promesas susurradas, la primera vez que la abracé. Todo lo que había dejado escapar.

Lívia rompió el silencio, titubeante, pero decidida.

—Tengo que volver a confiar en ti, Arthur. No será fácil. Pero… por nuestra hija, estoy dispuesta a intentarlo.

Un nudo se me formó en la garganta.

Sabía que reconstruir aquello exigiría tiempo, paciencia y, sobre todo, hechos. No palabras.

Apreté suavemente su mano.

—Entonces lo haremos juntos. Por ella.

Asintió, y por un instante vi en sus ojos un brillo olvidado —una chispa de optimismo que no veía desde hacía años.

Nuestro acuerdo no borraba el pasado, pero era un paso.

Un comienzo.

Una puerta entreabierta hacia un camino que estaba dispuesto a recorrer, por largo y doloroso que fuese.

Y, en el fondo, mientras la miraba, comprendí una verdad que no me atrevía a pronunciar en voz alta:

No solo quería ser un buen padre. Quería ser el hombre al que Lívia pudiera volver a amar.

Y estaba decidido a hacer lo imposible para que, algún día, lo hiciera.



«Era el misterio que me hacía amar todas las preguntas sin respuesta, la paz que solo encontraba en el caos de su abrazo.»

LÍVIA MEDEIROS

—¿Crees que hiciste bien? —preguntó Marina, apoyando la barbilla en la mano, con una mezcla de curiosidad y preocupación en la mirada.

Suspiré, removiendo distraídamente el café de la taza frente a mí.

—No lo sé, amiga… sinceramente, no lo sé.

Estábamos en nuestro café de siempre, ese que parecía pertenecer a nosotras: paredes cubiertas de fotografías en blanco y negro, aroma a café recién molido y un silencio reconfortante que nos envolvía cada vez que íbamos allí.

Pero aquel día ni el olor del café ni las risas amortiguadas de las otras mesas lograban alcanzarme.

Todo lo que Arthur me había dicho volvía en oleadas, mezclándose con la ansiedad del nuevo trabajo y con el miedo constante de estar tomando las decisiones equivocadas.

Marina, como siempre, era mi punto de equilibrio.

El tipo de amiga que escucha sin interrumpir, sin juzgar, y que sabe exactamente qué decir… incluso cuando no quiero oírlo.

—Cuéntame más sobre esa conversación con Arthur —pidió, inclinándose un poco hacia mí—. ¿Cómo te sentiste?

Cerré los ojos un instante y respiré hondo.

Las palabras salieron con dificultad, como si tuviera que convencerme de que todo aquello había pasado de verdad.

—Fue intenso —admití—. Quiere formar parte de la vida de nuestra hija. Y, en el fondo… no sé si estoy preparada para dejarle entrar otra vez. No después de todo.

Marina asintió despacio, con una mirada suave, comprensiva.

—Lo imagino. —Bebió un sorbo de café, pensativa—. Pero al menos el trabajo nuevo te estará animando, ¿no?

Se me escapó una sonrisa antes de poder contenerla.

—Sí, estoy ilusionada. Es una buena oportunidad. El sueldo es mejor y, por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo empezar algo mío, ¿sabes?

—Eso es genial —dijo con entusiasmo—. Pero… ¿y Arthur? —preguntó con ese tono prudente de quien sabe que está a punto de tocar una herida—. Quizá todo esto sea una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —repetí, arqueando las cejas—. ¿Una oportunidad de qué, Marina? ¿De volver a hacerme daño?

Encogió los hombros, imperturbable.

—Tal vez una oportunidad de cerrar ciclos. O… quién sabe, de abrir otros nuevos.

Reí con ironía, pero la risa se apagó enseguida.

—Eso es justo lo que me da miedo. ¿Y si me equivoco? ¿Y si todo esto solo confunde aún más a mi hija?

—Lívia… —dijo con voz suave, pero firme—. Eres una madre increíble. Y sé que cualquier decisión que tomes será pensando en ella. Pero… —hizo una pausa, eligiendo bien las palabras— las personas cambian, ¿sabes? A veces no como quisiéramos, pero cambian.

Suspiré, mirando por la ventana.

Fuera, el bullicio de la calle contrastaba con el caos que llevaba dentro.

—Ojalá pudiera creer que ha cambiado —murmuré.

—¿Y cómo llevas eso de que ahora sea tu jefe? —preguntó Marina, probablemente intentando aligerar la conversación.

Solté una risa breve, sin humor.

—De momento, mezclando nervios con curiosidad. Parte de mí quiere demostrar que soy capaz, que no depende de él. Y otra parte… —dudé, buscando su mirada— todavía se pierde cuando me mira de esa forma.

Marina levantó las cejas, una sonrisa traviesa asomando en sus labios.

—¿"De esa forma"?

Puse los ojos en blanco.

—Ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. —Rió, pero enseguida recuperó la seriedad—. Haz caso a tu corazón, Lívia. No tienes que decidir nada ahora. Observa cómo se desarrollan las cosas: en el trabajo, con tu hija… y con él. Tienes derecho a proteger tu corazón —y el suyo también.

La miré, buscando en sus palabras el consuelo que me faltaba.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. —Apretó mi mano sobre la mesa, con ese calor familiar que siempre me devolvía el equilibrio—. La vida está hecha de riesgos. En el amor, en el trabajo… Lo importante es recordar que no estás sola. Me tienes a mí, a tu hija… y ahora este nuevo comienzo.

El nudo en el pecho empezó a deshacerse.

Charlamos durante horas. Hablamos de planes, del colegio de Ana Clara, del futuro —ese futuro que de repente parecía incierto, sí, pero ya no tan aterrador.

Marina tenía ese don: el de iluminar mis rincones oscuros, el de recordarme que, a pesar de las cicatrices, aún podía empezar de nuevo.

Y, mientras hablaba, sentí algo moverse dentro de mí.

Quizá… solo quizá… fuera capaz de enfrentar lo que venía. Arthur, el trabajo, las heridas y las promesas. Todo.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, sentía una chispa de valentía.

Y, en el fondo, sabía que el mayor riesgo sería no permitirme intentarlo otra vez —por mí, por ella… y quizá, algún día, por nosotros.

ARTHUR VALENTIM

—Cancela todas mis reuniones en otras ciudades este mes y el próximo, Renato. —Mi voz sonó firme, cortante, sin espacio para la duda.

Renato, que me conocía desde hacía años, alzó la vista lentamente del tablet.

Sus ojos expertos me analizaron durante unos segundos, como si necesitara asegurarse de que realmente había oído bien.

—¿Está seguro? —preguntó, con un tono contenido, pero cargado de preocupación.

Sabía perfectamente lo que significaba aplazar tantas negociaciones y reuniones importantes.

—Nunca he estado tan seguro en mi vida. —La respuesta me salió automática, casi instintiva, y aun así me sorprendió la fuerza con la que la pronuncié.

Ana Clara.

Solo pensar en su nombre bastaba para derrumbar cualquier resistencia dentro de mí.

Una calidez me recorrió el pecho, una sensación de plenitud que hacía años no recordaba.

Era extraño: como si algo en mi interior, una parte que había permanecido dormida, por fin despertara.

—Tiene citas con inversores internacionales, Arthur. La compra de los nuevos hoteles en São Paulo y Salvador depende de usted. Si lo aplaza ahora, podría perder terreno.

Lo miré con calma, pero con una firmeza que no dejaba espacio para réplicas.

—Ponga a alguien en mi lugar, Renato. —Crucé los brazos, decidido—. Lo que tengo que resolver aquí es más importante que cualquier contrato.

Frunció el ceño.

—¿Qué piensa hacer?

Aparté la mirada por un momento, observando por la ventana panorámica del despacho.

El sol empezaba a esconderse tras las colinas de Florianópolis.

El mar, abajo, reflejaba tonos dorados y anaranjados, y por un instante el peso de mi decisión pareció más ligero.

—Quedarme. —Respondí con simplicidad—. Quedarme y hacer lo que debería haber hecho hace seis años.

Renato respiró hondo.

—Está hablando de Lívia, ¿verdad?

Asentí despacio.

—Y de mi hija.

Dejó el tablet sobre la mesa, los hombros relajados, como si comprendiera la magnitud de lo que acababa de escuchar.

—¿Cree que lo perdonará?

La pregunta quedó suspendida en el aire unos segundos.

Sabía que no hablaba con escepticismo, sino con realismo.

—No lo sé. —Reconocí tras un breve silencio—. Pero no puedo seguir huyendo de lo que hice. Fallé con ella una vez, y no voy a repetir ese error con nuestra hija. —Me pasé una mano por el cabello, intentando contener la emoción que amenazaba con quebrarme la voz —. Quiero redimirme, Renato. Y eso empieza ahora.

Me observó en silencio, y percibí que, aunque intentaba mantener la profesionalidad, en su mirada se asomaba un atisbo de admiración.

—Ha cambiado de verdad. —Esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, antes de continuar—. ¿Y su familia? Ellos ocultaron que Lívia intentó hablar con usted hace años. ¿Piensa enfrentarse a ellos?

Apreté la mandíbula.

—Aún no. —Elegí con cuidado cada palabra—. Harían cualquier cosa por mantenerla lejos otra vez. Y no puedo permitirlo. Primero quiero asegurarme de que Lívia y Ana Clara estén bien. Luego me ocuparé del resto.

Renato asintió, aunque su expresión seguía teñida de preocupación.

—Está apostando fuerte, Arthur.

Esbocé una sonrisa torcida, sin rastro de humor.

—Siempre lo he hecho, Renato. La diferencia es que esta vez no es por dinero.

Soltó una breve risa, pero en sus ojos permanecía la misma inquietud de siempre.

—De acuerdo. Haré los ajustes necesarios y reorganizaré la agenda. Pero espero, de verdad, que todo esto merezca la pena al final.

Volví a mirar por la ventana.

El cielo, ahora teñido de azul oscuro, se reflejaba en la fachada acristalada de los edificios vecinos y, por un instante, me vi a mí mismo. Un hombre distinto al que un día eligió el poder en lugar del amor.

—Lo merecerá. —Afirmé más para mí que para él, en un susurro cargado de promesa—. Esta vez, lo merecerá.

Renato asintió en silencio, recogió el tablet y salió del despacho. Me quedé allí, solo, observando el horizonte disolverse en la oscuridad.

Por primera vez en años, tenía algo que valía más que todos los negocios del mundo: la oportunidad de recuperar el tiempo perdido.

Y en el fondo, me acompañaba una certeza: estaba preparado para luchar por ellas.

Por Lívia. Y, sobre todo, por Ana Clara.



Cumplí con todo el trabajo ejecutivo que tenía pendiente aquel día, pero, a diferencia de otras veces, no sentí el orgullo habitual al ver mi agenda vaciarse.

Cada reunión, cada llamada, cada documento firmado me acercaban a un único momento que sabía que era inevitable.

Cuando por fin terminé, bajé al vestíbulo principal del hotel.

Las luces cálidas iluminaban el lobby con una elegancia silenciosa, aunque para mí todo parecía más intenso, como si cada detalle estuviera en alta definición.

Esperé a cierta distancia mientras Lívia terminaba su turno.

Pasó la tarjeta por el control horario con movimientos mecánicos, pero su rostro mostraba el cansancio de quien carga con algo más que un simple día de trabajo.

Cuando se giró, yo ya estaba allí, frente a ella, decidido.

—¿Qué quieres, Arthur? —preguntó, cruzándose de brazos. Su voz sonó firme, pero en su mirada se adivinaba un nerviosismo contenido.

Tragué saliva.

—Quiero conocer en persona a nuestra hija.

Por un instante, el mundo se detuvo.

Lívia no dijo nada. Me miró simplemente, con los ojos castaños muy abiertos, un brillo indefinido entre el miedo y la sorpresa.

Pero no tenía por qué temer.

—Yo… —vacilé, buscando las palabras adecuadas—. Necesito hablar con ella. Decirle que tiene un padre y…

—De momento no hace falta que se lo digas. —Me interrumpió con voz baja, pero firme—. Solo dile que eres un amigo mío.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

Lívia respiró hondo, pasándose una mano por el pelo en un gesto nervioso que recordaba demasiado bien.

—Sé que todo esto es mucho para asimilar. —Sus ojos se encontraron con los míos, fijos, escrutadores—. Y entiendo si tienes tus dudas, pero quiero hacerlo bien. Si somos demasiado directos, podríamos asustarla. No te conoce, Arthur.

Di un paso hacia adelante, bajando la voz hasta casi un susurro.

—Y quiero ganarme su confianza. La tuya también. Poco a poco. Quiero que me vea como alguien en quien puede confiar, alguien que se preocupa… antes de saber que soy su padre.

El silencio se prolongó.

Lívia me observaba como si pudiera leerme el alma, sopesando cada palabra.

Veía la lucha en su rostro: el instinto de proteger a su hija de cualquier daño frente a la esperanza tenue, casi invisible, de que las cosas pudieran ser distintas.

—¿De verdad crees que funcionará? —preguntó con voz suave, incierta.

—Eso espero —respondí, con una sinceridad que salió de lo más hondo—. No quiero irrumpir en su vida como un huracán, darle la vuelta a todo y esperar que me acepte. Quiero construir algo real, un vínculo verdadero con ella… y contigo.

Lívia suspiró, bajando la mirada antes de volver a alzarla hacia mí.

—Vas a necesitar mucha paciencia, Arthur. Es una niña muy lista, pero también muy sensible. —Su voz temblaba; cada palabra estaba impregnada de amor y de miedo de madre.

—Tengo toda la paciencia del mundo. —Me acerqué un poco más, los ojos fijos en los suyos—. No importa lo que pase, estaré aquí para ella. Y para ti, si me dejas.

Era un terreno nuevo, frágil, pero cada frase que intercambiábamos era un paso.

Por nuestra hija estábamos construyendo algo distinto, intentando, con cuidado, recomponer lo que un día se rompió.

—Sabes que no te he perdonado por lo que hiciste, ¿verdad? —dijo, con firmeza, como si necesitara recordar los límites.

—Lo sé —admití sin dudar.

—Si haces lo mismo con nuestra hija, yo…

Levanté una mano, interrumpiéndola con suavidad.

—No hace falta que termines. Haré lo correcto. No os abandonaré. Me quedaré en la ciudad el tiempo que haga falta. —Mi voz sonó firme, cargada de convicción—. Me equivoqué en el pasado, Lívia. Pero ahora soy un hombre distinto. Sé lo que quiero.

Me miró durante lo que pareció una eternidad.

No sé qué pasaba por su cabeza en ese momento, pero sentí que entre nosotros se forjaba una decisión silenciosa.

Yo también tenía la mía. Y la cumpliría.

Costara lo que costara.



«Nuestro amor era un fuego sereno, que calentaba el alma con dulzura sin consumirla, iluminando nuestros días con su llama persistente.»

LÍVIA MEDEIROS

Seguí mirando a Arthur y, esta vez, algo en sus ojos me desarmó.

Ya no era la mirada calculada de antes, ni aquella frialdad que yo había aprendido a usar como muralla para no perderme.

Era algo nuevo. Profundo.

Estaba decidido.

Decidido a quedarse, a luchar por nuestra hija —por nosotros —, aun sabiendo que su partida me había dejado cicatrices que no se borrarían fácilmente.

Y, a pesar de todo, sentía en él una fuerza distinta, una determinación que no reconocía… o quizá que nunca me había permitido admitir que siempre había estado ahí.

Era extraño. Inquietante. Y, al mismo tiempo, reconfortante.

Mientras hablaba, mi mente me arrastró lejos de aquella sala, hacia los días en los que todo parecía tan sencillo.

Recordé las mañanas soleadas en la playa, la sal en la piel, el viento enredándose en el pelo mientras reíamos sin motivo.

Recordé las noches estrelladas, tumbados en la arena, hablando de sueños y haciendo planes que parecían posibles.

Éramos demasiado jóvenes, demasiado enamorados, demasiado ingenuos para comprender las vueltas que la vida aún nos tenía preparadas.

Arthur siempre tuvo esa capacidad de mirar más allá del horizonte, de soñar a lo grande.

¿Y yo? Yo creía en él más que en mí misma. Seguía sus sueños como si fueran los míos… hasta que, de repente, su camino dejó de incluirme.

Su partida no fue solo física. No fue un simple cambio de casa ni de vida. Fue un terremoto que derrumbó los cimientos de lo que yo creía que era el amor verdadero.

Y desde entonces aprendí a construir mis propios pilares, aunque temblaran, aunque estuviera sola.

Ahora, al verlo frente a mí, comprendía con una claridad dolorosa cuánto me había marcado aquel tiempo juntos.

Pese al dolor, pese al resentimiento, hubo momentos felices que habían dejado una huella imborrable en mi corazón.

Una huella que pasé años intentando ignorar.

—Lívia… —su voz rompió el hilo de mis pensamientos, baja y cargada de emoción—. Sé que me equivoqué. Sé que las palabras no bastan para curar las heridas que te causé. Pero estoy aquí, dispuesto a hacer lo que haga falta para reparar el pasado y construir un nuevo futuro. Para nosotros. Para nuestra hija.

Sus últimas palabras resonaron dentro de mí.

Nuestra hija. Dicho así sonaba tan sencillo, pero la realidad era infinitamente más compleja.

Tragué saliva, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con arrastrarme.

Parte de mí quería creerle. Parte de mí quería huir.

Y otra parte —la más peligrosa— quería tenderle la mano.

—Arthur, yo… —mi voz se quebró. Tuve que hacer una pausa, buscar aire. Miré hacia abajo y luego volví a enfrentar su mirada—. No sé si puedo simplemente olvidar todo lo que pasó. Pero por ella, por nuestra hija, estoy dispuesta a intentar convivir contigo.

Vi un destello de alivio en sus ojos, como un rayo de luz atravesando un cielo encapotado.

Una sonrisa cauta asomó en sus labios, casi tímida —algo que no recordaba haber visto nunca en él.

Era un comienzo.

Un paso vacilante hacia algo que ninguno de los dos sabía en qué se convertiría. Pero era, aun así, un paso que estábamos dispuestos a dar. Juntos.

Mientras nos mirábamos, se formó entre nosotros un entendimiento silencioso.

El camino que teníamos por delante sería difícil, lleno de desafíos e incertidumbres.

Pero, por primera vez desde su marcha, sentí un hilo de esperanza tejiendo el enredo de emociones que componían nuestro pasado.

—Quiero que sepas que esperaré el tiempo que haga falta —dijo con calma—. Y te daré espacio, si lo necesitas.

Lo miré, aún con el corazón encogido.

—De acuerdo. Solo… necesito pensar un poco.

Asintió, con la mirada firme, sin presionar.

—Estaré aquí para lo que necesites, Lívia. No lo olvides.

Y en ese instante comprendí que, por mucho que intentara resistirme, algo dentro de mí empezaba a cambiar.

No era perdón todavía. No era olvido.

Pero era un principio.

Una rendija de luz en una habitación que había permanecido a oscuras durante años.



Al llegar a casa, el sonido de los pasos apresurados de Ana Clara resonó por el pasillo antes incluso de que cerrara la puerta.

Apareció en el salón como un pequeño torbellino de alegría, el pelo suelto balanceándose, los ojos brillando de entusiasmo.

—¡Hola, mamá! —dijo, lanzándose a mis brazos.

La abracé con fuerza, inhalando el aroma familiar de su champú infantil y el calor suave de su cuerpecito contra el mío.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal tu día?

Se apartó lo justo para mirarme, con el rostro iluminado por una sonrisa enorme.

—¡Genial! ¡Hoy he dibujado un sol muy grande y amarillo en el cole!

La emoción en su voz me calentó el pecho.

Había en su alegría una pureza que hacía el mundo más ligero, como si nada más importara que aquel momento.

—¿Ah, sí? No puedo esperar para verlo. Seguro que es precioso. —Me agaché a su altura y la abracé otra vez, absorbiendo esa ternura que siempre conseguía borrar cualquier cansancio o preocupación.

Apoyó la carita en mi hombro y preguntó, con su habitual dulzura curiosa:

—¿Y el trabajo, mamá?

Sonreí, acariciando su pelo fino.

—Bien, cariño. He trabajado mucho, pero pensar en volver a casa y verte es lo que de verdad me hace feliz. —Le di un beso en la frente, y ella me devolvió la sonrisa, complacida.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —preguntó con los ojos brillantes de expectación.

—Pues… —hice una pausa, dejando el suspense en el aire— estaba pensando en hacer algo especial.

—¿Especial? ¿Como… una peli con palomitas? —Llevó las manos a la cara, ya emocionada.

—Exactamente.

—¡Bien! —gritó, aplaudiendo.

Cumplí mi promesa.

Elegimos Coco, una de sus películas favoritas. Nos pusimos los pijamas más cómodos, preparamos un bol enorme de palomitas y nos acurrucamos en el sofá.

Pero antes de que la película empezara, se giró hacia mí, curiosa.

—Mamá, ¿por qué es especial hoy la peli?

La inocencia de su pregunta me hizo sonreír, aunque un leve peso se instaló en mi pecho.

—Porque estamos juntas —respondí, acariciándole la mejilla—. Solo tú y yo, haciendo lo que más nos gusta.

Dudé un instante, a punto de mencionar el tema que me rondaba la cabeza, pero decidí que aún no era el momento.

—Y también porque quería recordarte cuánto te quiero. Y lo importante que eres para mí.

Sus ojos se iluminaron, y una sonrisa enorme se extendió por su carita.

—Yo también te quiero, mamá. ¡Más que… todo el universo! —Abrió los brazos cuanto pudo, riendo, y yo reí con ella, con el corazón derretido.

Nos acurrucamos una contra la otra mientras empezaba la película.

Las luces de colores de la pantalla se reflejaban en su rostro, y yo la observaba entre escena y escena, grabando en mi memoria cada risa, cada comentario espontáneo.

—¡Mamá, está cantando para su abuela! —exclamó en un momento, fascinada.

—Sí, cariño. —Susurré, con la voz entrecortada por una ternura que me desbordaba.

Durante casi dos horas, el mundo exterior dejó de existir.

Solo éramos nosotras dos, en el refugio de nuestra pequeña burbuja de amor y paz.

Cuando terminó la película, bostezó alto, frotándose los ojitos con las manos diminutas.

—Hora de dormir, pequeña —murmuré, apagando la tele y ayudándola a incorporarse.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me duerma? —preguntó con un hilo de voz soñoliento.

—Claro que sí. —Le cogí la manita mientras caminábamos hacia su habitación—. Siempre me quedo.

Se metió en la cama, el edredón colorido subiéndole hasta la barbilla.

Me quedé observándola un momento, con el corazón apretado por un amor que no cabía dentro de mí.

Respiré hondo. Era hora de decir lo que llevaba días posponiendo.

—Hija… —empecé, sentándome al borde de la cama—. Quería contarte algo sobre un amigo de mamá.

Parpadeó, intrigada.

—¿Un amigo? ¿Quién es?

—Alguien a quien conocí hace mucho tiempo, cuando vivía en otra ciudad. —Elegí las palabras con cuidado, sin prisa—. Ahora vive aquí, en Florianópolis. Y… está muy ilusionado por conocerte.

Abrió los ojos de par en par, encantada.

—¿Le gustan los dibujos también?

Reí bajito.

—Estoy segura de que sí. Y creo que le encantará ver tu dibujo del sol.

—¿Y cuándo lo voy a conocer? —preguntó, ya entusiasmada.

—Aún no lo sé. Pero quizá podamos ir al parque, ¿qué te parece? Así os conocéis y jugáis un rato.

—¡Va a ser divertidísimo! —exclamó, abrazándome con fuerza —. Te quiero, mamá.

Le besé la cabeza, con el corazón dividido entre ternura y ansiedad por lo que estaba por venir.

—Yo también te quiero, mi ángel. Más que a nada en el mundo.

La tapé con el edredón, acariciando su cabello hasta que el sueño la venció.

Me quedé observándola dormir: cada respiración pausada, cada movimiento leve.

Allí, en el silencio de la habitación, hice una promesa silenciosa: haría cualquier cosa por proteger esa sonrisa, esa pureza.

Y si el destino había traído de vuelta a Arthur a nuestras vidas, enfrentaría lo que hiciera falta… por ella.

Me incliné y besé su frente.

—Siempre estaré aquí para ti, mi pequeña —susurré, con la voz quebrada—. Siempre.

Salí del cuarto despacio, cerrando la puerta con cuidado, llevándome conmigo el sonido suave de su respiración… y el peso dulce de un amor que me hacía más fuerte que cualquier miedo.



«Como dos notas en una partitura, nuestro amor componía la sinfonía de la existencia, cada momento juntos una armonía etérea.»

ARTHUR VALENTIM

Llevaba una semana en Florianópolis —siete días que parecían haber puesto mi vida patas arriba.

En solo una semana había vuelto a ver al gran amor de mi vida, había descubierto que tenía una hija… y, por primera vez en años, algo dentro de mí se había movido de sitio.

Mi mente, antes dominada por gráficos, contratos y objetivos, tenía ahora una nueva meta: reconstruir mi familia.

Siempre había sido un adicto al trabajo, y el trabajo era mi refugio, mi forma de silenciar lo que no quería sentir. Pero, en aquel momento, lo que antes me protegía se había convertido en un peso inútil.

Había tomado malas decisiones —tantas que ya había perdido la cuenta.

Pero ninguna dolía tanto como la que me separó de Lívia.

En aquel entonces me convencí de que no tenía otra opción. Mis padres no aprobaban nuestra relación, y yo, cobarde, les obedecí.

Pero la verdad era otra: sí la tenía. Y, al final, fui yo quien decidió dejarla.

El recuerdo me corroía. Un sabor amargo que el tiempo nunca consiguió borrar.

Ahora, sin embargo, el destino me ofrecía una segunda oportunidad —y no pensaba desperdiciarla.

—Todo listo —anunció Renato al entrar en el despacho, con la carpeta de informes bajo el brazo—. Ya he organizado lo que pidió. Alguien le representará en las reuniones más importantes, y el resto las he aplazado para dentro de dos meses.

Asentí, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme?

—No. Ya lo tengo todo controlado. Haga lo que tenga que hacer, Arthur. Conozca a su hija. Recupere a Lívia. —Hizo una pausa, mirándome con esa mezcla de firmeza y complicidad—. Sé que aún la quiere.

Renato era mucho más que mi asistente.

Era mi amigo más leal, el único que conocía todas mis versiones: el hombre arrogante, el empresario incansable y, ahora, el padre arrepentido que intentaba redimirse.

—Gracias, Renato. —La voz me salió ronca, cargada de un peso que intentaba disimular.

Se acercó y se sentó frente a mí. Su mirada era serena, pero firme.

—Arthur, sé que estás atravesando un gran cambio. —Hablaba despacio, escogiendo las palabras con cuidado, como quien intenta curar una herida sin tocarla—. Si me permites un consejo, aquí va: la clave para reconstruir cualquier relación es la paciencia y la honestidad. No intentes forzar nada. Deja que las cosas fluyan por sí solas.

Asentí, incapaz de disimular la inquietud.

La ansiedad me devoraba.

Quería correr hacia Lívia, abrazar a mi hija, recuperar el tiempo perdido. Pero tenía razón. Si intentaba forzar el ritmo, acabaría destrozándolo todo otra vez.

—¿Y el trabajo? —pregunté, buscando cambiar de tema, aunque en el fondo seguía necesitando su aprobación.

Renato soltó una risa breve.

—Arthur, ya has hecho lo más difícil: soltar el control. Eso, viniendo de ti, es casi un milagro. —Se inclinó hacia adelante—. Ahora confía en el equipo que has construido. Son buenos. Mantendrán todo en marcha.

Desvié la vista hacia la ventana. El sol poniente bañaba la ciudad con un tono anaranjado y sereno.

—Solo espero ser capaz de equilibrarlo todo.

Renato se levantó y me apoyó una mano en el hombro. Un gesto sencillo, pero cargado de fuerza silenciosa.

—Lo conseguirás. —Sus ojos reflejaban convicción—. Lívia y tu hija necesitan ver al Arthur que yo conozco: el hombre capaz de amar, de entregarse, de luchar por lo que de verdad importa.

Tardé unos segundos en responder. La garganta se me cerró, y un nudo de emoción se instaló allí.

—Esta vez no pondré el dinero por delante de nada —murmuré, más para mí que para él.

Renato sonrió, satisfecho.

—Así es. Quédate el tiempo que necesites aquí. Yo me encargo del resto.

Asentí, sintiendo una extraña mezcla de alivio y miedo.

—De acuerdo.

Salió del despacho, dejándome a solas con mis pensamientos.

Miré los documentos sobre la mesa —contratos, informes, propuestas millonarias— y, por primera vez en mucho tiempo, comprendí que nada de aquello pesaba lo mismo.

Mi mundo siempre se había basado en decisiones calculadas, pero ahora todo se reducía a algo sencillo: Lívia y Ana Clara.

La familia que dejé atrás. La familia que estaba dispuesto a recuperar.

Me recosté en la silla y cerré los ojos, permitiéndome respirar hondo, despacio, como quien intenta preparar el corazón para lo que viene.

Esta vez no huiría. Esta vez me quedaría.

LÍVIA MEDEIROS

Desde el momento en que acepté el puesto de recepcionista en aquel hotel, supe que me esperaban desafíos. Pero nunca imaginé que uno de ellos sería descubrir dentro de mí una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

Entre el sonido constante del teléfono, las sonrisas educadas y las voces ansiosas de los huéspedes, encontré una versión de mí misma más paciente, más segura, más viva.

Cada mañana me enfundaba en el mismo uniforme, con el distintivo reluciendo en el pecho y una sonrisa que, por mucho que pareciera ensayada, nacía del corazón.

Aquel mostrador era mi escenario, y yo estaba aprendiendo a dominar cada escena.

Esa mañana, mientras el aroma del café recién hecho se extendía por el vestíbulo, una señora se acercó al mostrador. Bastó una mirada para notar la tensión en sus hombros y la frustración en su rostro, tan familiar para mí.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarla hoy? —pregunté con la serenidad que, con el tiempo, había aprendido a cultivar.

—Es el aire acondicionado de mi habitación —respondió, suspirando—. Se ha estropeado y la noche ha sido horrible. Apenas he podido dormir por el calor.

Había cansancio en su voz, pero más que eso: una súplica por atención. Y yo sabía que, en el fondo, eso era lo que todos los huéspedes

querían: ser escuchados.

—Lamento muchísimo lo ocurrido —dije con sinceridad—. Haré que alguien suba enseguida a revisarlo. Y, por favor, acepte el desayuno como cortesía de la casa, una pequeña disculpa por las molestias.

La expresión de la mujer se suavizó al instante. La sonrisa agradecida que me devolvió fue la prueba de que, a veces, la empatía vale más que cualquier solución técnica.

Minutos después, una pareja en luna de miel se presentó en el mostrador. El tono del marido dejaba entrever impaciencia, mientras la esposa intentaba disimular la decepción.

—Nos dijeron que la habitación tendría vistas al mar —explicó ella, mirándome con una mezcla de frustración y esperanza.

Rápidamente revisé el sistema, localicé una suite disponible y les ofrecí un cambio de habitación sin coste, acompañado de una cena romántica de cortesía.

El brillo de alivio y felicidad en sus rostros me arrancó una sonrisa involuntaria.

Pequeñas victorias como esa se convirtieron en mi combustible.

Cada agradecimiento, cada mirada tranquila después de resolver un problema me hacía creer que, quizá, realmente estaba en el camino correcto.

Y fue justo en ese instante de calma cuando el sonido inconfundible de la voz de Arthur me alcanzó, como un eco lejano de otra vida.

—Lo estás haciendo increíblemente bien, Lívia. —Apareció detrás de mí, con las manos en los bolsillos, la mirada atenta y… orgullosa.

Me giré despacio, notando cómo el corazón se me aceleraba.

—Gracias. —Intenté mantener el tono profesional, pero mi voz sonó más suave de lo que pretendía—. Solo intento dar lo mejor de mí.

—Y ese "mejor" —dijo acercándose un poco— está marcando la diferencia.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

El bullicio del vestíbulo se desvaneció, las voces se convirtieron en un murmullo lejano.

Solo existía su mirada —la misma que, años atrás, tenía el poder de desarmarme por completo.

Parecía el mismo y, a la vez, no. Más maduro, tal vez. Más contenido.

Pero el efecto que tenía sobre mí seguía siendo devastador.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —pregunté de pronto, con la voz más temblorosa de lo que me habría gustado. Había llegado el momento. Tenía que dar el siguiente paso, por mí y por nuestra hija.

Arthur arqueó una ceja, intrigado.

—Todavía no tengo planes. ¿Por qué?

Respiré hondo.

—Porque quiero que conozcas a Ana Clara.

El tiempo pareció detenerse entre nosotros.

Vi el momento exacto en que mis palabras lo golpearon: el brillo en sus ojos, la sorpresa mezclada con una emoción pura. Por un instante, Arthur no dijo nada.

Solo me miró, como si intentara asimilar la magnitud de lo que acababa de escuchar.

—Yo… —Tragó saliva, la voz quebrándose apenas antes de recuperarse—. Sí. —Una sonrisa contenida apareció en sus labios, pero sus ojos… sus ojos lo decían todo—. Más que cualquier otra cosa.

El pecho se me encogió, una mezcla de miedo y esperanza recorriéndome por dentro.

—Pero quiero que lo hagamos bien. —Hablé despacio, intentando controlar el temblor en mis manos—. Ella aún no sabe nada de ti… y quiero que te conozca primero como mi amigo. Quiero que confíe en ti antes de entender quién eres realmente.

Arthur asintió, y algo en su expresión cambió. Aquel hombre que una vez fue orgulloso y obstinado me miraba ahora con humildad y ternura.

—Lo entiendo, Lívia. —Su voz era firme, pero había dulzura en ella—. Y te prometo que respetaré eso. Haré lo que haga falta para entrar en su vida de la manera más suave posible. Solo quiero una oportunidad… de estar presente. De formar parte de vuestras vidas.

Hubo un breve silencio, y entonces susurré:

—El sábado. En el parque. Le encanta ese sitio.

La sonrisa que se dibujó en su rostro fue la más sincera que le había visto nunca.

—Allí estaré. Gracias… por dejarme intentarlo.

Asentí, incapaz de disimular el nudo que me apretaba la garganta.

—Hasta el sábado, entonces.

Arthur me sostuvo la mirada unos segundos más antes de alejarse, y fue imposible no seguirlo con los ojos.

Mientras se dirigía hacia la salida, me invadió la sensación de que algo empezaba a recomponerse.

Había esperanza.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo al pensar en el futuro. Porque, en el fondo, sabía que aquel encuentro no sería solo el inicio de la relación entre Arthur y Ana Clara.

Sería también el reencuentro de dos almas que, a pesar de todo, nunca dejaron de pertenecerse.



«Era el poeta de mis días grises, escribiendo esperanza en cada línea de su presencia, transformando lo trivial en algo extraordinario.»

ARTHUR VALENTIM

Estaba nervioso —más que en cualquier reunión, presentación o negociación de toda mi vida—.

Esta vez no se trataba de cerrar un contrato, sino de algo infinitamente más valioso:

la oportunidad de conocer a mi hija.

Solo pensarlo hacía que el corazón me latiera con fuerza, casi dolorosamente.

Estaba entusiasmado y aterrorizado al mismo tiempo, incapaz de prever cómo reaccionaría a mi presencia, a mi voz, a mi contacto.

Lívia me había preparado para ese encuentro. Me habló del amor de Ana Clara por el dibujo, de cómo pasaba horas creando mundos coloridos en hojas en blanco —mundos que ella misma inventaba, llenos de vida e inocencia—.

Así que decidí que mi primer regalo sería una invitación a seguir soñando: un estuche de lápices de colores y un cuaderno de dibujo nuevo.

Llegué al parque antes de la hora acordada.

La brisa ligera movía las hojas, y el olor a hierba recién cortada se mezclaba con el dulce aroma del algodón de azúcar de un carrito cercano.

Me senté en un banco, observando a las familias, intentando distraerme, pero el nerviosismo era casi físico.

Mientras esperaba, repasé mentalmente todo lo que Lívia me había contado sobre ella: sus manías, sus gustos, la forma en que fruncía la nariz cuando se concentraba.

Imaginé su voz, su timbre, su risa… y cuando por fin las vi acercarse, se me cortó la respiración.

Lívia caminaba despacio, y a su lado venía una versión en miniatura de ella: el pelo rizado, los ojos expresivos y una sonrisa tan pura que parecía iluminar todo el parque.

El corazón se me detuvo un instante.

Era ella. Mi hija.

—Ana, este es Arthur —dijo Lívia con una sonrisa suave—. Un amigo mío.

—¡Hola, Arthur! —Su voz era ligera, dulce y melodiosa, y supe en ese preciso momento que nunca olvidaría aquel sonido.

Intenté responder, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Yo, que siempre había tenido el control de cualquier situación, de pronto me quedé sin suelo bajo los pies.

—Hola, Ana Clara —alcancé a decir, con la voz más baja de lo que pretendía—. ¿Puedo darte un abrazo?

Miró a su madre, que asintió discretamente.

—Ajá.

Me arrodillé, y ella se acercó con pasos tímidos. Cuando sus bracitos me rodearon, el tiempo se detuvo.

Sentí el perfume dulce de su pelo, el calor de su piel, y algo dentro de mí —algo que ni siquiera sabía que seguía ahí— se rompió y se recompuso al mismo tiempo.

Tenía una hija. Y la estaba abrazando. Cuando se apartó, me miró con curiosidad genuina.

—¿Eres amigo de mamá desde hace mucho?

—Sí —respondí, sonriendo—. Desde hace algunos años.

Asintió, pensativa.

—Hmm…

Aproveché el momento para ofrecerle el regalo.

—Tu madre me ha contado que te encanta dibujar, así que te he traído esto. —Le tendí el cuaderno y la caja de lápices de colores.

Sus ojos se iluminaron como el cielo cuando el sol rompe las nubes.

—¿Es para mí?

—Sí, claro.

—¡Gracias, Arthur! —exclamó, abrazando el regalo con ambas manos—. ¡Voy a dibujar un jardín con estos lápices!

Su risa ligera me arrancó una sonrisa sincera —la primera en mucho tiempo.

—Estoy deseando ver ese jardín. Estoy seguro de que será el más bonito de todos.

Asintió entusiasmada, ya abriendo el cuaderno, mientras Lívia nos observaba con los ojos brillantes.

Su sonrisa —pequeña, contenida, pero genuina— decía todo lo que las palabras no podían.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —sugirió ella, y yo solo pude asentir.

Caminamos lado a lado, con Ana Clara saltando entre los dos, los rizos moviéndose, el cuaderno apretado contra el pecho.

—¿Trabajas, Arthur? —preguntó de repente, con esa curiosidad infantil que te desarma.

Miré a Lívia, que contenía una sonrisa divertida.

—Sí, trabajo. En el mismo hotel que tu mamá.

Pareció satisfecha con la respuesta.

—¿Y te gusta?

Sonreí.

—Mucho. Pero ¿sabes qué es lo que más me gusta? Pasar tiempo con personas especiales.

Soltó una carcajada, un sonido cristalino que me dejó sin defensas.

Agarró la mano de su madre y, por un breve instante, rozó la mía con la punta de los dedos.

Un gesto pequeño, casi imperceptible… pero que hizo que el corazón se me disparara.

A cada paso, intentaba grabarlo todo: la manera en que movía las manos, sus preguntas, la ligereza de su risa.

Era como si cada detalle fuera una joya que no quería perder nunca.

—Arthur, ¿a ti también te gusta dibujar? —preguntó de repente.

—Me gusta, pero seguro que no soy tan bueno como tú.

Sonrió, convencida.

—¡Puedo enseñarte!

Reí, rendido ante la dulzura de su invitación.

—Me encantaría.

Lívia nos observaba en silencio, el rostro sereno, pero sus ojos lo decían todo: me estaba observando, analizando cada gesto, cada palabra.

Y detrás de su prudencia había algo más —una esperanza silenciosa, tal vez.

Cuando encontramos un rincón tranquilo del parque, Ana Clara insistió en que nos sentáramos en la hierba para dibujar juntos.

Acepté, aunque me temblaran un poco las manos.

Abrió el cuaderno, me dio un lápiz y empezó a darme instrucciones con la seriedad de una pequeña maestra.

—Así, Arthur. Las flores tienen que ser grandes, para que parezcan felices.

Hice lo que me dijo, y su risa al ver mi torpe intento me hizo reír también.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —dijo, orgullosa—. Solo tienes que hacer las flores un poquito más grandes.

—Sí, señora —respondí, fingiendo obediencia.

Lívia rió, sentándose a mi lado, la mirada suave posándose sobre nosotros.

Y en ese momento, algo cambió. El mundo pareció ralentizarse.

Mientras las observaba, sentí una oleada de gratitud recorrerme. Estaba allí —no como el empresario, ni como el hijo del hombre poderoso—, sino como padre.

Como alguien que, por primera vez, comprendía lo que significaba amar sin esperar nada a cambio.

—Estoy feliz de estar aquí hoy —confesé, la voz ronca por la emoción, mirándola—. Gracias por permitírmelo.

Ella sostuvo mi mirada durante unos segundos, y en sus ojos había una mezcla de vulnerabilidad y aceptación.

—Yo también estoy feliz, Arthur. —Su voz era baja, pero sincera —. Quizá… esta vez sea el comienzo adecuado.

Asentí, incapaz de apartar los ojos de ella. Y, por un instante, el futuro pareció posible.

Allí, entre lápices de colores, dibujos torcidos y sonrisas sinceras, entendí que algo entre nosotros —algo que el tiempo había intentado borrar— empezaba, en silencio, a renacer.

LÍVIA MEDEIROS

No sabía explicar lo que sentía al verlos juntos.

Había algo casi mágico en aquella escena, algo que me desarmaba por dentro.

Ver a Arthur y a Ana Clara tan cerca, aunque ella aún no conociera la verdad sobre quién era realmente, me provocaba una avalancha de emociones que no sabía cómo controlar.

Por un lado, sentía una felicidad genuina al observar cómo él se adaptaba con naturalidad al papel de “amigo”, mostrando una paciencia y una ternura que no recordaba haber visto en él.

Sus risas se entrelazaban con las de ella, creando una melodía ligera que flotaba por el parque.

La forma en que se inclinaba para escucharla, cómo la dejaba guiarle en su pequeño universo de dibujos, encendía algo dentro de mí que creía dormido.

Pero, por otro lado, volvían los recuerdos —afilados, persistentes—.

Los sueños que construimos y que se deshicieron en el instante en que decidió marcharse.

El silencio, la ausencia, el vacío que dejó y que yo tuve que aprender a llenar sola.

El eco de aquel dolor aún resonaba en algún rincón de mi pecho, como un susurro que nunca se apaga del todo.

Incluso ahora, al verlo allí, tan distinto y a la vez tan familiar, sentía cómo las viejas heridas se removían, probando los límites de lo que creía haber superado.

Mientras los observaba, intentaba reconciliar a esos dos hombres que convivían dentro de él: el Arthur al que amé y que me abandonó, y el padre que podría haber sido todo este tiempo… el que estaba intentando ser ahora.

Era confuso.

Y una parte de mí temía lo que esa nueva dinámica pudiera despertar —en mí, en él, y sobre todo en Ana Clara.

Aun así, no podía negar el destello de esperanza que comenzaba a asomar.

Un hilo sutil, frágil, pero real. Quizá, solo quizá, existiera un camino en el que pudiéramos coexistir.

Tal vez incluso reconstruir algo nuevo, de otra manera. Mi corazón oscilaba entre el miedo y la esperanza.

—¿Crees que será un buen padre? —susurré sin darme cuenta de que lo decía en voz alta.

Una parte de mí aún dudaba.

Tenía miedo de abrir de nuevo la puerta que me había costado años cerrar.

Miedo de dejarlo entrar, no solo en la vida de nuestra hija, sino también en la mía. Pero entonces vi la sonrisa de Ana Clara.

Tan pura, tan llena de vida, mientras le enseñaba el dibujo que habían hecho juntos.

Vi el brillo en los ojos de Arthur —ese orgullo genuino, casi emocionado, cuando elogiaba su creación.

Y, en ese pequeño instante, algo dentro de mí se movió.

Como si una vieja pieza de engranaje, parada durante años, volviera a ponerse en marcha.

Quizá hubiera cambiado. Quizá el tiempo, las pérdidas y la distancia hubieran limado las aristas de aquel hombre que antes se movía solo por ambición.

Y quizá, solo quizá, pudiéramos aprender a ser una familia —una versión imperfecta, remendada, pero verdadera.

Aún quedaban muchas cosas por pensar, tantas conversaciones pendientes, tantas heridas que curar…

Pero, por primera vez en mucho tiempo, me permití sentir esperanza. Los observé un poco más y una sonrisa se me escapó sin darme cuenta.

Era gratitud. Era paz.

Y también la constatación silenciosa de que, a pesar de todo, todavía quedaba amor allí, aunque fuese en pedazos.

—Arthur es guapo, ¿verdad, mamá?

—¿Qué? —La pregunta me pilló por sorpresa, sacándome del trance.

La miré, incrédula, y luego a él, que ya me observaba con una sonrisa divertida en la comisura de los labios.

El rubor me subió a las mejillas antes de poder disimularlo.

—Sí, cariño —acerté a decir, intentando mantener la voz neutra, sin éxito.

Arthur arqueó una ceja, visiblemente divertido con mi turbación.

La mirada que me lanzó fue una provocación muda, una mezcla de ternura y algo más… algo que me hizo contener la respiración por un segundo.

—¡Y dibuja muy bien, mamá! —añadió Ana Clara, entusiasmada, ajena a la tensión que flotaba en el aire—. ¡Me ha ayudado a hacer el parque más bonito del mundo!

Extendió el dibujo, y me incliné para verlo.

Había trazos infantiles mezclados con líneas firmes —la huella de dos mundos que se encontraban.

—Me alegra que os lo hayáis pasado tan bien —dije, sonriendo primero a mi hija y luego, inevitablemente, a él.

Arthur mantuvo la mirada fija en mí unos segundos, más serio ahora, y el tiempo pareció estirarse entre los dos.

Había algo no dicho, algo que pesaba más de lo que las palabras podían soportar.

El resto del día transcurrió con una ligereza que no sentía desde hacía años.

Reímos, hablamos, vimos a Ana Clara correr por la hierba mientras el sol se ponía, tiñendo el cielo de dorado.

Por unos instantes, todo pareció… simple. Pero dentro de mi cabeza nada era simple.

Vivía dividida entre el miedo y las ganas de creer.

Entre un pasado que aún dolía y un futuro que, por primera vez, se insinuaba posible.



«Nuestro amor trascendió las páginas de la vida, escribiéndose en las estrellas, como un testimonio eterno de nuestra pasión inmortal.»

LÍVIA MEDEIROS

El camino hasta mi casa era corto, pero la tensión que llenaba el coche de Arthur hacía que cada segundo se alargara como una eternidad.

El silencio entre nosotros no era incómodo, pero sí denso, cargado de pensamientos, de recuerdos y de todo lo que no habíamos dicho en tantos años.

Mientras él conducía, observaba el reflejo de la ciudad en las ventanillas: las luces deslizándose deprisa, el sonido amortiguado de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

Era una noche cualquiera y, aun así, había algo distinto. Quizá porque, por primera vez en mucho tiempo, sentía algo parecido a la esperanza.

Miré por el retrovisor y vi a Ana Clara en el asiento trasero, con el cuaderno de dibujo en el regazo, el rostro iluminado por una sonrisa soñadora. Garabateaba algo, probablemente inspirada por el tiempo que había pasado con él.

Aunque aún no conocía la verdad, ya lo miraba con una admiración que dolía y sanaba al mismo tiempo.

Cuando nos detuvimos frente a mi casa, Arthur apagó el motor, pero nadie se movió enseguida.

El canto distante de las cigarras llenaba el silencio entre nosotros.

—¿Lista, cariño? —pregunté, girándome hacia mi hija.

Asintió, guardando los lápices con cuidado.

—Anda, ve —le pedí, abriendo la puerta.

Ana Clara bajó animada, pero antes de entrar se volvió hacia Arthur, con los ojos brillantes.

—¿Volveremos al parque otro día?

Arthur sonrió, con una expresión suave y llena de ternura.

—Cuando quieras, Ana Clara. Si te apetece, puedo llevarte a otro sitio. A ti y a tu madre.

—¿A dónde? —preguntó, arqueando las cejas, curiosa.

Él hizo una pausa teatral, divertido.

—Será una sorpresa.

—¡Me encantan las sorpresas! —exclamó antes de darme un beso rápido y correr hacia dentro.

La observé desaparecer detrás de la puerta, con el corazón apretado por una mezcla de amor y de aprensión.

Cuando miré a Arthur, seguía a mi lado, con las manos en los bolsillos, mirándome con ese gesto que conocía demasiado bien: una mezcla de arrepentimiento y deseo que siempre lo delataba.

—Es increíble —murmuró.

—Lo es. —Respiré hondo, intentando mantener la calma—. Y se merece lo mejor.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

El viento nocturno mecía ligeramente mi pelo, y él parecía luchar contra algo invisible… quizá el peso del pasado.

—Lívia, yo… —empezó, la voz ronca, cargada de duda.

Pero antes de que pudiera continuar, las palabras se me escaparon, afiladas y dolorosas.

—¿Por qué me dejaste? —pregunté, mirándolo de frente—. Quiero la verdad, Arthur. Toda.

Bajó la mirada unos segundos, respirando hondo, los hombros hundidos bajo un peso que parecía demasiado grande. Cuando volvió a mirarme, en sus ojos había una sinceridad cruda.

—Nunca creí que estuviera tomando la decisión correcta —confesó—. En aquel momento era… débil. La presión de mi familia, las expectativas, el apellido, el dinero… todo parecía más grande que

nosotros. Y me dejé engañar, creyendo que seguir el camino que ellos habían trazado era lo que necesitaba para ser feliz.

Su voz vaciló, y el silencio que siguió dolió más que cualquier palabra.

—Pero decías que me amabas —susurré—. Teníamos planes, Arthur. Me prometiste una vida juntos.

—Te amaba, Lívia —respondió sin dudar, dando un paso hacia mí—. Y aún te amo. Pero entonces estaba tan obsesionado con no decepcionar a nadie que terminé decepcionando a la única persona que de verdad importaba. —Sus ojos brillaron, humedecidos—. Elegí mal. Y me arrepiento cada día desde entonces.

Aquel arrepentimiento, tan cargado de emoción, me golpeó con fuerza.

Por un instante quise creerle. Pero al mismo tiempo, la vieja herida ardió como si nunca hubiera cicatrizado.

—¿Y ahora? —pregunté, cruzándome de brazos, intentando disimular el temblor de mis manos—. Ahora que sabes de Ana Clara, ¿qué cambia?

Arthur se pasó una mano por el pelo y soltó un suspiro pesado.

—Cambia todo. —Su voz sonó firme, aunque se quebró un poco al final—. Saber que tengo una hija… nuestra hija… hace que cada decisión equivocada del pasado me parezca aún más cruel. Perdí años, Lívia. Años que jamás recuperaré. Y eso me duele cada día. —Respiró hondo—. Pero quiero intentar arreglarlo, aunque me lleve toda la vida.

El silencio que siguió parecía contener el mundo entero.

Una parte de mí quería perdonarlo, dejarlo entrar, permitirle formar parte de la vida de nuestra hija.

Pero la otra… la que él había dejado sola, destrozada y embarazada… aún sangraba.

—No sé si puedo olvidarlo todo, Arthur. —Mi voz salió baja, temblorosa—. Necesito tiempo. Y tendrás que demostrarme, no solo con palabras, sino con hechos, que de verdad has cambiado.

Asintió despacio.

—Lo sé. Y estoy dispuesto a hacerlo. —Dio un paso más cerca, los ojos fijos en los míos—. El tiempo que haga falta, Lívia. Quiero una oportunidad. No solo para ser el padre que Ana Clara merece… sino para intentar recuperar a la mujer que perdí.

El sonido de mi respiración pareció llenarlo todo.

—No será fácil —murmuré—. Las heridas siguen abiertas.

—Lo sé —respondió, con voz baja y densa—. Pero quiero estar aquí para curarlas, una a una. Aunque tarde. Aunque no vuelvas a amarme.

Hubo algo en sus palabras que derribó mis defensas por un instante.

Parecía sincero. Parecía… humano.

—Tendrá que ser poco a poco, Arthur —dije, firme—. Y todo empieza por Ana Clara. Ella es mi prioridad. Si veo que tu presencia le hace más daño que bien, no dudaré en apartarte.

—Tienes mi palabra —respondió sin vacilar—. Ella es mi prioridad también. Y no volveré a decepcionaros.

Durante un momento nos quedamos simplemente mirándonos. El viento soplaba entre nosotros, y podía oír el rumor distante del mar.

Había tanto por decir, y aun así ninguna palabra parecía suficiente.

—Debo entrar —dije al fin, rompiendo el silencio—. Gracias… por el día de hoy. Ana Clara es transparente, y sé que le ha encantado pasar tiempo contigo.

Arthur esbozó una sonrisa leve, cansada, pero auténtica.

—A mí también me ha encantado. Y voy a ser el mejor padre que pueda ser. La mejor persona.

—Eso espero. —Crucé los brazos, aunque un tono más suave se me escapó sin querer—. Solo no me falles otra vez.

Él dio un paso adelante y su voz salió grave, casi como una promesa.

—Nunca más.

Asentí, y antes de poder reaccionar, añadió:

—Hasta pronto, Lívia.

—Hasta pronto, Arthur. —Me di la vuelta y entré, cerrando el portón tras de mí.

Me apoyé un momento en la puerta, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

Desde fuera, oí el sonido del coche alejándose.

Y, en medio del silencio de la casa, me di cuenta de que la esperanza —esa que juré haber enterrado años atrás— seguía latiendo, terca, justo en el centro del pecho.



Mi madre estaba en casa cuando llegué, y me bastó una sola mirada suya para entender que ya lo sabía.

Siempre lo sabía —como si pudiera leer lo que pasaba dentro de mí antes incluso de que dijera una palabra.

Entré en el salón, me quité los zapatos y dejé el bolso sobre el sofá, intentando disimular la mezcla de ansiedad y cansancio que aún me acompañaba desde el encuentro con Arthur.

Ella me observaba con su serenidad habitual, con ese leve arqueo de cejas que delataba la preocupación que intentaba ocultar.

—Has estado con él, ¿verdad? —preguntó, más como una afirmación que como una duda.

Asentí.

—Sí.

Soltó un suspiro suave y señaló el sofá, invitándome a sentarme a su lado.

El silencio se prolongó unos segundos antes de romper la tensión con una pregunta sencilla, pero cargada de significado.

—¿Y bien? ¿Cómo ha sido?

Tardé un poco en responder.

Aún procesaba todo lo que había pasado: las sonrisas, las miradas, los recuerdos que se entremezclaban con la realidad.

—Ha sido… mejor de lo que esperaba, la verdad —confesé, cruzando las piernas y apoyando los codos en las rodillas—. Arthur ha estado increíble con Ana Clara. Le ha traído un regalo: un estuche de lápices de colores y un cuaderno de dibujo. Han estado dibujando juntos en el parque.

Mi madre ladeó la cabeza, atenta, absorbiendo cada palabra.

—¿Y tú? —preguntó con voz suave, cargada de esa sabiduría silenciosa que solo tienen las madres—. ¿Cómo te has sentido al verlos así?

Respiré hondo, fijando la mirada en un punto cualquiera de la pared.

—Confusa —admití, enredando un mechón de pelo entre los dedos, ese gesto que siempre hacía cuando no sabía muy bien cómo sentirme—. Ha sido raro, ¿sabes? Tenerlo tan cerca otra vez. Pero… ver a Ana Clara tan feliz me hizo feliz también. Y ver su esfuerzo, la manera en que se volcó, cómo se dejó guiar por ella… —Hice una pausa, tragando saliva—. No lo sé, mamá. Es complicado.

Ella asintió despacio, como si ya esperara esa respuesta.

—Es normal que te sientas así, Lívia. —Su voz era firme, pero cálida—. Estás lidiando con muchas emociones a la vez, y todo esto viene cargado de historia. Pero lo más importante, hija, es la felicidad de Ana Clara. Todo lo demás podéis resolverlo con el tiempo.

Asentí, aunque el peso en el pecho seguía ahí.

—Lo sé. Y precisamente eso es lo que me da miedo. —La voz me salió más baja de lo que pretendía—. Me asusta que su presencia le confunda. Que, de alguna manera, entre en su vida y luego… se vuelva a ir.

Mi madre me tomó la mano con delicadeza, apretándola entre las suyas.

—Lívia, eres una madre maravillosa. El simple hecho de preocuparte tanto ya dice mucho del amor que sientes por ella. —Su pulgar acariciaba el dorso de mi mano, un gesto que siempre conseguía calmarme—. Y respecto a Arthur… quizá sea hora de dejarle demostrar

si de verdad ha cambiado. Pero con cautela, por supuesto. No hay nada de malo en proteger tu corazón y el de tu hija.

Cerré los ojos un instante, dejando que sus palabras se filtraran lentamente a través de mis defensas.

—Lo intentaré, mamá. De verdad. Pero voy a necesitar tu ayuda. Tu apoyo.

—Y lo tendrás —aseguró sin dudar—. Siempre.

Me atrajo hacia ella y me abrazó.

El olor familiar de su perfume, el calor de sus brazos, el ritmo tranquilo de su respiración… todo tenía el poder de silenciar el caos dentro de mí.

—Solo quiero hacerlo bien, mamá —murmuré, con la voz ahogada contra su hombro—. Por mí. Por ella.

—Y lo harás —respondió, acariciándome el pelo como cuando era niña—. Porque, al final, siempre lo haces.

Nos quedamos así un rato, en silencio.

Hablar con mi madre siempre me daba una nueva perspectiva, como si pudiera ordenar mis pensamientos solo con su presencia.

Sabía que los pasos que venían serían difíciles, quizá incluso dolorosos.

Pero mientras permanecía allí, envuelta en la seguridad de su abrazo, comprendí que no estaba sola.

Y que, con su apoyo, tendría la fuerza suficiente para afrontar lo que viniera —incluso al hombre que una vez me rompió el corazón y ahora llamaba, de nuevo, a su puerta.



«En sus brazos encontré algo más que refugio; descubrí un hogar para mi alma errante, el final de una búsqueda que ni siquiera sabía que estaba emprendiendo.»

ARTHUR VALENTIM

—¿Cómo fue ese encuentro? —preguntó Renato, apoyando el codo en la barra y lanzándome esa mirada curiosa que conocía tan bien.

Solté una risa baja, sin rastro de humor.

—Distinto a todo lo que había imaginado —respondí, removiendo el vaso frente a mí, viendo girar los cubitos de hielo como

si la respuesta a mi vida estuviera allí dentro.

Estábamos en un bar discreto de Florianópolis, uno de esos lugares que parecen existir fuera del tiempo. El sonido del jazz de fondo se mezclaba con las conversaciones de otras mesas, pero, de algún modo, todo sonaba lejano.

En el trabajo, Renato y yo éramos solo jefe y asistente: estrictos, centrados, cada uno en su papel. Pero fuera de allí era distinto. Era mi amigo desde hacía años —el más leal de todos—. Un hermano, en la práctica. Había estado conmigo en los viajes, en las decisiones difíciles y en las celebraciones que el dinero y el éxito traían consigo… hasta que todo aquello empezó a parecerme vacío.

—¿Distinto cómo? —insistió, dando un trago y alzando una ceja.

Suspiré.

—Lívia ha cambiado, Renato. —Pronuncié su nombre despacio, saboreando el peso que tenía en mi boca—. Y ver a Ana Clara… ver a mi hija por primera vez… fue como recibir un golpe en el pecho. Pensé que estaba preparado, pero no lo estaba.

Renato me observó en silencio, el vaso olvidado entre las manos. Había en su mirada una comprensión callada, como si supiera exactamente lo que sentía, aunque nunca hubiera vivido algo así.

—¿Y Lívia? —preguntó al fin—. ¿Cómo reaccionó?

El recuerdo me golpeó con fuerza: el pelo cayéndole sobre los hombros, la sonrisa contenida, la mirada atenta con la que seguía cada movimiento de la niña.

—Estaba… increíble, como siempre —respondí, con la voz más baja—. Verlas juntas me destruyó y me reconstruyó al mismo tiempo. La forma en que cuida de nuestra hija… el amor que irradia… —Hice una pausa, tragando la emoción—. Fue en ese momento cuando entendí todo lo que había perdido. Todos estos años.

Renato asintió despacio.

—¿Y con Ana Clara? ¿Cómo fue?

—Ella no sabe quién soy. Aún no. —Dije más para mí que para él —. Preferí presentarme como un amigo, y Lívia estuvo de acuerdo. Pero, tío… es increíble. Inteligente, curiosa, vivaz. Me miró con esos ojos —los mismos de su madre— y supe, al instante, que daría la vida por ella si hiciera falta.

Saqué el papel doblado que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y lo dejé sobre la mesa.

—Me dio esto.

Renato lo desdobló con cuidado, revelando el dibujo colorido de un parque lleno de flores y figuras torcidas.

Una sonrisa sincera apareció en su rostro.

—Así que así empieza, ¿eh? Ya te estás ganando su corazón.

Esbocé una sonrisa débil.

—Eso espero. Quiero hacerlo bien, Renato. Quiero ser el padre que se merece, alguien en quien pueda confiar.

Me observó durante un momento antes de inclinarse ligeramente hacia la mesa.

—Y lo serás. Te conozco. Cuando realmente quieres algo, mueves el mundo para conseguirlo. Solo… ve despacio. Sobre todo con Lívia.

Asentí, mirando el vaso vacío.

—Lo sé. Pero es difícil no pensar en lo que podría haber tenido si no hubiera sido tan imbécil.

Renato respiró hondo, girando el vaso entre los dedos.

—Todos metemos la pata, Arthur. —Su voz era firme, pero sin juicio—. Lo importante es lo que haces después. Y, por lo que veo, tú lo estás intentando. Eso ya es más de lo que hacen muchos.

Incliné la cabeza, agradecido por su apoyo silencioso.

—He cometido tantos errores, Renato. Fui débil. Dejé que el miedo y el orgullo decidieran por mí. Y ahora… —reí nervioso— ahora lo único que quiero es tener la oportunidad de empezar de nuevo.

Él me puso una mano en el hombro, en un gesto que decía más que cualquier palabra.

—Siempre has sido obstinado, Arthur. Pero ahora estás distinto. Más humano. Y, sinceramente, da gusto verlo.

—¿Quién lo diría, eh? —bromeé con una sonrisa cansada—. El gran Arthur Valentim, el que creía que el mundo giraba en torno al trabajo, ahora quiere una familia.

Renato soltó una carcajada breve.

—Todos cambiamos. Algunos, más tarde que otros. —Golpeó suavemente la mesa con los dedos—. Y mira, desde donde yo lo veo, esta es tu segunda oportunidad. No la desperdicies.

Nos quedamos un rato en silencio, cada uno atrapado en sus pensamientos.

El bar a nuestro alrededor parecía diluirse, como si el tiempo se hubiera ralentizado.

—¿Y ahora qué? —preguntó, rompiendo el silencio—. ¿Ya sabes lo que vas a hacer?

Me encogí de hombros, pensativo.

—Quiero seguir acercándome a Ana Clara. Poco a poco. Necesita confiar en mí antes de saber la verdad. Y con Lívia… —Hice una pausa; el recuerdo de su mirada me atravesó como una hoja caliente—. Quiero que me vea distinto. Quiero demostrarle que puedo ser el hombre que necesita, el que nunca fui.

Renato asintió, con una sonrisa discreta.

—Suena a buen plan. Pero recuerda: no hay atajos para esto. Todo lo que merece la pena lleva tiempo.

—Lo sé —dije con un suspiro—. Y, esta vez, estoy dispuesto a esperar lo que haga falta.

Él levantó el vaso, brindando conmigo.

—Pues brindemos por el nuevo comienzo, amigo mío.

Choqué mi vaso con el suyo, y el sonido seco del cristal se mezcló con el murmullo distante de la ciudad.

Mientras bebíamos en silencio, me di cuenta de que, por primera vez en años, tenía algo real por lo que luchar.

Lívia. Ana Clara.

Y la promesa silenciosa de que, esta vez, no huiría.

LÍVIA MEDEIROS

—Sabes que me pierden los cotilleos, así que venga, suéltalo ya y cuéntame cómo fue ese paseo con tu gran amor.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar una pequeña sonrisa.

—Fue mi gran amor, Marina. En pasado.

—Ay, por favor —replicó ella, arqueando una ceja mientras se recostaba en la silla del café—. La forma en la que hablas de él te delata por completo. Pero venga, abre esa boca.

Solté un suspiro y dejé que mi mirada se perdiera en la taza de capuchino entre mis manos. La espuma ya se había disipado, pero los recuerdos del día seguían vivos, latiendo dentro de mi cabeza.

—Fue… sorprendentemente bueno —confesé en voz baja—. Ver a Arthur con Ana Clara, juntos de esa manera… no me lo esperaba. Le llevó un regalo —unos lápices de colores y un cuaderno de dibujo—. Tenías que ver la sonrisa de la niña, Marina. Parecía flotar.

—Hmm —murmuró ella, inclinándose sobre la mesa, los ojos brillando de curiosidad—. Así que ha sumado puntos, ¿no?

Reí, nerviosa.

—Creo que sí. Dibujaron juntos en el parque, charlaron… y por un momento fue como si el pasado no existiera. Como si las heridas se hubieran quedado atrás.

Marina apoyó la barbilla en la mano, observándome con esa mezcla de análisis y ternura tan suya.

—¿Y tú? ¿Cómo fue para ti verlos así? —preguntó, con un tono más suave, casi cauteloso.

Tardé en responder. Hablar de aquello era como intentar equilibrar el corazón entre lo que sentía y lo que aún temía sentir.

—Fue raro… pero bonito. —Hice una pausa para respirar hondo —. Ver a Ana Clara tan feliz me hizo feliz a mí también. Y ver el esfuerzo de Arthur, la paciencia, la forma en que la miraba… —Dudé, buscando las palabras—. No sé, Marina. Es como si una parte de mí quisiera creer que ha cambiado de verdad, que podríamos… no sé, ser una familia. Pero otra parte aún tiene miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó, aunque yo sabía que ya conocía la respuesta.

Bajé la mirada hacia mis manos, que jugueteaban distraídas con el anillo fino que llevaba en el dedo medio —mi recordatorio constante de que el amor puede ser hermoso y, a la vez, doler muchísimo.

—De volver a hacerme daño —confesé casi en un susurro—. De abrir el corazón y que me deje otra vez.

Marina se inclinó y me cogió la mano sobre la mesa.

—Ay, Lívia… —dijo con una sonrisa dulce—. El amor siempre es un riesgo. Siempre lo ha sido. Pero también va de segundas oportunidades —no a ciegas, sino cuando hay algo verdadero. Y en tu caso, no estás sola. Hay una niña en medio de todo esto.

—Lo sé. —Suspiré, sintiendo el nudo apretarse en la garganta —. Precisamente por ella es por lo que tengo tanto miedo. No quiero que la presencia de Arthur le confunda.

—Y no lo hará —me aseguró Marina con firmeza—. Eres una madre increíble. Solo el hecho de que pienses en eso ya demuestra cuánto la proteges. —Hizo una pausa, su mirada se volvió más seria—.

Pero al mismo tiempo, no puedes negar lo que sentiste hoy. Viste algo en él que te tocó. Y eso significa algo, Lívia.

Pensé en Ana Clara riendo, con el pelo moviéndose al viento, y en la mirada de Arthur —esa mirada genuina, llena de algo que no veía en él desde hacía años.

—Puede que sí —murmuré, más para mí que para ella—. Solo quiero hacer lo mejor para Ana Clara. Y si eso significa permitir que Arthur se acerque… lo intentaré. Con cuidado.

—Y así debe ser —dijo Marina, sonriendo mientras se recostaba otra vez en la silla—. Permítete sentir, pero sin prisa. Mira qué pasa. Y, por supuesto, mantenme informada, que soy el público oficial de este drama.

No pude evitar reír.

—Gracias, amiga. De verdad. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente ahogarte en dudas y en café —respondió, guiñando un ojo—. Pero basta ya de hablar de hombres. Últimamente solo hablamos de ti. Vamos a hablar de mí, que soy el tema más interesante de esta mesa.

—Ah, claro —ironizé—. Tu vida de estrella del caos. ¿Cómo va?

Llevó una mano al pecho con teatralidad y suspiró.

—Soy guapa, libre y un poco loca, amiga. Pero, sinceramente, mi vida profesional se ha convertido en una comedia. ¿Te acuerdas de aquel proyecto que estaba dirigiendo? El cliente ahora quiere toda la oficina en neón. Neón, Lívia. Un despacho de abogados que va a parecer una discoteca de los ochenta.

Solté una carcajada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y qué hiciste?

—¿Qué hace una profesional en esos casos? —replicó, levantando la barbilla con falsa dignidad—. Sonreír y decir: “excelente idea, doctor”. Pero por dentro ya estaba eligiendo el purpurina para la inauguración.

Rompimos a reír, y por un instante todo el peso del día se desvaneció.

—¿Y la vida amorosa? —pregunté, aún riendo—. ¿Alguna novedad?

Puso los ojos en blanco.

—Un auténtico desierto. Pero, ¿sabes? Estoy bien así. He decidido dedicarme a mí misma. Hacer cosas que me gusten. De hecho, estoy pensando en apuntarme a clases de pintura. Quién sabe, igual descubro un talento oculto.

Sonreí, genuinamente ilusionada por ella.

—Me parece genial, Marina. Siempre has tenido ese lado artístico.

Encogió los hombros, pero sus ojos brillaban.

—Eso. Y quién sabe, entre pinceles y lienzos igual encuentro el amor. O al menos a un tipo que no tenga miedo de mancharse de pintura.

Reímos de nuevo, cómplices, y me di cuenta de lo bien que me hacía ese momento.

Hablar con Marina siempre era un recordatorio de que, incluso cuando el corazón está hecho un lío, la vida puede seguir siendo ligera.

—Eres increíble, amiga —dije, tocándole el brazo con cariño—. No sé qué haría sin ti.

—¿Y yo sin ti? —replicó con una sonrisa dulce—. Estamos juntas, siempre. Corazones rotos, hijas, miedos, cafés y carcajadas. Ese es nuestro paquete.

Guardé silencio un momento, dejando que esa verdad sencilla se asentara.

No importaba lo que el futuro trajera —Arthur, Ana Clara, el miedo o el nuevo comienzo—.

Con una amiga como Marina, sabía que, de una forma u otra, podría con todo. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí algo muy parecido a la esperanza.



«La luz de sus ojos era el faro que me guiaba a través de las tormentas de la vida, un puerto seguro donde mi corazón encontraba la paz.»

LÍVIA MEDEIROS

El día había sido intenso, de esos que agotan, pero que al mismo tiempo calientan el corazón.

La casa todavía olía a pastel de chocolate y por el suelo del salón quedaban globos explotados, como recuerdos de colores de una tarde perfecta.

Hoy celebrábamos el cumpleaños de mi hija.

Ana Clara llevaba eufórica desde que abrió los ojos. Había pasado la semana entera tachando los días en el calendario, como si cada cruz fuera un paso más hacia el paraíso.

La fiesta fue sencilla, justo como nos gusta: solo nosotros y algunos amigos del colegio.

La decoración, elegida por ella, era un espectáculo de colores —rosa, lila, amarillo y verde brillante—, el reflejo puro de la alegría que irradiaba.

Corrió, jugó, cantó, bailó. Y yo, con cada carcajada suya, sentía el pecho llenarse de un amor tan grande que casi dolía.

Cuando los invitados empezaron a despedirse y el silencio volvió a instalarse en casa, la encontré en el sofá, abrazada a uno de los regalos.

Me senté a su lado, rodeándola con un brazo.

—Y bien, mi amor… ¿te ha gustado tu día? —pregunté, besándole la cabeza y aspirando ese aroma familiar a champú de fresa.

—¡Sí, mamá! ¡Ha sido el mejor cumpleaños de todos! —exclamó, sonriendo tan ampliamente que los ojos se le cerraron un poco.

Mi corazón se derritió.

—Me alegra mucho oír eso. —Hice una pausa, observándola juguetear con una cinta de colores—. Cuéntame… ¿qué pediste cuando soplaste las velas?

Pensó un momento, con la mirada perdida, y respondió con una calma desarmante:

—Pedí conocer a mi papá.

Sus palabras cortaron el aire y me golpearon de lleno, como un puñetazo silencioso.

Sabía que ese momento llegaría —las preguntas, la curiosidad, ese vacío que ninguna historia inventada podría llenar—, pero nada me había preparado para escucharlo hoy, cuando su risa aún resonaba entre las paredes.

—¿Es tan importante para ti, hija? —pregunté, intentando mantener la voz firme.

Asintió con esa sinceridad pura que solo tienen los niños.

—Ajá.

La esperanza en sus ojos era casi tangible, y por un momento me sentí incapaz de sostenerla.

Respiré hondo, tragué las emociones y decidí no alargar el tema.

Cambiamos de conversación y, por suerte, se distrajo enseguida, como solía hacer.

Pero cuando pensé que el tema había quedado atrás, volvió a desarmarme.

—Tu amigo Arthur es majo, ¿verdad, mamá?

El corazón me dio un vuelco.

Me había marchado de São Paulo para escapar del pasado y, sin embargo, ahí estaba él, llamando de nuevo a la puerta de mi presente.

A veces el destino parecía tener un sentido del humor cruel.

—Sí, lo es, cariño —respondí, intentando sonar natural.

—¿Vamos a salir con él otra vez? —preguntó, con los ojos llenos de expectación.

—Sí. —Sonreí, aunque la garganta se me cerraba—. Si quieres, podemos planear otra salida.

Volver a ver a Arthur, verlo con Ana Clara, era algo que todavía no sabía cómo definir.

Me removía por dentro de una forma que me dejaba vulnerable. La rabia ya no era la misma: se había transformado en algo más suave, más confuso.

—¡Me enseñó a dibujar un perrito, mamá! —dijo emocionada, cogiendo el dibujo que había dejado sobre la mesa—. ¡Se lo enseñé a mis amigos y todos dijeron que era precioso!

Sonreí, acariciando el papel con la yema de los dedos.

—Lo vi, hija. Es precioso. Eres una artista de verdad.

—La profe dice que puedo ser lo que yo quiera de mayor. —Me miró con ilusión—. ¿Puedo ser artista, mamá?

—Claro que sí, mi amor. —La abracé con fuerza—. Puedes ser lo que quieras, y yo estaré aquí para apoyarte en todo.

Sonrió, satisfecha, y guardó silencio unos segundos, pensativa.

—Mamá… ¿tú crees que a Arthur también le gusta mucho dibujar?

Tragué saliva.

—Creo que sí. —Forcé una sonrisa—. Parecía bastante interesado, ¿verdad?

—¡Sí! Dijo que la próxima vez me enseñará a dibujar una casa con jardín. —Rió, soñadora—. ¡Va a ser precioso!

La miré, sintiendo una mezcla de ternura y aprensión.

Esa inocencia, esa ilusión… eran la prueba viva de lo mucho que Arthur ya estaba dejando su huella.

Y, aunque me costara admitirlo, una parte de mí se sentía extrañamente agradecida por ello.

Había sido el amor de mi vida —el hombre que me rompió el corazón y, aun así, fue el único capaz de llenarlo por completo.

Y ahora, verlo esforzándose por formar parte de la vida de nuestra hija me hacía preguntarme si, tal vez, aún quedaba espacio para algo nuevo… no para revivir lo que fuimos, sino para construir algo más maduro, más real.

—Mamá, me alegra que tú y Arthur seáis amigos —dijo de pronto, sacándome de mis pensamientos.

La miré y vi en ella una pureza que me desarmó.

—A mí también, cariño. —Le besé la cabeza, con una sonrisa que, esta vez, no tuve que fingir—. A mí también.

Antes de que los recuerdos me arrastrasen otra vez, cambié de tema.

—¿Y qué tal tus amigos del cole?

La pregunta funcionó.

Ana Clara se lanzó a contarme sus historias con el entusiasmo de siempre: el ensayo de teatro, cómo João se olvidó las frases y todos acabaron riéndose.

Reímos juntas, y por unos instantes el peso del día se alivió.

—¡La profe dijo que somos los mejores actores del mundo! —dijo, orgullosa, con los ojos brillantes.

—Y yo me lo creo, mi actriz favorita —respondí, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Mamá… —susurró, la voz ya adormecida—. Te quiero mucho.

Mi corazón se derritió por completo.

—Y yo a ti, mi ángel. Más que a nada en este mundo.

Bostezó y se acurrucó entre mis brazos.

Mientras la observaba dormirse, con el rostro sereno y tranquilo, entendí que no importaba lo que el futuro trajera: mi prioridad siempre sería ella.

Y aunque el nombre de Arthur seguía resonando dentro de mí, con todas las memorias y heridas que arrastraba, aquella noche decidí permitirme algo sencillo: vivir el presente.

El resto… el tiempo lo diría.

ARTHUR VALENTIM

Durante los días que siguieron, una certeza se fue instalando en mí como una llama persistente: haría todo lo posible por recuperar la confianza de Lívia.

No era una decisión impulsiva, de esas que se toman movidas por un arrebato de culpa. Era algo más profundo, más maduro: una necesidad visceral de reparar lo que el tiempo y mis decisiones habían destrozado.

A pesar de la rutina agotadora del trabajo, siempre encontraba la manera de acercarme a ella, aunque solo fuera unos minutos.

A veces inventaba cualquier excusa —un informe, una duda sobre los huéspedes— solo para iniciar una conversación.

Otras veces me limitaba a observarla de lejos, escondiendo una sonrisa cada vez que la veía reír discretamente con los compañeros o atender a los clientes con esa amabilidad tan natural en ella.

Lívia parecía haber nacido para tratar con la gente.

Y, por mucho que la hubieran colocado en un puesto nuevo, se adaptó como si lo hubiera hecho toda la vida.

Sus informes eran impecables, su actitud, ejemplar. Pero no era solo su eficiencia lo que me atrapaba: era la calma que transmitía, esa fortaleza silenciosa que emanaba de cada gesto suyo.

Cuando la veía con Ana Clara, el impacto era aún mayor.

Había algo casi sagrado en ese vínculo entre madre e hija. Las sonrisas cómplices, la manera en que se entendían sin hablar. Era un

tipo de amor que jamás habría conocido si no fuera por ellas.

Y, de algún modo, quería formar parte de aquello.

Pero no como un intruso.

No como el hombre que un día rompió la confianza de una mujer y desapareció justo cuando más lo necesitaba.

Sabía que las palabras no bastarían.

Lívia no era de las que se dejan convencer con promesas. Ya había escuchado demasiadas, incluidas las mías. Así que tendría que demostrárselo: con hechos, con presencia, con constancia.

Sería un proceso lento, y no tenía prisa.

Cada vez que la observaba, cada vez que veía sonreír a Ana Clara, comprendía que el amor que sentía por Lívia ya no era el mismo de antes.

Se había transformado en algo más sereno, pero también más profundo. Ya no era solo deseo o arrepentimiento.

Era respeto. Admiración. Era querer verla feliz, aunque eso significara empezar desde cero.

—¿Has hablado con tus padres? —la voz de Renato me sacó de mis pensamientos. Me miraba con atención, recostado en la silla del despacho—. O mejor dicho, ¿los has enfrentado por no haberte contado que Lívia intentó ponerse en contacto contigo?

Tardé un momento en responder.

—Todavía no.

Renato frunció el ceño, desconfiado.

—Lívia piensa que la ignoraste, pero tú ni siquiera llegaste a saber que te había buscado, ¿verdad?

—Exacto —confirmé, sintiendo cómo regresaba ese viejo malestar—. Y ahora entiendo por qué. Mis padres… lo hicieron a propósito. Me aislaron de ella, como si fuera un adolescente incapaz de decidir su propio camino. Y les salió bien.

El sabor amargo de la verdad seguía siendo difícil de tragar.

Por su culpa había perdido al amor de mi vida. Y ahora, años después, también descubría que me habían robado el nacimiento y los primeros años de mi hija.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Renato, serio.

—Voy a enfrentarlos. —La respuesta salió firme, sin un atisbo de duda—. Tienen que entender lo que provocaron. No solo en mí, sino en Lívia. En Ana Clara.

Renato se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Creo que es lo correcto. Pero prepárate, Arthur. Va a doler.

Solté una risa breve y amarga.

—Hace años que duele, Renato.

Me observó en silencio, con esa mirada de quien ya me había visto afrontar tormentas, pero sabía que esta sería distinta.

—Más te vale dejar claros los límites esta vez. Tienen que entender que ya no controlan tu vida.

Asentí.

—Lo sé. Y estoy preparado. —Crucé los brazos, sintiendo al mismo tiempo el peso y la ligereza de la decisión—. He pasado

demasiado tiempo viviendo según sus expectativas. Ahora es distinto. Tengo una hija. Tengo a alguien por quien luchar.

Renato asintió con un leve gesto de aprobación.

—¿Crees que lo entenderán?

—¿Sinceramente? —me encogí de hombros—. No lo sé. Puede que nunca lo hagan. Pero ya no importa. Lo único que importa es hacer por fin lo correcto.

—¿Y Lívia? —preguntó, con un tono entre curioso y provocador —. ¿Cómo crees que reaccionará?

Pensé un momento, recordando su mirada en el parque, la forma en que se le humedecieron los ojos cuando Ana Clara me llamó "amigo".

—Espero que vea que lo intento. Que se dé cuenta de que estoy dispuesto a enfrentar hasta a mi propia familia por ellas. —Hice una pausa, sintiendo cómo el nudo en la garganta empezaba a deshacerse —. Quiero que entienda que haría cualquier cosa por reparar el daño que causé, aunque eso signifique perder todo lo que he construido.

Renato guardó silencio unos segundos, y luego posó una mano en mi hombro.

—Ese es el Arthur que conozco. El que siempre va a por lo que quiere, pero, esta vez, con el corazón en su sitio.

Asentí, respirando hondo.

El camino que tenía por delante no sería fácil.

Enfrentar a mis padres no borraría el pasado, pero quizá abriría espacio para un nuevo comienzo: uno en el que pudiera mirar a Lívia y a Ana Clara sin el peso de la culpa, solo con el deseo genuino de ser un hombre mejor.

Era hora de reescribir mi historia.

Y esta vez, nadie dictaría mis decisiones —ni mi apellido, ni el dinero, ni el miedo.

Estaba listo para enfrentar el pasado.

Y, por fin, empezar a luchar por el futuro que debió haber sido nuestro desde el principio.



«En cada abrazo había una historia no contada de consuelo y promesas, tejiendo un lazo invisible que nos unía más allá de las palabras.»

ARTHUR VALENTIM

Mi tiempo era cada vez más escaso, pero había algo que ya no podía seguir posponiendo.

Por eso reservé un día —solo uno— para volver a São Paulo, la ciudad donde todo empezó, donde las decisiones equivocadas y los silencios impuestos moldearon lo que mi vida había llegado a ser.

Sabía, más o menos, lo que iba a encontrarme, pero necesitaba escucharlo de su propia boca. Tenía que mirar al pasado de frente.

El viaje fue largo, y el peso de la expectativa crecía con cada kilómetro.

Cuando aparqué frente a la casa de mis padres, sentí un nudo familiar en el pecho.

La verja de hierro, las ventanas perfectamente alineadas, el jardín simétrico... todo allí era un reflejo exacto de la vida que ellos siempre habían querido imponerme: ordenada, calculada, fría.

Nada más entrar, los encontré en el salón. El aire era espeso, casi irrespirable, y el tic-tac del reloj antiguo en la pared era el único sonido que rompía el silencio.

Mi padre leía el periódico, como siempre, mientras mi madre colocaba una bandeja de té con el cuidado meticuloso de quien siempre ha evitado el conflicto.

Cuando notaron mi presencia, intercambiaron una mirada fugaz —esa clase de mirada que solo comparten quienes esconden secretos.

—¡Arthur! —exclamó mi madre, con una sonrisa temblorosa—. ¡Qué sorpresa, hijo! No avisaste de que venías.

—Necesito hablar con vosotros —respondí, seco—. Con los dos.

Mi padre bajó el periódico con lentitud, y la rigidez de su postura me hizo sentir otra vez como aquel chico de veinte años que intentaba demostrar que era lo bastante bueno para él.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó mi madre, visiblemente preocupada.

—Necesito algunas respuestas —dije con firmeza, sentándome frente a ellos—. Y las quiero ahora.

Mi padre arqueó una ceja, con esa voz cargada de autoridad que conocía tan bien.

—¿Qué clase de respuestas?

Respiré hondo. No era momento de rodeos.

—Sobre mi pasado. Sobre por qué me ocultasteis que Lívia intentó ponerse en contacto conmigo después de que me marchara de la ciudad.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Mi madre apartó la mirada. Mi padre apoyó las manos en las rodillas y me sostuvo la mirada durante unos segundos antes de responder:

—Hicimos lo que creímos mejor para ti, Arthur.

—¿Mejor para mí? —repetí, incapaz de contener la incredulidad.

—Lívia y esa… situación —vaciló un instante, como si la palabra "niña" fuera demasiado difícil de pronunciar— habrían puesto en peligro tus planes. Tu futuro.

Sentí la sangre hervir.

—¿Mi futuro? ¿O el futuro que vosotros habíais planeado para mí? —replicé, levantándome—. Tenía derecho a saberlo, a elegir, ¡y me lo robasteis!

—Arthur, solo queríamos protegerte —intervino mi madre, la voz temblorosa—. No queríamos que sacrificases tus sueños por un… error.

La palabra quedó flotando en el aire, envenenada.

Enderecé los hombros, conteniendo el impulso de gritar.

—Ana Clara no es un error. Es mi hija. —La rabia me ardía en el pecho, pero debajo de ella latía algo peor: el dolor—. Y por vuestra culpa he perdido años de su vida. Años que nunca recuperaré.

Mi madre cerró los ojos, quizá para contener las lágrimas.

Mi padre seguía erguido, el rostro impenetrable, pero lo conocía lo suficiente como para notar el malestar que escondía tras su máscara de autoridad.

—Hicimos lo que cualquier padre habría hecho —insistió, alzando el tono—. Queríamos lo mejor para ti.

—¿Lo mejor? —repetí, amargo—. Lo mejor habría sido dejarme vivir mi vida. Amar a quien quisiera. Ser padre cuando la vida me dio esa oportunidad. Pero preferisteis decidir por mí. Y con eso destruisteis lo más auténtico que he tenido jamás.

El silencio se impuso de nuevo. El sonido del reloj llenaba el espacio entre nosotros, marcando cada segundo de una relación que se deshacía poco a poco.

—Arthur, hijo… —empezó mi madre, pero la interrumpí.

—No, mamá. —Mi voz salió fría, firme—. Los que tienen que entenderlo sois vosotros. No volveré a permitir que os metáis en mi vida personal. Si intentáis controlar mis decisiones otra vez, cortaré todo contacto. Sin vuelta atrás.

Mi padre se levantó bruscamente, con la ira escrita en el rostro.

—¿Nos estás amenazando? ¿Después de todo lo que hemos hecho por ti?

Lo miré sin apartar la vista.

—No es una amenaza. Es una promesa.

Dio un paso hacia mí, la mandíbula tensa.

—Te vas a arrepentir, Arthur.

Asentí.

—Puede ser. Pero, si me arrepiento, será sabiendo que hice lo correcto. Que luché por ser el padre que mi hija merece. Que protegí a las personas que amo —no a las que intentan controlarme.

Su mirada se endureció, pero por primera vez percibí un destello distinto: quizá culpa, quizá solo orgullo herido.

Sin esperar respuesta, caminé hacia la puerta.

Mi madre se levantó, las manos temblorosas.

—Arthur, por favor… —suplicó, pero su voz sonó lejana.

Negué con la cabeza, incapaz de soportar más el aire asfixiante de aquella casa.

—Adiós, mamá. —Mi voz era baja, pero firme—. Y hasta que entendáis lo que habéis hecho, será mejor que no me busquéis.

Salí sin mirar atrás.

El aire frío de la noche me golpeó como un puñetazo al cruzar la verja.

Allí fuera, respiré por primera vez en años.

Cada paso hacia el coche arrastraba el peso de la infancia, de las expectativas, de las manipulaciones… pero, al mismo tiempo, con cada paso me sentía un poco más libre.

De vuelta a Florianópolis, el silencio del coche me acompañó como un reflejo de lo que había dejado atrás.

Ya no quedaba espacio para las dudas. El pasado, por fin, se había quedado donde pertenecía: detrás de mí.

Ahora era el momento de empezar de nuevo.

De construir algo verdadero con Lívia y Ana Clara —sin mentiras, sin ataduras, sin la sombra de lo que mis padres querían que fuera.

Por primera vez, sentí que el futuro, por fin, me pertenecía.

LÍVIA MEDEIROS

El día había empezado como cualquier otro, pero bastaron unas horas para que el hotel se sumiera en el caos.

Por culpa de un fallo en el sistema de reservas en línea, varias habitaciones habían sido asignadas por duplicado y, en cuestión de minutos, la recepción se convirtió en un torbellino de voces irritadas, teléfonos sonando sin parar y huéspedes indignados exigiendo explicaciones.

El ruido era ensordecedor. Cada timbre del teléfono, cada queja atravesaba el aire cargado de tensión.

Al otro lado del mostrador, mi compañera me lanzó una mirada angustiada, el rostro enrojecido por la presión.

—¡Lívia, tenemos que resolver esto ya! —exclamó, con la voz temblorosa.

Respiré hondo, forzando una calma que aún no sentía.

—De acuerdo. —Ajusté la placa del pecho e intenté recuperar el control de la situación—. Haz una lista con todos los huéspedes afectados y los números de las reservas duplicadas. Hablaré personalmente con cada uno.

Asintió y salió apresurada, mientras yo me preparaba mentalmente para la larga sucesión de conversaciones que me esperaba.

El vestíbulo parecía un campo de batalla.

Parejas discutiendo con los recepcionistas, maletas apiladas por los rincones, y una irritación general que se podía casi palpar en el aire. Aun así, empecé a hablar con ellos uno a uno.

—Buenas tardes, señor. Soy Lívia, responsable de recepción. Quiero disculparme por las molestias. —Mantuve el tono sereno, pese a la mirada furiosa del hombre frente a mí—. Estamos organizando alojamiento en hoteles colaboradores. El traslado será gratuito, y también ofrecemos una cena de cortesía como compensación.

La mayoría aceptaba a regañadientes; otros insistían en quedarse.

A esos les ofrecía acceso al spa, a la piscina y un generoso descuento en la tarifa.

Con cada conversación, la tensión parecía disminuir, lentamente, pero de forma perceptible.

—Entendemos que la situación es frustrante, señor. —Sonreí, aunque el cansancio ya me pesaba en los hombros—. Nuestro objetivo es que todos se sientan atendidos y respetados.

El reloj de recepción marcaba casi las seis cuando me di cuenta de que el murmullo de las voces había bajado.

El caos empezaba, por fin, a dar paso a una calma tímida.

Los huéspedes comenzaron a dispersarse: algunos murmuraban agradecimientos, otros simplemente aceptaban lo inevitable.

Entonces sentí una mirada fija en mí.

Levanté los ojos… y allí estaba Arthur, a pocos metros de distancia.

Observaba el movimiento con las manos en los bolsillos, pero su atención estaba puesta en mí.

Había algo en esa mirada… una mezcla de curiosidad y orgullo.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo al acercarse. Su voz era firme, aunque en ella había un tono inconfundible de admiración.

Pasé una mano por la frente, intentando contener los mechones de pelo que se habían escapado del moño.

—No nos queda otra opción —respondí, todavía algo jadeante —. Tenemos que asegurarnos de que todos se sientan escuchados y atendidos. Es el lema del hotel.

Él esbozó una sonrisa leve, ese gesto discreto que recordaba demasiado bien —el mismo que, años atrás, tenía el poder de desarmarme.

—Aun así, no todo el mundo sabría manejarlo como tú. —Hizo una pausa, mirando a su alrededor—. Has conseguido convertir un desastre en algo controlable.

Sus palabras me impactaron más de lo que esperaba.

—Forma parte del trabajo —murmuré, apartando la mirada—. Pero… gracias.

Arthur me observó un momento más. Pude sentir el peso de su presencia, cómo el aire parecía cambiar cuando él estaba cerca.

Quizá fuera el agotamiento, o quizá otra cosa… algo que me esforzaba en ignorar sin éxito.

—Lívia… —empezó, con un tono más bajo, más íntimo—. Te veo distinta. Más segura.

Sonreí, pero tardé unos segundos en responder.

—Los años nos cambian. Y el trabajo ayuda —dije por fin, intentando esconder el torbellino de emociones que aquella frase despertó en mí.

Por un instante, nuestras miradas se encontraron.

El ruido alrededor se desvaneció, y sentí el mismo vértigo de siempre: esa mezcla de deseo y dolor, de pasado y presente chocando en silencio.

Él apartó la mirada primero, aclarando la garganta.

—Bueno… espero que el final de turno sea tranquilo.

—La tranquilidad es un lujo, Arthur —repliqué con una media sonrisa—. Pero prometo intentarlo.

Él me devolvió la sonrisa antes de alejarse, dejando tras de sí una presencia que parecía llenar el vestíbulo incluso después de su marcha.

La recepción estaba por fin en calma, y por primera vez en horas pude respirar sin prisa.

Mientras recogía algunos informes del mostrador, me di cuenta de que aquel día, por caótico que hubiera sido, me había recordado por qué amaba mi trabajo.

Cuidar de la gente, resolver problemas, transformar el caos en equilibrio… de alguna manera, era lo que me mantenía entera.

Pero, mientras veía a Arthur desaparecer por los pasillos, una verdad silenciosa me atravesó: no todas las tormentas son malas.

Algunas llegan solo para recordarnos que hay emociones —y amores— que nunca se desvanecen del todo.



Llegué a casa agotada, con la sensación de haber vivido una semana entera en un solo día.

El hotel había sido un caos: tuve que quedarme hasta tarde, conciliando a huéspedes irritados, reservas duplicadas y empleados al borde de un colapso.

Aun así, al final todo se resolvió y, por muy extenuante que hubiera sido, me sentía orgullosa de haber conseguido mantener el control.

Nada más entrar, el aroma familiar del té de manzanilla de mi madre me envolvió, y fue como si de repente se me aligeraran los hombros.

Estaba en la cocina, con el delantal puesto y el pelo recogido en un moño algo deshecho.

—Llegas tarde, hija —dijo, girándose hacia mí con esa mirada suya que mezclaba preocupación y ternura—. ¿Qué tal el día?

Dejé el bolso sobre la silla y suspiré, sentándome a la mesa.

—Ha sido uno de esos días, mamá. Tuvimos un problema enorme con las reservas, pero al final lo solucionamos.

Se acercó y me sirvió una taza de té humeante, con el gesto tranquilo y preciso de quien siempre sabe lo que necesitas sin que tengas que decirlo.

—Estoy tan orgullosa de ti, Lívia —dijo con una sonrisa cálida —. Verte afrontar este nuevo trabajo, sin experiencia y con tanta determinación, es admirable.

El elogio me desarmó. Sentí un nudo en la garganta y, por un instante, todo el peso del día pareció disolverse en ese pequeño gesto de amor.

—Gracias, mamá. —Sonreí, cansada—. A veces es difícil, pero me gusta lo que hago. Solo espero que las cosas se calmen un poco a partir de ahora.

Se rió bajito.

—En un hotel, la calma es un lujo, hija. Pero lo estás haciendo de maravilla. —Me tocó la mano con suavidad antes de volver a guardar la tetera.

Bebí un sorbo de té y sentí cómo el calor me reconfortaba por dentro. Luego me despedí, alegando que necesitaba una ducha y cama.

En mi habitación, el silencio me envolvió como una manta. Me quité el distintivo del cuello, dejé el móvil sobre la mesilla y me metí bajo las sábanas.

El cuerpo me dolía entero, pero pensar en el nuevo día —y en la tranquilidad que suele seguir al caos— me trajo algo de alivio.

Estaba a punto de dormirme cuando escuché el zumbido corto del móvil.

Por un segundo, pensé en ignorarlo. Seguramente sería algún mensaje de trabajo, un recordatorio, algo sin importancia.

Pero algo dentro de mí —una corazonada, quizá— me hizo coger el teléfono.

La pantalla iluminó la oscuridad del cuarto, y las palabras que leí me helaron la sangre:

«Te estás metiendo donde no te llaman. Mantente alejada de Arthur o habrá consecuencias.»

Tardé unos segundos en asimilarlo. El corazón empezó a golpearme el pecho, y sentí el pulso retumbarme en los oídos.

Por un momento creí que era una broma de mal gusto. Pero a medida que las palabras se grababan en mi mente, la negación dio paso a la certeza.

Era una amenaza. Y sabía perfectamente de dónde venía.

Arthur me había contado lo controladores que eran sus padres, las manipulaciones, las chantajes emocionales.

Y ahora, esas advertencias veladas se habían convertido en algo directo… y cobarde.

Me quedé mucho rato mirando la pantalla, con las manos temblando.

Parte de mí quería borrar el mensaje, fingir que nada de aquello había pasado, fingir que el pasado de Arthur no se había cruzado otra vez con el camino que tanto me había costado reconstruir.

Pero otra parte —la que había aprendido a sobrevivir— sabía que el silencio no me protegería.

Tragué saliva, notando cómo el estómago se me revolvía. Volví a coger el móvil y le hice una captura de pantalla.

Guardé la imagen y también el número.

Si algo había aprendido en los últimos años era que el miedo solo tiene poder si le permites paralizarte.

Arthur tenía que saberlo. Se lo merecía. Me tumbé de nuevo, pero el sueño ya se había esfumado.

El cuarto me pareció pequeño, opresivo.

Miré al techo, intentando calmar los latidos desbocados.

El miedo seguía ahí, latiendo dentro de mí, pero también había algo más: una fuerza que antes no tenía.

Ya no era la mujer que él había dejado atrás. Ahora tenía una hija que proteger. Una vida que había construido con esfuerzo.

Y nadie —ni siquiera sus padres— iba a intimidarme.

Cerré los ojos y respiré hondo. Hablaría con Arthur en cuanto tuviera ocasión.

Y, si hacía falta, me enfrentaría a quien fuera por mantenernos a salvo.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, tenía claro por qué estaba dispuesta a luchar: por mi familia.



«Era la caligrafía en la carta de mi destino: cada trazo, cada línea, un signo de amor incondicional y eterno.»

ARTHUR VALENTIM

Al volver a Florianópolis, sentí que cada paso que daba por la ciudad tenía un peso distinto. No era simplemente otro viaje de negocios, ni una más de esas rondas de visitas técnicas a los hoteles recién inaugurados.

Esta vez había algo —alguien— que lo cambiaba todo.

Estaba decidido: me quedaría en la ciudad por tiempo indefinido, aunque le hubiera dicho otra cosa a Renato.

Mi rutina siempre había sido un calendario implacable, marcado por reuniones, inspecciones, métricas y reportes. Pero ahora había una nueva variable. Y, por ellas, estaba dispuesto a renunciar a cualquier cosa.

Después del trabajo, fui al lugar donde sabía que estaría Lívia.

Mi corazón, que rara vez vacilaba, latía con prisa. Por un instante me pareció que me había visto… pero apartó la mirada y se fue en otra dirección. Tal vez solo fuera una impresión mía, o tal vez no. En cualquier caso, seguí buscándola.

Cuando por fin quedamos frente a frente, algo en su rostro me alarmó.

Sus facciones estaban tensas, los ojos turbios, con una sombra de preocupación que antes no existía. La manera en que apretaba el bolso, con los dedos crispados, delataba su duda.

—Lívia, por favor… —pedí, con voz baja pero firme—. Háblame.

Respiró hondo, mirando a los lados, como si buscara un punto de apoyo, una salida, una excusa.

—Arthur, yo… —empezó, pero la voz se le quebró.

Sin pensarlo demasiado, propuse:

—Vamos a un sitio más tranquilo.

Vaciló un segundo, pero asintió.

Caminamos uno junto al otro hasta la puerta de su casa. Cada paso pesaba como una losa. Cuando llegamos, se detuvo, como si reuniera valor.

—Ayer recibí un mensaje —dijo por fin, la voz temblorosa—. Un mensaje amenazante. Estoy casi segura de que venía de tus padres.

Por un momento, la sangre se me heló… y luego me hirvió.

La idea de que mis padres hubieran cruzado esa línea me llenó de ira y repugnancia.

—¿Qué decía el mensaje? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque tenía la mandíbula rígida.

Tragó saliva; sus ojos brillaban con un miedo genuino.

—Que me estaba metiendo donde no me llamaban. Que debía mantenerme lejos de ti, o las consecuencias serían graves.

Cerré los puños, respirando hondo para no dejar que la rabia se desbordara.

—¡Eso es inaceptable! —mi voz sonó más alta de lo que pretendía—. Siento mucho que estés pasando por esto por mi culpa. Lo arreglaré, Lívia. Mis padres no tienen derecho a entrometerse así en nuestra vida.

Asintió, como si compartir aquel peso conmigo le hubiera dado un poco de alivio. Pero el miedo seguía ahí, dibujado en su rostro.

—No quiero que te hagan daño por mi culpa, Arthur. Quizá sería mejor si… —empezó, pero la interrumpí antes de que terminara.

—No. —Di un paso adelante, firme—. No vamos a dejar que nos separen. Te quiero, y quiero a Ana Clara. Las protegeré a las dos, cueste lo que cueste.

Tomé sus manos entre las mías. Sentí sus dedos temblorosos, su respiración entrecortada.

Me miró, y por un instante vi algo distinto en sus ojos: una chispa de esperanza que no veía desde hacía años.

—¿Por qué… has dicho eso? —susurró, casi sin voz.

—¿Que os quiero? —pregunté, mirándola a los ojos—. Porque es la verdad. Siempre te he querido. Y al ver a mi hija… —la voz se me quebró un segundo— no sé explicarlo. Sentí algo que nunca había sentido antes.

Ella respiró hondo, la mirada perdida en la mía.

—Yo… no sé qué quieres que diga.

—No tienes que decir nada ahora —respondí, acercándome un poco más. Le acaricié el rostro con cuidado, rozando con el pulgar la piel suave de su mejilla y notando la tensión bajo mi toque—. Sé que los últimos años han sido duros. Sé que hay mucho que reparar. Pero estoy aquí, Lívia. No pienso irme a ninguna parte. Estaré contigo y con Ana Clara, pase lo que pase.

Suspiró, con una mezcla de alivio e incertidumbre en el gesto.

—Arthur, todo esto es… demasiado. Que vuelvas así, diciéndome estas cosas…

—Lo sé —dije en voz baja—. Y no espero que todo cambie de la noche a la mañana. Pero necesitaba que lo supieras.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Era como si los años entre nosotros se disolvieran allí mismo, como si todo lo pendiente estuviera a punto de reescribirse.

Por un momento, el silencio pareció extenderse por toda la sala, espeso, casi tangible. El mundo seguía girando fuera, pero dentro, entre nosotros, el tiempo simplemente se había detenido.

Lívia me miraba con esa mezcla de incertidumbre y rendición que conocía tan bien, como si luchara contra algo que ya había decidido perder.

Y quizá fue precisamente eso lo que me impulsó.

Sin pensar, di un paso al frente. Mi corazón latía con fuerza, desbocado, empujándome hacia ella.

Había una fuerza invisible guiándome, un deseo antiguo y silencioso que despertaba dentro de mí después de tanto tiempo dormido.

Ella no se movió. Se quedó allí, con los ojos fijos en los míos, respirando demasiado deprisa, los labios entreabiertos, como si quisiera decir algo pero no encontrara las palabras.

Entonces me incliné.

Lo hice despacio, con miedo de que el más mínimo gesto rompiera el hechizo que flotaba entre nosotros.

Sentí el aroma familiar de su perfume antes de tocarla —una mezcla dulce y cálida que parecía hecha para mí—.

Mi rostro se detuvo a escasos centímetros del suyo, y por un segundo dudé. Quizá aún estaba a tiempo de retroceder, de ser racional.

Pero entonces ella suspiró.

Un sonido leve, casi imperceptible, que disolvió cualquier resistencia que pudiera quedarme. Nuestros labios se encontraron.

El primer contacto fue tímido, incierto, un roce breve que cargaba con el peso de todo lo que habíamos sido y de lo que aún podíamos llegar a ser.

Pronto, sin embargo, el miedo cedió paso a la entrega. Ella respondió, y el beso dejó de ser duda para convertirse en certeza.

Era intenso, pero no precipitado.

Un beso de reencuentro, lleno de recuerdos y promesas calladas. Un beso que decía lo que las palabras eran incapaces de expresar.

Mi mano subió instintivamente hasta su nuca, sintiendo el calor de su piel, los mechones de su pelo deslizándose entre mis dedos.

Ella gimió quedamente, casi en un susurro, y sus manos buscaron apoyo en mi pecho, como si necesitara ese contacto para no derrumbarse.

Todo en mí deseaba estrecharla más, como si el mundo pudiera venirse abajo a nuestro alrededor y solo nosotros dos quedáramos en pie.

Su sabor era dulce, familiar, una memoria viva de lo que fuimos y, al mismo tiempo, algo nuevo, más maduro, más profundo.

Cuando nuestras respiraciones empezaron a confundirse, sentí su cuerpo relajarse contra el mío, y fue como volver a casa tras una larga ausencia.

Me aparté apenas lo suficiente para mirarla a los ojos. Estaban húmedos, no de tristeza, sino de algo que mezclaba emoción y deseo.

Nuestros rostros seguían cerca, y podía sentir el calor de su aliento sobre mi piel.

—He esperado tanto este momento —confesé, con un murmullo ronco, casi sin aliento.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa, y sus dedos subieron hasta mi rostro, recorriendo la línea de mi mandíbula con un toque delicado.

—Yo también —respondió en voz baja, antes de cerrar los ojos y volver a buscar mi boca.

El segundo beso fue más firme, más profundo, como si ambos entendiéramos que ya no había nada que temer. Era el reencuentro de dos mitades que por fin volvían a encontrarse después de perderse durante tanto tiempo.

Era una disculpa y una promesa al mismo tiempo.

Cuando el aire empezó a escasear, nuestras frentes permanecieron unidas, y pude sentir su corazón latiendo contra mi pecho.

Aquel latido —rápido, fuerte, vivo— parecía resonar dentro de mí.

—No quiero volver a perderte —susurró ella, la voz quebrada, casi un soplo.

Acaricié su mejilla, sintiendo el leve temblor bajo mi mano.

—Entonces no me sueltes.

Sonrió, y por un instante el mundo pareció recomponerse a nuestro alrededor.

Pero ya no importaba.

Porque lo esencial estaba allí: en el calor de nuestros cuerpos, en el silencio que lo decía todo, en el amor que, pese a las cicatrices, seguía intacto.

Permanecimos así largos segundos, respirando el mismo aire, compartiendo la misma paz.

Y en aquel instante comprendí que, entre todos los caminos posibles, el destino siempre nos devolvería el uno al otro.

Cuando nos separamos, ella me miró, y en sus ojos brillaba una nueva luz.

—Arthur, yo… —vaciló, con los dedos aún entrelazados con los míos—. No sé adónde nos llevará todo esto. Pero… gracias. Por no rendirte. Por estar aquí.

Le apreté la mano con más fuerza.

—Haría cualquier cosa por vosotras. —Mi voz fue un susurro decidido—. Sé que tenemos mucho de qué hablar, mucho que arreglar. Pero, Lívia… esto me da esperanza.

Asintió, una pequeña sonrisa tímida curvando sus labios.

—Esperanza… sí. Creo que es un buen comienzo.

El camino que teníamos por delante sería largo, lleno de obstáculos. Pero en ese momento, al sentir el calor de su mano en la mía y el recuerdo del beso aún en mis labios, supe que, por primera vez en años, estábamos del mismo lado de la batalla.

Y yo estaba decidido a luchar por ella. Por nosotros. Cueste lo que cueste.

LÍVIA MEDEIROS

Cuando llegué a casa, el silencio me envolvió como una manta pesada… y aun así, parecía imposible encontrar la paz.

El eco del beso de Arthur seguía vibrando en cada fibra de mi cuerpo, como si el tiempo se hubiera detenido allí, en ese instante en que el mundo entero se disolvió entre nosotros.

Me apoyé en la puerta, intentando respirar hondo. Pero bastaba cerrar los ojos para sentirlo otra vez: el calor de sus manos en mi rostro, la firmeza de sus dedos deslizándose hasta mi nuca, la manera en que me atrajo hacia él, como si temiera volver a perderme.

El beso. Aquel beso.

Había tanto en él. Deseo, arrepentimiento, nostalgia, amor… y algo que me desarmaba por completo: sinceridad.

Arthur me besó como quien intenta borrar el tiempo. Y, por un momento, yo lo permití.

Avancé hacia el dormitorio todavía aturdida, con los pensamientos atropellándose en una confusión que oscilaba entre la memoria y el miedo.

Por un lado, estaba el calor que él había despertado en mí —la sensación de ser deseada, de ser vista—, aquello que había enterrado bajo años de rutina, de responsabilidades, de soledad.

Por otro, la cruel incertidumbre de todo lo que aún nos separaba. La sombra constante de su familia, las amenazas veladas que ahora se volvían reales.

Me senté al borde de la cama, intentando ordenar el torbellino que me devoraba por dentro.

Los recuerdos llegaron sin permiso: el sonido de nuestras risas en el pasado, las conversaciones interminables bajo las estrellas, las manos entrelazadas, la forma en que siempre supo hacerme sentir segura.

Y, junto a todo eso, llegó también el dolor.

Ese vacío que me desgarró por dentro cuando se marchó, el silencio que dejó tras de sí, la ausencia que aprendí a llenar sola, pieza a pieza.

Pero ahora… ahora algo había cambiado. Su toque había encendido un rincón dentro de mí que creía muerto.

Por un breve instante, me permití creer que era distinto, que el hombre que había regresado no era el mismo que me abandonó.

Me tumbé, pero el sueño no llegó. El techo blanco parecía lejano, y el corazón latía con un ritmo inquieto.

Arthur me había dicho que me amaba.

Las palabras resonaban, obstinadas, como un estribillo del que no podía escapar.

Y por más que intentara razonar, había un calor nuevo en mi pecho, una chispa de esperanza que no quería —y tampoco podía— apagar.

Pero junto a la esperanza, venía el miedo. Porque si volvía a hacerme daño, no tendría fuerzas para empezar de nuevo.

Y estaba también Ana Clara.

Su inocencia, su sonrisa fácil, el amor puro que ya empezaba a echar raíces por aquel hombre que apenas sabía cuánto cambiaría

nuestras vidas.

Pasé la mano por las sábanas, sintiendo el tejido frío contrastar con el recuerdo del calor de los labios de Arthur.

Su beso seguía allí, impreso en mi piel, como si hubiera dejado una marca invisible.

Cerré los ojos y dejé que la memoria se repitiera una última vez: el roce, la entrega, el estremecimiento.

Por un instante, todo parecía posible.

Como si el amor bastara para silenciar el pasado. Pero sabía que no sería fácil.

Las heridas que arrastrábamos eran demasiado profundas, y los fantasmas del nombre Valentim no desaparecerían con un solo gesto.

Aun así, había algo en él —en su mirada, en su arrepentimiento sincero, en la forma en que hablaba de Ana Clara— que me hacía querer creer.

La esperanza era peligrosa, pero también era lo que me mantenía viva.

Me giré en la cama, abrazando la almohada como si pudiera contener el huracán dentro de mí.

El beso de Arthur me había dejado a la deriva, pero también me había dado un nuevo rumbo.

Y aquella noche silenciosa, mientras la ciudad dormía fuera, me permití algo que no hacía desde hacía mucho tiempo:

Creer que, quizá, el amor aún podía ser un faro, incluso en medio de la tormenta que todavía estaba por llegar.



«Nuestro amor era como un río sereno que, en silencio, arrastra profundidades inconmensurables, moviéndose con una fuerza tranquila y constante.»

LÍVIA MEDEIROS

—Entonces… ¿os besasteis? —preguntó Marina, inclinándose en el sillón, con los ojos brillando como si estuviera a punto de ver el siguiente capítulo de una novela que seguía de cerca.

Estábamos en su salón, el aroma del café recién hecho flotando en el aire, y yo todavía sentía el corazón acelerado solo de pensar en lo

que había pasado. Aquel beso seguía ardiendo en mi piel como un recuerdo vivo.

—Sí, nos besamos —confesé, con la voz más baja de lo que pretendía. Sentí el calor subir a las mejillas y llevé la taza a los labios para disimularlo—. Fue inesperado… pero, al mismo tiempo, se sintió tan correcto.

Marina arqueó una ceja, interesada, apoyando el codo en el brazo del sillón.

—¿Y cómo te sentiste? Quiero decir… después de todo. Después del dolor. Después del abandono.

Suspiré, mirando el café que giraba lentamente en la taza, como si pudiera encontrar allí las respuestas.

—No lo sé… es complicado —admití—. Por un lado, siento una conexión con él que nunca desapareció del todo. Verle con Ana Clara, tan atento, tan… paciente. Eso me remueve por dentro de una forma que no esperaba.

Marina hizo un gesto leve con la mano, animándome a seguir.

—¿Y la amenaza? ¿No te da miedo?

—Claro que sí —respondí, levantando la mirada hacia ella—. Me asusta lo que su familia pueda hacer, hasta dónde serían capaces de llegar para mantenernos separados. Pero, al mismo tiempo, Arthur parece tan decidido a protegernos, a hacerlo todo distinto esta vez… — mi voz se quebró, traicionada por la emoción.

Ella alargó el brazo y posó su mano sobre la mía.

—Sé que el corazón quiere lo que quiere, Lívia, pero tienes que pensar en todo.

Asentí, mordiéndome el labio inferior.

—Lo sé. Y lo último que quiero es traer más inestabilidad a la vida de Ana Clara. Pero no puedo negarlo… la presencia de Arthur me hace sentir algo que no sentía desde hace mucho. Una sensación de seguridad, de hogar.

Marina apretó mi mano con suavidad. Su mirada, seria pero cálida, atravesaba mis defensas.

—Solo asegúrate de que de verdad ha cambiado. Que no va a marcharse otra vez cuando las cosas se compliquen.

Respiré hondo.

—Lo haré. —Hice una pausa, sintiendo un nudo en la garganta —. Necesito creer que las personas pueden cambiar, Marina. Que podemos tener una segunda oportunidad para hacer las cosas bien.

Ella sonrió levemente, sin perder la firmeza en los ojos.

—No pasa nada por creer, amiga. Solo… ve despacio.

Charlamos un rato más. Marina me ayudó a pensar en las posibles consecuencias, en estrategias para afrontar lo que pudiera venir. Su forma de ser era siempre así: directa, protectora, pero llena de empatía.

En el fondo, mientras la escuchaba, sentía una batalla dentro de mí: el miedo y la esperanza luchando sin tregua.

El recuerdo del beso, de su tacto, de la manera en que me miraba como si aún me conociera. Y, al mismo tiempo, la sombra de las amenazas, la memoria de haber sido abandonada.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, un hilo de luz se abría paso entre tanta oscuridad.

Una posibilidad.

Quizá aquella luz fuera realmente una oportunidad para nosotros. Una oportunidad de ser una familia, sin importar lo que el mundo intentara hacer para separarnos.

Miré a Marina y sonreí, una sonrisa pequeña, pero sincera.

—Gracias por escucharme, amiga. No sé qué haría sin ti.

Ella me devolvió una sonrisa cómplice, de esas que conocía tan bien.

—Siempre estaré aquí. Siempre.

Y en ese instante, entre confidencias y temores, comprendí que, pese a todas las incertidumbres, no estaba sola. Y eso, de algún modo, hacía que todo pareciera más soportable… y quizá, solo quizá, más posible.

ARTHUR VALENTIM

Ya era jueves, y la ansiedad me devoraba de una manera que no sentía desde hacía años.

El sábado parecía demasiado lejano.

Desde la conversación con Lívia la noche anterior, no conseguía pensar en otra cosa que no fuera el reencuentro con ella y con Ana Clara.

El simple hecho de imaginarme pasando un día entero junto a las dos me hacía sonreír sin darme cuenta.

La presencia de mi hija había despertado algo en mí que desconocía: una necesidad casi instintiva de estar cerca, de cuidar, de participar.

Aunque apenas estábamos empezando a conocernos, ya ocupaba un lugar dentro de mí que jamás permitiría que nadie me arrebatara.

Y Lívia…

Volver a verla después de tantos años había removido todo lo que creía dormido.

Los sentimientos que pensé haber enterrado con el pasado regresaron con fuerza, vivos e inevitables.

Era como si la vida me hubiera ofrecido una segunda oportunidad, y no tenía la menor intención de desperdiciarla.

Mientras aún me perdía en esos pensamientos, Renato entró en el despacho sin llamar, con su sonrisa curiosa de siempre.

—Pareces distinto, Arthur —dijo, apoyándose en el borde de la mesa—. Más relajado. ¿Qué ha pasado?

Levanté la vista del portátil y no pude disimular la sonrisa que se me escapó.

—Quizá lo esté —respondí, con una sinceridad que me sorprendió—. El sábado voy a ver a Lívia y a Ana Clara. Pasaremos el día juntos.

Renato arqueó las cejas, genuinamente sorprendido.

—¿De verdad? —Soltó una breve risa—. Eso es genial. Parece que, por fin, las cosas empiezan a encajar para ti.

—Lo intento —admití, recostándome en la silla—. Después de todo, solo el hecho de tener una nueva oportunidad… con las dos… ya es más de lo que podía pedir.

—Y saldrá bien, tío. —Se acercó y me dio una palmada en el hombro—. Solo recuerda tomártelo con calma. Una cosa cada vez.

Asentí.

—Lo sé. Es lo que pienso hacer. Disfrutar cada momento, sin prisas.

Renato sonrió, satisfecho con mi respuesta, y arrastró la silla que tenía delante.

—Bueno, ahora que el corazón está en orden, ¿podemos volver a hablar de trabajo?

Reí por lo bajo.

—Podemos.

Abrió su portátil; el sonido de las teclas llenó la sala.

—Tenemos los informes de rendimiento de las unidades regionales esperando tu revisión. Los números de este trimestre están sorprendiendo a los inversores —dijo, girando la pantalla hacia mí.

Pasé los ojos por los gráficos y los cuadros de colores.

—¿Y las tasas de ocupación en el Nordeste?

—Altas. Recife y Salvador están superando las expectativas. La campaña regional ha funcionado muy bien.

Asentí, complacido.

—Perfecto. ¿Y las negociaciones de expansión? Gramado y Florianópolis siguen siendo prioridades.

Renato frunció el ceño.

—Gramado está prácticamente cerrado, pero Florianópolis… es más complicado. Hay un tema medioambiental en discusión.

Crucé los brazos, pensativo.

—Entendido. No quiero que nuestro crecimiento se produzca a costa del entorno ni de la comunidad. Asegúrate de que todo cumpla con las normas.

—Ya tenemos a los consultores medioambientales trabajando en ello —respondió, tecleando una nota rápida.

—Perfecto. —Hice una breve pausa—. Y respecto al equipo, necesitamos invertir en formación antes de la próxima fase.

—De acuerdo. Con la expansión, necesitaremos más gerentes y nuevos profesionales en primera línea. Estoy preparando un calendario de capacitación.

—Hazlo. Quiero que la atención al cliente sea nuestra marca. Las instalaciones impresionan, sí, pero lo que fideliza es el trato humano.

Renato asintió.

—Cuenta con ello.

Seguimos hablando unos minutos más, ajustando detalles y revisando proyecciones.

Cuando por fin se levantó, me di cuenta de que, a pesar del ritmo intenso, ese equilibrio entre el trabajo y lo que empezaba a reconstruir fuera de él me aportaba una paz que hacía años no sentía.

Antes de salir, Renato se volvió en la puerta, cruzándose de brazos.

—Solo una cosa más, Arthur. —Su tono adquirió un matiz de broma—. Cuando veas a Lívia… no lo estropees queriendo controlarlo todo. A veces el corazón tiene que hablar sin filtros.

—Lo recordaré.

Cuando se fue, la sala quedó en silencio. Miré por la ventana: la ciudad iluminada se reflejaba en los cristales de los edificios vecinos.

En pocos días volvería a verlas.

Y esta vez, no como alguien que intenta reparar el pasado, sino como un hombre dispuesto a construir un futuro.

Entre hojas de cálculo e informes, comprendí que, por primera vez en muchos años, todo tenía sentido.

El trabajo, la determinación, la lucha constante… nada de eso significaba nada si no tenía con quién compartir el resultado.

Lívia y Ana Clara eran mi nueva meta.

Y, a diferencia de cualquier negociación que hubiera enfrentado antes, esta era una que estaba dispuesto a ganar con el corazón.



«Nuestros momentos juntos eran como pétalos guardados entre las páginas de un libro, conservando el aroma y el color de recuerdos eternos.»

LÍVIA MEDEIROS

Confieso que la semana se me hizo eterna hasta que llegó el sábado.

Cada día parecía más largo que el anterior, y cuando por fin el fin de semana se asomó, sentí ese nudo familiar en el estómago: la mezcla agridulce de ansiedad y esperanza.

Desde que concerté el nuevo encuentro con Arthur, me di cuenta de que el simple sonido de su voz ya tenía el poder de desarmarme. Y, para colmo, Ana Clara no paraba de hablar de él.

Cada vez que mencionaba al «amigo de mamá», su cara se iluminaba de una forma que me partía el corazón y, al mismo tiempo, lo curaba un poco.

Entonces se me ocurrió una idea.

La última vez, Arthur había elegido el lugar. Esta vez, dejé que nuestra hija decidiera, sin contárselo a él.

Sería la forma perfecta de acercarlos más, de permitir que Ana Clara sintiera que formaba parte de las decisiones y, de alguna manera, de mantener yo el control sobre el ritmo de todo lo que estaba ocurriendo.

Aún no era el momento de revelar toda la verdad.

La paternidad de Arthur debía contarse en el instante adecuado, de una forma que Ana Clara pudiera comprender y aceptar sin sentir que su mundo se daba la vuelta por completo.

Cuando Arthur llegó, noté el nerviosismo disfrazado en cada gesto.

Llevaba una camisa azul clara, las mangas remangadas hasta los codos, y el pelo algo despeinado, como si hubiera pasado demasiado tiempo pensando en qué ponerse.

Y cuando nuestras miradas se cruzaron, comprendí que aquel hombre, pese a todos los errores y heridas que había entre nosotros, seguía teniendo la capacidad de desestabilizarme.

—Entonces, ¿cuál es el plan de hoy? —preguntó, intentando sonar casual, aunque un atisbo de sonrisa ansiosa jugaba en sus labios.

—Hoy es un secreto —respondí, mirando por el retrovisor a Ana Clara, que apenas podía contener la emoción—. Ella quiere sorprendernos.

Arthur arqueó una ceja, divertido.

—Ah, ¿una misión secreta?

—Exacto —confirmé, mientras nuestra hija reía desde el asiento trasero.

Él también rió—esa risa baja, ligera, que recordaba tan bien—, y por un instante el coche se llenó de una atmósfera distinta: cálida, familiar, como si los años que nos separaban hubiesen desaparecido.

—De acuerdo, estoy listo para la sorpresa —dijo, fingiendo misterio.

Ana Clara se giró, los ojos chispeando de entusiasmo.

—¡Al Jardín Botánico! —anunció con la convicción de quien revela un secreto bien guardado.

Arthur fingió sorpresa.

—Excelente elección. Creo que hace años que no voy.

El trayecto hasta el parque estuvo lleno de risas y pequeñas conversaciones.

Ana Clara hablaba del colegio, de sus dibujos, de sus amigas, y Arthur escuchaba cada palabra con atención genuina, como si intentara grabar en la memoria cada detalle de su vida.

Verlos así, juntos, me provocaba una sensación nueva: una paz que no creía posible volver a sentir.

Cuando llegamos, Ana Clara saltó del coche antes incluso de que yo desabrochara el cinturón, corriendo delante de nosotros.

—¡Hija, despacio! —la llamé entre risas, pero era imposible no sonreír ante la alegría pura que irradiaba.

—¿Por qué has elegido este sitio, pequeñita? —preguntó Arthur, alcanzándola y agachándose para quedar a su altura.

—Porque aquí es bonito y tranquilo —respondió con esa sinceridad que solo tienen los niños.

Sus palabras me atravesaron.

Bonito y tranquilo.

Quizá eso era justo lo que yo también buscaba: un lugar seguro, hermoso y sereno donde dejar descansar el pasado y permitir que algo nuevo floreciera.

Pasamos el día recorriendo el Jardín Botánico.

El sol se filtraba entre los árboles, tiñendo todo de dorado, y el aire estaba impregnado del perfume de las flores.

Ana Clara corría de un lado a otro, a veces cogiendo mi mano, otras la de Arthur, como si, sin darse cuenta, intentara unir lo que el tiempo había separado.

—¿Y ahora qué quieres hacer? —le preguntó Arthur, arrodillado frente a ella, con la mirada llena de ternura.

—¡Ver las mariposas! —respondió sin dudar, con los ojos brillando.

Le cogió la mano y tiró de él con energía.

Arthur me lanzó una mirada silenciosa, casi pidiendo permiso, y yo solo asentí, sonriendo.

El mariposario era una explosión de color y vida.

Ana Clara estaba fascinada, los ojos muy abiertos mientras las mariposas danzaban a su alrededor. Algunas se posaron sobre sus brazos, y soltó un gritito de alegría.

—Les gustas —dijo Arthur, observándola con admiración—. Tienes buena energía, ¿lo sabías? Las mariposas lo notan.

Ella rió, encantada.

—¡Entonces son mis amigas!

—Claro que sí —respondió él, cómplice. Y, por un instante, el mundo pareció detenerse.

Desde donde estaba, observándolos, sentí algo apretar dentro del pecho.

Arthur, arrodillado a su lado, explicándole los ciclos de vida de las mariposas, parecía otra persona: más tranquilo, más humano.

Y yo, incapaz de apartar la mirada, comprendí que todavía le amaba.

Cuando Ana Clara me llamó, volví a la realidad.

—¡Mamá, ven a ver! —extendió la mano, orgullosa, mostrando una mariposa azul que se había posado en ella—. ¡Mira qué bonita!

—Es preciosa, cariño —respondí, acariciándole el pelo—. Como tú.

Sonrió y echó a correr de nuevo, y fue entonces cuando miré a Arthur.

Nuestras miradas se encontraron, y durante un instante todo quedó en silencio.

Había entre nosotros un entendimiento mudo, una promesa callada: la de intentarlo, de luchar, de transformar aquel día en algo más

que un bonito recuerdo.

El sol empezaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados.

Ana Clara, rendida, dormía en el asiento trasero, el rostro sereno.

Arthur conducía en silencio, y yo, a su lado, observaba cómo la luz dorada se reflejaba en su perfil.

—Gracias por hoy —dijo, sin apartar la vista de la carretera—. Por dejarme estar aquí.

Tardé unos segundos en responder.

—Ha sido un buen día —murmuré—. Ella estaba tan feliz…

—¿Y tú? —preguntó, girando la cabeza apenas un instante para mirarme.

Miré hacia fuera, viendo la ciudad pasar tras el cristal.

—Yo también —admití en voz baja.

Arthur sonrió.

—Eso ya es un comienzo.

Y en ese momento comprendí que tenía razón.

El día en el Jardín Botánico no borró el pasado, pero plantó algo nuevo: frágil, sí, pero vivo.

Una esperanza. Un nuevo comienzo.

Y, quizá, el inicio de una historia que ya no me daba miedo escribir.

ARTHUR VALENTIM

El corazón de los niños era puro, y darme cuenta de que Ana Clara —mi hija— me aceptaba sin saber siquiera quién era en realidad, despertaba en mí algo que no sabía nombrar.

Era ternura, sí, pero también una especie de asombro silencioso, un tipo de amor que me alcanzaba en un rincón del pecho que desconocía por completo.

Jamás imaginé que algún día podría sentirme así.

Pasar el día con ella, viendo el mundo a través de sus ojos curiosos, me hacía recordar todo lo que de verdad importaba: las cosas sencillas, los pequeños descubrimientos que, para un niño, aún tenían el poder de transformar un día entero.

Cada pregunta que me hacía, cada risa, cada comentario sobre algo aparentemente trivial me devolvía a un lugar de humanidad que había perdido por el camino.

Hablaba sin reservas sobre lo que le gustaba, lo que soñaba, lo que la hacía feliz.

Y con cada palabra me encontraba más fascinado, más decidido a merecer ese espacio en su vida.

Su entusiasmo era contagioso.

La forma en que gesticulaba al contar sus historias, los ojos brillando como si el mundo entero cupiera en ellos, hacía que el tiempo perdiera sentido.

—¿Qué te gusta hacer cuando no estás con mi mamá? —preguntó de pronto, ladeando la cabeza y mirándome con una curiosidad genuina.

Sonreí, sorprendido por la pregunta.

¿Cuánto tiempo hacía que no me detenía a pensar en eso? En algo que fuera solo mío, más allá de las obligaciones, los negocios, las decisiones corporativas.

—Me gusta estar al aire libre —respondí tras una breve pausa —. Especialmente cerca del mar. Me gusta caminar por la playa, escuchar el sonido de las olas. Y... —dudé un instante, algo incómodo— me gusta leer, ¿te lo crees?

Sus ojos se iluminaron.

—¡A mí me encanta leer! Mamá siempre me lee antes de dormir. A veces finjo que ya estoy dormida solo para que siga con la historia.

Su confesión me arrancó una risa sincera, de esas que hacía mucho no me salían.

Hablamos de libros, de cómo estaba aprendiendo a leer palabras más difíciles, y del placer que encontraba al imaginar mundos distintos.

Más tarde, mientras jugaba en el parque, la observé a distancia, invadido por una mezcla de orgullo y melancolía.

Era casi irreal pensar que aquel pequeño ser humano —tan lleno de vida, tan dueña de sí misma— era mi hija.

Y, sin embargo, aún no lo sabía.

Había algo casi cruel en esa ironía: estar allí, lo bastante cerca para oír su risa, para sostener su mano, pero demasiado lejos para decirle la verdad.

Aun así, aquella convivencia, aunque bajo el disfraz del “amigo de mamá”, me estaba cambiando.

Era una oportunidad rara de conocerla de verdad, sin el peso de las expectativas ni la barrera de las explicaciones.

Corrió de nuevo hacia mí, las mejillas encendidas de alegría.

—Arthur, ¿tienes un libro favorito?

Sonreí, divertido por el regreso del tema.

—Ah, tengo muchos... pero creo que uno de mis preferidos es El Principito. Es un libro que puedes leer a cualquier edad y siempre descubrir algo nuevo.

Sus ojos brillaron.

—¡Mamá ya me lo ha leído! Me gustó el zorro —contó, entusiasmada—. Dijo que solo se ve bien con el corazón.

Tragué saliva, conmovido por sus palabras.

—Exactamente, Ana Clara —respondí con la voz más baja, casi ronca—. Esa es una de las mejores lecciones que enseña el libro.

—¿Y tú? —preguntó, con aire soñador—. ¿Tienes una parte favorita?

—Creo que es cuando el principito entiende que amar es cuidar —contesté, mirándola con ternura—. ¿Y tú? ¿Qué historia te gusta más?

—¡Alicia en el País de las Maravillas! —dijo sin dudar.

—Buena elección. —Sonreí—. Quizá podríamos leerla juntos algún día. ¿Qué te parece?

—¿De verdad? —Sus ojos brillaron y dio un pequeño salto de alegría—. ¿Pero lees bien?

Solté una carcajada.

—Prometo intentarlo. Y si me equivoco, me corriges tú.

Su risa resonó alta, pura y libre, y en ese sonido encontré una forma de redención.

Pasamos el resto del día así: hablando de libros, de sueños y hasta de lo que quería ser de mayor.

“Artista”, dijo, con toda la convicción del mundo.

Y yo, sin pensarlo, respondí que lo creía de verdad —porque ya lo era.

Más tarde, cuando el sol empezó a despedirse en el horizonte, Ana Clara me tomó la mano con fuerza, con esa mirada seria e inocente a la vez.

—Arthur, vendrás a vernos más veces, ¿verdad?

La pregunta me golpeó hondo.

No tenía idea de lo cierto que era ese deseo.

Apreté con suavidad sus pequeños dedos entre los míos.

—Claro que sí. Siempre estaré cerca, siempre que tú y tu mamá queráis.

Sonrió, satisfecha, y echó a correr delante de mí, las cintas de su pelo ondeando al viento.

Me quedé quieto unos segundos, mirándola.

Esa niña —que aún creía en la magia, que hablaba con las mariposas y veía el mundo con ojos de asombro— me estaba devolviendo la oportunidad de ser un hombre mejor.

Esos momentos con Ana Clara, aún bajo la inocencia de su mirada, eran el cimiento de lo que quería construir.

Me daban propósito.

Me hacían creer que, cuando llegara el momento de decirle la verdad, no vería solo al hombre que un día se equivocó, sino al padre que jamás volvería a marcharse.



«Era el eco de una antigua canción de amor, resonando a lo largo de los siglos hasta encontrar un hogar en mi pecho.»

LÍVIA MEDEIROS

El día había sido perfecto, tan perfecto que, por momentos, casi me olvidé de que estábamos intentando reconstruir algo delicado, frágil.

Como aquel primer encuentro entre Arthur y nuestra hija, ese día en el Jardín Botánico parecía sacado de un sueño: risas espontáneas, pequeñas aventuras, la alegría pura de Ana Clara corriendo entre las flores.

Pero, tras esa belleza, el recuerdo del mensaje amenazante seguía suspendido sobre mí como una nube gris en el horizonte.

Era imposible no sentir su peso. El miedo se disipaba despacio, sí, pero seguía allí, silencioso, pinchando mis certezas.

—Me ha encantado ir al Jardín Botánico, ¿sabes? —dijo Ana Clara, dando saltitos al lado de Arthur cuando llegamos frente a casa.

—A mí también, Ana Clara. —Arthur se agachó hasta quedar a su altura, con una sonrisa sincera y ese brillo cálido en los ojos—. Ha sido un día muy especial para mí.

Desde el marco de la puerta los observaba.

La brisa movía sus rizos, y la luz del atardecer resaltaba los rasgos de Arthur, haciéndolo parecer aún más familiar.

Ver a Ana Clara tan cómoda a su lado, escuchar su risa cristalina, sentir la naturalidad de esa conexión me calentaba el corazón de una manera para la que no estaba preparada.

Y aun así, la sombra de aquel mensaje seguía allí, recordándome que, por mucho que Arthur pareciera distinto, había un riesgo que no podía ignorar.

—Mamá, Arthur puede venir otro día, ¿verdad? —preguntó Ana Clara, girándose hacia mí con esos ojos esperanzados que siempre conseguían desarmarme.

Antes de que pudiera responder, Arthur se incorporó.

Su mirada se cruzó con la mía, una mezcla de respeto y súplica silenciosa, como si buscara mi permiso.

—Solo si tu madre está de acuerdo —dijo con suavidad—. Me encantaría pasar más tiempo con vosotras.

Sonreí a Ana Clara, intentando esconder mi vacilación tras una serenidad fingida.

—Claro, cariño. Si eso es lo que quieres…

Arthur lo notó, por supuesto. Lo vi en el leve gesto de su cabeza, en la manera discreta en que se mordió el labio.

Pero no dijo nada. Solo asintió, prometiendo en silencio que respetaría cada límite mío.

—¡Bien! —exclamó Ana Clara, dando palmas de alegría.

—Entra un momento, cielo. Quédate con la abuela. Mamá necesita hablar con Arthur —dije, procurando mantener un tono neutro.

—Vale. ¡Adiós, Arthur! —Le dio un último abrazo apretado.

—Adiós, pequeña. Hasta pronto —respondió él, con una ternura en la voz que me conmovió.

Abrí la puerta y esperé a que Ana Clara desapareciera por el pasillo antes de volverme hacia Arthur.

Nos quedamos allí, solos, en la acera bañada por la luz dorada del atardecer.

—Quería darte las gracias por hoy —dije al fin, con la voz más baja, buscando sus ojos.

—Para mí ha sido un día increíble —contestó sin dudar—. Estar con vosotras, sobre todo con Ana Clara, es más gratificante de lo que jamás habría imaginado.

Había tanta sinceridad en su voz que me golpeó de lleno.

Respiré hondo, intentando reunir el valor para continuar.

—Y quería decirte que… poco a poco estás recuperando mi confianza. —Hice una pausa, tragando el nudo que me subía a la garganta—. Al principio estaba muy asustada, temía que todo se repitiera. Pero ver cómo tratas a Ana Clara, el esfuerzo que haces por estar presente… eso significa mucho para mí.

Arthur dio un paso adelante, pero mantuvo una distancia prudente.

Sus ojos brillaban con una emoción contenida, casi vulnerable.

—Sé que tengo mucho por lo que pedir perdón, Lívia. Y sé que las palabras no bastan para reparar lo que hice. Pero estoy aquí, dispuesto a hacer lo que haga falta, durante el tiempo que sea necesario, para demostrarte que he cambiado.

El silencio que siguió era denso, pero no incómodo; lleno de todo lo que no se decía, de recuerdos, de posibilidades.

Él lo rompió con un tono más suave:

—Solo quiero tener la oportunidad de formar parte de vuestra vida. De ser el padre que Ana Clara merece y… quizá, reconstruir algo especial contigo.

Sentí un nudo en el pecho.

Una parte de mí quería lanzarse a sus brazos, olvidarlo todo, borrar los años de dolor.

Pero otra parte seguía siendo cauta, temblando ante el riesgo de entregarse de nuevo.

—Creo en las segundas oportunidades, Arthur —confesé, dejando que se filtrara un hilo de esperanza—. Pero, por favor, vayamos despacio. Hay demasiado en juego, sobre todo para Ana Clara.

Él asintió, y el alivio en su expresión era casi tangible.

—Por supuesto. Despacio es la única forma en que quiero hacerlo. —Su voz se volvió más baja, más íntima—. Gracias por darme esta oportunidad. Te prometo que no la desaprovecharé.

Nuestras miradas se encontraron, y en ese silencio sentí una conexión que creía perdida.

Una chispa de algo antiguo, pero todavía vivo.

El sol se hundía en el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y oro, y por primera vez en años comprendí que, entre nosotros, ya no solo quedaban recuerdos: había una posibilidad real.

Un nuevo comienzo.

ARTHUR VALENTIM

A comienzos de la semana ya había terminado gran parte del trabajo que tenía pendiente en el hotel de Florianópolis.

Las visitas a las habitaciones se habían convertido casi en una rutina: planta por planta, habitación por habitación, cada detalle pasaba por el filtro exigente que había aprendido a desarrollar con los años.

Pero esta vez era distinto.

Había una inquietud que no venía solo del deseo de mejorar un negocio, sino de dejar una huella.

Recorrí los pasillos amplios, observando el trato del personal, el brillo impecable de los suelos, la manera en que los huéspedes eran recibidos.

Todo funcionaba bien, sí, pero aún había margen para crecer, para innovar.

Y mientras caminaba por el vestíbulo bañado por la luz suave de la mañana, no pude evitar pensar en Ana Clara.

En cómo vería aquel lugar si estuviera allí conmigo.

Si correría por los jardines o si se quedaría maravillada ante la piscina infinita.

Más tarde, ya en el despacho del hotel, me senté frente a Renato. Tenía el portátil abierto y una pluma girando entre los dedos, preparado para anotar cada una de mis observaciones.

—Durante mi estancia me he dado cuenta de que todavía podemos elevar la experiencia de nuestros huéspedes —comencé, apoyando los codos sobre la mesa—. El área de ocio necesita ampliarse. Tenemos familias que vienen de distintas partes del país y podríamos ofrecer más opciones para los niños y adolescentes.

Renato asintió, atento.

—Estoy de acuerdo. ¿Y en cuanto a la parte técnica?

—La conexión wifi —respondí sin dudar—. Es buena, pero no suficiente. Hay zonas donde la señal falla, y eso, hoy en día, es inadmisible.

Renato tecleaba con rapidez, siguiendo el ritmo de mis ideas.

—De acuerdo. ¿Y el restaurante? —preguntó, levantando la vista por encima de la pantalla.

—Quiero cambiar el menú —dije, visualizando ya la propuesta en mi cabeza—. Tenemos que incorporar platos locales, ingredientes de la región. Crear una experiencia gastronómica auténtica, que cuente una historia. No solo pone en valor la cultura de Santa Catarina, sino que además nos diferencia de la competencia.

Una sonrisa discreta se dibujó en el rostro de Renato.

—Buena idea. Eso crea conexión con el entorno. Hablaré con el chef hoy mismo.

Asentí, satisfecho, pero antes de que pudiera pasar a otro tema, añadí:

—Y hay algo más.

Me lanzó una mirada curiosa.

—Dime.

—Quiero que estudiemos maneras de hacer el hotel más sostenible. —Crucé los brazos, imaginando ya el impacto que aquello tendría—. Energía solar, sistemas de reutilización de agua, eliminación progresiva de plásticos desechables. No quiero solo un hotel de lujo. Quiero que seamos un referente en conciencia medioambiental.

Renato tomó nota y después me miró con un brillo de admiración en los ojos.

—Eso reforzará aún más la imagen positiva de la cadena. Y, siendo sinceros, encaja con el momento que estás viviendo.

Por la forma en que lo dijo, supe que se refería a algo más que al trabajo.

Me recosté en la silla y solté un leve suspiro.

—No se trata solo del hotel, Renato. —La sinceridad se me escapó antes de poder ocultarla—. Se trata de construir algo de lo que Ana Clara pueda sentirse orgullosa algún día.

Renato me observó en silencio, como procesando mis palabras.

—¿Y Lívia? —preguntó, con cautela, tras unos segundos—. ¿Cómo fue el último encuentro?

Sonreí, recordando el brillo en los ojos de Ana Clara y la expresión de Lívia al verla correr entre las flores.

—Fue… mejor de lo que esperaba —respondí despacio, midiendo cada palabra—. Creo que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía tener un futuro real con ellas.

Renato se inclinó hacia delante.

—Estás cambiando de verdad, Arthur.

—Lo intento. —Pasé una mano por el pelo, pensativo—. Quiero que este hotel, y todo lo que construya a partir de ahora, refleje eso.

Quiero que, cuando Ana Clara venga aquí, vea más que paredes y habitaciones de lujo. Que sienta lo que yo siento: que el trabajo puede ser algo hermoso, que puede significar más que beneficio.

Renato cerró el portátil y cruzó los brazos.

—Me aseguraré de que todas estas mejoras se hagan realidad —prometió—. Y no solo porque sea bueno para el negocio, sino porque sé lo que este proyecto representa para ti ahora.

—Gracias, Renato.

El despacho quedó en silencio unos segundos, mientras el sonido lejano de las olas rompiendo contra las rocas llegaba por la ventana abierta.

La vista era espectacular: el mar azul, el viento trayendo el olor salado de la playa, la promesa de algo nuevo.

El hotel de Florianópolis se había convertido en mucho más que un proyecto empresarial.

Era una extensión de lo que estaba intentando reconstruir: propósito, amor, pertenencia.

Y en ese momento supe con absoluta claridad que no solo estaba renovando un hotel.

Me estaba renovando a mí mismo.

Y el futuro que soñaba —el futuro con Lívia y Ana Clara— empezaba exactamente allí.



«En sus ojos encontré el mapa hacia tierras desconocidas, territorios del corazón que juré explorar con ternura y valentía.»

ARTHUR VALENTIM

Al final de la jornada, cuando ya estaba recogiendo algunos papeles del escritorio y pensando en dar por terminado el día, sonó el teléfono.

Era una de mis secretarias, con la voz insegura —ese tono que delata que algo fuera de lo habitual está a punto de suceder—.

—Señor Valentim… hay una persona aquí que dice que necesita hablar con usted personalmente.

—¿Quién es? —pregunté, distraído.

Hubo una breve pausa antes de la respuesta.

—Suzana Medeiros.

El nombre me golpeó como un puñetazo.

Por un instante, todo dentro de mí se detuvo.

—Dígale que puede pasar —respondí, intentando disimular la tensión repentina en mi voz.

Minutos después, la puerta del despacho se abrió, y allí estaba ella: la madre de Lívia.

El tiempo no parecía haber sido cruel con Suzana. Su porte seguía siendo firme, la mirada, intensa. Pero había algo distinto… un peso en sus facciones, quizá cansancio, quizá preocupación.

—Cuánto tiempo, Arthur. —Su voz sonó contenida, aunque había un subtexto imposible de ignorar.

—Sí. —Hice un gesto hacia la silla frente a mí—. Por favor, siéntese.

Obedeció, acomodando el bolso sobre el regazo con un cuidado que parecía más una excusa para disimular la tensión.

El silencio que se instaló entre nosotros era casi tangible: denso, cargado de recuerdos que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

—Arthur —empezó sin rodeos, con un tono firme y la espalda erguida—, he venido porque necesito hablar de mi hija. De Lívia.

Tragué saliva. Sabía que esa conversación llegaría tarde o temprano.

Solo no esperaba que fuera ella quien diera el primer paso.

—Adelante —dije, con una voz más baja de lo que pretendía.

—No tienes ni idea de cuánto ha sufrido todos estos años —dijo, y cada palabra era como una hoja afilada, cortando despacio—. Cuando te fuiste, tuvo que reconstruirse sola. Tenía poco más de veinte años, el corazón hecho pedazos y una hija recién nacida en los brazos.

Suzana no lloró, pero el dolor en su voz era casi visible.

—Sé que me equivoqué, Suzana. —Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas—. Y no hay un solo día en que no me arrepienta de haberme ido.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos largos, evaluándome.

—El arrepentimiento, Arthur, no borra el pasado. —Su voz era cortante, pero sin rencor—. Lívia es mi hija, y Ana Clara, mi nieta. No pienso permitir que vuelvan a sufrir por tu culpa.

El golpe fue directo, y aun así, no pude culparla.

Bajé la mirada, respirando hondo, y cuando la alcé de nuevo, había en mí algo que ella aún no conocía: una firmeza nueva, nacida del amor y de la culpa.

—Tienes razón —respondí con calma, pero con el peso de la sinceridad—. Pero créeme cuando te digo que he cambiado. Quiero formar parte de sus vidas. Quiero ser el padre que Ana Clara merece… y el hombre en quien Lívia pueda volver a confiar.

Suzana mantuvo mi mirada.

En sus ojos se libraba una batalla: la de una madre protectora, dividida entre el miedo y la esperanza.

Tras unos segundos, se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Quiero creer en ti, Arthur —su voz se suavizó un poco—. De verdad. Pero necesito que me prometas una cosa.

Asentí, dispuesto a cualquier cosa.

—Lo que quieras.

—Sé honesto. Siempre. —Su mirada volvió a endurecerse—. Si en algún momento sientes que no puedes cumplir lo que prometes ahora, si crees que no serás capaz de estar presente, prefiero que te apartes. Antes de que el dolor vuelva a devorar a mi hija… y a mi nieta.

Guardé silencio unos instantes. No por duda, sino por sentir el peso real de aquella promesa.

—Te lo prometo, Suzana. —Cerré las manos sobre la mesa, la voz firme—. Prometo ser honesto y hacer todo lo que esté a mi alcance para no causarles más dolor.

Ella asintió despacio, aunque me observaba como quien busca la verdad detrás de las palabras.

—Te estaré vigilando, Arthur. —Se levantó, ajustando el bolso al hombro—. Ellas merecen ser felices. Y espero, sinceramente, que ayudes a que lo sean… y no lo contrario.

También me puse en pie.

—Tienes mi palabra: esta vez será distinto.

Suzana me miró unos segundos, y un pequeño gesto —casi imperceptible— curvó sus labios.

—Mi nieta te tiene mucho cariño, ¿sabías? —dijo antes de girarse hacia la puerta—. Habla de ti todo el tiempo, aunque no sepa que eres su padre.

Sus palabras me atravesaron de lleno.

Sentí cómo el pecho se me ensanchaba, el aire atrapado por fin escapando de mis pulmones.

—Eso significa más de lo que puedo expresar —respondí con sinceridad—. No las decepcionaré. A ninguna de las dos.

Suzana se detuvo en el umbral, mirándome por encima del hombro.

—Espero que cumplas tu palabra, Arthur. Lo que hagas a partir de ahora lo decidirá todo. —Su tono se volvió más suave, casi maternal —. Mi hija y mi nieta merecen el mundo. Y si de verdad quieres formar parte de él… demuestra que estás a la altura.

—Haré lo correcto, Suzana —afirmé—. Por ellas.

Ella simplemente asintió y salió, cerrando la puerta con cuidado.

El silencio que quedó después era denso, casi reverente.

Volví a sentarme, apoyando los codos sobre la mesa, y me pasé las manos por la cara.

Aquella conversación me había dejado agotado, pero también me dio algo que no esperaba: un nuevo aliento.

La confianza cautelosa de Suzana era un regalo, una oportunidad que no podía desperdiciar.

Y el simple hecho de saber que Ana Clara —mi hija— ya sentía afecto por mí, incluso sin conocer la verdad, encendió algo dentro de mí.

Ya no bastaba con ser un hombre arrepentido. Tenía que ser digno de ellas.

Y, desde ese momento, me juré a mí mismo que no habría más promesas vacías.

Sería con hechos —solo con hechos— como demostraría que, esta vez, sería diferente.

LÍVIA MEDEIROS

Mi hija me observaba en silencio, jugueteando con el tenedor entre los dedos, como si el plato frente a ella hubiera perdido todo interés.

Esa noche había algo distinto en su forma de estar: un aire pensativo que contrastaba con la ligereza habitual.

—Mamá… anoche tuve un sueño —dijo con voz queda, casi un susurro, titubeando.

La miré, curiosa y un poco inquieta. La forma en que lo dijo, como si las palabras exigieran valor, me hizo incorporarme en la silla.

—¿Y de qué era tu sueño, cariño? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia ella, los ojos fijos en los suyos.

Ana Clara siguió haciendo girar el tenedor entre los dedos durante unos segundos antes de levantar la mirada.

Había algo en sus ojos —una mezcla de curiosidad y dulzura infantil, pero también un destello de duda, de descubrimiento.

—Creo que soñé con mi papá, mamá. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior, como si temiera haber dicho algo indebido—. Se parecía a Arthur.

El corazón se me detuvo. Por un instante, el aire se volvió más espeso, y los latidos en el pecho resonaron como tambores amortiguados.

—¿Se parecía a Arthur? —pregunté, intentando mantener la voz firme, aunque mi mente se desbocaba en mil direcciones.

—Ajá. —Asintió, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios —. Jugábamos en el parque, mamá. Nos reíamos mucho. Y… me dijo que me quería.

Sentí un nudo subir por la garganta, apretando.

Sus palabras eran sencillas, pero llevaban un peso inmenso.

Aquel sueño —dulce, inocente— revelaba un deseo que ella ni siquiera sabía nombrar. Y, al mismo tiempo, me golpeaba de lleno, recordándome la verdad que aún seguía guardada, en silencio, esperando el momento adecuado para ser contada.

Esbocé una sonrisa leve, intentando disimular la emoción.

—Es un sueño muy bonito, hija.

Bajó la mirada, removiendo la comida con el tenedor, como si aquel tema siguiera dándole vueltas por dentro.

—Ajá… pero, mamá… Arthur no es mi papá de verdad, ¿verdad?

El tiempo pareció detenerse. Por un segundo, el sonido de los cubiertos, el murmullo lejano de la calle, todo desapareció.

La miré, sintiendo que el corazón se me encogía con una fuerza que me dejaba sin aliento.

¿Cómo explicar algo así? ¿Cómo decir la verdad sin romper la pureza de esa mirada?

—Solo ha sido un sueño, mi amor —respondí con cuidado, forzando una sonrisa que temblaba en los bordes—. A veces soñamos con personas a las que queremos, aunque no entendamos del todo por qué.

Me sostuvo la mirada unos instantes, como si intentara leer en mis gestos algo que yo no me atrevía a decir.

Luego simplemente se encogió de hombros, aceptando la respuesta, y volvió a comer.

—Vale.

El tema murió ahí… al menos para ella.

Pero para mí, las palabras siguieron resonando, incansables, como una melodía que no deja de sonar en la cabeza.

«Me dijo que me quería, mamá.»

Mientras la observaba jugar con un trozo de pan en el plato, sentí el corazón partirse en dos: entre la culpa y el amor, entre el miedo y la esperanza.

Arthur aún no sabía hasta qué punto Ana Clara ya lo llevaba en el corazón.

Y, de algún modo, parecía que el universo empezaba a preparar el terreno antes de que yo reuniera el valor para hacerlo.

Aquella conversación tan simple, tan breve y tan pura, había sembrado algo dentro de mí.

Un aviso, tal vez.

O una promesa silenciosa de que el momento estaba cerca… y que, cuando llegara, tendría que estar preparada para afrontar todo lo que viniera con él.



—¿¡Qué has hecho, mamá!? —La incredulidad se me escapó de la boca antes de poder controlar el tono.

Sentí cómo el suelo se movía bajo mis pies. Mi madre siempre había sido protectora —a veces en exceso—, pero ir a ver a Arthur, encararlo en persona... eso estaba muy por encima de cualquier límite que creí que ella pudiera cruzar.

Ella, sin embargo, parecía tranquila, casi serena.

—He hablado con él, Lívia. —Su voz sonó firme, inquebrantable, como si hubiera ensayado esa respuesta—. Como madre, sentí que era mi deber.

Todo mi cuerpo se tensó. La miré fijamente, buscando en su rostro algún rastro de duda, alguna grieta. No encontré nada más que convicción.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté, con la voz temblando entre el miedo y la curiosidad.

Se recostó en la silla, cruzó las manos sobre el regazo y respiró hondo antes de responder.

—Le dije todo lo que tenía que saber. Que habías sufrido. Que Ana Clara creció sin un padre y que él no tiene derecho a entrar en vuestras vidas si no es para quedarse. —Sus ojos, tan parecidos a los míos, brillaban con una fuerza antigua, maternal, imposible de contradecir—. Fui muy clara, Lívia. Si de verdad quiere estar con vosotras, tiene que ser sincero. No solo estar presente, sino de verdad.

Por un momento, guardé silencio. Cada palabra suya pesaba en mí como una mezcla de alivio y aprensión.

El corazón me latía con fuerza, las emociones chocando dentro del pecho.

Sentía gratitud —por haberme defendido, por ser siempre el escudo que necesitaba—, pero también un miedo casi infantil a lo que aquella conversación podría desencadenar.

—¿Y... qué dijo él? —La pregunta me salió en un susurro, aunque mi pecho exigía respuestas a gritos.

Mi madre sostuvo mi mirada. Había en sus ojos algo distinto: un brillo de esperanza que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Prometió que esta vez sería diferente —respondió con voz más suave—. Y, Lívia... yo le creo. Lo vi en sus ojos. Ama a Ana Clara, eso es evidente. Y, si me permites decirlo, también te ama a ti.

Sus palabras cayeron sobre mí como una ola inesperada.

Por un segundo, olvidé respirar.

La imagen de Arthur vino a mi mente —su mirada cuando sostenía la mano de Ana Clara, la forma en que me hablaba como si aún conociera cada rincón de mi alma.

Sentí un nudo en el pecho, una mezcla de dolor, añoranza y algo que me resistía a llamar esperanza.

—Entiendo... —murmuré, más para mí que para ella, intentando disimular la emoción que amenazaba con desbordarse.

Mi madre se levantó despacio y se acercó a mí.

—Solo quiero lo mejor para vosotras dos —dijo, con esa ternura que siempre conseguía desarmarme desde niña—. Si Arthur va a formar parte de eso, tendrá que demostrar que merece esa oportunidad. No solo con promesas, sino con hechos.

Abrió los brazos, invitándome a un abrazo. Por un instante dudé, temiendo que ese gesto sencillo rompiera el frágil control que aún intentaba mantener. Pero cedí.

Cuando me refugié en sus brazos, el mundo pareció calmarse.

El perfume familiar de su piel me devolvió una sensación de seguridad que no sentía desde hacía días.

—Siempre intentas cargar con el mundo tú sola, hija —susurró, acariciándome el pelo—. Pero a veces hay que dejar que los demás te demuestren que también pueden cuidar de ti.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas silenciosas escaparan, sintiendo cómo el nudo en mi garganta por fin se deshacía.

Aquella conversación había despertado un torbellino —miedo, esperanza, amor, duda—.

Todo se mezclaba. Pero, entre ese caos emocional, había una claridad dolorosa, casi liberadora.

En el fondo, sabía lo que más deseaba: un futuro en el que Ana Clara creciera rodeada de amor, sin fantasmas ni ausencias; un futuro en el que Arthur dejara de ser recuerdo y se convirtiera en presencia; un futuro en el que nosotros, de algún modo, eligiéramos estar juntos —no por obligación, sino por quererlo.

Apreté a mi madre con más fuerza y, por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que quizá ese futuro no era solo un sueño lejano.



«Nuestro amor era el silencio entre las notas, la pausa que da sentido a la música, el espacio donde habita toda la belleza.»

LÍVIA MEDEIROS

En menos de un mes, el Hotel Valentim se había convertido en uno de los mejor valorados de Florianópolis.

Cada elogio nuevo, cada comentario positivo de los huéspedes era una pequeña victoria —no solo para el equipo, sino también para mí—.

Formar parte de aquel proceso me llenaba de un orgullo que ni siquiera sabía que necesitaba sentir.

Aunque trabajaba en un puesto completamente distinto a todo lo que había hecho antes, me sentía… viva.

Pero no era solo el trabajo lo que me hacía sonreír al final de cada día. Era él.

Arthur.

La forma en que estábamos volviendo a conectar —de manera lenta, cuidadosa, casi tímida— se sentía tan natural que, a veces, me olvidaba del peso del pasado que nos había separado.

Y en ese momento, mientras él dirigía la reunión general, simplemente no podía apartar la mirada.

Estaba de pie frente al equipo, erguido, seguro, con el traje impecable y las mangas de la camisa remangadas con una elegancia casual que le quedaba terriblemente bien.

La luz del proyector se reflejaba en sus ojos, y el timbre de su voz llenaba la sala con una autoridad serena, firme, envolvente.

—Siempre he creído que un hotel de éxito no se construye solo con buenas instalaciones o una ubicación privilegiada —comenzó, con voz firme y cautivadora—. El verdadero valor diferencial está en las personas. En cada uno de vosotros, que convertís la estancia de nuestros huéspedes en una experiencia única.

Había más de treinta personas en la sala —jefes de departamento, recepcionistas, personal de limpieza y mantenimiento —, pero era como si todos estuvieran atrapados en cada palabra suya.

Arthur hablaba con convicción, pero también con empatía, y era imposible no dejarse arrastrar por la pasión que transmitía.

Mientras repasaba los números del último mes, destacó el aumento en las valoraciones positivas, las mejoras en los índices de satisfacción y la disminución de las quejas.

Sin embargo, lo que más me impresionó no fueron los resultados, sino la forma en que los presentaba.

En lugar de críticas, ofrecía sugerencias. En lugar de órdenes, ofrecía apoyo.

No solo dirigía, inspiraba.

—Quiero dar las gracias a todos por vuestro esfuerzo y dedicación durante estos treinta días —dijo, recorriendo la sala con la mirada, deteniéndose lo suficiente en cada rostro como para que todos se sintieran vistos—. Los logros que hemos conseguido no son míos ni de un departamento concreto. Son de todos nosotros.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala, y algunos sonrieron con timidez.

Pero cuando su mirada se cruzó con la mía, por un instante todo se detuvo.

El mundo se redujo a aquel momento: una mirada firme, intensa, y un brillo que era algo más que orgullo profesional. Era personal.

Aparté los ojos antes de que nadie lo notara, sintiendo el corazón latir más deprisa de lo que debería.

Él prosiguió, retomando su tono inspirador:

—Tenemos grandes retos por delante, pero confío en que, juntos, seguiremos elevando el nivel de excelencia del Hotel Valentim.

Los aplausos estallaron espontáneamente, llenando la sala, y él sonrió —esa sonrisa que conocía tan bien, la que empezaba discreta pero acababa iluminando todo su rostro—.

Cuando la reunión terminó, los jefes de departamento se acercaron a él uno a uno, agradeciéndole y compartiendo ideas.

Yo me quedé al fondo, observando desde lejos. Arthur escuchaba con atención a cada persona, sin prisas, sin superioridad.

Posaba una mano ligera en el hombro de algunos mientras hablaba, como si dijera, sin palabras, «confío en ti».

Era difícil explicar lo que sentía al verlo así.

Admiración, orgullo, amor… todo se mezclaba en un torbellino de emociones que me dejaban sin aliento.

Él no era solo el hombre que un día rompió mi corazón, ni el padre de mi hija.

En ese instante, era el líder que inspiraba, el hombre que hacía creer a todos los que le rodeaban que podían ser mejores —incluida yo —.

Cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse, desde el fondo de la sala, me dedicó una sonrisa breve, casi imperceptible, pero que decía más de lo que las palabras jamás podrían.

Y en ese momento comprendí algo que había intentado negar desde que volvió a mi vida: la llama que creí haber apagado dentro de mí… nunca se extinguió.

Simplemente aguardaba el instante adecuado para volver a arder.

Y ahora, bastaba una sola mirada de Arthur para recordármelo.



Volver a la rutina del hotel se había convertido, sorprendentemente, en algo natural para mí.

Cada día, cada huésped, cada pequeño desafío me enseñaba algo nuevo —no solo sobre el trabajo, sino sobre mí misma—.

Por fin estaba reencontrándome.

Arthur me había dado una oportunidad, y quería honrarla con todo lo que tenía. Quería hacerlo bien, ser útil, eficiente... pero, sobre todo, quería demostrarme que todavía era capaz de volar sola.

—Tiene un don para esto, ¿lo sabía? —me dijo una de las huéspedes, una mujer elegante, de voz melodiosa, mientras finalizaba el proceso de check-out.

Me miraba con un aprecio genuino, y sus palabras fueron un bálsamo inesperado después de una mañana intensa.

—Me alegra mucho oírlo —respondí, sonriendo—. Nuestro objetivo es que cada huésped viva la mejor experiencia posible aquí, en el Hotel Valentim.

—Pues lo ha conseguido —replicó, firmando los documentos y devolviéndome el bolígrafo—. Me han tratado con tanta amabilidad y atención que me he sentido como en casa. No es algo habitual, créame. Espero verla en mi próxima estancia.

—Será un placer recibirla de nuevo —aseguré, entregándole los papeles con una sonrisa sincera.

Cuando salió, me quedé mirando unos segundos la puerta cerrarse tras ella, sintiendo cómo un orgullo silencioso y cálido me crecía dentro del pecho.

Era una sensación simple, pero profunda: la certeza de estar justo donde debía estar.

Arthur me había dado la oportunidad, sí, pero eran mi esfuerzo y mi dedicación los que estaban construyendo mi lugar.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía parte de algo más grande.

No se trataba solo de aprender rutinas, de memorizar procesos o de complacer a huéspedes exigentes.

Se trataba de redescubrir a la mujer que había dejado dormida: aquella que amaba lo que hacía, que disfrutaba cuidando, sirviendo, convirtiendo días corrientes en experiencias memorables.

Y, en el fondo, sabía que eso era lo que también me hacía más fuerte para afrontar lo que aún estaba por venir.

—En el fondo, siempre supe que te iría bien aquí.

La voz masculina, inconfundible, sonó a mis espaldas. Me giré, y allí estaba él.

Arthur.

El corazón reaccionó antes que la razón: un latido fuerte, cálido, que me recorrió todo el cuerpo.

Estaba apoyado en el mostrador, los brazos cruzados, una sonrisa discreta en los labios... pero su mirada, esa mirada, seguía siendo la misma de siempre: firme, intensa, capaz de atravesar todas las barreras que intentaba levantar entre los dos.

—Arthur... —murmuré, aún sorprendida—. Gracias.

Él dio unos pasos hacia adelante y, aun manteniendo una distancia prudente, su presencia parecía llenar todo el espacio.

—No hay de qué —respondió, con voz baja, casi ronca—. Solo he dicho la verdad.

Sus ojos recorrieron mi rostro con una naturalidad peligrosa, y sentí el calor subir por mi cuello.

—He visto cómo atendías a esa clienta hace un rato. —Hizo un gesto leve hacia la recepción—. Tienes algo especial, Lívia. Una forma natural de hacer que la gente se sienta importante. Es un talento que no se enseña.

Sus palabras me golpearon con una fuerza silenciosa.

Era más que un elogio profesional: era un reconocimiento.

Y, viniendo de él, significaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Solo intento dar lo mejor de mí —respondí, esforzándome por mantener un tono neutro, aunque el corazón me latía con fuerza.

—Y lo estás consiguiendo —dijo, sonriendo otra vez, aunque esta vez su mirada era más suave, casi afectuosa—. Estoy realmente impresionado. Y orgulloso.

Esa palabra —orgulloso— resonó dentro de mí de una forma íntima, inesperada.

Era como si hubiera tocado un punto que yo ni siquiera sabía que seguía siendo vulnerable.

—Eso significa mucho, Arthur —confesé, mirándole a los ojos—. Sobre todo viniendo del dueño del hotel.

Él negó con la cabeza, y su sonrisa volvió, ahora con un toque de picardía.

—Ah, no. —Su voz bajó una octava—. Esto no viene del dueño del hotel. Viene de alguien que siempre ha creído en ti.

Hubo un breve silencio entre nosotros. La tensión se podía casi tocar.

Bajé la mirada, intentando controlar lo que sentía, pero era inútil.

Por más que me esforzara en mantener las cosas en su sitio —profesional, racional—, su mera presencia deshacía todas las defensas que había levantado.

—Gracias —susurré, incapaz de decir nada más.

Arthur dio un paso más, y el aire pareció volverse más denso.

—¿Qué te parece si me lo agradeces con una cena este fin de semana? —preguntó, con tono ligero pero los ojos fijos en los míos, desafiándome—. Tú y Ana Clara. En mi casa.

El convite me pilló completamente por sorpresa.

Durante un instante, me quedé sin palabras, el corazón golpeando con fuerza en el pecho.

—Arthur... yo... —empecé a decir, pero él alzó las cejas, divertido con mi vacilación.

—No será nada formal —añadió con voz suave, casi persuasiva —. Solo quiero pasar un rato con vosotras. Hablar con calma.

Le miré, y en sus ojos vi algo que iba más allá del interés. Vi ternura.

Y quizá eso fue lo que más me desarmó.

—Sería... agradable —murmuré, intentando disimular el nerviosismo—. Estoy segura de que a Ana Clara le encantará la idea.

—Perfecto —dijo, con una sonrisa satisfecha—. Será una velada tranquila. Lo prometo.

Tranquila…

Lo dudaba mucho.

Aun así, asentí, incapaz de ocultar la curiosidad —y la chispa de emoción que el convite había despertado en mí—.

Cuando se alejó, dejando tras de sí ese rastro inconfundible de presencia y perfume, intenté volver al trabajo.

Pero fue imposible.

Sus palabras, su mirada, el brillo contenido en su sonrisa... todo seguía girando en mi mente.

Y mientras anotaba distraída algo en la planilla, comprendí lo evidente: no era solo el hotel lo que estaba reconstruyendo.

Era a mí misma.



«Era la respuesta al susurro de mi corazón, una respuesta que ni siquiera sabía que estaba esperando, pero que llenó cada vacío de luz.»

LÍVIA MEDEIROS

—¿Fue fácil aceptar la invitación? —preguntó Marina, con esa sonrisa traviesa que siempre aparecía cuando el tema era él.

Hundí la cucharilla en el café, distraída, observando cómo se formaba un remolino antes de responder.

—Sí… más de lo que pensaba que sería.

Ella arqueó una ceja, interesada, y se inclinó ligeramente sobre la mesa.

El aroma del café recién hecho se mezclaba con el murmullo suave de las conversaciones a nuestro alrededor; nuestra cafetería favorita tenía siempre ese aire acogedor, como si el tiempo bajara el ritmo solo para escucharnos hablar.

—Entonces, ¿quieres decir que la Lívia que yo conozco —la prudente, la racional— aceptó sin pensárselo mucho? —bromeó Marina, con una sonrisa divertida.

Me reí, negando con la cabeza.

—Verás, una parte de mí estaba nerviosa, pero la otra… —suspiré, soltando una risa corta, casi avergonzada— estaba impaciente. Es raro. Después de todo, no esperaba tener tantas ganas de estar cerca de él.

Marina me observó en silencio unos segundos. Era buena en eso: en esperar. Sabía exactamente cuándo no interrumpir, cuándo dejar que las palabras fluyeran solas.

—¿Y estás contenta con la invitación? —preguntó al fin, con una suavidad que me desarmó.

—Sí. —Asentí, y sentí el corazón acelerarse solo por decirlo en voz alta—. Más de lo que imaginaba. Y Arthur… realmente parece querer hacer las cosas bien esta vez.

Apoyó el mentón en las manos, con esa mirada curiosa y protectora que mezclaba ternura y escepticismo.

—Eso es bueno, Lívia. Tú y Ana Clara os lo merecéis. —Hizo una pausa, estudiando mi expresión—. Pero dime… ¿qué esperas de esa cena? Además de, claro, una buena comida y, posiblemente, un buen vino.

Solté una risa suave, pero su pregunta se quedó flotando en mi cabeza unos segundos.

—¿Sinceramente? —empecé, mirando el vapor que subía de mi taza—. Creo que solo quiero ver si aún es posible. Reconectar de verdad, sin las complicaciones del trabajo ni el peso del pasado. Quiero descubrir si todavía queda un "nosotros" en alguna parte, aunque sepa que puede ser complicado.

Marina cruzó los brazos, el gesto agudo de siempre en su mirada.

—¿Y Arthur? —preguntó, arqueando una ceja—. ¿Qué crees que quiere él con todo esto?

—Creo que quiere demostrar que ha cambiado. —Mordí el labio inferior, recordando el tono de su voz cuando me hizo la invitación, la forma en que sus ojos parecían suplicar que dijera que sí—. Quiere demostrar que puede estar presente, no solo conmigo, también con Ana Clara.

—¿Y tú te lo crees? —Su voz sonó tranquila, pero escondía un peso, como si quisiera poner a prueba mis límites.

Tardé unos segundos en responder.

—Empiezo a creer que sí —confesé, y el sonido de mis propias palabras me sorprendió—. Parece diferente. Más… humano, quizá. Más consciente de lo que perdió.

Marina suspiró y me dedicó esa media sonrisa de amiga que me ha visto caer y levantarme más veces de las que podría contar.

—Ve con el corazón abierto, pero no se lo entregues en bandeja, ¿me oyes? —dijo, apuntándome con la cucharilla como si fuera un arma simbólica.

—Entendido, doctora del amor —bromeé, riendo, y ella puso los ojos en blanco, pero terminó riéndose también.

Nos quedamos en silencio un momento, escuchando el tintinear de las tazas y el murmullo de los clientes a nuestro alrededor.

Afuera, la tarde empezaba a despedirse; el cielo, teñido de tonos anaranjados, reflejaba exactamente lo que sentía por dentro: expectativa e incertidumbre bailando una junto a la otra.

—¿Sabes, Lívia…? —dijo Marina, rompiendo el silencio—. A veces el universo nos da una segunda oportunidad. Pero somos nosotros quienes decidimos qué hacer con ella.

Tragué saliva, sintiendo cómo sus palabras me llegaban muy adentro.

Sonreí, pero fue una sonrisa pequeña, consciente.

—Creo que ha llegado el momento de averiguar qué quiere el universo esta vez.

La conversación con Marina me dejó más ligera, más segura, como si al ponerlo todo en palabras también hubiera ordenado lo que sentía en el corazón.

La cena con Arthur no era solo un encuentro. Era una encrucijada.

Un punto de partida hacia algo nuevo… o el final definitivo de una historia antigua.

Y, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a descubrir cuál sería el desenlace.



El reloj ya marcaba el comienzo de la noche cuando Ana Clara apareció en el salón con una sonrisa capaz de iluminarlo todo a su alrededor.

Después de un largo día de trabajo, aquel era el momento que más esperaba: el nuestro.

El suelo estaba cubierto de bloques de colores, esparcidos como pequeñas piezas de un universo en construcción.

Me senté con ella y empecé a apilarlos, fingiendo tener más destreza de la que en realidad poseía.

—Entonces, cuéntame, ¿qué más ha pasado hoy, señorita? —pregunté mientras intentaba equilibrar una torre que se empeñaba en caerse.

—¡Ay, mamá! —exclamó, con los ojos brillando de emoción—. Hoy, en clase de arte, dibujamos nuestras familias.

—¿Ah, sí? —sonreí, intrigada—. ¿Y qué dibujaste tú?

Se agachó para coger más piezas, tan concentrada en el juego que tardó un instante en contestar.

—Nos dibujé a nosotras. A mí, a ti… y a Arthur también.

Sus palabras me pillaron completamente desprevenida.

Mis manos se quedaron suspendidas en el aire; el bloque azul que sostenía quedó olvidado entre los dedos.

—¿A Arthur? —repetí, intentando sonar casual, aunque la sorpresa traicionaba mi voz—. ¿Y por qué lo has puesto, cariño?

Ana Clara se encogió de hombros, como si la respuesta fuera demasiado evidente.

—Porque es majo. Y porque nos hace reír. —Me miró y añadió, con la pureza de quien ve el mundo sin filtros—: Y creo que le caemos bien, ¿sabes?

El corazón se me encogió.

Su sencillez tenía el poder de desarmar cualquier cosa dentro de mí.

—Eso es muy bonito, hija. —Sonreí, ocultando el torbellino de pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza—. Es bueno tener cerca a personas que nos hacen felices.

Asintió y volvió a apilar bloques, pero enseguida levantó los ojos otra vez.

—Mamá, ¿Arthur puede ser nuestro amigo para siempre?

Hubo una pausa.

Ese tipo de pregunta —tan simple y, al mismo tiempo, tan llena de significado— siempre conseguía dejarme sin aliento.

—Ya veremos cómo van las cosas, cariño —respondí, eligiendo bien las palabras—. A veces las personas se quedan, otras siguen caminos distintos. Pero lo importante es disfrutar de cada momento con quienes nos quieren.

—Vale. —Sonrió, satisfecha con la respuesta, y siguió construyendo el castillo, que ya empezaba a tomar forma.

Aproveché la ocasión para decirle, con un tono ligero:

—¿Y si te cuento una novedad?

Me miró, curiosa.

—¿Cuál?

—Arthur nos ha invitado a cenar a su casa este fin de semana.

Los ojos de Ana Clara se abrieron de par en par.

—¡Qué bien! Vamos a ir, ¿verdad, mamá?

No pude evitar reírme.

—¿Quieres ir?

—¡Claro que sí! —exclamó, dando palmaditas—. ¡Va a ser divertido!

La observé un momento: ese entusiasmo puro, contagioso. Arthur había logrado algo raro: un hueco en el corazón de mi hija.

Y, en el fondo, me di cuenta de que también estaba ocupando el suyo en el mío.

Seguimos jugando, y el castillo fue creciendo, bloque tras bloque, hasta que la torre más alta se tambaleó y se vino abajo.

Ana Clara estalló en una carcajada, y yo la seguí, riendo con ella, el sonido de nuestras risas llenando toda la casa.

Mientras recogíamos las piezas, pensé en cómo la vida se construye con esos pequeños momentos: con risas entre caídas, con comienzos pacientes, con estructuras que a veces deben derrumbarse para poder levantarse más firmes.

La mención de Arthur seguía resonando en mi interior, mezclada con una sensación agridulce.

La idea de tenerlo más presente me reconfortaba y me asustaba al mismo tiempo.

Sabía cuánto me removía su presencia… y ahora también estaba removiendo algo en ella.

Pero cuando miré a Ana Clara, rodeada de bloques de colores, el rostro tranquilo y los ojos llenos de confianza, una calma inesperada me envolvió.

Quizá el futuro aún fuera incierto, sí.

Pero allí, en aquel salón iluminado por la luz suave de la lámpara y por la inocencia de mi hija, entendí que el amor —el verdadero— siempre encuentra la forma de reconstruir lo que el tiempo derribó.

Y, por primera vez en años, dejé que la esperanza se sentara con nosotras en el suelo.

ARTHUR VALENTIM

Todo tenía que estar perfecto.

Desde el momento en que desperté aquella mañana, una única idea martilleaba en mi cabeza: aquella noche tenía que ser inolvidable.

No un simple cena, no una formalidad.

Quería que fuese algo que dejara una huella —un gesto silencioso capaz de mostrarle a Lívia y a Ana Clara cuánto significaban para mí—.

Pasé horas planeando cada detalle, repasando mentalmente cada elección, cada sabor, cada color.

El menú fue el primer reto.

Lívia siempre había apreciado las comidas sencillas pero bien hechas, de esas que despiertan recuerdos entrañables.

Elegí platos que evocaban lo que solíamos compartir años atrás, pero añadí un toque nuevo, como si quisiera decirle que el pasado seguía allí —presente, vivo—, pero que ahora había espacio para algo distinto.

Para Ana Clara pensé en algo ligero, divertido, que le sacara una sonrisa.

Quería que se sintiera bienvenida, cómoda, como si aquella casa hubiera sido suya desde siempre.

Pasé toda la tarde en la cocina, rodeado del sonido del aceite chisporroteando en la sartén y del aroma que se extendía lentamente por las habitaciones.

Cada especia, cada plato montado con cuidado era más que una receta: era una petición muda de perdón.

Un intento de demostrar, a través de gestos sencillos, aquello que las palabras —por sinceras que fueran— aún no habían logrado expresar.

La música vino después.

Elegí algo suave, un jazz instrumental que creaba una atmósfera serena, dejando espacio para la risa, para las miradas, para ese silencio cómodo que esperaba que existiera entre nosotros.

Luego, la mesa.

Usé el mantel blanco reservado para las ocasiones especiales y coloqué flores frescas en el centro —lirios y pequeñas margaritas, delicadas y discretas, como la propia Lívia—.

Las velas fueron lo último: sus llamas titilaban suavemente, proyectando reflejos cálidos sobre la estancia y un brillo tenue sobre las copas de cristal.

Miré a mi alrededor y, por un instante, me quedé quieto en medio del salón, intentando verlo todo como ella lo vería.

¿Sería suficiente? ¿Notaría el esfuerzo? ¿Comprendería lo que había detrás de cada detalle?

El corazón me latía con fuerza, alternando entre el nerviosismo y una esperanza tímida.

No quería simplemente impresionar: quería conmover.

Quería que viera al hombre que estaba intentando ser. Que entendiera que cada gesto era una forma de reconstruir algo que durante mucho tiempo creí perdido para siempre.

Y, por supuesto, estaba Ana Clara.

El pensamiento de ella me hizo sonreír.

Quería que la niña sintiera que aquel también era su lugar, que ese hogar tenía sitio para las dos.

Soñaba con verlas reír juntas en el salón, con sentir esa alegría sencilla que solo una familia puede crear, aunque, por ahora, esa palabra siguiera pareciendo lejana.

A medida que la hora se acercaba, el tiempo pareció ralentizarse.

Cada vez que miraba el reloj, el tic-tac me recordaba en qué estaba invirtiendo —no en una cena, sino en una oportunidad—.

El sonido del timbre resonó por la casa y me sacó de mis pensamientos.

Me quedé inmóvil un segundo, conteniendo la respiración.

Sentí el corazón golpear con fuerza, como si cada latido fuera un empujón invisible que me llevaba hasta la puerta.

Pasé una mano por el pelo, ajusté el cuello de la camisa y, antes de girar el pomo, inhalé hondo.

En ese instante comprendí que no estaba a punto de abrir solo la puerta de mi casa.

De algún modo, estaba a punto de abrir la puerta de mi corazón —y permitir que, quizá por primera vez en años, alguien lo habitara de nuevo—.

Y cuando el timbre sonó por segunda vez, supe que era ahora o nunca.

El comienzo de algo nuevo... o el renacer de todo lo que, en el fondo, nunca había dejado de existir.



«Era el misterio que daba color a mi mundo en blanco y negro, un enigma que pasaría la vida entera feliz de desvelar.»

ARTHUR VALENTIM

—Hola, Arthur.

La voz de Lívia, suave y firme a la vez, resonó en la puerta como una brisa inesperada.

Cuando la vi allí, con Ana Clara a su lado, sentí el corazón acelerarse: una oleada de recuerdos y emociones me golpeó de golpe.

—Hola, pequeña —respondí, agachándome para abrazar a mi hija.

Se lanzó a mis brazos con la espontaneidad de siempre, y la estreché con fuerza, aspirando el olor dulce de su pelo, ese aroma que, de algún modo, ya formaba parte de mí.

Durante unos segundos, el mundo se detuvo: solo importaba el calor de su cuerpo contra el mío.

Cuando me incorporé, mis ojos se encontraron con los de Lívia.

Parecía insegura, como si aún no tuviera del todo claro si debía estar allí.

Le ofrecí una sonrisa que pretendía transmitir serenidad, aunque la verdad era que yo también estaba nervioso.

—¿Cómo estás? —pregunté, apartándome para dejarles pasar.

—Bien, gracias —respondió, con una sorpresa contenida en la voz.

En cuanto cerré la puerta, noté cómo cambiaba el aire de la casa. Era como si aquel espacio, hasta entonces vacío, cobrara vida de repente.

Las conduje hasta el comedor, donde la mesa ya estaba puesta, las velas encendidas y el aroma de la comida impregnando el ambiente.

—Espero que os guste la cena. —Intenté mantener el tono ligero —. Lo he preparado yo mismo.

Lívia parpadeó, sorprendida.

—¿Tú… has cocinado? —preguntó, recorriendo con la mirada la mesa decorada con flores, vajilla delicada y cada detalle que había elegido pensando en ellas.

—Me pareció más personal —confesé, atento a sus reacciones.

Ana Clara abrió los ojos como platos, fascinada, y se subió a la silla con entusiasmo.

—¡Qué bonito, Arthur!

—Gracias, pequeña. He hecho lo mejor que he podido —respondí, riendo mientras ella examinaba los platos con curiosidad infantil.

La cena empezó con ligereza, y poco a poco el ambiente se volvió más distendido.

Conté historias sobre mis desastrosos intentos de aprender a cocinar, y las dos se rieron tanto que Ana Clara casi volcó el zumo.

Lívia se relajaba visiblemente. Cada vez que sonreía, recordaba cuánto había echado de menos ese brillo en sus ojos.

—Y dime, Ana Clara —pregunté cuando limpió los labios con la servilleta—, ¿qué has aprendido esta semana?

—¡Un montón de cosas! —se enderezó, entusiasmada—. Hice un dibujo en clase de arte y la profe dijo que era precioso. ¡Ah!, y también jugué al fútbol en el recreo, me caí… ¡pero no lloré!

Lívia y yo nos miramos, cómplices, con ese tipo de mirada que lo dice todo sin palabras.

—Una auténtica artista… y valiente, además —comenté, sonriendo—. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella sonrió, satisfecha, y volvió a concentrarse en el postre, completamente encantada con el mousse de chocolate.

—¿Y tú, Lívia? —pregunté, aprovechando que Ana Clara estaba distraída—. ¿Qué tal la semana en el hotel?

—Cansada, pero bien. Me estoy adaptando cada vez más. Es distinto a todo lo que he hecho antes, pero… me gusta lo que estoy construyendo allí. —Hizo una breve pausa, bajando la mirada al plato —. Me gusta sentir que estoy en el camino correcto.

Escuché cada palabra con atención, admirando cuánto había cambiado.

La mujer que tenía delante ya no era la misma de hace años: había en ella una nueva fortaleza, un brillo distinto, mezcla de madurez y coraje.

La noche se fue alargando, las conversaciones se entrelazaban con las risas, y el tiempo parecía deslizarse despacio, cómodo.

La familiaridad que creía perdida regresaba poco a poco, disimulada en los pequeños gestos: en la manera en que se apartaba el pelo, en las expresiones que Ana Clara había heredado de ella.

Cuando terminamos de cenar, me ofrecí a enseñarles la casa.

—¿Queréis ver el resto?

—¡Sí! —respondió Ana Clara antes de que Lívia pudiera siquiera abrir la boca.

Ella rió y asintió, rendida a la emoción de su hija. Recorrimos los amplios pasillos, iluminados por luces doradas y suaves.

Les mostré la biblioteca, con las estanterías repletas de libros; la sala de música, donde el piano de cola esperaba desde hacía meses a que alguien lo tocara; y la sala de juegos, donde Ana Clara corrió a explorar, fascinada por todo.

Lívia caminaba más despacio, observando cada detalle.

Su mirada era curiosa, sí, pero también había en ella algo indefinible —quizá nostalgia, quizá una sombra de melancolía.

Cuando llegamos al jardín interior, se detuvo.

El espacio estaba en silencio, bañado por la luz de las pequeñas lámparas entre las plantas.

El agua de la fuente emitía un murmullo constante y relajante, casi hipnótico.

—Tu casa es preciosa, Arthur —dijo, mirando a su alrededor—. Es… enorme.

—Me gusta el espacio. —Me encogí de hombros, fingiendo naturalidad—. Pero, a veces, es más casa de la que uno necesita. Llevo aquí solo unos días, aún me estoy acostumbrando.

Ana Clara, que observaba un grupo de peces en el pequeño estanque, se giró de repente y preguntó con la sinceridad desarmante que solo tienen los niños:

—¿Y para qué quieres una casa tan grande si vives solo?

Tragué saliva, sorprendido por su franqueza.

Era una pregunta simple, pero con un peso que yo mismo llevaba tiempo evitando.

—Supongo que cuando elegí esta casa imaginaba un futuro distinto —admití, desviando la mirada un instante—. Tal vez una familia… —Hice una breve pausa y sonreí con suavidad—. Pero la vida no siempre sigue los planes que hacemos.

Lívia guardó silencio y, de pronto, en un gesto inesperado, me tocó el brazo.

Fue un roce leve, pero suficiente para que una corriente eléctrica me recorriera la piel.

—Te entiendo —susurró, y su voz tenía el tono cálido de la empatía.

Nos miramos durante un instante que pareció alargarse más de lo prudente.

Había comprensión, añoranza… y algo más. Algo que seguía allí, resistiendo, pese a todo.

Ana Clara interrumpió aquel momento corriendo hacia la fuente, su risa rompiendo la tensión.

—¡Mamá, mira! ¡Los pececitos están nadando muy cerca de mí!

Lívia sonrió y se acercó a ella, el sonido de sus risas mezclándose con el murmullo del agua.

Me quedé observándolas, sintiendo cómo el pecho se me llenaba de una emoción que ya no recordaba cómo nombrar.

Aquella casa, antes fría y silenciosa, ahora parecía… viva.

LÍVIA MEDEIROS

Conforme pasaban las horas, algo dentro de mí empezó a cambiar.

La incomodidad inicial, el miedo a que el pasado se interpusiera entre nosotros como una sombra no deseada, fue dando paso a una sensación cálida de familiaridad.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía a gusto junto a Arthur.

Era como si el tiempo se hubiera plegado, permitiéndome revivir una versión de nosotros que creía perdida: aquella en la que la risa era fácil y bastaba su mirada para hacerme olvidar el resto del mundo.

Durante breves instantes dejé de pensar en su familia, en las amenazas, en las cicatrices. Me permití, simplemente, sentir.

Ana Clara parecía compartir ese mismo hechizo.

Su risa resonaba por los amplios pasillos de la casa, mezclándose con la voz grave de Arthur, que la seguía en sus juegos.

Era hermoso de ver: los dos juntos, cómplices, espontáneos, como si el amor entre padre e hija hubiera existido siempre, solo dormido, esperando el momento adecuado para florecer.

Y contemplarlo me llenaba el corazón de una ternura casi dolorosa.

Porque, al mismo tiempo que me conmovía, también despertaba en mí algo más profundo: una esperanza tímida, obstinada, que me

negaba a llamar sueño.

Mientras caminábamos por la casa, observando a Ana Clara explorar cada rincón con curiosidad infantil, un pensamiento me atravesó como un rayo: ¿y si las cosas hubieran sido distintas?

Si él no se hubiera marchado, si yo no hubiera tenido que ser fuerte demasiado pronto.

Quizá esa risa que ahora llenaba el aire habría formado parte de mis días desde siempre.

Pero la realidad me devolvió enseguida a tierra. El pasado no se borra. No podíamos fingir que nada había ocurrido.

Lo que sí podíamos —lo que yo quería— era intentar construir algo nuevo sobre las ruinas.

Arthur parecía genuinamente feliz.

El brillo en sus ojos al ver a Ana Clara correr por el jardín era imposible de disimular. Había orgullo, amor y una ternura que nunca antes le había visto mostrar.

Cada detalle de aquella noche —la cena que él mismo había preparado, las conversaciones ligeras, las risas compartidas— llevaba la marca de un hombre que estaba intentando, de verdad intentando, reparar lo que un día rompió.

Y fue entonces cuando comprendí que el momento de contarle la verdad a Ana Clara se acercaba.

Ella ya sentía esa conexión, aunque aún no supiera por qué. Negarlo sería cruel —con ella, y con nosotros.

Sabía que sería delicado, que habría que hacerlo con cuidado, respetando la mente aún inocente de mi hija.

Pero al mirarlos, riendo uno junto al otro, supe que ya no había lugar para el miedo.

Arthur se acercó cuando Ana Clara se alejó para explorar otro rincón de la casa.

Su mirada se encontró con la mía, y algo se instaló entre nosotros: una conexión silenciosa, pero intensa.

—Gracias… por todo esto, Arthur —murmuré, con la voz suave, casi quebrada.

Él frunció el ceño, confundido.

—No tienes que darme las gracias, Lívia. Es lo mínimo que puedo hacer.

—No, Arthur… —negué, moviendo lentamente la cabeza—. Creo que no lo entiendes. —Respiré hondo, intentando contener la emoción que me desbordaba—. Lo que estás haciendo es más que lo mínimo. Nos estás dando una nueva oportunidad. Una oportunidad de reconstruir lo que se rompió. Y eso… significa más de lo que imaginas.

Arthur guardó silencio durante un instante, con los ojos fijos en los míos.

Había en ellos algo que me desarmaba: una mezcla de arrepentimiento y ternura, de deseo y promesa.

—Lívia… —dijo al fin, con la voz ronca, vacilante—. Desde el momento en que supe de Ana Clara, todo cambió.

Sabía que tenía que estar aquí. Formar parte de vuestras vidas, de la tuya. No como un extraño, sino como alguien que ama y se preocupa.

Su sinceridad me atravesó de lleno, y sentí los ojos humedecerse.

—Lo sé, Arthur —respondí, con la voz entrecortada—. Y por eso… creo que ha llegado el momento.

Me miró, atento.

—¿El momento?

—De contárselo. —Las palabras salieron despacio, cargadas de peso y decisión—. De decirle a Ana Clara que tú eres su padre.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Arthur respiró hondo, y vi cómo la tensión de su mandíbula cedía.

El brillo en sus ojos cambió: de la sorpresa a algo que se parecía mucho a la gratitud.

—Estoy preparado, Lívia —dijo, con una convicción que me hizo creerle—. Cuando quieras, como quieras, quiero estar contigo en eso.

Quiero que sepa que la queremos, y que no volveré a dejarlas.

El no volveré me atravesó con la fuerza de una promesa.

Y entonces añadió, bajando la voz:

—Nuestra hija se lo merece.

La manera en que pronunció nuestra hizo que el corazón me diera un vuelco.

Fue un recordatorio silencioso de que, a pesar de todo, seguíamos siendo una familia.

Fragmentada, imperfecta, pero familia al fin y al cabo.

—Entonces lo haremos juntos —susurré, sintiendo una nueva fuerza crecer dentro de mí—. En nuestro próximo paseo, se lo diremos.

Pero lo haremos con amor, del modo correcto.

Arthur asintió y, sin decir nada, se acercó un poco más.

Sus dedos rozaron los míos con delicadeza, en un gesto sencillo, pero cargado de significado.

—Nos aseguraremos de que sepa cuánto la queremos —dijo él, en voz baja, casi un susurro—. No importa lo que haya pasado antes.

Asentí, sintiendo el calor de su mano recorrerme entera.

—Sí.

El silencio que siguió fue distinto: ya no había miedo en él, solo comprensión, una promesa no pronunciada.

Y mientras Ana Clara reía al fondo, jugando entre las flores del jardín, comprendí que quizá el amor nunca se había ido.



«Juntos aprendimos a bailar bajo la lluvia, a encontrar alegría en las tormentas y a entender que cada gota era una bendición de renovación.»

LÍVIA MEDEIROS

Había planeado volver a casa temprano aquella noche, pero algo dentro de mí simplemente no quería marcharse.

La conversación con Arthur fluía con una naturalidad inesperada, y me sentía cómoda allí, como si ese fuera exactamente el lugar donde debía estar.

Más que eso, observaba la manera en que miraba a Ana Clara, cómo la escuchaba con atención, inclinándose a su altura para explicarle algo sencillo y convertirlo, sin esfuerzo, en un momento especial.

Mi hija estaba radiante, riendo sin reservas, explorando cada rincón de aquella casa como si fuera su propio parque de atracciones.

Era imposible no notar la conexión entre los dos: natural, espontánea, profunda.

Esa imagen me calentaba el corazón y, al mismo tiempo, despertaba en mí una esperanza obstinada que intentaba no alimentar.

Después de tanto jugar, Ana Clara sucumbió al cansancio antes de las once y se tumbó en una de las camas cercanas al salón donde estábamos.

La tapé con cuidado, acaricié su pelo y me quedé unos segundos observándola dormir, su rostro sereno iluminado por la luz suave de la lámpara.

El nudo en el estómago que sentía desde que había llegado seguía ahí, el mismo que me invadió el día en que hablé con Arthur por primera vez.

Era extraño darse cuenta de que algunas cosas nunca cambian: nuestra conexión seguía intacta, como si el tiempo solo hubiera pausado nuestra historia, esperando el momento adecuado para retomarla.

—¿Te acuerdas de aquella vez en la playa? —preguntó Arthur de repente, con una sonrisa traviesa en los labios—. Cuando insististe en demostrar que sabías hacer una hoguera mejor que yo y acabaste llamando la atención del vigilante por culpa del humo.

La imagen me hizo reír antes incluso de poder responder.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Te pasaste una semana entera riéndote de mí. Pero, seamos justos, la hoguera quedó bastante impresionante después de que me ayudaras a controlar el humo.

Arthur negó con la cabeza, riendo también.

—Sí, la verdad es que sí. Y fue uno de nuestros mejores fines de semana. Siempre me encantó tu determinación, incluso cuando era solo por una hoguera.

Seguimos hablando de viejos recuerdos, alternando risas con una melancolía suave por todo lo que no llegamos a vivir.

Era un tipo de conversación que me hacía sentir, por primera vez en años, que de verdad nos estábamos escuchando.

Como si cada recuerdo nos ayudara a comprender mejor no solo lo que habíamos sido, sino también quiénes éramos ahora, después de tanto tiempo separados.

—¿Y aquella vez que intentaste enseñarme a bailar salsa en mitad de tu salón? —recordó él, con voz teñida de nostalgia—. Nunca he sido tan torpe en mi vida, pero tuviste paciencia conmigo.

Me reí, sintiendo el pecho ligero.

—Ah, sí, el gran bailarín… Me pisaste los pies al menos veinte veces, pero fue divertido.

Arthur rió conmigo, una risa libre, sin culpa ni reservas.

La conversación fluía sin esfuerzo. No había amargura, solo la sensación de que, a pesar de todo, aún quedaba espacio para nosotros, para algo nuevo.

—Arthur, me alegra que tengamos esta oportunidad de hablar así —confesé, mirándole con sinceridad.

Él tomó mi mano con delicadeza, como si ese gesto necesitara cuidado.

—A mí también, Lívia. Hay tanto que necesitamos decirnos… y agradezco cada momento que tenemos ahora.

Su presencia, la manera en que trataba a Ana Clara y cómo me miraba, reforzaba la idea de que quizás todavía hubiera un lugar para nosotros dos.

Quizá de aquel caos que un día nos separó pudiera nacer una historia nueva.

Entonces me miró con una serenidad firme, la voz baja pero cargada de convicción.

—Me voy a quedar, Lívia. Voy a mudarme a Florianópolis. En realidad… me quedaré donde estéis vosotras.

Sus palabras me atravesaron. Por un momento, me quedé sin voz.

—Arthur, ¿hablas en serio? —pregunté, con el corazón acelerado—. Quiero decir… ¿cambiar toda tu vida, por nosotras?

Él asintió, y en ese gesto había una determinación que borró cualquier duda.

—Lo digo completamente en serio. Mi prioridad ahora sois vosotras dos. Lo que he vivido aquí, estos momentos contigo y con Ana Clara, me ha hecho darme cuenta de dónde quiero estar realmente. Y eso es a vuestro lado, siendo una familia de verdad.

Sentí los ojos humedecerse.

Durante años me había preguntado si alguna vez él sentiría el vacío que había dejado. Y ahora estaba allí, no solo sintiéndolo, sino dispuesto a actuar, a reconstruir.

—Eso significa mucho para nosotras —conseguí decir, la voz quebrada—. Ana Clara te adora, y… yo estoy muy feliz de que quieras formar parte de nuestra vida de esta forma.

Arthur mantuvo la mirada fija en la mía, con una sinceridad que me desarmó.

—Solo quiero hacer las cosas bien esta vez. —Su voz sonó baja, pero firme—. Quiero estar aquí para todo: para los pequeños logros de Ana Clara, para los momentos difíciles, para todo lo que la vida nos traiga.

Quiero ser un padre presente. Y un compañero para ti, Lívia.

Sus palabras me tocaron de una forma que ya no creía posible. Era algo que había soñado en silencio, pero nunca me había atrevido a esperar.

—Yo… no sé qué decir —admití, emocionada—. Solo puedo darte las gracias, Arthur. Por querer estar con nosotras, por querer ser parte de nuestras vidas de una forma tan real.

Él apretó mi mano entre las suyas, el calor de su contacto extendiéndose por todo mi cuerpo.

—No tienes que darme las gracias. Formar parte de vuestra vida es el mayor regalo que podría recibir.

—Te creo. Y sé que, esta vez, será diferente.

Antes de que pudiera pensar, se inclinó y me besó.

Por un instante, el mundo desapareció.

El aire se detuvo, los sonidos se disolvieron, y solo quedó el roce de sus labios sobre los míos.

Fue un beso lento al principio —tierno, inseguro—, como si pidiera permiso para cruzar una línea que durante años fingimos que

no existía.

La vacilación duró poco. Bastó el primer desliz de nuestras bocas para que todo lo que había estado dormido despertara de golpe, feroz e inevitable.

Su sabor… era el mismo. Familiar y adictivo, una mezcla de recuerdo y deseo.

Sentí el calor de su aliento, la textura de su piel contra la mía, y un escalofrío me recorrió la espalda antes de poder contenerlo.

Profundizó el beso, y el control se me escapó de las manos.

Sus dedos tocaron mi rostro con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento.

El pulgar trazó un camino lento por mi mandíbula antes de perderse en mi cabello, y entonces me atrajo hacia él.

El gesto fue firme, desesperado, como si quisiera retenerme allí, impedir que me escapara de nuevo.

El beso, que había empezado sereno, se convirtió en una confesión.

Un reencuentro y una despedida al mismo tiempo.

Nuestras respiraciones se entremezclaron; los labios se buscaron con más hambre, con más entrega.

Sentí su cuerpo contra el mío, sólido, cálido, y el impacto de ese contacto arrancó de mí un suspiro involuntario.

Él respondió con un sonido bajo, áspero, casi un gemido contenido, y por un segundo el tiempo dejó de existir.

Su lengua encontró la mía, y el mundo estalló en sensaciones: el sabor a nostalgia, el roce de su barba raspando mi piel, el perfume que

siempre me desarmaba.

Sus manos descendieron hasta mi cintura, y el escalofrío se extendió por todo mi cuerpo.

El beso era una mezcla de rabia y rendición, de promesas rotas y sentimientos que nunca murieron.

Lo besé de vuelta con la misma intensidad, con la misma necesidad de demostrar que todavía había algo ahí: algo que ni el tiempo ni el dolor habían conseguido borrar.

Cuando se apartó, solo lo suficiente para que nuestras frentes se rozaran, aún sentía su corazón latiendo acelerado contra mi pecho.

Su mirada se encontró con la mía, y en ese silencio cargado, ninguna palabra se atrevió a romperlo.

Pero lo sabíamos.

Todo estaba allí —en las bocas aún temblorosas, en las respiraciones entrecortadas, en el toque que se negaba a desaparecer.

Me besó como quien regresa a casa. Y yo le dejé quedarse.

Cuando el beso terminó, permanecimos en silencio, mirándonos.

Era como si el tiempo no hubiera pasado, como si las heridas fueran solo ecos lejanos de otro ayer.

—Había olvidado lo bien que se estaba así contigo —murmuré, aún sin aliento.

Sonrió, un gesto que mezclaba deseo y ternura.

—Yo también —admitió, acariciando mi mejilla con el pulgar.

—Arthur, yo… todavía tengo miedo —confesé, dejando que la vulnerabilidad saliera a la superficie—. Pero también tengo esperanza. Esperanza de que podamos ser una familia. De verdad, esta vez.

Él besó mi frente con dulzura, los ojos brillando.

—Lo seremos, Lívia. Te lo prometo: lo haremos bien.

En ese instante, me permití creerlo.

A pesar de todo, comprendí que nuestro amor aún tenía fuerza para superar las adversidades.

Que quizás, solo quizás, estábamos preparados para reconstruir lo que un día pareció perdido —no solo como amantes, sino como una familia.



«Nuestro amor era como el crepúsculo, ni completamente luz ni del todo oscuridad, sino un instante perfecto de equilibrio donde todo es posible.»

ARTHUR VALENTIM

Era extraño darse cuenta de cómo, de repente, la vida parecía haber encontrado un nuevo ritmo.

Un ritmo que ya no dependía de hojas de cálculo, objetivos o reuniones, sino de sonrisas, pequeñas conversaciones y risas que resonaban en mi memoria como música.

Sin duda, aquella era la semana más feliz de mi vida.

Lívia, poco a poco, empezaba a bajar las defensas que durante tanto tiempo la habían protegido de mí. Y ahora, además de permitirme estar de nuevo a su lado, había dicho algo que todavía me dejaba sin aliento cada vez que lo recordaba: quería presentarme oficialmente como el padre de Ana Clara.

Padre.

Esa palabra, tan sencilla y al mismo tiempo tan poderosa, encajaba en mí de una manera que nunca antes había sentido.

Sí, había cometido errores. Errores graves, imperdonables incluso. Pero no pensaba repetirlos.

El tiempo con ellas —esas dos mujeres que, de formas distintas, me completaban— había cambiado algo dentro de mí.

Ver la sonrisa de Ana Clara, escuchar su risa libre, y darme cuenta de que, por breves momentos, éramos una familia de verdad, me llenaba de una alegría que creía no volver a merecer.

Y cuando se aferró a mi cuello, pidiéndome solo un minuto más antes de soltarla, entendí cuánto había perdido durante todos aquellos años lejos de ellas.

Pero ya no había lugar para el arrepentimiento, solo para los comienzos.

Y Lívia...

Ver de nuevo aquella sonrisa genuina en su rostro era como redescubrir una parte olvidada de mí mismo.

Reía con más ligereza, hablaba con más brillo, y a veces, cuando pensaba que no la veía, dejaba la mirada fija en mí durante demasiado tiempo.

Tenía miedo, por supuesto. Miedo de volver a fallar. De no ser suficiente.

Pero también había algo más fuerte: el deseo de intentarlo, de quedarme, de ser digno de ellas.

A la mañana siguiente, todavía envuelto en aquella sensación de plenitud, me sorprendió un golpe en la puerta del despacho.

—Por lo que veo, la cena salió bien —dijo Renato, entrando con su habitual tono de humor contenido.

—Más que bien. —No pude disimular la sonrisa que se me escapó.

Se sentó frente a mí, atento, mientras le contaba todo: la cena, las risas, la serenidad que hacía tiempo no sentía.

Le hablé de Ana Clara, de cómo se había acercado a mí, y por último, de Lívia… y de lo que había decidido.

—Quiere presentarme como el padre de Ana Clara —dije, aún incrédulo, notando cómo la emoción me apretaba la garganta por un instante.

Renato guardó silencio durante unos segundos, con una expresión seria, aunque satisfecha.

—Eso es increíble, Arthur. —Sonrió con sinceridad—. ¿Y cómo te sentiste cuando te lo dijo?

Reí por lo bajo, llevándome la mano a la nuca.

—Feliz. Nervioso. Quizá un poco asustado. —Encogí los hombros—. Pero, sobre todo, me sentí… preparado. Es lo que quiero. Quiero formar parte de su vida. Quiero que mi hija sepa quién soy.

Renato se inclinó hacia mí y apoyó una mano en mi hombro.

—Va a ser bueno. Para los tres.

Asentí, notando un nudo formarse en la garganta.

—Lívia y yo todavía tenemos que hablar sobre cómo y cuándo contárselo. Queremos hacerlo con cuidado. Ana Clara es lista, pero sigue siendo una niña. Tiene que entenderlo a su ritmo.

—Y por lo que veo, estás dispuesto a hacer que todo funcione, ¿verdad? —preguntó con ese tono medio provocador que siempre ocultaba un toque de admiración.

—Más que dispuesto, Renato —afirmé, sintiendo el peso y la verdad de mis palabras—. Quiero esta familia. No hay nada más importante.

Sonrió.

—Me alegra oírte decir eso, pero... —hizo una pausa, teatral— antes de que empieces a planear las vacaciones familiares, tenemos un pequeño problema en el hotel.

—Claro —murmuré, riendo, intentando volver a centrarme en el trabajo—. ¿Qué ha pasado?

Renato soltó un suspiro cansado, de esos que anuncian complicaciones.

—Ha habido un error en el sistema de reservas. Tenemos más huéspedes que habitaciones disponibles para el próximo fin de semana. Y, para rematar, el equipo de mantenimiento ha informado de una fuga en el spa. Nada grave, pero tenemos que actuar rápido.

Dejé que la sonrisa se desvaneciera mientras enderezaba la postura.

Aquel era el otro lado de mi vida: el que nunca dejaba de exigirme.

—De acuerdo —dije, recuperando el tono práctico que el trabajo requería—. Demos prioridad a las reservas. Ofrece mejoras gratuitas a algunos huéspedes y contacta con hoteles asociados para alojar al resto. En cuanto al spa, quiero al equipo de mantenimiento resolviendo el problema antes del sábado.

Renato ya estaba escribiendo frenéticamente en su tableta.

—Perfecto. Me ocupo de todo.

Asentí.

—Y mantenme informado. No quiero que esto afecte la experiencia de nadie.

—Entendido. —Se levantó, ya en modo de gestión de crisis, y me lanzó una mirada divertida antes de salir—. Y, jefe… enhorabuena. Estás distinto.

Cuando se fue, me quedé solo unos minutos, observando la ciudad desde la ventana.

Las luces de Florianópolis titilaban a lo lejos, reflejándose en el mar que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Era curioso cómo todo podía parecer igual y, al mismo tiempo, completamente nuevo.

El trabajo seguía siendo exigente, las responsabilidades seguían pesando, pero ahora había algo más, algo que daba sentido a todo.

Tenía una segunda oportunidad. En los negocios, sí. Pero, sobre todo, en la vida.

Y por primera vez en mucho tiempo, sabía exactamente qué quería proteger.

Un hotel, claro. Pero, por encima de todo, una familia.

La mía.

LÍVIA MEDEIROS

El lunes empezó como cualquier otro —el mismo café apresurado, los informes pendientes, la rutina que me mantenía en marcha—, pero por dentro todo era distinto.

Nada conseguía apartarme de los pensamientos que, una y otra vez, me devolvían al fin de semana.

Aún podía oír las risas de Ana Clara resonando por la casa de Arthur, su voz contándole historias, esa mirada suya que, de tan familiar, hacía que el corazón me tropezara cada vez que se cruzaba con el mío.

Habíamos dado pasos pequeños, pero cada uno de ellos parecía conducirnos a un lugar nuevo… y, de algún modo, correcto.

Pasé el día dividida entre el trabajo y los recuerdos y, al llegar a casa, la voz entusiasmada de Ana Clara me recibió antes incluso de que abriera del todo la puerta.

—¡Abuela! ¡La casa de Arthur es gigante! —exclamaba, gesticulando con emoción mientras mi madre reía—. ¡Y cocina, abuela! ¡Él mismo preparó la cena! ¿Lo sabías?

Mi madre me miró por encima de las gafas, con una sonrisa que mezclaba ternura y curiosidad.

—¿Ah, sí? Parece que os lo habéis pasado muy bien —comentó, intentando mantener un tono neutro, aunque yo podía notar el interés escondido en sus palabras.

—¡Sí! Y me enseñó el jardín —siguió Ana Clara, sin parar, como si temiera olvidar algún detalle—. Había tantas flores y un banco para

leer. Dijo que podemos volver cuando queramos.

Su alegría era contagiosa.

La observé durante un instante, tan llena de vida, y me olvidé de respirar.

Estaba feliz. Y la razón de su felicidad era el mismo hombre cuyo nombre, durante tanto tiempo, había temido pronunciar.

—Eso es maravilloso, cariño —dijo mi madre, besándole la cabeza—. Me alegra que te haya gustado.

—Me gusta, abuela. Es muy majo. —Ana Clara jugueteaba ahora con el dobladillo de mi blusa, un gesto que hacía siempre que pensaba demasiado en algo.

—Lo sé, mi amor —murmuré, con la voz algo quebrada—. Es alguien especial.

Levantó la mirada y me observó con esos ojos grandes y curiosos… los ojos de él.

—¿Y a ti, mamá? ¿También te ha gustado?

Sonreí, apretando con suavidad su pequeña mano.

—Sí, cariño. Me ha gustado mucho. Ha sido un fin de semana especial.

Ana Clara pareció satisfecha con la respuesta y enseguida salió corriendo, dejando tras de sí un rastro de risas y juguetes por el pasillo.

Me quedé un momento allí, observándola desaparecer, mientras el peso de mis propias emociones se asentaba lentamente en el pecho.

Ver a Arthur con ella, verlos juntos, me había conmovido más de lo que esperaba.

No se trataba solo de la felicidad de mi hija, sino de lo que eso despertaba en mí: algo que creía dormido desde hacía años y que, de repente, revivía con una fuerza que me asustaba y me fascinaba a la vez.

Más tarde, cuando Ana Clara ya estaba en el baño, mi madre apareció en el salón.

Tenía ese gesto que solo las madres dominan —una mezcla de curiosidad y ternura—.

Se sentó a mi lado en el sofá y, antes de que pudiera decir nada, dejó caer un comentario que me pilló por sorpresa:

—Te hace bien.

Solté una pequeña risa, sin saber si era de nervios o de acuerdo.

—No solo a mí, mamá. Ama a nuestra hija. Se le nota.

Asintió, posando su mano sobre la mía con delicadeza.

—Lo sé. Y me hace muy feliz por vosotros, por todos. —Hizo una pausa, buscando mis ojos—. Pero dime, Lívia… ¿tú estás realmente feliz con todo esto?

Bajé la mirada al suelo antes de responder.

—Sí, mamá. Feliz… y un poco asustada.

—Es normal —dijo, apretando mis dedos entre los suyos—. Cuando el corazón se ha roto una vez, tiende a protegerse. Pero ahora tenéis una segunda oportunidad, y no todo el mundo tiene esa suerte. Solo… ve despacio. Habla con él de todo. De lo bueno y de lo que aún duele.

Asentí, sintiendo el consuelo familiar de sus palabras.

—Estamos hablando mucho —confesé, recordando las largas conversaciones con Arthur durante el fin de semana, algunas ligeras,

otras llenas de recuerdos y arrepentimientos—. Sobre lo que fuimos, lo que queremos ser… y lo que tenemos que hacer por ella.

—Eso está bien, hija mía —dijo sonriendo, aunque sus ojos reflejaban la sabiduría de quien ya ha vivido mucho—. Dale tiempo al tiempo. No todo tiene que resolverse ahora.

—Lo sé —respondí, con un nudo en la garganta—. Estamos aprendiendo a ser una familia otra vez. Y, aunque no sé lo que nos depara el futuro, siento que… mientras estemos juntos, saldrá bien.

Mi madre me apretó la mano una última vez antes de levantarse.

—Eso es todo lo que una madre puede desear para su hija —dijo con una ternura que me abrazó por dentro—. Y recuerda: pase lo que pase, aquí me tendrás.

Cuando salió del salón, el silencio se instaló.

Me quedé allí, sola con mis pensamientos, mirando las sombras que danzaban en la pared.

Reencontrarme con Arthur había removido todo dentro de mí: el miedo, el amor, la nostalgia.

Pero, por encima de todo, había esperanza.

Esperanza de que la vida, aunque imperfecta, aún pudiera ser generosa con nosotros.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la idea de empezar de nuevo no me pareció un riesgo.

Me pareció una promesa.



«Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, era como si el mundo entero se detuviera, reconociendo el poder de un sentimiento capaz de alterar el curso del tiempo.»

LÍVIA MEDEIROS

La mañana había comenzado tranquila, o al menos eso quería creer.

El sol se alzaba todavía con pereza y el aire fresco traía esa falsa sensación de equilibrio. Estaba lista para un día cualquiera —hasta que el destino decidió recordarme que la paz, para mí, era un lujo temporal.

Cerré el portón de casa y, al mirar hacia arriba, vi un coche negro, brillante, aparcado al otro lado de la calle. Esos coches que atraen miradas dondequiera que pasan. Y, apoyada contra la puerta, con la elegancia fría de quien nunca ha tenido que esperar nada en la vida, estaba ella.

Mi corazón se disparó antes de que la mente procesara lo que veía.

Célia Valentim.

Por un instante pensé que era una alucinación. Pero no: estaba allí, de verdad, con sus gafas oscuras y ese semblante tallado en mármol. El mismo mirar impenetrable que años atrás me juzgó sin pronunciar una sola palabra.

Mi primer impulso fue volver a entrar, cerrar el portón, fingir que no la había visto.

Pero su presencia tenía un propósito, y huir sólo le daría más poder. Respiré hondo, noté el aire frío llenando los pulmones, y me dirigí hacia ella. Cada paso pesaba más que el anterior.

—Buenos días, Célia —la saludé, intentando que la voz sonara firme a pesar de los nervios que latían bajo la piel.

Ella alzó la cara con lentitud y se quitó las gafas con un movimiento calculado. Sus ojos —los mismos que heredó Arthur— me miraron con una mezcla de frialdad y algo que no supe descifrar.

—Lívia. —Pronunció mi nombre como quien prueba algo amargo—. Tenemos que hablar.

Asentí, aunque todo en mí gritaba que dijera que no.

—Claro. ¿De qué quiere hablar?

Célia se cruzó de brazos, el anillo de diamantes reluciendo a la luz de la mañana.

—De mi hijo. —Hizo una pausa, dejando que el silencio pesara —. Y de Ana Clara.

El pecho se me apretó.

La mera mención del nombre de mi hija me puso en alerta. Sabía que de esa conversación no saldría nada bueno.

—Le escucho —respondí, cruzándome de brazos también, intentando erigir una defensa invisible.

—Quiero que entiendas una cosa, Lívia. —Su voz sonaba firme y fría, cada palabra medida con precisión quirúrgica—. La familia Valentim tiene una reputación que mantener. Y ciertas… asociaciones pueden resultarnos perjudiciales.

Un escalofrío me recorrió la espalda; la sangre pareció helarse.

Realmente iba por ahí.

—¿Y qué exactamente pretende decir, Célia? —pregunté, sin apartar la mirada.

—He venido a asegurarme de que comprenda las consecuencias de seguir relacionándose con Arthur —dijo ella, cada sílaba cargada de veneno—. Si insiste en exponer la paternidad de su hija, puede haber… repercusiones. Para usted. Y para su familia.

Sus palabras me golpearon con la contundencia de un mazazo. Tardé una fracción de segundo en procesarlo; el aire me faltó y la rabia empezó a hervir bajo la piel.

—¿Me está amenazando? —pregunté, con la voz temblando no por miedo, sino por indignación.

Ella sonrió. Un gesto frío, calculado, de esos que no llegan a los ojos.

—Solo le doy un consejo, Lívia. Piense bien qué es lo mejor para su hija. A veces el silencio es la opción más inteligente.

La miré fija, controlando el torbellino que me atravesaba: ira, miedo, asco… y una certeza más profunda: no permitiría que nos intimidaran otra vez. Enderecé los hombros y di un paso hacia ella, lo bastante cerca para que notara la firmeza en mi voz.

—Mi hija y yo no tenemos nada que temer. —Las palabras salieron con una convicción que ni yo misma sabía que tenía—. Arthur es el padre de Ana Clara, y eso no lo cambia nadie. Si usted o quien sea de su familia intenta dañarnos, pelearé con todo lo que tenga.

Célia me estudió unos segundos, los labios apretados, evaluando cuánto de eso era bravata. Sin añadir palabra, se puso las gafas oscuras de nuevo y dio un paso atrás.

—Esto no ha terminado, Lívia. —Su voz, baja, casi susurrada, no perdió la amenaza—. Recuerde lo que le he dicho.

La vi subir al coche; el rugido del motor rompió la calma del amanecer. Cuando el vehículo dobló la esquina y desapareció, exhalé todo el aire que tenía contenido.

Las manos me temblaban, pero el latido en el pecho no era de miedo: era determinación.

Su visita era apenas el inicio de una batalla. La familia Valentim podía poseer poder, influencia y dinero.

Pero yo tenía algo que ellos nunca comprenderían: el amor absoluto de una madre.

Y por Ana Clara, me habría enfrentado a cualquiera.

Aunque eso significara plantar cara al pasado —y a la propia madre del hombre al que amaba.



No conseguí concentrarme en absolutamente nada después de ver a Célia Valentim plantada frente a mi casa.

Esa imagen —el coche lujoso, la mirada fría tras las gafas oscuras, la voz reposada pero cargada de veneno— se quedó grabada en mi mente como una cicatriz.

Sus palabras resonaban sin pausa, repitiéndose en mi cabeza como una amenaza disfrazada de consejo.

Cada cliente que atendía, cada llamada que hacía, lo hacía en piloto automático, como si una parte de mí estuviera en otro lugar, perdida en el recuerdo de aquel encuentro sofocante.

Intentaba concentrarme, pero la inquietud me seguía como una sombra.

La encargada, Lavínia, lo percibió antes de que yo pronunciara una sola palabra.

Tenía esa mirada atenta, de quien ve más de lo que uno quisiera mostrar. Esperó a que el movimiento disminuyera, a que la recepción quedara en silencio salvo por el rumor lejano del mar y del aire acondicionado. Luego se acercó, con voz suave y cargada de preocupación.

—Lívia, ¿estás bien? —preguntó, inclinándose levemente sobre el mostrador—. Pareces… lejos.

Alcé la vista y forcé una sonrisa que no me convencía ni de lejos.

—Estoy bien, solo un poco cansada, creo.

Ella cruzó los brazos y arqueó las cejas con ese escepticismo que no necesitó palabras.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿no? No soy solo tu jefa; también soy tu amiga. Si algo te preocupa… cuéntamelo.

Había sinceridad en cada una de sus palabras. Por un instante pensé en hablarle de Célia. Pero el miedo a hacer tangible esa amenaza, a darle aún más realidad, me contuvo.

—Gracias, Lavínia. Pero en serio, estoy bien —forcé otra sonrisa —. Solo necesito un día más tranquilo.

Me miró un segundo más, y no insistió. Lavínia era así: respetaba los silencios.

La mañana se arrastró, un borrón de tareas que me mantenían funcional.

Resolví problemas de reservas, calmé a un huésped enfadado, respondí correos como si fuera una máquina.

Cada pequeña victoria era un hilo que me anclaba a la realidad, un recordatorio de que, pese a la tormenta, todavía sabía ser eficiente; que mi vida no se reducía al miedo.

Pero por dentro, todo estaba desequilibrado. Cuando el reloj por fin marcó la hora de comer, sentí una urgencia casi física de salir. Necesitaba respirar. Necesitaba silencio.

Cogí el bolso, murmuré que salía a comer y me fui del hotel sin avisar a nadie. La playa no quedaba lejos, y el simple gesto de caminar hacia ella empezó a aliviar algo dentro de mí. El sol brillaba con fuerza, el aire olía a sal, y la brisa despeinaba mi pelo suelto.

Me senté en un banco de madera, frente al océano. Las olas rompían en la arena con un ritmo casi hipnótico y, durante unos

minutos, dejé que ese sonido llenara todo lo que el miedo había ocupado.

El mar siempre tuvo ese poder sobre mí: silenciar el caos. Allí, ante la inmensidad, mis preocupaciones parecían menores.

Las palabras de Célia seguían allí, susurrando, pero perdían fuerza frente al azul infinito. Respiré hondo, dejando que el viento frío entrara en mis pulmones y calmara el remolino interior.

Pensé en Arthur. En Ana Clara. En la vida que, poco a poco, estábamos reconstruyendo.

Célia podía tener poder, influencia y frialdad —pero no poseía lo que nosotras teníamos. No conocía el amor que veía en los ojos de Arthur cuando miraba a su hija. No entendía la inocencia de Ana Clara al llamarle «amigo», sin saber que pronto esa palabra cobraría otro sentido.

Y en ese instante comprendí algo que me devolvió el aliento: no estaba sola. Tenía en mí una fuerza que ni todo el dinero ni la arrogancia del mundo podrían destruir.

Me levanté del banco y miré al horizonte. La luz del sol rebotaba en las olas, creando chispas doradas que parecían invitarme a empezar de nuevo. Prometí allí mismo que nada ni nadie me apartaría de lo que era mío por derecho. Lucharía por Ana Clara, por Arthur, por nosotras. Por una vida sin miedo, sin sombras.

Volví al hotel más ligera, pero con una determinación que ardía en el pecho. Sabía que los días venideros no serían fáciles y que Célia no se rendiría pronto.

Esta vez, sin embargo, yo tampoco.

La diferencia era que ya no huiría de la tormenta. La afrontaría de frente, con la cabeza erguida y el corazón armado de amor y coraje.



«Era el primer rayo de sol después de la tormenta, un recordatorio constante de que, incluso tras los días más oscuros, la luz siempre encuentra el camino de regreso.»

ARTHUR VALENTIM

Decidir mudarme a Florianópolis no había sido un impulso; era una decisión meditada, inevitable.

Pero junto a esa elección llegaron los ajustes prácticos: cerrar asuntos pendientes en São Paulo, ocuparme de las propiedades, coordinar compromisos de trabajo.

Dirigir una cadena de hoteles era un reto que consumía cada minuto y cada gramo de energía, y siempre me había sentido orgulloso de ello.

Pero desde el momento en que supe de Ana Clara y vi en Lívia la posibilidad real de reconstruir algo que creí perdido, todo cambió.

De repente, los números y los informes dejaron de ser el centro de mi mundo.

Estaba dispuesto a reorganizar mi vida por ellas.

Tras un día intenso de reuniones y planificación en el hotel de Florianópolis, mis pensamientos se desviaron de lo profesional.

Volvieron a ella. A ellas.

A esa nueva vida que empezaba a dibujarse ante mí, frágil, pero posible. Decidí que no podía seguir posponiéndolo.

Necesitaba demostrarle a Lívia que estaba a su lado, sin importar los obstáculos que aparecieran.

Terminé la jornada antes de lo habitual y me dirigí a la recepción, donde sabía que estaría terminando su turno.

Cuando la vi, algo me golpeó de inmediato. Había una sombra en su mirada, un peso silencioso que antes no estaba allí.

Su sonrisa, al verme, fue cortés, pero no le alcanzó a los ojos.

—Lívia, ¿podemos hablar? —pregunté, con la voz cargada de preocupación.

Dudó un instante, como si sopesara si debía o no abrir esa puerta.

Luego asintió.

—Claro.

La conduje hasta el pequeño jardín trasero del hotel.

Allí, entre los arbustos bien cuidados y un banco discreto, había una privacidad que la recepción no nos ofrecía.

El rumor lejano de las olas, mezclado con el viento, daba a aquel rincón un aire de confidencia.

—¿Estás bien? —le pregunté, buscando sus ojos—. Pareces… distante.

Respiró hondo, el pecho subiendo y bajando despacio. Parecía luchar con las palabras.

—Yo… es complicado, Arthur. —Se detuvo, mordiéndose el labio inferior antes de continuar—. Tu madre vino a verme.

El estómago se me contrajo. La sangre empezó a correr más rápido por mis venas.

—¿Qué ha hecho mi madre, Lívia? —pregunté en voz baja, pero firme.

Desvió la mirada un momento, como si aún necesitara protegerse, y luego soltó el aire de golpe.

—Me ha amenazado, Arthur. Dijo que nuestra… relación podría tener consecuencias para mí y para Ana Clara.

Una mezcla de ira e incredulidad me recorrió el cuerpo como un incendio.

La idea de que mi propia madre hubiera llegado tan lejos para intentar separarnos era más de lo que podía soportar.

—Lívia, lo siento muchísimo —dije, con la voz grave y sincera—. No tenía ni idea de que haría algo así. Pero no voy a permitir que mi

familia te toque a ti o a Ana Clara. No voy a dejar que interfieran más en nuestra vida.

Ella me miró, con los ojos grandes, llenos de gratitud y preocupación.

—Lo sé, Arthur. Pero… no sé si estamos preparados para enfrentarnos a todo lo que viene.

Di un paso hacia ella y le tomé las manos, apretándolas con cuidado, intentando transmitirle la fuerza que sentía crecer dentro de mí.

—Lo afrontaremos juntos, Lívia. —Mi voz sonó firme, sin un resquicio de duda—. Como una familia. Te lo prometo: nada ni nadie volverá a separarnos.

Cerró los ojos un instante y respiró hondo, como si intentara absorber aquella promesa.

Y cuando los abrió, vi en su mirada una chispa de esperanza, pequeña, pero viva.

Ese tipo de esperanza que quería cuidar hasta que se hiciera inquebrantable.

En ese momento comprendí que no se trataba solo de protegerlas, sino de estar a la altura de lo que decía sentir.

Y, por primera vez en mucho tiempo, supe que podía hacerlo.

LÍVIA MEDEIROS

Casi me arrepentía de haberle contado a Arthur que su madre había aparecido en mi casa.

El recuerdo de aquel encuentro aún me hacía estremecer, como si la sombra de Célia Valentim siguiera flotando sobre mí incluso después de haberse marchado.

—¿Qué pasa, hija? —la voz de mi madre me alcanzó en cuanto notó mi mirada ausente.

Suspiré, sintiendo el peso de las palabras antes incluso de pronunciarlas.

Siempre había tenido ese sexto sentido para saber cuándo algo no iba bien conmigo; desde que era niña, le bastaba una mirada para entenderlo todo.

Nos sentamos juntas en el salón.

La luz suave del atardecer se filtraba por las cortinas, tiñendo el sofá de tonos dorados y creando un ambiente propicio para las confidencias.

El olor del café recién hecho flotaba en el aire, un recordatorio silencioso de que estaba en casa, a salvo… o al menos debería estarlo.

—La madre de Arthur ha venido esta mañana —empecé, vacilante, la voz quebrándose al principio—. Ha venido a amenazarme.

Mi madre frunció el ceño, y la preocupación se transformó enseguida en un gesto de indignación.

—¿A amenazarte? ¿Cómo que a amenazarte, Lívia?

Las palabras que tanto temía acabaron saliendo.

—Ha dejado claro que no aprueba mi relación con Arthur. Dijo que eso podría tener consecuencias para mí y para Ana Clara.

Mi voz salió en un hilo, como si cada palabra arañara mi garganta.

El recuerdo de aquella conversación seguía doliendo, un peso que arrastraba desde la mañana.

—¡Eso es inadmisible! —exclamó mi madre, alzando la voz, los ojos brillando con una furia que pocas veces le había visto—. ¿Cómo se atreve a venir aquí y amenazarte así?

Bajé la cabeza, sintiendo el torbellino de emociones dentro de mí —rabia, miedo, inseguridad— todo mezclado.

—Se lo conté a Arthur. Se puso furioso, mamá. Dijo que hará todo lo posible por protegernos.

Ella respiró hondo, intentando mantener la calma, y me apretó suavemente la mano.

—Eso está bien. Significa que está de tu lado.

Asentí, aunque la incertidumbre seguía reflejada en mis ojos.

—Sí, es bueno… pero tengo miedo, mamá. Si su propia familia está dispuesta a llegar tan lejos, ¿qué más podrían hacer?

Mi madre tomó mis manos entre las suyas, entrelazando los dedos. Era un gesto que desde niña me había traído consuelo.

Su toque era cálido, firme, como un puerto seguro en mitad de la tormenta.

—Lívia, escúchame bien —dijo con voz más serena, pero aún cargada de fuerza—. No estás sola en esto.

Tienes a Arthur, tienes a Ana Clara y me tienes a mí.

Somos una familia. Y juntos enfrentaremos lo que venga.

Sentí los ojos humedecerse, la gratitud desbordándome con cada respiración.

—Gracias, mamá —susurré, devolviéndole el apretón—. Solo quiero que Ana Clara esté segura y feliz. Eso es todo lo que me importa.

—Y lo estará, hija. —La convicción en su voz me envolvió como una manta cálida—. Con tú y Arthur a su lado, estoy segura de que nada os impedirá ser felices.

Hablar con mi madre me dio una nueva perspectiva.

Sí, los desafíos eran reales, aterradores y llenos de incertidumbre.

Pero, por primera vez desde la visita de Célia, sentía renacer una chispa de fuerza.

No estaba sola.

Tenía una hija que me amaba, un hombre que, a pesar de todo, estaba dispuesto a luchar por nosotras, y una madre que siempre sería mi pilar.

Mientras el sol se ponía fuera, tiñendo el salón de un dorado suave, me prometí a mí misma que lucharía: por mi hija, por nuestra paz y por el derecho a ser una familia, pasara lo que pasara.



—¿Estás triste, mamá?

La voz suave de Ana Clara me sacó del ensimismamiento.

El brillo de la televisión se reflejaba en su carita curiosa, pero sus ojos —tan parecidos a los de Arthur— me observaban con atención, buscando respuestas que yo intentaba esconder incluso de mí misma.

—Solo te lo parece, cariño —respondí, forzando una sonrisa.

No pareció convencida. Se acercó un poco más y se acurrucó a mi lado en el sofá, su cuerpecito cálido apoyándose contra el mío. Su mano pequeña encontró la mía, como si quisiera anclarme allí, en ese instante.

Ana Clara siempre había tenido ese don… el de verme de verdad, incluso cuando yo hacía todo lo posible por parecer entera.

—Mamá… —empezó, con la voz llena de ternura—. Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad?

La miré, sintiendo cómo el nudo en mi pecho se deshacía un poco.

—Claro que lo sé, mi vida. —Le acaricié el pelo, sintiendo la suavidad de los mechones entre los dedos—. Y yo te quiero más que a nada en este mundo.

Sonrió, y ese simple gesto, la curva de sus labios, bastó para iluminar toda la habitación.

—Entonces, si estás triste, yo puedo hacerte feliz —dijo, con la confianza inocente de quien cree que el amor lo puede todo—. ¿Quieres que juguemos a algo?

La sencillez de su propuesta me desarmó.

Y, de repente, todo el peso que llevaba encima —las amenazas, las preocupaciones, el miedo al futuro— se volvió diminuto frente a la pureza de aquel gesto.

—¿Sabes…? Es una idea excelente —murmuré, sonriendo de verdad esta vez—. ¿A qué quieres jugar?

Frunció la nariz, pensativa, con la mirada fija en el sofá.

—Hmm… ¿y si hacemos un castillo con los cojines? —propuso, con los ojos chispeando de emoción.

—¿Un castillo de cojines? —repetí, fingiendo sorpresa—. Suena fantástico.

Y así empezó nuestra construcción.

Los cojines se apilaban y se recolocaban una y otra vez bajo las órdenes de la "arquitecta" Ana Clara. Dirigía todo con seriedad, las manitas gesticulando, el pelo cayéndole sobre los ojos, la voz rebosante de entusiasmo.

—¡Este será el muro! —decía, empujando un cojín más grande hacia la esquina—. ¡Y este, la puerta!

Yo seguía sus instrucciones, riendo ante su determinación. Cada carcajada suya era un recordatorio de lo que realmente importaba.

El salón pronto se convirtió en un caos de colores: cojines por el suelo, mantas transformadas en torres, risas que rebotaban contra las paredes.

—¡Mira, mamá! ¡Nuestro castillo está terminado! —anunció Ana Clara, con las manos en la cintura, observando orgullosa la fortaleza que habíamos construido.

—Está increíble, cariño. Eres una constructora magnífica —respondí, admirando el resultado.

Ella sonrió y, antes de que pudiera decir nada más, me cogió de la mano.

—¡Ven! ¡Vamos a vivir en el castillo!

Me dejé llevar, y entramos juntas en aquel pequeño refugio de tela y almohadas.

Dentro, todo parecía más silencioso, más tranquilo. El mundo exterior —con sus miedos y sus amenazas— desapareció por unos minutos.

Ana Clara se acurrucó en mi regazo, todavía jadeante por el juego.

Su calor, el peso ligero de su cuerpo sobre el mío, me daban una paz que ninguna palabra podía describir.

—Te quiero, mamá —susurró, con la voz ya somnolienta, el rostro escondido en mi cuello.

Cerré los ojos y la abracé un poco más fuerte.

—Yo también te quiero, mi vida. Más de lo que puedas imaginar.

Nos quedamos así, abrazadas, rodeadas por las paredes frágiles de nuestro castillo de cojines que, de repente, se sentía como la fortaleza más segura del mundo.

Allí, entre risas y promesas silenciosas, comprendí que no importaba lo que viniera —las amenazas, el miedo, el pasado—.

Nada sería más fuerte que ese amor. Porque, dentro de aquel pequeño castillo improvisado, yo no era solo madre.

Era invencible.



«Como un río que conoce su cauce, mi corazón siempre encontraba el camino de regreso hacia ti, guiado por la fuerza de una corriente inquebrantable de amor.»

ARTHUR VALENTIM

—Quiero que tu investigador encuentre a mi madre. Y lo necesito para ayer. —La frase salió de mí como un hilo cortante, directa, mientras cerraba la carpeta con la fuerza suficiente para que vibrara el cristal de la mesa. Miré a Renato con la urgencia tatuada en el rostro; no era una petición de ejecutivo, era el grito de quien teme por lo que ama.

Alzó las cejas, la preocupación marcándose en un gesto inmediato en la frente. Renato era práctico, metódico —el tipo de hombre que no se altera con dramatismos—. Allí, sin embargo, le vi intentando rastrear en mis ojos el origen de aquella prisa inusual.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, apoyando las manos sobre el teclado del portátil como si necesitara anclarse.

Respiré hondo.

Las palabras salían ásperas, como piedras que sacaba del bolsillo y amontonaba sobre la mesa.

—Es mi madre, Renato. Fue a casa de Lívia esta mañana. No fue una visita… —me atraganté, porque el resto de lo que tenía que decir ardía en la garganta—. No fue amistosa.

Por un segundo, la sala de reuniones pareció menos sala y más campo de batalla interior. Renato dio un pequeño paso atrás, sorprendido por la intensidad de mi voz.

—¿Qué quieres decir con “no amistosa”? —preguntó.

Hablé despacio, cuidando cada sílaba para que la dimensión de aquello le llegara sin atenuantes.

—La amenazó a ella. Amenazó a Ana Clara. Dijo… dijo que, si seguíamos juntos, habría consecuencias. Para las dos.

Esas últimas palabras cayeron en la sala como un puñetazo. Renato se llevó la mano al rostro y pasó los dedos por el cabello en un gesto de inquietud.

—Esto es grave, Arthur. —Su tono había cambiado; sonaba más grave, como quien ya empieza a calcular implicaciones y trazos de acción—. ¿Por qué haría algo así? A mí tu madre siempre me pareció… distinta.

—Controladora. —lo corté con una risa amarga que no llegó a ser sonido—. Es la palabra. Nunca aceptaron a Lívia. Pero esto —lo miré con la rabia que hervía bajo el traje— ha superado todos los límites. No lo voy a permitir.

Renato cruzó los brazos, adoptando la presencia que necesitaba en ese momento: calma y eficacia.

—¿Están respondiendo a tus llamadas? —preguntó seco.

Negué con la cabeza. Había en esa negativa un rastro de ironía: desde mi enfrentamiento en São Paulo, me esquivaban como si fuera una pieza de porcelana defectuosa.

—No contestan. Desaparecieron. Pero no importa. Necesito que localices a la persona —al investigador— y que lo hagas ya. Quiero hablar con mi madre. Poner fin a esto. No permitiré que amenace a mi familia.

Renato asintió, la expresión endureciéndose en una decisión que se correspondía con la mía.

—Me encargo. Voy a poner en marcha a nuestro hombre de confianza ahora mismo. Pediré informes de movimientos, rastrearemos posibles contactos. No te preocupes —dijo, y en su voz había la promesa práctica de quien ya ha resuelto crisis peores con menos el corazón acelerado.

Le agradecí con un gesto seco; la gratitud era más que un adorno: era alivio contenido. Al levantarme, sentí el peso de la promesa que me había hecho a mí mismo —y a ellas— apretar el pecho. Salí de aquella sala con pasos decididos, cada uno marcando que no retrocedería.

Mientras atravesaba el pasillo, el pensamiento se repetía como un mantra: proteger a Lívia. Proteger a Ana Clara.

Nada más importaba. Ni las conveniencias familiares, ni los susurros del pasado.

Era una guerra que había elegido librar —contra quien hiciera falta— y, en ese instante, no había territorio que no estuviera dispuesto a defender.



Fui directamente del trabajo a casa de Lívia.

Con cada kilómetro recorrido, la sensación de urgencia crecía —una mezcla de rabia, preocupación y culpa que me corroía por dentro —.

Sabía que me necesitaba más que nunca y, esta vez, haría lo que antes no hice: quedarme. Luchar. Demostrar que nada, ni siquiera la sangre de mi propia familia, podría destruir lo que estábamos construyendo.

Cuando abrió la puerta, el impacto fue inmediato.

Sus ojos —normalmente llenos de vida, de luz— estaban cubiertos por una sombra que me oprimió el pecho. La tensión se veía en la forma en que encogía los hombros, en cómo entrelazaba los dedos con nerviosismo. Su miedo era casi palpable.

—Arthur, yo… tengo miedo. —La voz le tembló a mitad de la frase y cruzó los brazos, como si intentara protegerse de algo invisible.

Di un paso adelante sin vacilar. Cerré la puerta tras de mí y tomé sus manos. Estaban frías, trémulas.

—Lo sé, Lívia. —Mi voz salió baja, firme, pero con una ternura que nacía de lo más profundo de mi pecho—. Lo sé, pero estoy aquí ahora. Y te prometo a ti —y a Ana Clara— que esto se va a acabar. Lo resolveré todo.

Me miró con los ojos divididos entre la incredulidad y el deseo desesperado de creer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Arthur? —preguntó con la voz rota—. ¿Y si lo mejor fuera… marcharnos? Empezar de nuevo en otro sitio, lejos de todo esto.

La simple idea de verla huir, de verlas desaparecer de mi vida, me heló por dentro.

—No, Lívia. Huir no es una opción. —Pasé el pulgar por el dorso de su mano en un intento de calmarla—. Si huimos ahora, les damos exactamente lo que quieren. Y no pienso permitir que las amenazas dicten nuestras vidas.

El brillo frágil en sus ojos titubeó, como una llama a punto de extinguirse.

—Te di mi palabra, Lívia. —Le acaricié el rostro, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos—. Voy a protegerte a ti y a Ana Clara. Lo afrontaremos juntos. Como una familia.

Respiró hondo, y vi cómo las lágrimas comenzaban a formarse, reflejando la luz suave del salón.

—¿Pero cómo, Arthur? —preguntó casi en un susurro—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a todo esto?

—Ya he empezado. —La firmeza volvió a mi voz—. Le pedí ayuda a Renato. Va a localizar a mis padres. Necesito hablar con mi madre, con mi padre. Necesito dejar claro que ya no tienen poder sobre mí… sobre nosotros. —Hice una pausa, buscando las palabras exactas —. Voy a acabar con esto, Lívia. De una vez por todas.

Guardó silencio unos segundos, asimilando lo que acababa de oír. Luego asintió, despacio.

—Quiero creerlo, Arthur. —Su tono era pura vulnerabilidad—. Quiero creer que podemos vivir sin miedo. Juntos.

Me acerqué y la atraje con suavidad hacia mis brazos. Resistió un instante —el tiempo suficiente para que sintiera cuánto estaba cansada de luchar sola— y luego se abandonó, apoyando el rostro en mi pecho.

—Y lo haremos, te lo prometo. —Susurré contra su pelo, respirando su perfume familiar y reconfortante—. No dejaré que os pase nada.

—¡Hola, Arthur!

La vocecita alegre vino desde la cocina, cortando el silencio tenso del momento.

Lívia se apartó un poco y se secó disimuladamente las lágrimas.

Antes de que pudiera decir nada, Ana Clara apareció corriendo, el pelo alborotado y una sonrisa tan grande que iluminó toda la sala.

—¡Eh, pequeña! —Me agaché, y ella se lanzó a mis brazos con tanta fuerza que me hizo reír—. ¿Cómo estás?

—¡Feliz ahora! —respondió con la naturalidad de quien no conoce el peso del mundo adulto—. ¡Has venido a vernos!

La abracé con fuerza y cerré los ojos un segundo. El calor de su cuerpo, el olor dulce a champú infantil… aquello me anclaba.

—Siempre vendré. —Lo dije en serio, mirando a Lívia mientras hablaba—. Siempre estaré cerca.

Ana Clara me miró, luego a su madre, y sonrió como si acabara de descubrir un secreto.

—Mamá estaba triste hoy —dijo, inocente—. Pero creo que ahora estará contenta, porque estás aquí.

Lívia se acercó, posando una mano en mi hombro y la otra sobre el cabello de su hija.

Ese gesto sencillo, lleno de ternura, me hizo sentir, por primera vez en años, parte de algo real.

—Ana Clara, Arthur tiene razón —dijo, con una sonrisa más sincera—. Cuando estamos juntos, somos más fuertes.

Las miré a las dos —a la mujer que amaba y a la hija que el destino, de algún modo, me había devuelto— y sentí una paz casi desconocida.

—¿Hacemos un trato? —pregunté, agachándome hasta quedar a la altura de Ana Clara—. Prometamos que, pase lo que pase, siempre nos apoyaremos. Siempre nos protegeremos los unos a los otros.

—¡Trato hecho! —exclamó, levantando la manita en el aire.

Lívia sonrió, y yo hice lo mismo. Juntamos nuestras manos sobre la suya, sellando lo que para mí era más que una promesa: un pacto silencioso de amor y valentía.

En ese momento, rodeado por las dos, entendí que el miedo ya no tenía el mismo poder.

El peligro seguía existiendo, sí, pero el amor también.

Y el amor, cuando es verdadero, siempre encuentra la forma de vencer.



«Nuestro amor era un lenguaje sin palabras, un diálogo de almas que se comprendían en el silencio más profundo.»

LÍVIA MEDEIROS

Ya había decidido contarle a Ana Clara que Arthur era su padre: había ensayado la conversación en mi cabeza, escogido las palabras más suaves, imaginado mil reacciones infantiles. Pero la visita amenazante de su madre había despertado miedos que creía tener bajo control.

Aquel día, al llegar a casa, sentí que algo se había roto: mi madre estaba distinta, su rostro tenía esa expresión de quien viene del mundo

real con noticias que no pueden aplazarse.

Cuando me pidió que habláramos, supe al instante que no era un asunto trivial.

—Creo que están vigilando a Ana Clara —dijo, con palabras breves, precisas. Mi respiración vaciló; las manos empezaron a temblar, un temblor leve y traicionero que delataba el pánico que intentaba ocultar.

La miré, buscando confirmación en los detalles: el leve encogimiento de hombros, la mirada desviada hacia la ventana. Mi voz, cuando por fin salió, sonó más firme de lo que realmente me sentía.

—¿Qué quieres decir con “vigilando a Ana Clara”? —pregunté, controlando el tono para no asustarla ni alarmarme más de lo necesario.

Mi madre respiró hondo, como quien prepara el cuerpo para algo pesado. Contó despacio, describiendo la escena: un coche aparcado al otro lado de la calle, una mirada fija desde el interior, como si nos hubieran reconocido y decidido esperar.

Al principio pensó que era paranoia, dijo, pero cuando volvió a mirar, el coche seguía allí… hasta que pasaron y se marchó.

La imagen del coche zumbaba en mi cabeza, cada posibilidad peor que la anterior. Intenté centrar las preguntas en lo práctico, en lo que pudiera generar acción: matrícula, rostro, modelo del coche, hora.

No obtuve más que temblores y disculpas: nada de eso había sido posible. Habían desaparecido en cuanto se sintieron observados.

—Voy a hablar con Arthur —dije poniéndome en pie, notando cómo la sangre me latía más fuerte—. Tiene que saberlo. Y también hablaré con el colegio; quiero que me digan si han visto algo raro, cámaras, visitantes extraños. No voy a dejar esto pasar.

—¿Crees que deberíamos avisar a la policía? —la voz de mi madre sonó pequeña, asustada.

Intenté parecer más racional de lo que me sentía.

—Primero hablaré con Arthur. Puede que él tenga información —respondí—. Luego decidiremos. Pero, mamá, gracias por avisarme. Gracias por estar pendiente.

La urgencia me martilleaba la cabeza; sentía que tenía que comprobarlo todo, actuar rápido. Fui al cuarto de mi hija.

Al entrar, me encontré con su pequeño universo intacto: dibujos sujetos con imanes de colores en la puerta del frigorífico, lápices esparcidos como si hubiera estallado una explosión de color.

Ana Clara sonrió al verme. Su sonrisa era lo más puro que conocía… y fue precisamente eso lo que más me asustó.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el cole hoy? —pregunté, intentando sonar ligera, como si nada me oprimiera por dentro.

Ella contó el día con su alegría habitual: dibujaron, jugaron al pilla-pilla, incluso hubo una caída en el recreo que todos encontraron divertida.

Cuando le pregunté, casi de forma casual, si había visto a alguien distinto, pensó un momento y negó con la cabeza, con esa convicción tan propia de los niños.

La sinceridad de esa negación me alivió al instante, pero no me libró de la sensación de estar siendo observada por una mirada invisible.

Mientras corría a buscar el dibujo que había hecho para mí —una casita de colores con tres figuras cogidas de la mano—, pensé en los pasos siguientes: hablar con Arthur, avisar al colegio, quizá cambiar rutas, tal vez horarios.

La mente trabajaba en estrategias como quien intenta montar un puzle cuyas piezas se mueven sin parar.

Coloqué el dibujo en la nevera con un cuidado casi ceremonial, y ella brilló de orgullo. La ternura de aquel gesto cortó la ansiedad por unos segundos.

Me agaché, tomé su pequeña mano y la miré a los ojos. La determinación que hervía en mí era otra cosa ahora: feroz y nítida.

—¡Mami, te quiero! —su vocecita dulce me arrancó del torbellino.

—Yo también te quiero, princesa —respondí, y en el abrazo que siguió había más promesa que consuelo: le prometí protegerla con todas mis fuerzas.

Cuando cerré la puerta de su cuarto, dejé atrás su risa y me llevé conmigo la sensación urgente de que actuar era una obligación.

Llamar a Arthur fue el primer paso lógico. Necesitaba compartir el peso, pedir apoyo, trazar un plan juntos.

No quería empezar una guerra sola; quería que él lo supiera, que sintiera la necesidad de protegernos, como había prometido.

Mientras esperaba su respuesta, repasaba mentalmente cosas prácticas: cambiar la ruta al colegio, pedir a la dirección que revisara las cámaras de entrada, solicitar que algún familiar la acompañara a la salida durante unos días.

Cada pequeña medida era un freno frente a esa ansiosa sensación de impotencia.

La noche cayó, y el dibujo en la nevera se movía levemente con la corriente del pasillo cuando pasaba. La inseguridad no había desaparecido; al contrario, se había convertido en un impulso para actuar.

Ya no era solo la mujer que había sufrido el pasado; era madre, guardiana, alguien que no dudaría en mover cielo y tierra para mantener a salvo la pequeña vida que latía a su lado.

Cerré el móvil y respiré hondo, como quien se prepara para la batalla que está por venir.

Nada le iba a pasar a Ana Clara. No lo permitiría. Y en esa promesa silenciosa encontré el valor suficiente para empezar.

ARTHUR VALENTIM

El trabajo, en las últimas semanas, había dejado de ser el centro de mi universo. Las hojas de cálculo seguían ahí, frías y ordenadas, pero mi atención ya no pertenecía a las columnas y a las metas: pertenecía a dos personas: Lívia y Ana Clara.

Cada notificación en el teléfono aceleraba mi corazón; cada minuto sin noticias de mis padres se convertía en un nudo en la garganta.

Sentado detrás de mi mesa, apoyé la frente en la palma de la mano e intenté forzar la lectura de los informes que tenía delante. Leía la misma frase tres o cuatro veces y nada de aquello entraba en la cabeza.

Las palabras flotaban sin sentido.

La inquietud me consumía de un modo físico: el estómago se me revolvía y las manos me temblaban levemente al posarlas sobre el teclado.

Me levanté y fui hasta la ventana del despacho más para moverme que por necesidad de ver la vista. Afuera, la ciudad seguía indiferente: coches, peatones, la vida normal con pasos que no sabían de mi desesperación.

Inspiré hondo.

—Tengo que hacer algo —murmuré, como si decirlo en voz alta pudiera ordenar los pensamientos.

La voz de la responsabilidad dentro de mí era clara e implacable: no bastaba con proclamar protección, había que actuar.

Mi madre había hecho la primera embestida; su amenaza, directa y cortante, resonaba en mí como un aviso que no podía ignorar.

El silencio posterior de la familia no hacía más que aumentar la sensación de que aquello podía escalar —y escalar significaba peligro real para la mujer y la niña que más quería proteger.

Cogí el móvil con las manos temblorosas y marqué el número del abogado que siempre me había ayudado con los asuntos delicados.

Mientras esperaba la conexión, mi cabeza atravesaba escenarios: medidas legales, notificaciones formales, solicitudes de protección.

Todo burocrático, todo lento. Y, sin embargo, había otra voz —más visceral— que me susurraba soluciones menos ortodoxas.

Soluciones que podían ser rápidas, eficaces... y arriesgadas.

Cuando entró Renato, en mi mirada se mezclaron alivio y urgencia. Él había sido siempre algo más que un asesor: era la mano derecha que convertía mis intenciones en acciones.

Le expliqué rápidamente que ya había activado al jurídico y le pedí que contactara con el investigador privado que nos apoyaba en los asuntos más sensibles.

Asintió, serio, con la franqueza de ese amigo que ya había atravesado tormentas conmigo.

—Me encargo del resto.

—Tengo una idea —dije, y señalé que me parecía peligrosa—. No es algo que se regule aquí, en Brasil. Es arriesgado.

Renato alzó la ceja, el interés agudizado:

—¿Qué es?

Las paredes del despacho parecían cerrarse.

Le confesé, en pocas palabras, lo que había cruzado por mi cabeza: una medida extrema que, en teoría, podría disuadir a una familia entera de interferir en nuestras vidas.

Mientras hablaba, sentía las palabras ásperas en la boca — audacia y miedo a la vez.

Me escuchó en silencio, evaluando, contando hasta diez mentalmente. Cuando terminé, no hubo juicio inmediato, solo una mirada profesional y calculadora.

—Si eso te da más seguridad, y si entiendes los riesgos, entonces pensemos cómo ejecutar con la mínima exposición posible — dijo, firme—. Tus padres tienen peso; actúan movidos por el poder y la imagen. Pero ya no eres el hombre que sigue decisiones hechas de antemano. Has priorizado lo que importa.

La confirmación de Renato me trajo una claridad peligrosa: estaba dispuesto a llegar hasta donde hiciera falta.

No por bravata, ni por orgullo, sino porque había dos vidas que dependían de mi acción. La convicción apretó el pecho, caliente y resuelta.

—Sí —respondí—. Lívia y Ana Clara son mi prioridad. Y debo decidir y actuar cuanto antes.

Antes de que se marchara a organizar contactos y recursos, respiré y pronuncié las palabras que necesitaba oír de mí mismo: no sería imprudente, pero sí decidido.

La línea entre proteger y traspasar límites era fina; me prometí medir cada paso, evaluar consecuencias y consultar al jurídico siempre que fuera posible.

Aun así, había un hilo de necesidad cruda que me empujaba hacia medidas rápidas —esa urgencia que nace cuando el miedo se encuentra con el amor.

Volví a la mesa, abrí una nota nueva en el móvil y empecé a listar prioridades: (1) notificar al abogado; (2) reforzar la seguridad en la casa de Lívia; (3) hablar con la dirección del colegio; (4) pedir al investigador que centrara su atención en las rutas y en los coches sospechosos.

También anoté lo que prefería evitar: exposición pública, confrontaciones directas, declaraciones que pudieran volverse en nuestra contra. La organización me dio un poco de paz.

Al convertirse el día en tarde y encenderse las luces del despacho, sentí que, por primera vez en días, la angustia se transformaba en propósito.

No podía controlar todo, ni garantizar que ninguna sombra volviera a rondar a los que amo. Pero podía —y iba a— trabajar para reducir el riesgo, rodear con cautela y acciones concretas la vida de esas dos mujeres.

Y si a veces pensaba en medidas que escapaban a la norma, que así fuera: lo que buscaba, por encima de todo, era proteger a quien lo necesitaba. Y en esa determinación decidí no retroceder.



«Tenía el don de convertir los momentos ordinarios en extraordinarias sinfonías de alegría, cada día a su lado una nueva composición de felicidad.»

LÍVIA MEDEIROS

Durante todo el día sentí el peso de la expectativa flotando sobre mí.

Arthur había dicho que pasaría por casa después del trabajo; quería hablar sobre seguridad, sobre nosotros, sobre lo que vendría a partir de ahora.

Desde que todo empezó, se había estado desdoblando entre la empresa y nuestra vida, y aun así no dejaba de estar presente.

Esa dedicación me conmovía de una forma que ya no sabía explicar.

Confiaba en él, en los cambios que estaba demostrando —no solo en las palabras, sino en los gestos—.

Cuando el sonido del timbre resonó por la casa, mi corazón reaccionó antes que yo.

Apreté las manos, intentando disimular la ansiedad, y abrí la puerta.

Arthur estaba allí: el traje arrugado por el final de la jornada, los ojos cansados pero atentos. Y, aun agotado, había en su presencia algo que apaciguaba el caos dentro de mí.

Tenía ese don: el poder de silenciar mis tormentas internas.

Entró y sonrió levemente, un gesto sencillo pero suficiente para suavizar el aire entre nosotros.

Hablamos de trivialidades: el trabajo, los avances en el colegio de Ana Clara, pequeños detalles del día a día que, al venir de él, adquirían importancia.

—¿Y entonces… cómo os estáis sintiendo las dos? —preguntó con una voz cargada de preocupación genuina.

Dudé. El miedo me acompañaba desde hacía días, una sombra constante que ya no podía ignorar.

Respiré hondo, reuniendo valor.

—Arthur… creo que están vigilando a Ana Clara.

Su reacción fue inmediata. El maxilar se tensó, la mirada se volvió más oscura.

—¿Qué quieres decir con “vigilando”?

Le conté todo: lo que mi madre había notado, el coche extraño aparcado cerca del colegio, la sensación de que nos seguían.

Él escuchó en silencio, pero el leve temblor de sus dedos delataba la furia contenida.

—¿Quieres que contrate guardaespaldas para vosotras? —preguntó con un tono demasiado firme, como quien ya busca soluciones antes de oír la respuesta.

Por un instante pensé en negarme.

La idea de tener a alguien vigilándonos todo el tiempo me incomodaba, pero el recuerdo de Ana Clara… de su inocencia… venció cualquier resistencia.

—No para mí —respondí, bajando la voz—. Pero quizá sería bueno tener a alguien vigilando el colegio. Y también a mi madre, por si pasa algo.

Arthur asintió despacio. Había tensión en sus hombros, pero también una serenidad decidida.

—Me encargaré de eso —prometió—. Haré todo lo necesario para manteneros a salvo. Ana Clara es mi hija, Lívia. Y no voy a permitir que nadie, ni siquiera mi familia, os toque.

El peso de aquellas palabras me atravesó. Por primera vez, vi en sus ojos algo más que culpa o el deseo de enmendar el pasado: vi pertenencia.

No estaba protegiendo por obligación; estaba luchando por nosotros.

—Gracias, Arthur —susurré con la voz entrecortada. Me acerqué y lo abracé—. No sabes cuánto significa esto para mí.

Él me envolvió con fuerza, su cuerpo cálido contra el mío.

Por un breve instante, el mundo pareció suspenderse y todo el miedo se disolvió entre nosotros. Había algo en aquel abrazo que era más que seguridad: era esperanza.

La promesa silenciosa de un nuevo comienzo.

—No tienes que darme las gracias —murmuró junto a mi oído, la voz grave y suave—. ¿Dónde está Ana Clara?

—En el baño —sonreí—. Se emocionó cuando le dije que vendrías.

Casi como si hubiera oído su nombre, Ana Clara apareció en el pasillo, con el pelo húmedo y una sonrisa que iluminaba su rostro.

Corrió hacia nosotros con la prisa de los niños que aún creen que el amor es un lugar seguro.

Arthur se agachó y ella se lanzó a sus brazos.

—¡Hola, pequeñita! —dijo él, riendo mientras la giraba en el aire—. ¿Cómo estás?

—¡Feliz ahora! —respondió, abrazándole el cuello—. ¡Has venido a vernos!

Observé la escena con el corazón encogido.

Era como ver un fragmento de todo lo que siempre había querido: una familia que existía en la risa ligera de mi hija y en la ternura con que Arthur la miraba.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó Ana Clara, curiosa, mirando de mí a él.

Arthur le guiñó un ojo.

—Estábamos hablando de cómo hacer que nuestros días sean aún mejores.

Ella sonrió, satisfecha con la respuesta.

—¡Qué bien! Me gusta cuando estamos todos juntos así.

Nuestras miradas se cruzaron por encima de su cabeza: un instante silencioso, lleno de significado.

Ese era el futuro que yo quería: sencillo, sereno, nuestro.

—Arthur y yo estábamos planeando unas salidas divertidas para los tres —añadí.

Ana Clara abrió mucho los ojos, entusiasmada.

—¿A dónde vamos?

—Será una sorpresa —respondió Arthur con una sonrisa cómplice, guiñándole un ojo.

Ella soltó una risita y volvió a abrazarlo.

Aquel gesto —tan pequeño, tan puro— me hizo creer que quizá todo realmente podía salir bien.

Por un momento, el miedo perdió fuerza.

Allí, rodeada por ellos, entendí que lo que teníamos era más fuerte que cualquier amenaza.

Y mientras los veía reír, sentí, por primera vez en mucho tiempo, que estaba justo donde debía estar.

En aquel hogar que, aunque frágil y recién reconstruido, ya era mi refugio. En sus brazos. En su sonrisa.

Y en el amor que, contra todo pronóstico, aún insistía en salvarnos.

ARTHUR VALENTIM

Por mucho que la preocupación me carcomiera desde el momento en que Lívia confesó que creía que alguien podía estar observando a nuestra hija, había en mí una pizca de alivio.

Ella había aceptado mi ayuda —y eso, viniendo de ella, significaba más que cualquier palabra—.

Mañana mismo colocaría guardaespaldas de paisano cerca del colegio y de la casa, discretos para no asustarlas, pero lo bastante atentos como para garantizar que nada se acercara a ellas.

Hoy, sin embargo, solo quería respirar el presente.

Quería saborear aquel instante sencillo, esa paz frágil que existía cuando estábamos juntos.

Ana Clara hablaba sin parar, saltando de un tema a otro con la energía caótica y encantadora que solo un niño puede tener.

Contaba cosas sobre su profesora favorita, sobre un nuevo amigo que había hecho y sobre el dibujo que había hecho en clase: una constelación de colores que, según ella, le había valido el mayor elogio del grupo.

Mientras hablaba, gesticulaba con entusiasmo, los ojos castaños brillando como si dentro de ellos hubiera un pequeño universo en expansión.

Su alegría era contagiosa. Sentí que el corazón se me calentaba de una forma distinta, profunda.

Cada palabra, cada risa, cada historia me arrancaba de mí mismo y me devolvía a lo que realmente importaba.

Era como si, con cada detalle que compartía, una parte dormida de mí despertara: la parte que había olvidado lo que era soñar.

—Y entonces le dije a Pedro que podía ser mi compañero en el proyecto de ciencias, porque a él también le gustan los planetas, ¡igual que a mí, Arthur! —contó, orgullosa, los ojos llenos de brillo.

Lívia y yo intercambiamos una mirada rápida, cómplice, ese tipo de mirada silenciosa que solo comparten dos personas unidas por algo mucho mayor.

Había una dulzura serena en aquel momento, una sensación de plenitud que borraba, aunque solo fuera por instantes, las sombras que seguían rondando nuestras vidas.

—Eso es increíble —le dije, sonriendo—. Estoy seguro de que tu proyecto va a ser el mejor de la clase.

Ana Clara hinchó el pecho con el elogio, los rizos moviéndose mientras asentía con energía.

—Cuando sea mayor, creo que quiero ser astronauta. O artista —frunció la nariz, pensativa—. Aún no lo sé, ¿sabes?

Reímos los tres, y aquel sonido resonó como música en la casa.

Mientras ella hablaba, comprendí que el mundo aún podía ser hermoso. Que, a pesar del miedo, todavía había espacio para la esperanza.

Me prometí a mí mismo, allí mismo, sin necesidad de palabras, que haría lo que fuera necesario para que pudiera soñar libre: sin miedo, sin límites.

—Sea lo que sea, Ana Clara, estaremos contigo —dijo Lívia, acariciándole el pelo. Su voz era un abrazo hecho sonido—. Vas a brillar,

cariño.

La niña sonrió, y en aquella sonrisa lo vi todo: inocencia, valentía, futuro.

—Y dime, ¿qué es lo que más te gusta del colegio? —pregunté, deseando seguir escuchando esa energía contagiosa.

Ella abrió una sonrisa enorme.

—¡Me encanta mi cole! Tiene un parque gigante y una biblioteca llena de libros chulísimos. Y hay la hora de lectura, ¡que es la mejor parte del día!

Mientras hablaba, gesticulaba tanto que casi tiró el vaso de zumo sobre la mesa, y nosotros dos no pudimos evitar reír.

Lívia la observaba con un orgullo tranquilo, de ese que no necesita palabras, y yo… yo simplemente absorbía aquella escena, agradecido por poder presenciar algo tan puro.

—No para de hablar de los proyectos de ciencias —comentó Lívia, mirándome con una sonrisa tierna—. Creo que tenemos una pequeña científica en casa.

Ana Clara asintió con convicción.

—¡Ajá! ¡Quiero entenderlo todo! Por qué el cielo es azul, por qué brillan las estrellas, cómo se mueven los planetas...

Hablaba deprisa, con las manos en el aire, y me descubrí riendo solo, fascinado.

Había una fuerza en aquel pequeño ser —una curiosidad que me recordaba a mi propia infancia, cuando el mundo aún parecía lleno de posibilidades y no de amenazas.

—¿Y sabéis qué más? —Se inclinó hacia nosotros, los ojos abiertos de emoción—. ¡Mi profe ha dicho que puedo hacer un proyecto

sobre las estrellas! ¿Me ayudáis?

Lívia y yo volvimos a cruzar una mirada —una promesa muda. No importaba lo que tuviéramos que enfrentar, ni lo que aún estuviera por venir.

La respuesta ya estaba dada.

—Claro que sí —dije, sonriendo, sintiendo un calor suave extenderse por el pecho—. Nos encantará ayudarte con tu proyecto.

—¡Va a ser genial! —Ana Clara saltó en el sofá, riendo a carcajadas, y Lívia la reprendió con tono suave, sin poder ocultar su propia risa.

Esa escena —tan simple y tan perfecta— quedó grabada en mí.

Mientras las observaba, comprendí que la felicidad, a veces, se escondía en los detalles más pequeños: en una conversación sobre planetas, en un abrazo apretado, en una risa compartida después de un día difícil.

Allí, con ellas, encontré lo que había estado buscando durante años sin saberlo.

No se trataba solo de reconstruir una familia. Se trataba de encontrar mi lugar en el mundo.

Y, por primera vez, supe exactamente dónde estaba. Justo allí. Entre Lívia y Ana Clara.

En el amor que, por fin, había aprendido a merecer.



«Era mi ancla en un océano de incertidumbres, el punto fijo que me mantenía firme incluso en las mareas más turbulentas.»

LÍVIA MEDEIROS

Los días fueron pasando y, poco a poco, el miedo constante empezó a disolverse, como una marea que retrocede tras la tormenta.

Arthur pasaba cada vez más tiempo con nosotras: a veces en mi casa, a veces en su mansión, donde Ana Clara corría libre por los pasillos y descubría rincones nuevos como si explorara un castillo.

El vínculo entre padre e hija crecía ante mis ojos, y era imposible no emocionarse al verlos juntos. La manera en que él la miraba, con esa mezcla de orgullo y ternura, y cómo ella lo llamaba, riendo, para enseñarle cada pequeño dibujo o hallazgo, me hacía creer que por fin estábamos construyendo aquello que tanto había soñado: una familia.

Ya había decidido que, en el momento adecuado, le contaría a Ana Clara quién era en realidad. Ella merecía saber la verdad —y él merecía escuchar, de su boca, la palabra "papá".

Pero antes de eso quería un día solo nuestro, uno de esos instantes sencillos que se guardan en la memoria.

En mi día libre decidí recogerla en el colegio —un lujo que rara vez podía permitirme por culpa del trabajo.

El sol brillaba alto y el aire traía ese calor cálido y perezoso típico de las tardes tranquilas.

El camino hasta el colegio era corto, y volver caminando con ella siempre era un pequeño ritual: reíamos, hablábamos de la vida, compartíamos tonterías.

Cuando sonó el timbre y los niños empezaron a salir, mi corazón se llenó de alegría al verla correr hacia mí.

—¡Mamá! —gritó, y su voz fue como una nota perfecta que disolvió el cansancio de los últimos días.

La abracé con fuerza, inhalando el olor familiar de su pelo.

—¿Qué te parece si nos tomamos un helado antes de ir a casa? —propuse, y ella asintió con los ojos brillando de emoción.

Cogiéndole la mano pequeña, empezamos a andar por la calle. Todo parecía normal.

Hasta que dejó de serlo.

Percibí el coche antes incluso de oír el motor. Un vehículo negro, grande, se acercaba con una lentitud que encendió todas mis alarmas internas.

Al principio intenté racionalizar —podría ser casualidad—, pero la forma en que redujo la velocidad, la sensación de que el vidrio tintado nos seguía, me heló por dentro.

El corazón empezó a martillar en mi pecho, cada latido sonando más fuerte.

Intenté disimular el miedo, apretando la mano de mi hija.

—Cruzamos aquí, cariño —dije con una sonrisa forzada, tirando de ella para que caminara un poco más deprisa.

Pero el ruido de las puertas abriéndose quebró la normalidad en pedazos.

Salieron dos hombres del coche, con pasos firmes y controlados, como si hubieran practicado aquella escena.

—Necesitamos que vengáis con nosotros. —La voz de uno era seca, autoritaria.

Durante un instante quedé paralizada. La mente giraba buscando sentido: quién eran, qué querían, qué harían si reaccionaba.

Ana Clara se agarró a mi pierna, los ojos muy abiertos, sin entender.

—¿Por qué? —pregunté, la voz ronca por el miedo pero lo bastante firme para ganar tiempo—. ¿Quiénes sois?

El otro hombre, más alto, dio un paso adelante.

—Simplemente venid con nosotros. —Su tono no admitía réplica: no era una petición.

Mi impulso fue correr. Pero correr con una niña… no habría tiempo.

El instinto maternal habló más fuerte que el miedo.

Cogí a Ana Clara en brazos y la apreté contra mí, sintiendo su cuerpo temblar.

—Todo va a ir bien, cariño —susurré, aunque no creyera del todo en mis propias palabras.

No nos hicieron daño; simplemente nos condujeron hasta el coche, abriendo con prisa la puerta trasera.

El rugido del motor fue como una sentencia.

Dentro del vehículo el aire era denso. El cristal ahumado nos aislaba del mundo y el silencio resultaba casi ensordecedor.

Ana Clara se acurrucó a mi lado, los ojos enrojecidos por las lágrimas.

La abracé, intentando contener el temblor de mis manos.

—Mamá… ¿qué pasa? —preguntó en voz baja, con la voz quebrada.

Besé la coronilla de su cabeza, esforzándome por sonar firme.

—No lo sé, mi amor. Pero estoy aquí, ¿ok? —respiré hondo, forzando una serenidad que no existía—. Vamos a estar bien. Te lo prometo.

Por dentro el pánico crecía, una ola que amenazaba con tragármelo todo. Pero no podía permitirme rendirme. No delante de ella.

Cada segundo se alargaba hasta hacerse eterno.

El coche avanzaba y las calles conocidas se quedaban atrás, sustituidas por avenidas que yo no reconocía.

Mi único pensamiento fue Arthur. Él sabría qué hacer. Nos encontraría.

Y si por algún motivo no lo hacía, yo encontraría la manera —cualquier manera— de proteger a nuestra hija.

Apreté a Ana Clara con más fuerza, sintiendo su corazón latir rápido contra el mío.

Ese miedo, esa impotencia, se transformaron en algo más feroz: una determinación cruda, casi salvaje.

Podían intentar llevárnos. Podían amenazar, podían separarnos del mundo exterior.

Pero jamás podrían arrancarme el instinto de madre: el impulso de luchar hasta el último segundo por ella.

Y allí, en el silencio ahogante de aquel coche, hice una promesa silenciosa: no importara quién estuviera detrás de aquello, destruiría a cualquiera que intentara hacer daño a mi hija.

ARTHUR VALENTIM

Casi había terminado mi rutina cuando Renato entró en la sala como quien corre a apagar un fuego —silencio roto por pasos apresurados y un rostro demasiado pálido para su calma habitual.

Había algo urgente en su voz que me dejó helado al instante.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, poniéndome en pie antes incluso de que las palabras terminaran de formarse.

No le dio tiempo ni a recuperar el aliento.

—Abordaron a Ana Clara y a Lívia cuando volvían del colegio.

Esas tres palabras me atravesaron como una cuchilla.

Todo alrededor se volvió distante: el tic-tac del reloj, la ventilación del techo, el leve zumbido del aire acondicionado. Sentí el mundo estrecharse hasta quedar sólo un punto rojo en el centro del pecho: el miedo.

—¿Qué? —grité, sin poder contener el tono.

Renato se recompuso, intentando ordenar los hechos con la calma que aún le quedaba.

—Nuestros vigilantes iban de paisano —dijo con prisa—, y por precaución no intervinieron. No sabían si los hombres iban armados. Pero logramos sacar la matrícula. Estamos siguiendo el coche.

Me pasé la mano por el pelo en un gesto que no alivió el peso, solo repartió la tensión por los dedos.

El mentón me dolía de tanto morder palabras que no dije. Respiré hondo. Controlar el cuerpo parecía la única alternativa racional frente al abismo emocional que me inundaba.

—Cúbreme aquí —dije en voz baja, comprimida por la urgencia —. Ellas son mi prioridad ahora.

Renato asintió al momento, mirada firme, profesional.

Antes de que mi mente inventara mil escenarios, ya cogía el abrigo y las llaves; el resto fue como un automatismo.

—Dame las coordenadas del coche, ahora —ordené, con las piernas ya en movimiento.

Él soltó números y direcciones como quien manipula los cables de un panel de control.

La ciudad, a través de la ventanilla, empezó a convertirse en una proyección acelerada: semáforos, edificios, rostros; todo irrelevante ante el único pensamiento que martillaba mi cabeza: Lívia y Ana Clara.

Conecté el teléfono al coche. Renato empezó a hablarme en tiempo real; cada actualización era un golpe, una esperanza, una nueva línea de tensión.

—Están reduciendo la velocidad. Parece que están entrando en una propiedad abandonada —su voz se hizo más corta, más concentrada.

La adrenalina me recorrió como una corriente. Las palmas me sudaban sobre el volante. Pensé en rutas, en alcances, en cómo una entrada equivocada podría convertir el rescate en tragedia. Pero había poco tiempo para teorías: llegar y actuar con precisión era la única ecuación posible.

Conduje hasta identificar el portón de hierro oxidado, las verjas inclinadas por el paso del tiempo y la casa —si es que aún podía

llamarse así— erguida en el centro como un monumento al abandono.

El coche sospechoso estaba detenido, sombras sobre el cuero oscuro de los asientos. La calle era estrecha, flanqueada por árboles que proyectaban sombras largas.

Aparqué a una distancia prudente, apagué el motor y miré. Todo allí apuntaba a que estábamos frente a algo planeado. Ya no era escena de cine; era la vida, intensa y frágil, colgando de un hilo.

—Han entrado en el terreno —susurró Renato en el auricular—. Nuestros hombres están a cien metros, no quieren ser vistos; esperan tu señal.

La respiración se convirtió en mi ancla. Vi el portón, la maleza, la posible ruta que tomarían. El suelo bajo mis pies se sentía blando, como si intentara tragárseme. Aun así, la rabia ardía: alguien había osado tocar lo que era mío, aquello que juré proteger.

Me aproximé al portón despacio, cada paso como caminar sobre cristales.

La mano se cerró con firmeza en la barra fría; los tendones del brazo saltaron, y por un segundo permití que mi mente corriera por todo lo que no podía perder: risas de niña, un abrazo materno, promesas hechas en silencio.

—Voy a entrar solo. Estate atento —dije a Renato, voz baja, casi un comando susurrado a la propia conciencia.

Él no vaciló.

—Preparado para intervenir a tu señal. Precaución, Arthur. No les des ocasión para reaccionar.

Cerré los ojos una fracción de segundo, como quien cuenta hasta tres antes de lanzarse. Abrí el portón con cuidado; el metal chirrió, un ruido excesivamente alto en aquel paisaje inmóvil.

Entré; el olor a polvo y a vegetación húmeda subió hasta mi cara. Las sombras permanecían; el silencio, casi palpable, solo se rompía por el motor lejano.

Avancé por el camino de piedras, pegado al muro, ojos atentos a cualquier movimiento entre los árboles.

El corazón latía desbocado, pero la mente estaba nítida: precisa, enfocada. Cada respiración calibrada para no delatarme antes de tiempo.

Delante, la casa se erguía como un cascarón vacío. Ventanas rotas, cortinas desgarradas como banderas.

El coche sospechoso estaba a pocos metros, motor en punto muerto. Vi una puerta lateral entreabierta; quizá allí habían llevado a las mujeres.

La sensación que me atravesó fue clara: aquel era el momento que distinguía a los hombres de los cobardes.

No habría segundo intento. No había espacio para la vacilación. Tenía que actuar con la precisión de quien sabe que un paso en falso puede ser el último.

Apoyé la mano en la manilla con la misma ligereza con que se toca un arma. Inspiro, contengo el aire y, en un impulso contenido, empujo la puerta.

Dentro, el aire era húmedo y cargado, una caja de sombras y voces ahogadas. Y yo estaba allí, listo para atravesar ese laberinto y arrancar a las dos del centro de la oscuridad.

Era hora de acabar con eso de una vez por todas.



«Juntos descubrimos que el amor no es solo un destino al que llegar, sino un viaje que debe vivirse en toda su plenitud: cada paso una historia, cada tropiezo una lección.»

LÍVIA MEDEIROS

—¿Qué quiere de nosotras?

Sostenía a mi hija contra el cuerpo, el abrazo tan protector que casi dolía. Ana Clara temblaba un poco, los ojos grandes y asustados buscando en mi cara alguna promesa de seguridad.

Frente a nosotras, Adalberto Valentim mantenía su habitual postura: erguido, imponente, una presencia que ocupaba el espacio como una advertencia. Pero había algo más —un brillo en los ojos que, por un instante, me pareció más miedo que rencor; tal vez temor a sus propias decisiones.

—Lívia, querida —empezó, con una voz medida, educada, apoyando cada frase en un protocolo social—, estamos intentando resolver este asunto de la manera más civilizada posible.

El hielo escondido tras aquella cortesía me hizo subir un escalofrío por la espalda. Le pedí a mis dedos que no apretaran más la mano de mi hija; ella necesitaba calma, y yo debía mantener la compostura.

—¿Y qué es exactamente lo que propone? —pregunté, controlando la voz, intentando que sonara más curiosa que desafiante.

Adalberto miró a Ana Clara, como si midiera el peso de aquella presencia infantil en la ecuación.

Suspiró entonces, largo, calculado.

—Estamos dispuestos a ofrecer un… acuerdo —dijo, pesando cada sílaba—. Una cantidad que garantice a usted y a la niña una vida cómoda. A cambio, pedimos que ciertos detalles —privados— permanezcan así. Y que consideren, con discreción, empezar de nuevo en otro lugar. Lejos de aquí.

El vacío tras sus ojos me revolvió el estómago.

Era una oferta con líneas de dinero trazando una cortina entre mi hija y todo lo que le pertenecía: su historia, su derecho a ser conocida, el nombre de su padre.

Había un olor a compra en aquello, y él quería que yo aceptara el silencio como precio.

Durante un instante, la tentación susurró: ¿cuántas noches de miedo e incertidumbre podría borrar con una sola firma? ¿Cuántas promesas vacías dolerían menos que esta opresión constante?

Pero entonces miré a Ana Clara: el mentón redondo, el cabello que caía en mechones indómitos, la fe infantil en que el mundo era, en el fondo, un lugar bueno.

No podía, bajo ningún concepto, enseñarle que el amor y la verdad tenían precio.

—No puedo hacer eso. —Las palabras me salieron firmes, clavadas al suelo como estacas—. No puedo aceptar su dinero y fingir que nada de esto ha ocurrido. Ana Clara tiene derecho a conocer y amar a su padre, independientemente de lo que a su familia le parezca más conveniente.

Adalberto permaneció inmóvil, el rostro endurecido en una expresión que reconocí al instante —la misma que había visto en los retratos familiares cuando algo los incomodaba. La línea de sus labios se tensó.

—Lívia —respiró, intentando recuperar la calma—, piense en el futuro de su hija.

—Estoy pensando. —Inspiré hondo, sintiendo cómo el calor me subía al rostro, no solo de ira, sino de la vergüenza de tener que defender lo obvio—. Su futuro pasa por saber quién es. Por tener la oportunidad de amar a su padre. Ni yo —ni ella— cabemos en un sobre sellado con su firma.

Hubo un silencio, lo bastante pesado como para oír mi propia sangre en las sienes.

Adalberto apretó los puños durante un segundo; después, cuando habló de nuevo, su tono fue aún más gélido.

—No estoy haciendo sugerencias, Lívia. Es una exigencia. —El control absoluto de su voz era una metamorfosis de autoridad en amenaza—. La influencia de nuestra familia es amplia. No dudaremos en usarla para proteger nuestro nombre y nuestro legado.

Aquellas palabras cayeron como piedras. A nuestro alrededor, las sombras parecieron volverse más densas.

Podría haberme echado atrás; podría haber mirado la seguridad material —la calma inmediata de mi hija— y cerrar los ojos. Pero algo dentro de mí se movió en sentido contrario: la rabia se transformó en coraje.

—¿Cree que amenazar a la madre de su nieta es la mejor forma de proteger ese legado? —pregunté, dejando que la ironía se filtrara entre las palabras—. ¿De verdad piensa que el poder y el dinero pueden borrar la existencia de una niña inocente?

Él hizo un gesto breve, impaciente, como quien considera inútil discutir con quien todavía no se ha rendido.

—No se trata de borrar a nadie, sino de tomar una decisión prudente —dijo, y las palabras «prudente» y «decisión» sonaron como garras al caer.

—¿Prudente? —repetí, llena de incredulidad—. ¿Separar a un padre de su hija en nombre de la prudencia? ¿Ofrecer dinero como remedio para un dolor que ustedes mismos causaron? Eso no es prudencia, Adalberto. Es cobardía.

La acusación quedó suspendida en el aire. Él guardó silencio un segundo antes de que la máscara de elegancia regresara: una sonrisa fría, calculada.

Al mirar a mi hija, pegada a mí, vi mucho más que miedo: vi el futuro, vi las preguntas que algún día haría sobre las decisiones que tomamos por ella.

Y en ese mismo momento hice una promesa muda, la promesa de quien está acorralada pero se niega a ceder: no la venderé.

No la ocultaré. No permitiré que borren fragmentos de su vida por conveniencia.

—Si lo que buscan es un enfrentamiento —añadí, bajando la voz, afilándola—, tendrán que vérselas con alguien que no va a retroceder. No por orgullo ni por obstinación: por amor.

Adalberto me observó unos segundos más, evaluando. Luego se dio la vuelta con la misma dignidad con la que se vestía el frío. Al alejarse, dejó una última advertencia: un silencio que prometía guerra. Una guerra velada, estructural, larga.

Sentí el suelo temblar bajo mis pies, pero también, bajo el miedo, la certeza perenne de quien lucha por lo que es inalienable.

Apreté con más fuerza la mano de Ana Clara, y ella respondió del mismo modo, confiando en mí como quien cree que los padres, al final, siempre vencen las noches oscuras.

El silencio que se instaló entre nosotros era casi palpable —denso, eléctrico, cargado de todo lo que aún no se había dicho.

El sonido más alto en aquel momento era el de mi propia respiración, desacompasada, mientras la mirada de Adalberto seguía fija en mí, fría y calculada, como la de un depredador que estudia a su presa.

Bajé la vista hacia la mano pequeña de Ana Clara, aferrada a la mía, y a sus ojos confusos, brillando de miedo e inocencia. Aquello bastó para encender algo en mí —coraje, instinto, furia.

—Nos vamos ahora, Adalberto —dije, la voz firme a pesar de la tensión que me vibraba en el pecho—. Pero quiero que sepa algo: vamos a luchar. Ana Clara va a conocer a su padre, va a quererlo, y nadie va a intimidarnos ni a comprar nuestro silencio.

Una sonrisa amarga le curvó los labios. El tipo de sonrisa que no nace del humor, sino del poder.

—¿Y quién ha dicho que van a luchar en igualdad de condiciones?

El tono de amenaza, tan suave como letal, me contrajo el estómago.

Avanzó un paso, lo justo para que su sombra nos alcanzara.

—Nos vamos —repetí, esforzándome por mantener la voz estable—. No puede retenernos aquí contra nuestra voluntad.

—Subestimas hasta dónde estamos dispuestos a llegar para proteger a nuestra familia —replicó, acercándose un poco más—. ¿De verdad crees que puedes ignorar nuestra oferta y seguir adelante como si nada hubiera pasado?

Retrocedí un paso, arrastrando a Ana Clara conmigo, todo mi cuerpo en alerta. El miedo me atravesaba por dentro, pero la rabia ardía, viva, indomable.

—No es una oferta —lo corregí, la voz temblorosa pero llena de indignación—. Es una amenaza. Y sí, puedo ignorarla. Y lo haré.

Su expresión se cerró, volviéndose sombría.

—Entonces no me dejas otra opción —dijo, sacando el móvil del bolsillo. El brillo metálico del aparato reflejó la luz amarillenta del lugar, y empezó a marcar, con los ojos fijos en mí, implacables—. Tendré que tomar medidas más… persuasivas.

El sonido de la llamada resonó como un trueno contenido en el aire. No podía oír lo que decía al otro lado de la línea, pero el tono bajo y deliberado de su voz me helaba la sangre.

—¿Nos vamos a casa, mamá? —la voz pequeña y temblorosa de Ana Clara rompió el silencio.

Me agaché y le acaricié la mejilla, intentando sonreír, intentando ser el refugio que necesitaba.

—Sí, cariño. Nos vamos. —Cada palabra que pronunciaba era un esfuerzo titánico por contener el pánico.

Y entonces, la puerta se abrió.

Por un segundo temí lo peor. Pero cuando lo vi —alto, la mirada sombría y la mandíbula tensa—, el aire volvió de golpe a mis pulmones.

Arthur.

Parecía una tormenta a punto de estallar y, al mismo tiempo, la única cosa capaz de devolverme a la realidad.

—Lívia, ¿qué está pasando aquí? —preguntó, con una voz grave y firme, abarcando la sala con la mirada.

—Tu padre… —empecé, con la rabia y el alivio mezclándose en la garganta—. Intentó comprarme. Intentó pagarnos para que desapareciéramos.

Arthur se volvió hacia su padre, y el silencio que siguió fue casi ensordecedor.

Su mirada era un abismo: llena de decepción, repulsión y algo más profundo… una ruptura.

—Me las llevo —dijo, con la voz baja y cortante—. Ahora.

—Hijo… —empezó Adalberto, pero Arthur lo interrumpió con una calma que daba miedo.

—La policía viene de camino. Esta es nuestra última conversación.

El viejo Valentim alzó el mentón, envuelto en su falsa dignidad.

—No he hecho nada malo. Solo estábamos hablando.

Arthur dio un paso adelante.

—Las obligaste a subir a este coche.

—No tienes pruebas —gruñó el padre, la máscara de elegancia deshaciéndose poco a poco.

Arthur lo miró durante unos segundos eternos, y el silencio entre ambos pareció condensar el aire. Cuando habló, su voz llevaba una mezcla de dolor y furia contenida.

—¿Pruebas? La palabra de ellas es todo lo que necesito. —Respiró hondo, los músculos de la mandíbula tensándose—. ¿De verdad crees que voy a elegir el nombre de la familia antes que a mi propia hija?

La mirada de Adalberto vaciló, y en ese instante supe que Arthur había ganado.

—Lívia y Ana Clara son mi familia ahora —dijo, firme—. Y voy a protegerlas, cueste lo que cueste.

Durante un momento, nadie se movió. El silencio era tan denso que parecía que el aire se hubiera evaporado.

Adalberto abrió la boca, quizá para lanzar otra amenaza, pero su hijo fue más rápido.

—Se acabó. —La palabra salió seca, definitiva—. No quiero oír nada más.

Tomándome de la mano, y con la de Ana Clara en la otra, Arthur nos guió hacia la salida sin mirar atrás. Dejamos a Adalberto allí —quieto, diminuto dentro de su propia arrogancia— mientras el eco de nuestros pasos llenaba el pasillo.

Cada paso pesaba como una vida entera, pero también liberaba.

Al cruzar la puerta y sentir el aire frío del exterior, me di cuenta de que estaba temblando.

Arthur se detuvo junto a nosotras, los ojos repasando mi rostro y el de Ana Clara, buscando cualquier signo de daño.

—¿Estáis bien? —preguntó, la voz más suave, dejando entrever la preocupación que intentaba ocultar.

—Ahora sí —respondí, dejando escapar un suspiro largo, de alivio.

Ana Clara se lanzó a sus brazos, y la sonrisa que se dibujó en el rostro de Arthur —agotada, pero sincera— me devolvió la paz.

La alzó del suelo y la abrazó con fuerza.

—Vámonos a casa —dijo, con una convicción que sonaba a promesa—. A nuestra casa. Nadie volverá a amenazaros.

—¿Y la policía? —pregunté, aún aturdida.

—Mentí. —Esbozó una media sonrisa—. Le dije a Renato que llamara si no volvía en cinco minutos. Tenía que resolver esto cara a cara.

—¿Y tu padre?

—Tendrá lo que se merece. —Su tono fue frío, pero su mirada, cuando volvió hacia mí, se llenó de ternura—. He tomado algunas medidas. Luego te lo explicaré.

Volvió a mirar a Ana Clara, y su expresión se suavizó por completo.

—Ya está todo bien, pequeña. Estamos juntos, ¿recuerdas? Y nadie va a separarnos.

Ella lo abrazó con fuerza, y en ese gesto el mundo pareció detenerse.

Los observé —padre e hija— y sentí cómo el miedo se disipaba, sustituido por algo que casi había olvidado cómo se sentía: seguridad.

Arthur me miró por encima de la cabeza de la niña, y por un instante todo lo ocurrido pareció lejano —el miedo, las amenazas, el peso del apellido Valentim.

Solo quedábamos nosotros.

—Vámonos —dijo, entrelazando sus dedos con los míos.

Mientras dejábamos atrás aquel lugar sombrío, la luz del atardecer bañó nuestros rostros.

El aire se sentía más ligero, como si el mundo, por fin, nos devolviera el derecho a respirar.

Y supe —por primera vez en mucho tiempo— que estábamos justo donde debíamos estar: juntos.

Contra todo. Contra todos.



«Nuestras risas compartidas eran como música para el corazón, un recordatorio de que la felicidad se multiplica cuando se comparte.»

LÍVIA MEDEIROS

Arthur nos llevó directamente a su casa aquella noche.

El silencio en el coche era denso, pero no incómodo. Ana Clara, agotada por la confusión y el miedo que había vivido, se quedó dormida en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en el cristal.

Arthur conducía en silencio, la mandíbula tensa, los ojos fijos en la carretera: una concentración casi protectora.

Sabía que estaba intentando contener el torbellino por dentro y, aun así, cada vez que su mirada encontraba el retrovisor y se detenía en su hija, un brillo suave sustituía el peso de la rabia.

Cuando llegamos, la noche estaba en calma, envuelta en ese tipo de silencio que antecede a un nuevo comienzo.

Arthur llevó a Ana Clara en brazos hasta la habitación de invitados, con un movimiento delicado, casi reverente.

Yo me quedé observando desde la puerta, con el corazón encogido.

La acostó con cuidado, acomodó la manta sobre ella y, por un instante, se limitó a contemplarla, como si necesitara memorizar cada rasgo, cada respiración tranquila, como si el simple hecho de verla dormir fuese el mayor regalo que había recibido nunca.

Al cabo de unos minutos, Ana Clara despertó, parpadeando despacio, y nos miró.

—¿Entonces… no vamos a volver a ver a ese hombre malo? —preguntó, aún adormilada.

Arthur se arrodilló junto a la cama y tomó su mano.

—Nunca más, cariño. —Su voz era firme, pero cargada de ternura—. Te lo prometo.

Fue en ese momento cuando lo supe: había llegado la hora.

Ella merecía saberlo.

Me senté a su lado, con el corazón desbocado, y respiré hondo. Arthur, percibiendo mis nervios, rozó mi mano con un gesto discreto, silencioso, como si dijera estoy aquí.

—Hija… —empecé, eligiendo bien las palabras—. Mamá tiene que contarte algo importante.

Ana Clara se incorporó un poco; sus ojos curiosos brillaban bajo la luz suave de la lámpara.

—¿El qué?

Tragué saliva.

—Arthur… es más que un amigo para mí. Él… —dudé un segundo, pero la presión de su mano me dio el valor que faltaba—. Él es tu padre, Ana Clara.

Por un instante, el mundo pareció detenerse.

Ella pestañeó varias veces, alternando la mirada entre mí y Arthur, intentando encajar las piezas de aquel rompecabezas inesperado.

—¿Mi… padre? —repitió, en un susurro de pura sorpresa—. Pero… ¿por qué nunca me lo contaste, mamá?

Se me encogió el pecho. Arthur me miró, dispuesto a cargar con una culpa que no era suya.

—Queríamos contártelo en el momento adecuado —explicó él, con voz suave, firme, llena de emoción—. Queríamos estar seguros de que todo estaría bien. Que estaríamos juntos, sin miedo.

Ella frunció el ceño, pensativa, y preguntó con una inocencia que me partió el corazón:

—Entonces… ¿te vas a quedar con nosotras para siempre?

Arthur sonrió, y ese gesto bastó para llenar la habitación de calor.

—Sí, hija. Me voy a quedar con vosotras. Siempre. —Le acarició la carita con cuidado, los ojos humedecidos—. Voy a estar aquí para todo: para ayudarte, para reír contigo, para protegerte.

—Pero… ¿por qué nunca viniste a verme? ¿No te gustaba yo? —preguntó, con un leve temblor en la voz.

Arthur se inclinó hasta quedar a su altura. Su mirada era limpia, sincera, y su voz llevaba la pena de todos los años perdidos.

—No sabía que existías, mi amor. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Si lo hubiera sabido, habría hecho todo de otra manera. Habría estado contigo desde el primer día.

Ana Clara lo observó en silencio un instante y luego se volvió hacia mí, con esa sinceridad desarmante de los niños.

—¿Pero por qué mamá no se lo dijo?

La garganta me ardía.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, ya me había mudado lejos —expliqué, con la voz quebrada—. Intenté hablar con él, pero no lo conseguí. Durante mucho tiempo pensé que así era mejor, para protegerte. Pero… me equivoqué. Todos merecemos una oportunidad de ser felices juntos.

—¿Estabas enfadada con él, mamá? —insistió, inocente.

—No, cariño. No era enfado… era miedo. —Suspiré—. Miedo a enfrentar el pasado.

Arthur le cogió la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Hija, prometo compensar el tiempo que hemos perdido —dijo, con un brillo de emoción en los ojos—. Voy a quererte y a protegerte todos los días de mi vida.

Ella lo miró un momento y, de pronto, una sonrisa pequeña se abrió paso en sus labios.

—Entonces, ¿ahora somos una familia de verdad?

Arthur y yo cruzamos una mirada que decía más que cualquier frase.

—Sí, cariño —respondimos a la vez—. Somos una familia de verdad.

Su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en pura alegría.

—Me gusta eso. —Se rió bajito—. Puedo llamarte papá, ¿verdad?

Arthur se inclinó de nuevo, abriendo los brazos.

—Me encantaría oírlo.

Ella se lanzó a su pecho en un abrazo que pareció infinito.

—Papá… —murmuró, probando la palabra como quien descubre un color nuevo—. Ahora tengo un papá.

Las lágrimas que llevaba conteniendo por fin se me escaparon. Arthur alzó la vista hacia mí y sus ojos, humedecidos, reflejaron los míos.

Se estiró y, con la yema de los dedos, secó mis lágrimas, con un toque suave, lleno de cariño y promesas silenciosas.

—Vamos a ser la mejor familia —dijo, la voz ronca de emoción —. Aprenderemos juntos, nos equivocaremos juntos, pero no volveremos a separarnos.

Ana Clara se apartó un poco, mirándonos a los dos, el rostro iluminado por una felicidad genuina.

—Yo ya era feliz… pero creo que ahora lo seré todavía más.

Arthur me tendió la mano. La tomé, y por primera vez en años sentí que todo estaba en su sitio.

El miedo y las dudas seguían ahí, pero ahora iban acompañados de algo mucho mayor: la sensación de pertenecer.

Entre los tres había algo nuevo: un lazo recompuesto, una esperanza renacida.

Y mientras Arthur nos rodeaba con otro abrazo, susurré, con la voz tomada pero llena de certeza:

—Vamos a hacer muchas cosas juntos… como una familia.

Era el comienzo de todo.

El inicio de una vida en la que el amor, el perdón y el coraje caminarían de la mano.

ARTHUR VALENTIM

Aquel era el día más feliz de mi vida.

No había duda, ni vacilación.

Desde el momento en que volví a encontrarme con Lívia, todo lo que más deseaba era recuperar su confianza y, sobre todo, poder mirar a los ojos de Ana Clara y decirle que era su padre.

Ahora, sentado junto a mi hija, escuchando el tono ligero y curioso de su voz, sentía una felicidad que jamás había experimentado.

Cada pregunta suya era una ventana abierta a un nuevo mundo, un mundo del que por fin formaba parte.

—Papá, ¿te gusta el helado? —preguntó con la seriedad de quien lanza una cuestión crucial, los ojos castaños muy abiertos, fijos en mí—. ¿Cuál es tu sabor favorito?

Sonreí, encantado por la sencillez del momento.

—Me encanta el helado, hija. Sobre todo el de chocolate con trocitos de brownie. ¿Y a ti?

Llevó un dedo al mentón, pensativa un instante, antes de sonreír.

—A mí también me gusta el de chocolate, pero el de fresa es mi favorito —dijo entusiasmada—. ¿Podemos tomar uno juntos algún día?

Noté cómo la risa me subía al pecho, suave y sincera.

—Claro que sí, cariño. Siempre que quieras. Será nuestro plan especial.

—¿Lo prometes? —Alzó el meñique, esperando que sellara el pacto.

—Lo prometo. —Enganché mi dedo con el suyo, y el brillo de alegría en su rostro fue una de esas cosas que se graban en el alma.

Lívia nos observaba de cerca, la mirada brillando entre lágrimas y orgullo.

Tenía una sonrisa en los labios —esa sonrisa con la que tanto había soñado—, y comprendí que aquel instante era tan importante para ella como para mí.

—Papá, ¿vendrás a buscarme al cole a veces? —preguntó de repente Ana Clara, con la voz cargada de esperanza.

Se me encogió el corazón. Ni siquiera imaginaba cuánto significaban para mí esas pequeñas cosas.

—Claro que sí, princesa. —Le acaricié el cabello—. Estaré en todas tus funciones, en los partidos, en cada momento importante.

Sin previo aviso, se lanzó a mis brazos, con un abrazo fuerte, pequeño, puro.

—Estoy tan feliz, papá. Muchísimo.

Aquellas palabras me rompieron por dentro… y me reconstruyeron al mismo tiempo. La sujeté con fuerza, escondiendo el rostro en su pelo, respirando hondo aquel instante.

—Y yo, pequeña mía, soy feliz por poder estar, por fin, con vosotras. —Miré a Lívia, que se acercó, la sonrisa temblando de emoción—. Ahora somos una familia. Y nada va a cambiar eso.

El silencio que siguió no fue vacío, sino plenitud.

Era como si el tiempo se hubiese detenido solo para permitirnos sentir.

Ana Clara apoyó la cabeza en mi hombro, aún sonriendo, y Lívia se sentó a nuestro lado, completando el círculo que durante tanto tiempo había estado incompleto.

—Estoy tan orgullosa de nosotros —dijo ella, en voz baja pero firme—. Veros así, juntos… es como si todo, por fin, tuviera sentido.

La miré, y por un momento el mundo pareció reducirse a ese instante, a esa mujer a la que amaba y que, a pesar de todo, seguía allí, conmigo.

—No habría llegado hasta aquí sin ti —confesé, con la voz quebrada—. Fuiste mi fuerza cuando creí que ya no merecía seguir luchando. Te quiero, Lívia. Más de lo que puedo expresar con palabras.

Ella se sonrojó levemente, pero el brillo en sus ojos dijo mucho más que cualquier respuesta.

—Yo también te quiero, Arthur —respondió, buscando mi mano —. Hemos pasado por tanto… pero, por primera vez, creo en el futuro. En nuestro futuro.

Antes de que pudiera contestar, Ana Clara levantó la cabeza y nos miró con una sonrisa traviesa.

—Entonces… —dijo, con aire juguetón—. ¿Puedo llamar a Arthur papá delante de la gente?

Lívia y yo reímos al unísono, y el sonido ligero de nuestra risa compartida pareció llenar toda la habitación.

—Por supuesto que puedes, cariño —respondí, besándole la coronilla—. Puedes llamarme papá siempre que quieras.

Se inclinó de nuevo y me abrazó con fuerza.

—Papá… —repitió, probando la palabra como quien saborea algo nuevo—. Ahora tengo un papá.

Lívia se llevó la mano a los labios, intentando contener el llanto, pero las lágrimas se escaparon igualmente.

Extendí la mano y, sin pensarlo, sequé las suyas con el pulgar.

—Vamos a ser una familia increíble —prometí, mirándolas a ambas—. Vamos a reír, a equivocarnos, a aprender, pero, sobre todo… a querernos.

Ana Clara nos miró y asintió con una sonrisa tan pura que dolía de tan hermosa.

—Yo ya era feliz. Pero ahora creo que lo seré todavía más.

Lívia se recostó a mi lado, y la rodeamos entre los dos, formando un abrazo cálido, tranquilo.

Allí sentí cómo el peso de los años de distancia se disolvía, reemplazado por la promesa de algo nuevo, real, verdadero.

Más tarde, después de acostar a Ana Clara, salimos a la terraza.

El cielo estaba despejado, salpicado de estrellas, y el aire fresco traía el olor de la noche.

Nos quedamos en silencio un rato, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo alivio.

—Aún nos quedan muchas cosas por enfrentar, Arthur —dijo ella, mirando al horizonte—. Pero sé que, juntos, podremos con todo.

Tomé su mano y entrelacé nuestros dedos, sintiendo su piel cálida contra la mía.

—Lo sé. —La apreté con suavidad—. Y no importa lo que venga, estaré aquí. Siempre.

Ella giró el rostro, y en su mirada —llena de cansancio, de amor y de esperanza— encontré todo lo que siempre había buscado.

La besé despacio, un beso tranquilo, profundo, como quien sella una promesa eterna.

Esa noche comprendí que la felicidad no era un destino. Era eso: ese momento.

Era estar exactamente allí, entre la risa de nuestra hija y el amor de la mujer a la que jamás volvería a dejar escapar.



«En el libro de nuestra vida, cada día a tu lado era una página que no quería pasar jamás, un capítulo que deseaba vivir eternamente.»

LÍVIA MEDEIROS

Sentía, en cada parte de mí, que estar al lado de Arthur era lo correcto.

Después de todo lo que habíamos pasado, de cada dolor y cada reencuentro, había una paz que se instalaba en mí cuando él estaba cerca —una sensación de pertenencia que hacía que, por un instante, se desvanecieran el miedo a su familia, las amenazas, el pasado.

Aquella noche, Ana Clara dormía profundamente en la habitación de al lado, respirando con la serenidad de quien ignora el peso del mundo.

Y por un momento deseé ser como ella: olvidarlo todo, dejar que el miedo se durmiera y permitirme sentir solo lo que estaba allí, en el ahora.

Arthur estaba sentado en el sofá, con la luz tenue de la lámpara dibujando sombras en los rasgos de su rostro.

Había algo hipnótico en su tranquilidad —la manera en que sostenía la taza, la mirada perdida en un punto indefinido.

Y yo, observándolo, me di cuenta de que echaba algo de menos.

No una palabra ni un gesto, sino algo más profundo, algo que siempre había existido entre nosotros y nunca dejó de latir.

—Echo de menos otras cosas —murmuré, rompiendo el silencio.

Él levantó los ojos hacia mí, curioso, una ceja arqueada.

—¿Echas de menos? —preguntó, con una sonrisa apenas insinuada en los labios.

Me acerqué despacio, con el corazón acelerando a cada paso.

—Sí. —Me senté sobre sus piernas, rodeándole la cintura con naturalidad—. Echo de menos estar cerca de ti… olerte, escuchar tu corazón aquí —toqué su pecho, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos—. Echo de menos a nosotros.

Arthur me miró en silencio un instante, y el aire entre los dos cambió, volviéndose denso, cargado de recuerdos y deseo.

Sus manos se deslizaron hasta mi cintura, firmes, seguras, y cuando habló, su voz fue un susurro ronco, tan bajo que bastó para

incendiarme.

—Lívia… no tienes idea de cuánto te he echado de menos.

Nuestras respiraciones se entremezclaron, cortas, desiguales.

Mis manos subieron hasta su rostro, los dedos recorriendo el contorno de su mandíbula, reconociendo cada detalle como quien vuelve a casa. Me incliné despacio y atrapé sus labios en un beso leve, titubeante al principio, pero cargado de promesa.

Arthur respondió con una intensidad que me robó el aliento.

El beso se hizo más profundo, más urgente, y me sujetó con fuerza, como si temiera perderme otra vez. Su toque era posesivo, desesperado… y aun así, tierno.

—Entonces demuéstramelo —susurré contra su boca, en un desafío dulce, provocador.

Su mirada ardió.

Sin romper el beso, Arthur se levantó conmigo en brazos, el mundo girando a nuestro alrededor.

Me llevó hasta el dormitorio, donde la penumbra solo era cortada por la luz suave que entraba por la ventana.

Allí, cada toque se volvió una promesa, cada beso, una redención.

Comenzó a deshacer mi ropa con una paciencia casi reverente, como si no me desvistiera solo de tela, sino también del miedo, de la culpa, del pasado. Cada prenda que caía al suelo era un peso que dejábamos atrás.

Su mirada recorría mi cuerpo con una devoción silenciosa, y cuando habló, su voz venía cargada de emoción.

—Eres preciosa, Lívia… —murmuró, con una sinceridad que me hizo estremecer—. Siempre lo has sido.

Sentí el calor subir por mis venas, el cuerpo respondiendo al suyo con una familiaridad que me asustaba y me reconfortaba al mismo tiempo. Todo en mí lo reconocía —cada aproximación, cada respiración — como si fuésemos piezas que siempre habían encajado.

Tumbados en la cama, el mundo exterior dejó de existir.

No había ruido, ni tiempo: solo el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas, la piel caliente, el roce leve que me hacía olvidar todo lo que no fuera él.

Arthur pasó los dedos por mi rostro, delineando mis labios con una lentitud deliberada, casi cruel. Su mirada se encontró con la mía, y en ese instante sentí el peso de todo lo que nunca habíamos dicho.

—Te deseo —susurré, sin disimulos, con la voz ronca de emoción—. Ahora. De todas las formas posibles.

No respondió —al menos, no con palabras.

En lugar de eso, se inclinó lentamente y me besó.

El beso comenzó suave, exploratorio, como quien redescubre un territorio olvidado. Luego se volvió intenso, urgente.

Era un beso que hablaba de nostalgia, de promesas, de todo lo que había quedado a medio camino. Sus manos me sostenían con firmeza, pero había ternura en el gesto, como si temiera que me desvaneciera.

Saboreé su boca, cálida y familiar, y con cada movimiento sentía que nuestras almas volvían a reconocerse.

El toque de Arthur decía lo que las palabras no podían —que me deseaba, sí, pero también me sentía, me veía, me comprendía de un modo que nadie antes había conseguido.

La distancia entre nosotros se deshizo. El espacio —físico, emocional— simplemente dejó de existir.

Con gestos y miradas, me mostró lo que era amar: entrega, presencia.

Era el tipo de amor que no se explica, solo se vive.

Cuando nuestras bocas se separaron, con los labios aún temblando, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón latía fuera de ritmo.

—Te quiero, Lívia —susurró con la voz quebrada, acariciándome el mentón con el pulgar—. Más de lo que imaginas.

Lo miré, y todo dentro de mí se serenó.

El mundo entero pareció reducirse a esa mirada —profunda, intensa, verdadera.

—Arthur… —mi voz salió baja, entre un suspiro y una sonrisa—. Me haces sentir completa.

Apoyó su frente contra la mía, respirando al mismo compás, y por un instante el silencio dijo más que cualquier palabra.

Allí, entre besos, caricias y promesas mudas, comprendí que amar podía ser justo eso: el caos que se vuelve paz cuando es con la persona adecuada.

Y era verdad.

Allí, en el calor de sus brazos, nada más importaba —ni el pasado, ni el miedo, ni el mañana.

Solo nosotros, el ahora, el amor que había sobrevivido a todo. Después nos acurrucamos, la respiración volviendo poco a poco a su ritmo.

Me abrazó por detrás, el pecho pegado a mi espalda, los dedos entrelazados con los míos.

—Siempre voy a estar aquí —prometió, besándome la frente—. Por ti y por Ana Clara.

Cerré los ojos, dejando que el sonido tranquilo de su voz y el ritmo de su corazón me arrullaran.

En aquel instante comprendí que la paz era eso: su cuerpo junto al mío, el amor desbordando en silencio y la certeza de que, al amanecer, él seguiría allí.

Mi refugio. Mi amor. Mi siempre.

ARTHUR VALENTIM

Tener a Lívia entre mis brazos era como volver a respirar después de años bajo el agua.

Encajaba perfectamente en mí, como si siempre hubiera pertenecido allí. Su cuerpo cálido, el perfume suave mezclado con el olor a lavanda de la habitación… todo en ella me calmaba y, al mismo tiempo, me encendía por dentro.

Verla allí, tan hermosa, con el rostro iluminado por la penumbra de la lámpara y el cabello desparramado sobre mi pecho, hacía que el mundo alrededor se difuminara.

Después de todo, estábamos juntos. De verdad.

Reconstruyendo no solo una relación, sino un hogar. Una familia.

Ana Clara dormía profundamente en la habitación de al lado, su respiración tranquila marcando una especie de banda sonora silenciosa para aquel instante.

Lívia y yo, en cambio, seguíamos despiertos, hablando de lo que vendría, del futuro que, por primera vez en mucho tiempo, parecía posible.

—¿Qué te parecería que nos fuéramos de viaje los tres juntos? —pregunté, enredando distraído una mecha de su pelo entre los dedos —. Solo nosotros tres. Sin preocupaciones, sin fantasmas del pasado. Un sitio nuevo donde crear recuerdos desde cero.

Levantó la cabeza, apoyando la barbilla en mi pecho. Sus ojos, siempre tan expresivos, reflejaban la luz tenue de la habitación.

—Me encantaría —respondió con una sonrisa leve—. Pero… tiene que ser un sitio que elija Ana Clara.

Esa era una de las muchas cosas que amaba de Lívia: la forma en que siempre ponía a su hija por delante, ese corazón suyo dividido entre ser madre y mujer, y aun así tan entera en ambos papeles.

—Claro —dije, acariciándole la mejilla—. Tiene que ser perfecto para ella.

Se acurrucó más, los dedos dibujando círculos perezosos en mi brazo.

—Quizá una playa… —sugirió con tono soñador—. Le encanta hacer castillos de arena.

—Una playa, entonces. —Pude imaginarlo: el sol, las risas de Ana Clara, el sonido del mar mezclándose con la voz de Lívia—. Algún sitio tropical, de arena blanca, agua cristalina… donde podamos enseñarle a nadar, ver juntos la puesta de sol y olvidarnos del resto del mundo.

—Sería perfecto —susurró, su voz reducida a un murmullo sereno—. Algo sencillo, pero lleno de significado para nosotros.

Deslicé la mano por su cabello, sintiendo el peso liviano de aquella promesa suspendida entre ambos.

—Y no pienso quedarme ahí —murmuré—. Quiero estar con vosotras en todo. Amaros. Cada día, de todas las formas posibles.

Levantó el rostro para mirarme, y en sus ojos había tanta ternura que me desarmó.

—Nunca he dudado de eso, Arthur. —Su tono era suave, pero en sus palabras latía la fortaleza de quien ya ha enfrentado lo imposible—. Después de todo lo que pasamos, creo en nosotros. De verdad.

Esa mirada suya era mi mayor alivio… y mi mayor responsabilidad.

Me incliné y le rocé los labios con un beso tranquilo, cargado de promesas. Era un beso de comienzo, el tipo de beso que sella más de lo que las palabras pueden expresar.

—Haré todo por vosotras —murmuré, apoyando la frente en la suya.

—¿Incluso alejarte de tus padres? —preguntó, con la voz baja, cautelosa.

Inspiré hondo, dejando que el aire me pesara en los pulmones antes de soltar la respuesta que ya conocía.

—Sí. —La palabra salió firme, sin titubeos—. Van a responder por lo que hicieron. Ya he tomado algunas medidas, solo espero tener las pruebas adecuadas. Pero no te preocupes —le acaricié la cara—, me ocuparé de ello.

Lívia asintió, los ojos empañados por la emoción.

—Gracias… por todo esto. Por no rendirte.

—No tienes que darme las gracias. —Aparté una mecha rebelde de su rostro—. Es lo mínimo que puedo hacer por vosotras.

La verdad era que toda esa guerra me había abierto los ojos.

Por primera vez sabía exactamente el tipo de hombre que quería ser —no el que mi apellido exigía, sino el que Lívia y Ana Clara necesitaban que fuera.

Se acomodó, apoyando la mano sobre mi pecho, los dedos trazando líneas lentas sobre mi piel.

—Sé que no va a ser fácil, Arthur —susurró—. Pero el simple hecho de que estés dispuesto a enfrentarlo todo por nosotras… ya es

más de lo que jamás imaginé.

La miré con la convicción que tantas veces me había faltado.

—Os quiero más que a nada. —Las palabras salieron en un murmullo, pero llenas de certeza—. Y no dejaré que nadie nos amenace ni intente destruir lo que tenemos. Mi familia… ahora sois vosotras dos.

Ella sonrió, y en esa sonrisa cabía todo: alivio, confianza, amor.

Se recostó sobre mí, la cabeza apoyada en mi hombro, y nos quedamos así, en silencio, escuchando el viento afuera y el compás sincronizado de nuestros corazones.

El mundo, por un momento, pareció volver a su eje.

El miedo seguía ahí, sí —las heridas también—, pero estábamos aprendiendo a vivir por encima de ellas, a construir algo nuevo con los pedazos.

Era el inicio de una nueva etapa. Una etapa de reconstrucción, de amor y de entrega.

Y mientras la abrazaba, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío, supe que, pasara lo que pasara, nunca más permitiría que ella —ni nuestra hija— volvieran a enfrentarse solas a nada.

Porque, al fin, éramos uno.

Una familia.



«Era la poesía que me enseñó el valor de amar, cada una de sus palabras grabada indeleblemente en el papel de mi corazón.»

ARTHUR VALENTIM

Al entrar en la empresa sentí que necesitaba aterrizar.

La cabeza aún bullía con las decisiones de la noche anterior, pero había trabajo que hacer —y una urgencia mayor: saber qué había descubierto Renato sobre las conversaciones que le pedí que vigilase. Me apoyé en mi mesa, eché la silla hacia atrás y lo miré como quien espera una sentencia.

—¿Y bien? —pregunté, con la voz contenida pero firme.

Renato contuvo el aliento un instante, como escogiendo las palabras con cuidado. Tenía el rostro más serio de lo habitual.

—Hay cosas, Arthur. —contestó directo—. Y no son pocas. Espero que seas consciente de que esto puede meterte en problemas.

En su tono había la misma urgencia con la que yo había abordado este asunto desde que supe de las amenazas.

—No me importa el riesgo. Dímelo todo. —Crucé las manos sobre la mesa, listo para escuchar.

Se inclinó hacia mí, bajó la voz y describió lo que aparecía en las grabaciones: planes diseñados para manipularme a través de Lívia y de mi hija; amenazas veladas, presiones económicas, intentos de desacreditarlas públicamente —todo concebido como si fuera una campaña para separarme de ellas.

La frialdad de esa estrategia me provocó náuseas.

—Están tramando algo —dijo Renato, con un nudo en la garganta—. Al principio no iba dirigido específicamente contra Ana Clara, al menos no de forma explícita. Era para manipularme: forzar decisiones, crear caos. Pero hay una conversación —una conversación que me dejó sin palabras— con un detective privado. Querían seguir a Lívia y a la niña, recopilar información, montar un dossier para usar en su contra.

La ira se me subió como una llama. Las palabras de Renato cayeron pesadas, cada una cortando alguna esperanza antigua.

—Esto es inaceptable. —La firmeza en mi voz no ocultaba la bestia que había detrás—. Reúne todo. Registros, horarios, nombres, cualquier cosa que pueda servir en un juicio. Vamos a la policía. No voy a permitir que nadie, y menos aún mi propia familia, trate la vida de las mujeres que amo como moneda de cambio.

Renato asintió. En su rostro había cansancio y pesar, pero también la confianza de quien sabe que yo no retrocederé.

—Lo prepararé todo. Y, Arthur… siento que tengas que pasar por esto con gente que debería protegerte —murmuró con sinceridad.

Respiré hondo. Sus palabras fueron un puñal y, al mismo tiempo, un recordatorio de lo que ya había decidido: mi familia real ahora era Lívia y Ana Clara. No había ambivalencias.

—Por ellas movería el mundo —declaré—. Y lo haré. Sin vacilar.

La conversación cambió entonces de tono. Renato, con cautela, me dijo lo que temía oír: en una de las llamadas —una alternativa sórdida planteada si los planes no funcionaban— alguien habló de "hacerlas desaparecer". Su voz se volvió todavía más grave.

Por un segundo me faltó el aire. La imagen era absurda y monstruosa: mis propios padres imaginando algo así. El corazón me latió con violencia; una mezcla de incredulidad y rabia me golpeó.

—¿Hacerlas desaparecer? —repetí, la incredulidad transformándose en furia—. ¿Cómo se atreven siquiera a pensar en eso?

Renato bajó la mirada.

—No detallaron el método. Pero la intención estaba ahí. Arthur, esto es serio. Tenemos que actuar más rápido de lo que pensábamos.

No dudé.

Todas las medidas que hasta entonces habían sido meras intenciones se convirtieron en órdenes.

Llamé a mi abogado; pedí a Renato que registrara denuncias formales y reuniera todas las transcripciones de las conversaciones; ordené que los vigilantes quedaran en máxima alerta y que se reforzara de inmediato la escolta de Lívia en la salida del colegio.

También exigí que se guardara secreto absoluto sobre estos pasos —nadie fuera del equipo esencial debía enterarse. La estrategia tenía que ser quirúrgica.

—Vamos a la policía con pruebas; quiero medidas de protección y una investigación penal —dije, sintiendo cómo la determinación se cristalizaba en cada palabra—. Además, quiero iniciar un proceso civil. Tendrán que responder.

Mientras Renato iba anotando, sentí, por primera vez desde que empezó la pesadilla, una calma dura. No era que el miedo hubiera desaparecido —el miedo seguía ahí—, pero ahora tenía la certeza de que no solo reaccionaría: protegería. Tomaría las decisiones difíciles y emplearía todas las herramientas legales a mi alcance. No dejaría nada sin hacer.

Con cada paso que planificábamos, la rabia se apaciguaba un poco para dar paso a algo más limpio y peligroso: la voluntad inquebrantable de defender lo que me pertenecía por derecho —no por sangre, sino por amor.

Las grabaciones y los documentos que Renato prometió reunir serían armas en el tribunal y luces que desenmascararían la cobardía.

Habían cruzado una línea que no podía, jamás, quedar sin respuesta.

LÍVIA MEDEIROS

—Entonces… ¿Arthur es de verdad mi papá?

La vocecita de Ana Clara resonó dulce y curiosa por toda la sala, y por un instante sentí que el tiempo se detenía. Su mirada, llena de expectación, me atravesó; una mezcla de inocencia y asombro que me dejó sin aire.

—Sí, hija. —Sonreí, con la emoción desbordando en cada palabra—. ¿Estás contenta?

Asintió con la cabeza, los rizos moviéndose suavemente, y una sonrisa enorme se dibujó en su carita.

—¡Ajá! Es muy majo… y me cae bien.

Sentí los ojos humedecerse. La sencillez de sus palabras tenía un poder inmenso, capaz de curar heridas que ni siquiera sabía que seguían abiertas.

—Yo también, cariño. Muchísimo —respondí con la voz entrecortada, pero llena de ternura.

Ana Clara se movía inquieta en el sofá, su entusiasmo llenando el espacio entre nosotras.

—¿Y ahora podremos hacer muchas cosas juntos, verdad? Como… salir, ver pelis, jugar. ¡Como una familia de verdad!

Lo decía con tanta convicción que era imposible no creerlo también.

—Exactamente, mi amor —respondí, abriendo los brazos y abrazándola con fuerza—. Los tres vamos a hacer muchas cosas divertidas. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que ahora podrás decirle a todo el mundo que tienes un papá que te quiere muchísimo.

Soltó una risita, esa risa cristalina que siempre conseguía hacerme olvidar los días difíciles.

—¿Y él vendrá a buscarme al cole de verdad, mamá?

—Si tú quieres, claro que sí. —Le acaricié el pelo, conteniendo la emoción que amenazaba con traicionarme—. Arthur quiere pasar todo el tiempo posible contigo. Quiere estar en todo: en las funciones, en los trabajos de arte, en las excursiones.

Sus ojos brillaron.

—¡Eso es genial! —exclamó, dando palmaditas de alegría—. ¡Voy a contarle a todos que mi papá es Arthur… y que es el mejor papá del mundo!

Reí bajito, encantada con la pureza de su entusiasmo.

—Le encantará oírtelo decir. Estoy segura.

Ana Clara me miró un momento, con esa curiosidad despierta tan suya.

—Mamá… a ti te gusta mucho él, ¿verdad?

Por un segundo se me escapó el aliento.

La pregunta era sencilla, pero me golpeó justo donde el amor y el miedo se cruzaban dentro de mí.

—Sí, hija —respondí despacio, dejando que la verdad fluyera—. Me gusta mucho. Arthur fue alguien muy importante en mi vida… y ahora, al ver cuánto te quiere, me gusta todavía más.

Sonrió, satisfecha, aunque no parecía dispuesta a dejar el tema.

—Entonces… ¿vamos a ser como las demás familias?

Miré aquella carita llena de esperanza y el corazón se me apretó de ternura.

—Sí, mi amor. Seremos una familia. Quizá no igual que todas las demás, porque cada familia es diferente a su manera. —Le acaricié la mejilla—. Pero te prometo que seremos una familia feliz.

Pareció pensarlo un momento, ladeando la cabeza, y luego una sonrisa tranquila se formó en sus labios.

—Te quiero, mamá. Y también quiero a Arthur.

Las lágrimas brotaron antes de que pudiera contenerlas. Aquel «Arthur», pronunciado con tanta naturalidad, con tanto cariño, fue como un lazo invisible cerrándose alrededor de los tres.

Se lanzó a mis brazos y la estreché contra mi pecho, sintiendo su calor, su olor, el peso ligero de su confianza.

—Y nosotros te queremos, princesa —susurré contra su pelo, con los ojos cerrados—. Más que a nada en este mundo.

Rió bajito, acurrucándose más en mí, y en ese instante comprendí que lo nuestro no necesitaba ser perfecto. No tenía que seguir reglas ni encajar en definiciones.

Bastaba con eso: el amor que nos unía, la fuerza que encontrábamos el uno en el otro y la promesa silenciosa de que, desde ese momento, lo afrontaríamos todo juntos.

Era sencillo. Era real.

Y era exactamente lo que siempre había soñado tener.



«Nuestro amor era un fuego ardiente, capaz de calentar las noches más frías con su llama inextinguible, una luz que jamás se apagaba.»

LÍVIA MEDEIROS

—Tu historia daría para un libro precioso, amiga —comentó Marina, cruzando las piernas y lanzándome esa mirada suya que mezclaba curiosidad y cariño.

—No es para tanto —respondí, sintiendo cómo las mejillas se me calentaban un poco. Era curioso cómo, incluso después de todo, todavía me ponía tímida con ciertos comentarios.

—Pero al menos todo se está encauzando —insistió, con un tono ligero pero sin apartar la atención de mí.

—Eso espero. —Suspiré, girando distraídamente el vaso que tenía delante.

Le conté a Marina todo lo que había pasado en los últimos días: la conversación intensa con el padre de Arthur, las amenazas veladas y, finalmente, el momento en que le revelamos a Ana Clara que Arthur era su padre biológico.

Mientras hablaba, notaba que mi voz oscilaba entre el peso del pasado y la ligereza del presente.

Estaba feliz. No podía negarlo.

—¿Y cómo reaccionó ella? —preguntó Marina, inclinándose un poco hacia mí, los ojos brillando de curiosidad.

—Mejor de lo que imaginaba. —Sentí un calor suave extenderse por el pecho al recordarlo—. Está tan feliz de saber que Arthur es su padre. Y verlos juntos… es como si todo empezara a encajar, ¿sabes? Como si por fin estuviéramos encontrando nuestro sitio.

El corazón se me calentó al revivir la expresión de alegría en el rostro de mi hija, esa mezcla de sorpresa y alivio que solo un niño puede expresar.

—¿Y tú y Arthur? ¿Cómo están las cosas entre vosotros? —preguntó Marina, con la voz suave pero cargada de expectativa.

Sonreí, una sonrisa tímida pero llena de significado.

—Bueno… creo que nos estamos redescubriendo. —La confesión me salió casi en un susurro, pero con un peso enorme—. Él está haciendo todo lo posible por estar presente, por ser un padre de verdad para Ana Clara. Y, de alguna forma, yo también estoy dejándole volver a entrar en mi vida.

Marina me miró con una sonrisa cálida, de esas que solo una amiga de verdad sabe dar.

—Me alegro tanto por ti, Lívia. De verdad. Te mereces esa felicidad después de todo lo que has pasado.

—Gracias, amiga —respondí, tocando suavemente su mano sobre la mesa, agradecida por su presencia constante.

—¿Y ahora qué viene? —preguntó, con esa curiosidad ligera reflejada en sus ojos.

—Pues… creo que ahora toca centrarnos en ser una familia. En construir esta nueva vida juntos. Y, por supuesto, asegurarme de que Ana Clara sienta todo el amor y la seguridad que merece. —Mientras hablaba, me di cuenta de que aquellas palabras no eran solo planes, sino una promesa silenciosa que me hacía a mí misma.

—Es un plan perfecto. —Marina alzó el vaso en un pequeño brindis improvisado—. Por tu nueva vida, Lívia. Que esté llena de amor, felicidad y todas las cosas buenas que te mereces.

Sonreí, chocando mi vaso con el suyo.

—¿Y tú, amiga? ¿Qué tal va todo?

—Ah, ya sabes… sobreviviendo, una catástrofe cada vez —dijo Marina entre risas, con ese humor tan suyo—. Pero, en serio, entre el trabajo y mi vida amorosa, que es más caótica que una telenovela, me mantengo entretenida.

—¿Vida amorosa? ¿Estás saliendo con alguien? —pregunté, arqueando una ceja.

—Bueno… estaba saliendo con un tipo que parecía el príncipe azul, hasta que descubrí que coleccionaba figuras de acción de superhéroes y las cuidaba mejor que a mí. Así que decidí que prefiero

estar sola antes que competir con un Batman de plástico —dijo, rodando los ojos con aire dramático.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Marina, solo tú consigues hacerme reír así —comenté, todavía riendo, sintiendo cómo con su humor se desvanecía un peso invisible.

—Pero lo digo en serio. Estoy bien así. He aprendido que estar sola no es tan malo. Me da tiempo para centrarme en mí, ¿sabes? Y quién sabe, quizá el verdadero príncipe azul ande por ahí, perdido, buscando mi castillo. —Hizo un gesto teatral con la mano, como si lanzara un hechizo.

—Bueno, que se prepare, porque tendrá que pasar por un riguroso control de calidad antes de acercarse a tu castillo —bromeé, siguiéndole el juego.

—¡Exactamente! Nada de hombres que cuiden mejor sus juguetes que a una diosa como yo —proclamó, levantando el mentón con falso orgullo.

Nuestras risas llenaron el café, ligeras y sinceras. Por un momento, todas las preocupaciones, el dolor del pasado, incluso los fantasmas de las amenazas, quedaron lejos.

Era reconfortante tener a Marina cerca; recordarme que, incluso en medio del caos, todavía había espacio para la risa, la amistad y la esperanza.

ARTHUR VALENTIM

Todo mi tiempo libre era para ellas.

Para Lívia y para Ana Clara.

Era como si, por primera vez, todo tuviera sentido; como si cada instante a su lado fuera una pieza que por fin encajaba en el puzle de mi vida.

La risa ligera de Ana Clara, la mirada serena de Lívia, el calor que llenaba la casa… cada detalle me hacía comprender lo que significaba pertenecer.

Aquella tarde, los tres estábamos en el salón, rodeados de juguetes, libros y una calma casi sagrada. Ana Clara jugaba con una muñeca mientras Lívia, sentada a mi lado, hojeaba distraída una revista cualquiera.

La observaba de reojo: la forma en que se mordía el labio al leer, cómo se echaba el pelo hacia atrás de vez en cuando… y, por un momento, me olvidé incluso de respirar.

—Ana Clara —la llamé, rompiendo el silencio perezoso que nos envolvía—. Si pudieras elegir cualquier lugar del mundo para viajar, ¿a dónde irías?

Se detuvo un instante, pensativa, apoyando el mentón en la mano, los ojos brillando con la posibilidad de soñar.

—Mmm… ¡creo que me gustaría ir a Disney! —dijo, y el entusiasmo en su voz era contagioso—. ¡Ver a todas las princesas y a Mickey!

Lívia soltó una risa suave, de esas que parecen iluminar la habitación.

—¿Disney, eh? —comentó, mirándome—. Me parece un sitio perfecto para empezar nuestra aventura familiar.

La palabra familia me golpeó de lleno. Aún era demasiado nueva en mis oídos, pero ya tenía un peso dulce y poderoso.

—Estoy de acuerdo —respondí con una sonrisa, sintiendo el corazón latir con fuerza—. ¿Y si vamos de verdad? Imagina… ver el castillo, los fuegos artificiales, las princesas…

—¡Y a Mickey! —añadió Ana Clara, saltando del sofá y girando sobre la alfombra, con el pelo volando a su alrededor—. ¡Va a ser el mejor viaje del mundo! ¡Voy a contar en el cole que voy con mi papá y mi mamá!

Su voz sonó tan segura, tan llena de alegría, que el pecho se me encogió. Era la primera vez que decía papá así, con naturalidad, como si siempre hubiera sido. Crucé la mirada con Lívia, y su sonrisa lo dijo todo: estábamos exactamente donde debíamos estar.

—Parece que ya tenemos un plan —dijo ella, con los ojos llenos de ternura.

—¿Planeamos para final de año? —sugerí—. Así podremos organizarlo con calma.

—Vale, papá —respondió Ana Clara, y esta vez no pude ocultar la emoción.

Esa palabra… papá.

Tan sencilla y tan inmensa.

Sentí que algo dentro de mí encajaba por completo, como si todo el peso del pasado hubiera encontrado al fin un lugar donde descansar.

—Podríamos hacer un diario de viaje —propuse, intentando disimular el nudo en la garganta—. Apuntar todo lo que queramos ver y hacer allí.

Ana Clara abrió los ojos de par en par, emocionada.

—¡Me encanta la idea!

Lívia se levantó y fue hasta el aparador, de donde sacó un cuaderno y unas cuantas rotuladores de colores.

—Será nuestro proyecto especial —dijo, sonriendo mientras nos entregaba el material—. Un diario familiar.

Nos sentamos los tres a la mesa del comedor. La luz dorada del atardecer entraba por la ventana, bañando la estancia en tonos cálidos. Allí, con las hojas abiertas frente a nosotros, empezamos a escribir los sueños de un viaje que sabíamos que era más que una simple escapada.

—Quiero conocer el castillo de Cenicienta —dijo Ana Clara, dibujando la torre de color rosa—. ¡Y la atracción de Peter Pan! ¡Y la de Frozen también!

—Y yo quiero probar todos los helados posibles —comenté, haciéndola reír.

—Y yo quiero veros a los dos disfrutar —añadió Lívia, apoyando la barbilla en las manos, mirándonos con un brillo emocionado en los ojos.

Las contemplé a las dos —una madre y una hija— y pensé en lo ciego que había estado durante tanto tiempo. Aquella escena era sencilla, sí, pero contenía todo lo que siempre había deseado: un hogar, amor, paz.

—Nunca imaginé que mi vida tomaría este rumbo —confesé, con la voz ronca, sincera—. Pero ahora no puedo imaginarla de otra manera. Vosotras… me completáis.

Lívia me tomó la mano sobre la mesa, los ojos húmedos.

—Nosotras también estamos completas contigo —susurró.

Ana Clara, al notar el momento, se levantó y nos rodeó el cuello con los brazos en un abrazo apretado.

—Ahora sí que somos una familia de verdad —dijo sonriendo, antes de apoyar la cabeza en mi hombro.

Las abracé con fuerza, sintiendo cómo el corazón me rebosaba. En ese instante supe que haría cualquier cosa —cualquier cosa— por protegerlas.

Mientras escribíamos planes en el cuaderno, escogiendo colores, dibujando corazones y anotando palabras sueltas, comprendí que no solo planeábamos un viaje.

Estábamos dibujando nuestra vida.

Una vida nueva, hecha de amor, de reencuentros y de la promesa silenciosa de que, pasara lo que pasara, estaríamos juntos. Siempre.



«Como un artista frente a un lienzo en blanco, nuestro amor era la oportunidad de crear algo hermoso: una obra maestra pintada con los colores vibrantes del cariño, la pasión y la complicidad.»

LÍVIA MEDEIROS

Los días pasaban como las páginas de un nuevo capítulo de mi vida, uno que, por primera vez en mucho tiempo, leía con serenidad.

Todo parecía estar en su sitio: el trabajo fluía con ligereza, la rutina con Ana Clara estaba llena de risas, y la relación con Arthur… ah,

la relación con Arthur. Era como si, al fin, estuviéramos en armonía con el destino.

Las piezas del puzle que antes parecían perdidas ahora encajaban con naturalidad. El miedo que antes me acompañaba —ese temor casi invisible de que la felicidad fuera efímera— cedía paso a la confianza. A la paz.

—Lívia, estás sonriendo sola otra vez —comentó Lavínia, interrumpiendo el sonido de las teclas del ordenador. Se apoyó en el borde de la mesa, cruzando los brazos, con una media sonrisa jugueteando en los labios.

Parpadeé, un poco sorprendida, antes de soltar una risa.

—¿Ah, sí? —Me toqué la cara, como si pudiera esconder la sonrisa que se empeñaba en escaparse—. Supongo que sí… es que estoy de verdad feliz, Lavínia. Todo está saliendo bien, ¿sabes?

Ella arqueó una ceja, cómplice.

—Se nota. Da gusto verte con ese brillo otra vez en los ojos.

Charlamos unos minutos —de trabajo, de la vida, de nada en particular— y después volví a mi mesa. Aunque intentara concentrarme, la ligereza que me envolvía aquel día hacía que todo se sintiera distinto.

Cuando llegó la hora de comer, me levanté con intención de salir un rato, pero me detuve en cuanto crucé la puerta del vestíbulo.

Arthur estaba allí, apoyado en el coche, el viento despeinándole el cabello y esa sonrisa… esa maldita sonrisa que aún conseguía desacompasarme el corazón.

Mi primer impulso fue sonreírle de vuelta, y lo hice antes de darme cuenta. Parecía ansioso, como quien guarda un secreto demasiado bueno para mantenerlo.

—¡Sorpresa! —anunció en cuanto me acerqué. Sus ojos tenían ese brillo que yo conocía bien: una mezcla de ternura y picardía.

Crucé los brazos, curiosa.

—¿Sorpresa? Eso suena peligroso viniendo de ti.

Él rió, y el sonido fue tan genuino que el aire entre nosotros pareció volverse más liviano.

—Tranquila, nada peligroso. Solo… especial. —Dio un paso hacia mí y, con naturalidad, entrelazó sus dedos con los míos—. Tengo una invitación para ti y para Ana Clara.

Incliné la cabeza, sintiendo la curiosidad despertar junto a un calor agradable que me subía por el pecho.

—¿Una invitación especial?

—Sí. —Su tono bajó, volviéndose casi íntimo—. Quiero que cenéis conmigo esta noche. He reservado una mesa en La Vista, ese restaurante con vistas al mar. Dicen que el atardecer desde allí es el más bonito de Florianópolis… pero quiero descubrirlo con vosotras.

Durante un segundo me quedé sin palabras.

No solo por la idea de cenar en un sitio tan encantador, sino por la manera en que había dicho con vosotras. Sonaba tan natural… tan nuestro.

—Creo que a Ana Clara le encantará la idea —respondí, una sonrisa creciendo en mis labios—. A mí también.

Arthur pareció relajarse, como si aquella respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—Perfecto. —Su voz sonó cargada de satisfacción—. Quiero que esta noche sea especial. Para celebrar lo que somos… lo que estamos construyendo.

Guardé silencio un instante, dejando que el peso dulce de aquellas palabras me calara. Era imposible no sentir el corazón latir más deprisa —no por incertidumbre, sino por gratitud.

—Avisaré a Ana Clara. —Le toqué suavemente el brazo—. Se emocionará solo de saber que tiene una "cena especial" con su papá.

Él sonrió de una forma que me desarmó por completo, inclinándose para besarme en la frente, un gesto tierno y protector que me hizo cerrar los ojos un segundo.

—Entonces, está decidido. —Su voz era un susurro cálido contra mi piel—. Paso a buscaros a las nueve.

Asentí, intentando disimular cuánto me había afectado aquel simple contacto.

—De acuerdo.

Se alejó despacio, lanzándome una última mirada antes de entrar en el coche.

Me quedé allí unos segundos, viendo cómo el vehículo se perdía a lo lejos, sintiendo el viento jugar con mi pelo y el corazón latir con un ritmo que hacía mucho no sentía.

Mientras regresaba al interior del hotel, comprendí que no era solo una cena lo que había planeado.

Era un hito.

Un recordatorio de que el amor, cuando es verdadero, sabe empezar de nuevo —con gestos sencillos, palabras sinceras y una invitación inesperada para mirar el mar juntos.



Cuando llegué a casa para contar la noticia, Ana Clara prácticamente estalló de alegría.

Sus ojos castaños brillaban como si guardaran mil estrellas en su interior, y su sonrisa era tan amplia que parecía iluminar toda la habitación.

Saltó sobre el sofá, giró sobre sí misma y me abrazó con fuerza, repitiendo una y otra vez que no podía esperar para disfrutar de la cena especial con Arthur.

Cuando su entusiasmo se calmó un poco, fui a la cocina a hablar con mi madre.

Me observaba con esa mirada serena y perspicaz que siempre lograba hacerme sentir como una niña otra vez, aunque ya fuera adulta.

—Siento que él va a ser el padre que mi nieta se merece —dijo, y en su expresión había un calor, una aprobación silenciosa que me reconfortó al instante.

Mi madre siempre había tenido ese instinto infalible para captar a las personas, como si viera más allá de las palabras. Escucharla decir aquello me dio aún más certeza de que estábamos en el camino correcto.

—Yo también lo creo, mamá —respondí, notando cómo la gratitud se me extendía por el pecho—. Me lo demuestra cada día.

Se acercó y tomó mis manos entre las suyas, apretándolas con suavidad, como hacía cuando quería transmitirme fuerza. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Lívia, solo quiero que recuerdes una cosa: el amor verdadero supera cualquier obstáculo. Pero hay que cuidarlo, protegerlo y, sobre todo, confiar en él. Tú y Arthur tenéis una segunda oportunidad. Aprovechadla. No dejéis que las sombras del pasado marquen vuestro futuro.

Respiré hondo, sintiendo sus palabras entrar en mí como un bálsamo.

—Lo sé, mamá. Estoy dispuesta a hacerlo. Quiero que Ana Clara crezca en un hogar lleno de amor y armonía, algo que Arthur y yo estamos construyendo juntos.

Sonrió, y su abrazo fue como una manta cálida en un día frío.

—Todo va a salir bien, hija. Veo el amor en vuestros ojos cuando os miráis. Y eso es lo que realmente importa.

Salí de su abrazo más ligera, más segura. Me di una ducha para prepararme y, después de arreglar a Ana Clara, Arthur llegó a buscarnos.

—¡Hola, papá! —Ana Clara corrió hacia él, el pelo volando y la alegría pintada en el rostro. Lo abrazó con toda la fuerza y la inocencia que solo una niña tiene cuando por fin entiende lo que significa un padre.

La mirada de Arthur era pura adoración.

Se agachó para abrazarla de vuelta y, por un instante, pareció que el tiempo se detenía, permitiéndonos saborear aquel momento tan precioso.

Cuando levantó la vista hacia mí, había en sus ojos una sonrisa cálida, acogedora, que hizo que el corazón se me acelerara.

—Estáis preciosas. ¿Listas para nuestra noche especial? —preguntó, con una voz que mezclaba nervios y ternura.

—Sí, lo estamos —respondí, con una sonrisa tímida. Por dentro, estaba más que lista: ansiosa por vivir aquel momento, otra página del futuro que estábamos escribiendo juntos.

El trayecto hasta el restaurante transcurrió entre risas y conversaciones. Ana Clara hablaba de su profesora favorita, de la obra de teatro que quería ensayar y de los sueños que ahora parecían más alcanzables con su padre a su lado.

Arthur la escuchaba con atención, celebrando cada detalle, y yo, desde el asiento de al lado, sentía cómo la esperanza se volvía más sólida dentro de mí.

Al llegar a La Vista, me di cuenta del cuidado que había puesto al elegir la mesa: discreta, íntima, con una vista impresionante del mar bañado por la luz de la luna.

La atención al detalle —la silla que me ofreció, la servilleta doblada con esmero, la mirada que comprobaba si estábamos cómodas — no hacía más que reafirmar que había hecho bien en darle una segunda oportunidad a nuestra historia.

Durante la cena hablamos de todo: planes para el futuro, recuerdos del pasado, pequeñas cosas del día a día.

Fue una noche de celebración silenciosa, en la que cada risa parecía un pacto renovado, cada mirada una promesa.

Entonces, con la espontaneidad que solo ella tenía, Ana Clara soltó:

—Mamá dice que os queréis mucho. ¿Es verdad?

Arthur me tomó la mano sobre la mesa, entrelazando sus dedos con los míos. Su toque era firme, cálido, como si quisiera reafirmar todo lo que habíamos construido hasta ese momento.

—Más de lo que puedes imaginar, Ana Clara. Tu madre y yo nos queremos muchísimo. Y te queremos aún más. Eres lo mejor de nosotros, y juntos vamos a ser una familia completa.

Ana Clara sonrió, los ojos brillando.

—Entonces, estoy feliz.

Arthur respiró hondo y nos miró a las dos con algo distinto en la mirada —emoción, nervios, como si estuviera a punto de cruzar una frontera invisible.

—Y podéis serlo aún más. Quiero pediros algo.

Fruncí el ceño, intrigada.

—¿Qué tipo de petición?

Apretó mi mano, mientras la otra se posaba con delicadeza sobre la de Ana Clara. Su voz salió baja, cargada de significado.

—Me gustaría que las dos vinierais a vivir conmigo. De verdad. Como una familia. No quiero perder ni un solo momento más sin vosotras. Quiero despertarme cada día sabiendo que estáis a mi lado. Compartir cada risa, cada lágrima, cada logro… —Su voz se quebró un instante, y tuvo que respirar hondo antes de continuar—. Os quiero más que a nada en este mundo, y quiero que mi casa sea también vuestro hogar.

Ana Clara me miró con los ojos llenos de ilusión.

—¿Podemos, mamá? ¡Me encantaría!

Me quedé sin palabras. No era solo una invitación a vivir juntos; era una invitación a empezar de nuevo, a construir un futuro entero.

—Arthur… esto significa mucho para nosotras. —Mi voz temblaba, cargada de emoción—. Es todo lo que siempre he querido: una familia contigo y con Ana Clara. Y… la respuesta es sí.

Arthur sonrió, una sonrisa hermosa, de alivio, como quien se libera de un peso enorme. Se levantó, vino hacia nosotras y nos envolvió en un abrazo que sellaba un pacto silencioso.

—Gracias, Lívia. Gracias, Ana Clara. Acabáis de hacerme el hombre más feliz del mundo —dijo, con la voz rota por la emoción.

Ana Clara se acurrucó entre nosotros, su risa cristalina llenando el espacio como música.

—¡Va a ser genial! ¡Vamos a pasarlo mejor que nunca!

Los miedos del pasado empezaron a desvanecerse, dejando sitio a algo nuevo. Algo que prometía esperanza y alegría.

Arthur nos miró con un amor profundo, casi tangible, dibujado en su rostro.

—Lo haremos juntos. Vamos a crear la mejor vida para nosotras tres —dijo, besando la cabeza de Ana Clara y luego encontrando mis ojos—. Y nunca olvidéis que os quiero a las dos más que a nada.

En ese instante comprendí que no solo íbamos a cambiar de casa. Íbamos a cambiar de vida.

Y que, pese a los retos que pudieran venir, ahora éramos una familia. De verdad.



«En los senderos del destino, nuestros pasos encontraron un mismo ritmo, danzando un vals escrito por las estrellas, moviéndose al compás suave del universo conspirando a nuestro favor.»

ARTHUR VALENTIM

6 MESES DESPUÉS

—¡Qué sitio tan bonito, papá!

La voz de Ana Clara sonó como una melodía pura entre la multitud.

El brillo de sus ojos, reflejando los colores vibrantes de los globos y las luces de Disney, era el mayor regalo que podía recibir. Corría de un lado a otro, el vestido girando en el aire, señalando a cada personaje como si estuviera viviendo el sueño más hermoso del mundo.

Lívia caminaba a mi lado, su mano entrelazada con la mía, y el calor de ese gesto sencillo bastaba para recordarme todo lo que habíamos superado para llegar hasta allí. Su sonrisa tenía la misma ligereza que la de nuestra hija, y en sus ojos veía el reflejo de algo que llevaba años buscando: paz, amor y pertenencia.

Era nuestro primer viaje en familia, y quería que fuera inolvidable.

Cada risa, cada mirada compartida, cada fotografía era un recuerdo que deseaba guardar no solo en la memoria, sino también en el corazón.

—¿Hacemos una foto con Mickey? —preguntó Ana Clara, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillando de entusiasmo.

—Claro, cariño —respondí, agachándome para colocarle la diadema de orejitas que había insistido en llevar desde el desayuno.

Lívia rió, esa risa dulce que siempre conseguía desarmarme.

—Creo que estás más emocionado tú que ella, Arthur.

—Puede ser —admití, guiñándole un ojo—. Pero veros felices es… indescriptible.

Después de la foto, Ana Clara nos arrastró —o mejor dicho, nos mandó— directos a la montaña rusa del espacio.

No paraba de saltar mientras esperábamos en la cola, agarrando nuestras manos con fuerza, como si temiera que, si nos soltaba, el

sueño se desvaneciera.

Cuando el vagón salió disparado, sus gritos se mezclaron con los míos y con los de Lívia, que me apretaba la mano con tanta fuerza que casi podía sentir sus pensamientos: miedo y euforia en partes iguales.

Cuando la atracción se detuvo, respiró hondo y, entre risas y el pelo despeinado, me lanzó una mirada que lo decía todo —esa clase de mirada silenciosa que todavía lograba dejarme sin aliento.

—He sobrevivido —dijo riendo.

—Y ha sido increíble —respondí, manteniendo la mirada en la suya.

El resto del día transcurrió entre colas, risas y recuerdos que parecían nacer sin esfuerzo, como si la felicidad nos hubiera encontrado allí, por sorpresa.

Cuando el sol empezó a ponerse y el cielo se tiñó de tonos rosados y dorados, encontramos un lugar donde sentarnos para ver el desfile nocturno.

Ana Clara, agotada, se acurrucó entre nosotros. Su cabeza reposó en mi hombro, y la rodeé con un brazo mientras con la otra mano buscaba la de Lívia.

Ella entrelazó sus dedos con los míos sin dudar.

Las luces comenzaron a bailar en el aire —fuegos artificiales explotando al compás de la música— y, por un instante, el tiempo pareció detenerse.

El mundo entero se redujo a nosotros tres: el calor de la mano de Lívia, el peso ligero de Ana Clara dormida sobre mí y el reflejo de los colores iluminando el rostro de la mujer que amaba.

La miré. Ella también me miraba, con una sonrisa suave y los ojos brillando de emoción.

No hacían falta palabras; había entre nosotros una conexión silenciosa que decía más que cualquier declaración.

Disney era el primero de muchos sueños que cumpliríamos juntos, y en aquel instante supe que el amor —ese amor por el que habíamos luchado para reencontrarnos— sería el hilo que nos guiaría toda la vida.

—Os quiero mucho —murmuré, mi voz perdiéndose entre las notas de la música y el estruendo de los fuegos.

Lívia se inclinó y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Nosotras también te queremos —susurró, su voz baja, casi un aliento.

Ana Clara murmuró un adormecido «yo también» antes de acurrucarse todavía más, completamente entregada al cansancio y a la paz.

Las abracé a las dos, sintiendo el corazón encogerse, no de tristeza, sino de plenitud.

A nuestro alrededor, el cielo se llenaba de luces, de colores y de promesas.

Y allí, con las dos personas más importantes de mi vida entre mis brazos, tuve la certeza absoluta de que no necesitaba nada más.

Teníamos lo esencial. Nos teníamos los unos a los otros.

Y, por fin, teníamos una familia.



Después de unas pequeñas vacaciones en familia, volver al trabajo se sentía distinto. Había en mí una ligereza nueva, una sensación de que, por fin, todo estaba en su sitio.

Decidimos quedarnos en Florianópolis.

La ciudad ya no era solo el escenario de nuestro renacer; era el hogar que habíamos construido juntos, donde cada atardecer parecía celebrar la nueva vida que estábamos creando. Invité a Suzana, la madre de Lívia, a vivir con nosotros en la mansión —una casa que, durante mucho tiempo, no había sido más que un eco vacío de mi éxito.

Al principio dudó, quizá temerosa de entrometerse en nuestra rutina, pero aceptó con esa sonrisa discreta de quien entiende que la familia es, al final, el verdadero cimiento de todo.

Y entonces, la casa cobró vida.

Las mañanas dejaron de ser silenciosas.

El sonido de las risas de Ana Clara corriendo por los pasillos sustituyó el rumor lejano de la soledad.

Las conversaciones en la cocina se convirtieron en la nueva banda sonora de mis días: Suzana lanzando comentarios ingeniosos mientras preparaba el café, Lívia organizando las tareas del colegio de nuestra hija, y yo observándolo todo con la certeza de que estaba exactamente donde siempre había debido estar.

Suzana se convirtió en un punto de luz dentro de nuestra casa. Abuela entregada, paciente y divertida, ella y Ana Clara crearon una complicidad preciosa.

A veces me quedaba en el marco de la puerta, simplemente mirando cómo jugaban o compartían secretos, y pensaba que ya no podía imaginar nuestra vida sin ella.

Lívia y yo habíamos encontrado un nuevo ritmo: más maduro, más sólido. Trabajar juntos en la crianza de nuestra hija, en la rutina del hogar y en la construcción de nuestra relación era un reto, sí, pero también lo que más nos unía.

Cada pequeña decisión, cada conversación sobre el futuro, era una reafirmación del amor que había vuelto a florecer entre nosotros.

En cuanto a mis padres… ese era un capítulo cerrado.

Los llevé ante la justicia. Las pruebas de sus amenazas, manipulaciones y mentiras fueron más que suficientes. Aun intentaron buscarme, justificar lo injustificable, pero ya no había espacio para excusas.

Una orden de alejamiento los mantenía lejos de Lívia, Ana Clara y Suzana. Por primera vez en años, dormía tranquilo.

No me arrepentía.

Fue doloroso, sí —una ruptura de sangre y de historia—, pero también profundamente liberadora.

Romper con lo que me había herido fue lo que me permitió proteger lo que más amaba. Y, al final, entendí que el amor verdadero no siempre consiste en perdonar lo imperdonable, sino en elegir por quién vale la pena luchar.

La mansión, antes fría y silenciosa, ahora respiraba.

Las paredes parecían reflejar la energía de la vida que florecía dentro.

Ver a mi familia a salvo, riendo, compartiendo las pequeñas alegrías del día a día, era lo que daba sentido a todo. La paz que sentía no tenía precio.

El trabajo seguía siendo intenso, las responsabilidades no disminuían, pero ya no me dejaba devorar por ellas.

La mejor parte de mi jornada siempre llegaba a la misma hora: cuando abría la puerta de casa.

—¡Papá!

La voz de Ana Clara resonaba por los pasillos antes incluso de que pudiera verla. En cuestión de segundos, se lanzaba a mis brazos con ese entusiasmo contagioso que solo los niños poseen.

El leve impacto de su cuerpo contra el mío era el tipo de golpe que cura —el abrazo capaz de detener el mundo.

—¿Qué tal tu día, princesa? —pregunté, besándole la coronilla y aspirando ese olor a témpera mezclado con champú de fresa.

—¡Ha sido genial! —respondió, gesticulando con entusiasmo—. Hoy hemos pintado, y he dibujado a nuestra familia. ¡Te la voy a enseñar!

Sonreí.

—Estoy deseando verla. Seguro que es preciosa.

Lívia apareció en el salón, con esa sonrisa suave de quien me espera.

Se acercó despacio, los ojos transmitiendo ese calor familiar que siempre lograba desarmarme. Cuando sus labios rozaron los míos en un beso breve, el cansancio del día se disolvió por completo.

—¿Qué tal en el trabajo, amor? —preguntó, con una voz dulce, llena de cariño.

—Ahora que estoy con vosotras, perfecto —contesté sin pensarlo, y era la pura verdad.

Ana Clara nos llevó de la mano hasta el sofá, decidida a mostrarnos su dibujo.

La escena, trazada con líneas infantiles y corazones de colores, era sencilla: tres personas cogidas de la mano y un sol sonriente sobre ellas. “Mamá, papá y yo”, explicó, con los ojos llenos de orgullo.

Me quedé mirando aquella hoja unos segundos, sin poder decir nada. Sentí un nudo en la garganta. Era solo un dibujo, pero para mí representaba todo lo que había buscado durante tanto tiempo: pertenecer.

Mientras hablaba sin parar, describiendo cada color, cada trazo, miré a Lívia. Nuestras miradas se cruzaron y, en ese instante, hubo silencio. Un silencio lleno de sentido, de gratitud.

Allí estaba todo.

La mujer a la que amaba, la hija que me enseñaba cada día lo que era el amor verdadero y una casa que, por fin, se sentía como un hogar.

Esa era la vida con la que siempre había soñado —incluso cuando creía no merecerla. Una vida hecha de risas, de desafíos compartidos y de alegrías simples, pero inmensas.

Ver a mi hija segura, querida y feliz, y saber que tenía a mi lado a la mujer que había elegido caminar conmigo, era la prueba viva de que todo el dolor del pasado había valido la pena.

Porque ahora, por fin, estaba completo.

Y nada —absolutamente nada— me haría renunciar a la felicidad que habíamos construido juntos.

LÍVIA MEDEIROS

Mi familia estaba unida, y al final, eso era lo único que realmente importaba.

Me sentía completa de una forma que jamás hubiera imaginado posible. La felicidad no venía de los grandes gestos, sino de los pequeños detalles: las mañanas llenas de risas, las miradas silenciosas que lo decían todo, la rutina que, por su propia ligereza, parecía moldeada por el amor.

En el trabajo había encontrado mi ritmo.

Las tareas, antes agotadoras, fluían ahora con naturalidad. Mi esfuerzo era reconocido, y aquella sensación de pertenencia aumentaba mi satisfacción personal. Pero era al cruzar la puerta de casa, al final del día, cuando realmente me encontraba a mí misma.

En casa, la armonía era casi tangible.

Arthur no era solo un marido, era mi roca: firme, constante, el punto de equilibrio que me mantenía en pie.

Siempre estaba ahí, apoyándome sin invadir, recordándome cada día que el amor también es compañerismo, construcción y calma.

Y cuando lo veía con Ana Clara, algo dentro de mí se iluminaba.

La forma en que se agachaba para jugar con ella, su risa fácil, el brillo en los ojos al escucharla hablar… era un espectáculo silencioso que me llenaba el corazón de un amor tan grande que a veces tenía que respirar hondo para poder contenerlo.

Ana Clara era el alma de nuestra casa.

Su curiosidad sin límites, su risa espontánea y esa manera de mirar el mundo —con una mezcla de inocencia y asombro— nos recordaban cada día que la felicidad se esconde en las cosas más sencillas.

Con Arthur a mi lado, me sentía libre para soñar de nuevo. Volví a descubrir aficiones que había dejado atrás, a dedicar tiempo a mí misma y, sobre todo, a creer que el amor verdadero podía ser también ligero.

Aquella tarde, Ana Clara jugaba sentada en la alfombra del salón, rodeada de juguetes y dibujos de colores. Cuando me vio acercarme, levantó la cabeza con una sonrisa que iluminó su carita y corrió hacia mí con los brazos abiertos.

Arthur, justo detrás, me abrazó también, y por un instante los tres nos quedamos allí: un abrazo entrelazado, cálido, completo.

—¡Somos la mejor familia del mundo! —anunció Ana Clara con la certeza absoluta que solo una niña puede tener.

Reímos los tres, el sonido de nuestras voces mezclándose en un coro de felicidad que llenó toda la casa.

Y en ese momento supe que todo lo que habíamos pasado —las lágrimas, los miedos, las dudas— había merecido la pena. Cada obstáculo había sido un peldaño que nos condujo hasta allí, hasta esa vida que ahora olía a paz y sabía a nuevo comienzo.

Miré a Arthur. Sonreía distraído, jugando con la niña. El corazón se me aceleró.

Aquel era el momento. El instante que llevaba guardando en secreto y que ahora latía dentro de mí, pidiendo salir a la luz.

—Tengo una noticia que daros —anuncié, intentando controlar los nervios en la voz.

Arthur alzó los ojos hacia mí, curioso.

Ana Clara dejó de balancear el muñeco entre las manos y también me miró, intrigada.

—¿Qué noticia, mamá? —preguntó con sus ojitos atentos.

Sonreí, sintiendo el corazón desbocado.

—Vamos a ampliar la familia —empecé, viendo cómo la sorpresa se dibujaba en sus rostros—. Estoy embarazada.

Por un instante reinó el silencio, pero no era un silencio vacío, sino lleno, denso, cargado de emoción. El tiempo pareció detenerse.

Arthur parpadeó un par de veces, como si tratara de asimilar lo que acababa de oír, y luego sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con la voz ronca, entrecortada.

Asentí, incapaz de contener la sonrisa temblorosa que me curvaba los labios.

—Muy en serio.

Se levantó de golpe y me envolvió en un abrazo tan fuerte que pude sentir los latidos de su corazón resonar contra mi pecho.

—Esto es… increíble, amor mío. —Su voz salió entrecortada, llena de emoción—. Acabas de darme el mejor regalo del mundo.

Ana Clara, que nos observaba en silencio, abrió mucho los ojos y dio un pequeño salto de alegría.

—¿Voy a ser hermana? ¿De verdad?

Me arrodillé frente a ella y le acaricié el pelo.

—De verdad, cariño. Y sé que vas a ser la mejor hermana mayor del mundo.

Soltó una carcajada contagiosa y nos abrazó, rodeándonos el cuello con sus bracitos pequeños. Arthur se arrodilló a nuestro lado, rodeándonos con los brazos, y por un momento el mundo entero cupo dentro de aquel abrazo.

—Somos una familia de verdad —dijo conmovido—. Y ahora vamos a ser aún más grandes. No sé ni qué decir…

—No hace falta decir nada —susurré, apoyando la frente en la suya—. Solo sentirlo.

Nos miramos, y en ese instante el amor entre nosotros parecía casi visible. Era un hilo invisible que nos unía, que enlazaba no solo los corazones, sino los destinos.

Arthur respiró hondo, la emoción desbordándose en cada rasgo de su rostro.

—Vamos a celebrarlo —dijo al fin, con la voz cargada de ternura —. Vamos a celebrar a nuestra familia, nuestro futuro… y esta nueva vida que viene en camino.

Y aquella noche no celebramos solo la llegada de un nuevo capítulo, sino todo lo que habíamos construido: el amor, la fortaleza, la valentía de empezar de nuevo.

Mientras la risa de Ana Clara resonaba por toda la casa, sentí las manos de Arthur sobre las mías y el calor familiar que ahora llenaba cada rincón de nuestra vida.

Un futuro lleno de promesas y aventuras nos esperaba, y por primera vez no había miedo, solo la certeza de que estábamos preparados para vivirlo.



EPÍLOGO 1

«Era la marea que llevaba y traía los colores de mi mundo; en sus ojos veía el reflejo de todas las primaveras que aún nos quedaban por vivir, un jardín secreto solo nuestro, eternamente en flor.»

LÍVIA MEDEIROS

5 MESES DESPUÉS

Siempre había soñado con casarme embarazada, con celebrar el amor llevando dentro de mí el símbolo más puro de él.

Y aquel día, con el cielo azul desplegándose como un manto sobre nosotros y el campo cubierto por un verde intenso que parecía latir de vida, ese sueño se hacía realidad.

Todo era exactamente como lo había imaginado: sencillo, íntimo, pero lleno de significado. No había lujo excesivo ni ostentación, solo amor, naturaleza y el murmullo suave del viento entre las flores.

Al fondo, un violín tocaba una melodía delicada mientras yo avanzaba despacio, sintiendo el corazón latir al compás de una mezcla de nervios y plenitud. Cada paso me acercaba al hombre que había cambiado el rumbo de mi vida.

Arthur me esperaba en el altar, con la mirada fija en mí. Y en ese instante comprendí que nunca lo había visto tan guapo. El sol realzaba el tono castaño de sus ojos, y la leve sonrisa en sus labios parecía contener toda la emoción del mundo. Había amor allí, un amor genuino, completo, maduro.

Ana Clara, vestida de blanco y encaje, caminaba delante de mí con las alianzas cuidadosamente equilibradas en sus pequeñas manos. Su vestido se movía al ritmo del viento, y la sonrisa que me lanzaba de vez en cuando era como un recordatorio de que la felicidad verdadera existe… y a veces tiene trenzas y una mirada llena de luz.

—¡Mamá, estás guapísima! —dijo, girándose un momento, con los ojos centelleando bajo el sol.

Se me encogió la garganta.

—Gracias, mi amor. Tú también estás preciosa. —La voz me salió temblorosa, entre risas y lágrimas contenidas.

Era uno de esos momentos suspendidos en el tiempo, en los que todo —el viento, las voces, la vida— se detiene un segundo para quedar atrapado en la memoria.

Cuando por fin llegué hasta Arthur, el mundo entero pareció desvanecerse. Solo existíamos nosotros, respirando el mismo aire, unidos por algo que trascendía cualquier explicación.

Extendió la mano y, al tomarla, sentí ese calor familiar que siempre me tranquilizaba. Aquel contacto era una promesa silenciosa de protección, de compañerismo, de eternidad.

—Estás deslumbrante —murmuró, con la voz ronca y los ojos empañados.

Sonreí, sintiendo que el corazón me estallaba en el pecho.

—Y tú… eres todo lo que siempre quise.

La ceremonia comenzó guiada por la brisa y el murmullo de la naturaleza. Las palabras del oficiante se mezclaban con el canto lejano de los pájaros y el susurro de las hojas al moverse.

Cada voto que pronunciamos era una reafirmación de lo que ya vivíamos día a día: amor, lealtad y la certeza de que, juntos, éramos invencibles.

Cuando Ana Clara nos entregó las alianzas, su expresión era de una dulzura solemne, como si comprendiera, con la pureza de su edad, que aquel instante marcaría nuestras vidas para siempre.

Arthur tomó mi mano y, con la voz entrecortada, dijo:

—Pronto seremos oficialmente una familia.

Y cuando sus labios rozaron los míos, el mundo entero pareció encenderse alrededor.

Aquel beso no selló solo un matrimonio, sino el inicio de una nueva etapa, en la que el amor que nos unía se multiplicaba, creciendo dentro de mí.

El resto de la tarde fue como una acuarela viva: los invitados sonriendo, las risas resonando, pétalos lanzados al viento.

Pero el momento más hermoso llegó después, cuando el campo se fue quedando en silencio y el cielo comenzó a teñirse de dorado.

Nos quedamos allí, los tres. Ana Clara corría entre las flores, riendo, mientras Arthur me abrazaba por detrás, sus manos reposando sobre la curva de mi vientre.

—Prometo hacerte feliz a ti y a nuestros hijos todos los días de mi vida —susurró junto a mi oído, su aliento cálido erizándome la piel —. Te quiero, Lívia.

Cerré los ojos, sonriendo.

—Yo también te quiero, Arthur. Y sé que, juntos, construiremos una vida llena de amor y de aventuras.

Nos besamos de nuevo, con la serenidad de quien ya no necesita nada más que ese momento.

Cuando cayó la noche, el cielo estrellado fue nuestra bendición final. Ana Clara jugaba descalza sobre la hierba, riendo entre luciérnagas, mientras nosotros seguíamos abrazados, contemplando cómo el brillo de las estrellas se reflejaba en la mirada del otro.

Y fue allí, en aquel campo rodeado de vida y de promesas, donde comprendí que todos mis sueños se habían hecho realidad.

Lo tenía todo.

Un amor que me daba fuerza, una hija que me enseñaba a mirar el mundo con ternura y una nueva vida creciendo dentro de mí, lista para completar lo que ya era perfecto.

Y así, con el universo como testigo, comenzamos la más hermosa de las travesías: la eternidad de nuestra familia.



—¡Qué mujer más guapa y espectacular!

La voz de Marina resonó a mi espalda, cargada con ese humor inconfundible suyo, y cuando me giré ya venía hacia mí con los brazos abiertos y la sonrisa más amplia del mundo dibujada en el rostro.

—Solo tú, Marina, podías romper el clima romántico con un comentario así —respondí riendo mientras la abrazaba. Su carcajada se mezcló con la mía, ligera, espontánea, de esas que llenan el aire de alegría.

—Bueno, alguien tiene que mantener la tradición —dijo guiñándome un ojo, el tono bromista disimulando la emoción evidente en su mirada—. Hoy es tu día, y si nadie lo dice, lo digo yo: estás deslumbrante. De verdad, da hasta rabia.

—Eres una exagerada. —Intenté disimular el calor que me subía al rostro, pero me conocía demasiado bien como para no notarlo.

—¡Nada de exagerar! —insistió, cogiéndome la cara entre las manos—. Tienes ese brillo, ¿sabes? El brillo de quien es feliz de verdad. Y reconócelo, eso de ser la señora Valentim te sienta de maravilla.

Reí, el corazón aún acelerado por la euforia de la ceremonia, por el aroma del campo y el sonido de las risas y las voces mezclándose con la música suave.

—Muy feliz —confesé, dejando que la mirada se me escapara hacia Arthur, que charlaba con algunos invitados más adelante. Incluso a la distancia podía sentir la calma que irradiaba. Era como si el mundo entero se ralentizara cuando lo observaba—. Me siento completa, Marina. Y ver a Ana Clara tan feliz… no tiene precio.

Marina siguió mi mirada y sonrió al ver a mi hija correr por el césped, el vestido blanco ondeando con el viento.

—Apostaría a que no hay dinero que pague eso —dijo con ternura—. Y la ceremonia, por favor… el campo, las flores, el cielo despejado, ese hombre guapísimo mirándote como si fueras la única persona del planeta… mira, hasta yo he suspirado.

—Era mi sueño —murmuré, sonriendo sin poder contenerme —. Y con Arthur, todo cobra sentido.

Ella se giró hacia mí, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Quién lo iba a decir, eh? Aquella Lívia que aseguraba que el matrimonio era solo un papel… y mírate ahora, radiante, con tu vestido blanco y esa tripita de embarazada.

—Las personas cambian —bromeé riendo—. Algunas incluso aprenden a creer en el amor.

Marina fingió un escándalo teatral.

—¡Madre mía, quién lo diría! Lívia, la romántica. Tendría que haberte grabado diciendo eso para chantajearte después.

—Para, que me vas a hacer llorar. —Dije en tono de broma, aunque noté la emoción apretándome la garganta—. Que estés aquí conmigo hoy significa mucho, de verdad.

Ella me cogió las manos, los ojos brillantes pese a su intento de mantener el buen humor.

—Ay, no me digas eso, que si no empiezo a llorar y se me va el maquillaje. Ya sabes que soy puro azúcar —dijo entre risas y lágrimas —. Pero hablando en serio, amiga… verte así me hace tan feliz. Te merecías este final feliz.

—No es el final, Marina —la corregí, apretándole las manos—. Es solo el comienzo. Ahora toca construir nuestra vida, día a día. Que

nuestra familia crezca: en amor, en unión, en todo lo que hace que la vida valga la pena.

Marina asintió, secándose discretamente las lágrimas.

—No me cabe duda de que va a ser una historia increíble. Y aquí estaré, siempre. Para reír, para darte un toque de atención, para hacer de sujetavelas… el pack completo.

—No esperaría menos de ti —contesté riendo.

Me abrazó una vez más, fuerte, con ese cariño suyo que todo lo abarca. Permanecimos así un instante, rodeadas del olor del campo y del sonido lejano de la música, mientras el sol dorado de la tarde se extendía sobre nosotras.

—Anda, señora Valentim —me susurró al oído—, el amor de tu vida te está esperando.

Solté una risa emocionada, respiré hondo y me aparté despacio.

Cuando volví a mirar hacia Arthur, ya me observaba con esa mirada serena y enamorada que parecía decir sin palabras: eres mi hogar.

Y en ese momento entendí que sí: el amor puede ser sencillo, puede ser ligero, puede ser todo.

Con Marina a mi lado y Arthur esperándome, tenía todos los motivos del mundo para creer que aquello era solo el principio de la historia más hermosa que habíamos escrito juntos.

ARTHUR VALENTIM

Iba a ser padre otra vez, y esta vez de un niño.

Gael.

El nombre sonaba fuerte, lleno de significado, como si ya llevara consigo la promesa de un nuevo capítulo en nuestra historia. Solo con pensarlo, una sonrisa involuntaria se dibujaba en mis labios.

—Me alegro muchísimo por ti. Enhorabuena, Arthur. —La voz de Renato me sacó de mis pensamientos, devolviéndome a la realidad.

Lo miré y encontré el mismo gesto fraternal de siempre, ese que me había acompañado en todos los altibajos.

—Gracias, Renato —respondí, sintiendo la sinceridad vibrar en cada palabra—. Sobre todo, por estar siempre ahí.

Me dio una palmada en el hombro, un gesto simple pero cargado de complicidad.

—Te mereces toda esta felicidad, tío. Después de todo lo que has pasado… ver a tu familia crecer así, tan unida, es más que justo.

Asentí, con una punzada de emoción.

—Es una sensación indescriptible. Y la boda… —reí por lo bajo, recordando aquel día en que todo pareció encajar—. No podría haber sido más perfecta.

Renato se recostó en la silla, con la mirada perdida, como si reviviera cada detalle conmigo.

—Fue todo un espectáculo —sonrió, negando con admiración—. Lívia estaba radiante, Arthur. Y Ana Clara… vaya, esa niña se llevó todo el protagonismo. Está claro que ha nacido para ser el corazón de vuestra familia.

Su comentario me arrancó una sonrisa inevitable.

—Sí… es pura luz. Y pensar que ahora tendremos a Gael completando todo esto… —hice una pausa, sintiendo el pecho expandirse con una gratitud casi tangible—. Es como si la vida hubiera decidido darme una segunda oportunidad, y esta vez estoy preparado para hacerlo bien.

Renato me observó un instante, el semblante serio pero tranquilo.

—Y lo harás —afirmó con convicción—. La fuerza de tu familia nace de eso, Arthur. Del amor que construís día a día. Eso es lo único que el tiempo no puede destruir.

Guardé silencio unos segundos, dejando que sus palabras calaran. Tenía razón. Todo lo que teníamos ahora no había llegado fácil: fue conquistado con esfuerzo, perdón y valentía. Y quizá por eso todo era tan valioso.

—¿Te has parado a pensar cómo será tener un niño correteando por casa? —preguntó, rompiendo el momento de reflexión.

Solté una carcajada sincera, imaginándome al pequeño Gael haciendo travesuras, persiguiendo a Ana Clara por los pasillos de la mansión, llenando la casa de nuevas risas.

—Va a ser una aventura, sin duda —admití, todavía sonriendo —. Pero una aventura que muero de ganas por vivir.

—Va a ser precioso —dijo Renato, y en su voz había un orgullo discreto, como si mi felicidad también le perteneciera un poco.

—Con Lívia, Ana Clara y ahora Gael… —continué, mirando por la ventana del despacho, donde el cielo de Florianópolis se teñía de tonos dorados con el atardecer—. Siento que mi vida, por fin, ha encontrado su equilibrio.

Renato me sostuvo la mirada un momento y asintió.

—A veces, el destino solo se retrasa un poco en entregar lo que es justo.

Sonreí, dejando que el silencio llenara el espacio entre nosotros.

Tenía razón.

Había tardado, sí, pero al fin todo encajaba: el amor, las pérdidas, las batallas, los nuevos comienzos.

Tenía lo que siempre había buscado, incluso sin saberlo: un hogar, una familia y un futuro lleno de promesas.

Y, por primera vez, no había prisa. Solo la certeza de que estábamos exactamente donde debíamos estar.



—Estás preciosa, amor mío —murmuré, dejando que la palma de mi mano descansara sobre la curva perfecta del vientre de Lívia.

Ella sonrió, y en ese instante me pareció que el tiempo se inclinaba a su alrededor. Había algo casi sagrado en aquella sonrisa: una mezcla de serenidad, fuerza y amor que me desarmaba por completo.

El brillo de sus ojos reflejaba no solo lo que sentía por mí, sino también por la pequeña vida que crecía dentro de ella, latiendo al compás de nuestros corazones.

—Y yo me siento muy querida, gracias a ti —respondió con una voz suave, como una caricia.

Acaricié su vientre con cuidado, sintiendo el leve movimiento bajo mis dedos, y una oleada de emoción me atravesó con tal intensidad que tuve que respirar hondo para contenerla.

Cada roce, cada mirada compartida, llevaba consigo el peso de todo lo que habíamos vivido y de todo lo que aún estaba por venir.

A nuestro lado, Ana Clara observaba la escena con los ojos muy abiertos y una sonrisa tímida asomando en su rostro.

Había crecido tanto… y, aun así, conservaba esa pureza que solo los niños tienen, una pureza que iluminaba todo a su alrededor.

—Papá… —empezó, con una mezcla de duda y ternura en la voz —. ¿Vas a querer a Gael igual que me quieres a mí?

La pregunta me pilló por sorpresa y, durante un momento, me quedé callado, simplemente contemplando la forma en que inclinaba la cabeza, esperando una respuesta que, para ella, significaba el mundo entero.

Me agaché hasta quedar a su altura y tomé sus pequeñas manos entre las mías.

—Voy a quererte a ti, a Gael y a mamá por igual —dije con firmeza, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba—. Cada uno de vosotros tiene un lugar solo vuestro dentro de mi corazón. Y nada, absolutamente nada, podrá cambiar eso.

Me miró durante un instante, como si intentara comprender del todo el significado de aquellas palabras. Luego, una sonrisa iluminó su

cara y se lanzó a mis brazos.

—¿Entonces lo prometes, papá? ¿Prometes querernos para siempre?

—Lo prometo —respondí, la voz entrecortada por la emoción—. Prometo amaros, protegeros y cuidaros todos los días de mi vida. Esa es mi misión, mi razón de ser.

Lívia se inclinó y nos rodeó a ambos en aquel abrazo apretado, el tipo de abrazo que parece coser el mundo entero. El calor de su cuerpo, el perfume suave de su piel y la risa contenida de Ana Clara crearon un instante de perfección absoluta, un momento que sabía que guardaría conmigo para siempre.

—Lo sabemos, cariño —dijo Lívia, con una voz que sonaba a promesa dulce y segura. Apoyó los labios en mi sien, en un gesto que me desarmó por completo—. Eso es lo que hace que nuestra familia sea tan especial: saber que, pase lo que pase, siempre estaremos juntos.

—¡Eso, mamá! —gritó Ana Clara, intentando abrazarnos con sus bracitos pequeños—. ¡Somos invencibles cuando estamos juntos!

No pude contener la risa; el sonido escapó natural y ligero, mezclándose con el suyo y con el de Lívia.

Y era verdad.

Juntos éramos invencibles. Juntos éramos completos.

Mientras las dos permanecían abrazadas a mí, sentí un nudo en el pecho —no de miedo, sino de gratitud. Hice una promesa silenciosa allí mismo, entre la risa de Ana Clara y la mirada amorosa de Lívia: no fallarles jamás.

Ser el marido presente, el padre protector, el hombre al que siempre podrían llamar hogar.

Porque, al final, eso era lo que daba sentido a todo. No el trabajo ni los logros, sino ese amor.

Ese amor que me hacía querer ser mejor cada día.

Y, al sentir la pequeña patada de Gael bajo mi mano, comprendí que el futuro estaba allí, justo entre mis manos… y que por ellos sería capaz de enfrentarme al mundo entero si hiciera falta.



«En las orillas de nuestro amor encontré mi verdadero yo, modelado y pulido por las aguas suaves de su presencia, una escultura viva de nuestro afecto compartido.»

LÍVIA MEDEIROS

1 AÑO DESPUÉS

Mi vida estaba completa.

Esas cuatro palabras resonaban en mi cabeza cada vez que los miraba: Arthur, Ana Clara y ahora el pequeño Gael.

Jamás imaginé que la felicidad pudiera ser tan profunda, tan serena y, al mismo tiempo, tan intensa. El último año había sido un torbellino de emociones: alegrías que me arrancaron lágrimas, cansancios que me enseñaron paciencia y amores que se multiplicaron de formas que nunca habría soñado.

El nacimiento de Gael fue un milagro envuelto en luz.

Recuerdo el momento en que lo tuve en brazos por primera vez: el calor de su cuerpecito frágil contra mi pecho, el olor dulce e inconfundible de recién nacido mezclado con las lágrimas que se me escapaban sin control.

Llegó al mundo rodeado de amor —con una hermana impaciente por conocerlo y un padre con la mirada más orgullosa que he visto en mi vida.

Ana Clara asumió su papel de hermana mayor como si hubiera nacido para ello.

Era protectora, atenta, y a veces me sorprendía con su madurez en los pequeños gestos: la manera en que colocaba la manta sobre su hermano, cómo le cantaba bajito para calmarlo o cómo lograba hacerlo reír con las cosas más simples.

A veces me quedaba observándolos en silencio, con el corazón encogido de tanta ternura. Era como contemplar, ante mis ojos, la pureza del amor en su forma más inocente.

Arthur, por su parte, seguía siendo mi refugio.

Cada día me demostraba que el amor no necesita de grandes gestos para ser inmenso: bastaba el roce de su mano, el sonido de su voz, la forma en que me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta.

Era fuerza y calma, firmeza y ternura. Y juntos habíamos construido una vida llena de risas, aprendizajes y una felicidad sencilla, pero inquebrantable.

Con el primer cumpleaños de Gael a la vuelta de la esquina, cada día era un nuevo descubrimiento.

Sus balbuceos, sus intentos torpes de caminar y esas carcajadas explosivas llenaban la casa de vida.

Aquella tarde estábamos los cuatro en el salón, rodeados de juguetes y de ese caos adorable que acompaña a la maternidad. Gael nos miró con los ojos brillando como dos estrellitas, sonrió y balbuceó algo que sonó… casi como familia.

Por un momento, el tiempo se detuvo.

—¿Lo habéis oído? —pregunté entre risas y lágrimas que pugnaban por salir al mismo tiempo.

Arthur y Ana Clara me miraron con la misma expresión de asombro y alegría, las sonrisas creciendo hasta desbordarse.

—¡Ha dicho "familia"! —gritó Ana Clara, saltando sobre el sofá —. ¡Ya sabe quiénes somos!

Arthur se agachó, cogiendo a Gael en brazos. El niño soltó una risita, extendiendo las manitas para tocar el rostro de su padre.

—Nuestra familia lo es todo, Gael —susurró Arthur, con la voz cargada de emoción—. Y tú nos has completado de una forma que ni sabíamos que necesitábamos.

Ana Clara se acercó, con los ojos chispeando de entusiasmo.

—¡Voy a enseñarle a decir mi nombre primero! —anunció, decidida—. Repite conmigo, Gael: A-na… Cla-ra.

Arthur y yo nos miramos, cómplices, mientras veíamos a nuestra hija instruir a su hermano con una seriedad encantadora.

—A-na… Cla-ra —insistía ella, marcando cada sílaba.

Gael respondió con un sonido que se parecía más a una mezcla de risa y emoción.

—Aa… Ca.

La sala estalló en carcajadas. Ana Clara lanzó un gritito de alegría y lo abrazó con fuerza, plantándole un beso sonoro en la mejilla.

—¡Eso es, Gael! ¡Soy tu Aa Ca! —dijo, orgullosa, como si acabara de lograr la mayor hazaña del mundo.

Arthur me rodeó por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro, su calor envolviéndome con esa seguridad que solo él me daba.

—Esto es solo el principio, cariño —me susurró al oído, con la voz grave y suave—. Nos esperan muchos momentos así.

Incliné la cabeza hacia atrás, apoyándola en la suya, y dejé que aquel instante me envolviera por completo.

Las risas de los niños, el latido de su corazón contra el mío, el olor familiar de nuestra casa… todo parecía perfecto, como si el universo, al fin, hubiera encontrado su equilibrio.

—¿Hacemos un pacto? —propuse, mirándolos—. Prometamos que, pase lo que pase, siempre encontraremos motivos para reír y amar así… sin condiciones.

Ana Clara levantó la mano enseguida.

—¡Lo prometo! —dijo, muy seria, aunque con una sonrisa traviesa en los labios.

Arthur asintió, apretando a Gael contra su pecho.

—Yo también lo prometo —añadió, con los ojos fijos en los míos.

—Y yo —susurré, acariciando la mejilla de cada uno antes de besarlos, uno a uno.

En ese instante comprendí que no necesitaba nada más.

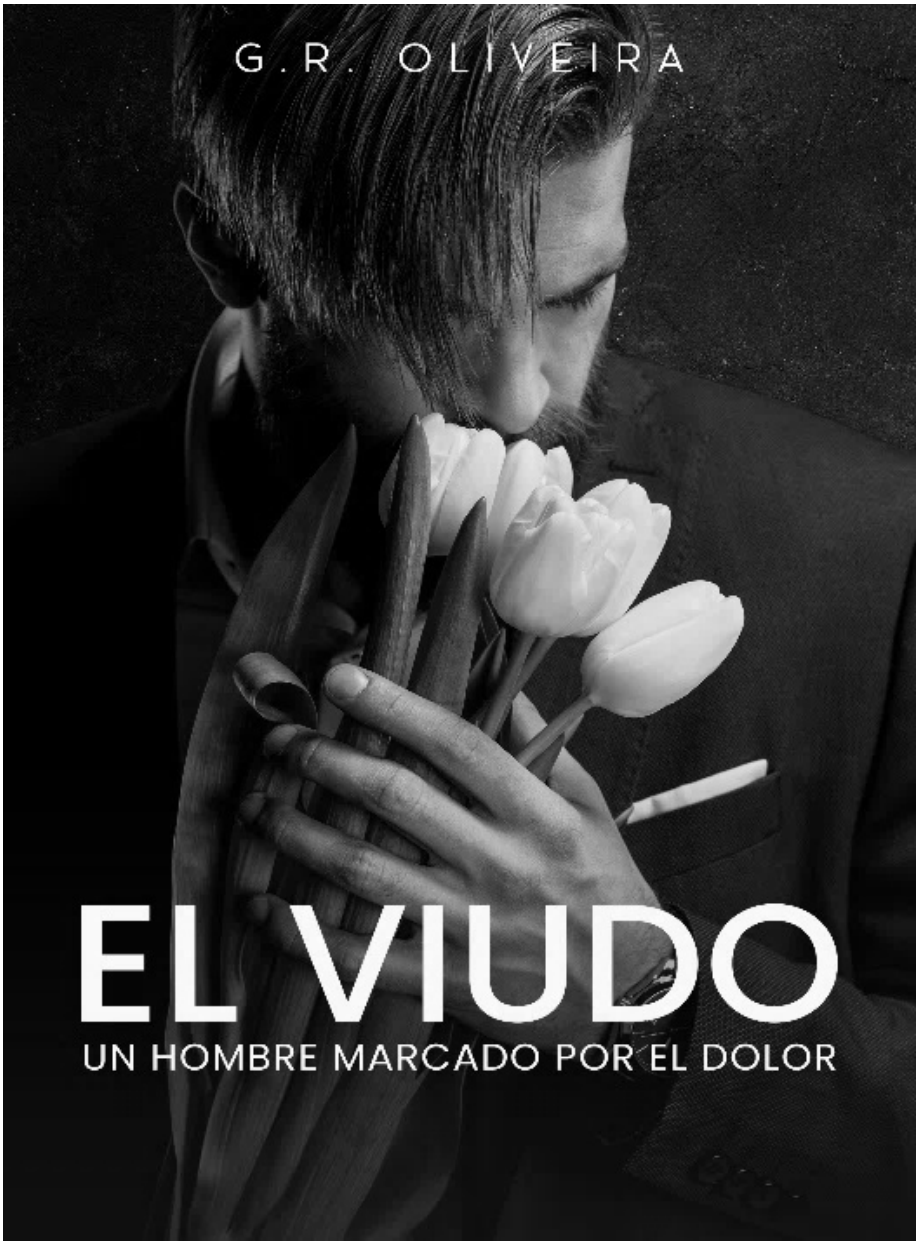
La felicidad no era un destino lejano: estaba allí, en las carcajadas de mis hijos, en el toque de Arthur, en el hogar que habíamos construido juntos.

El futuro aún guardaba sus misterios, pero había una certeza que me acompañaría siempre: el amor que nos unía era nuestra mayor fortaleza.

Y con él, lo sabía… no había nada a lo que no pudiéramos enfrentarnos.

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

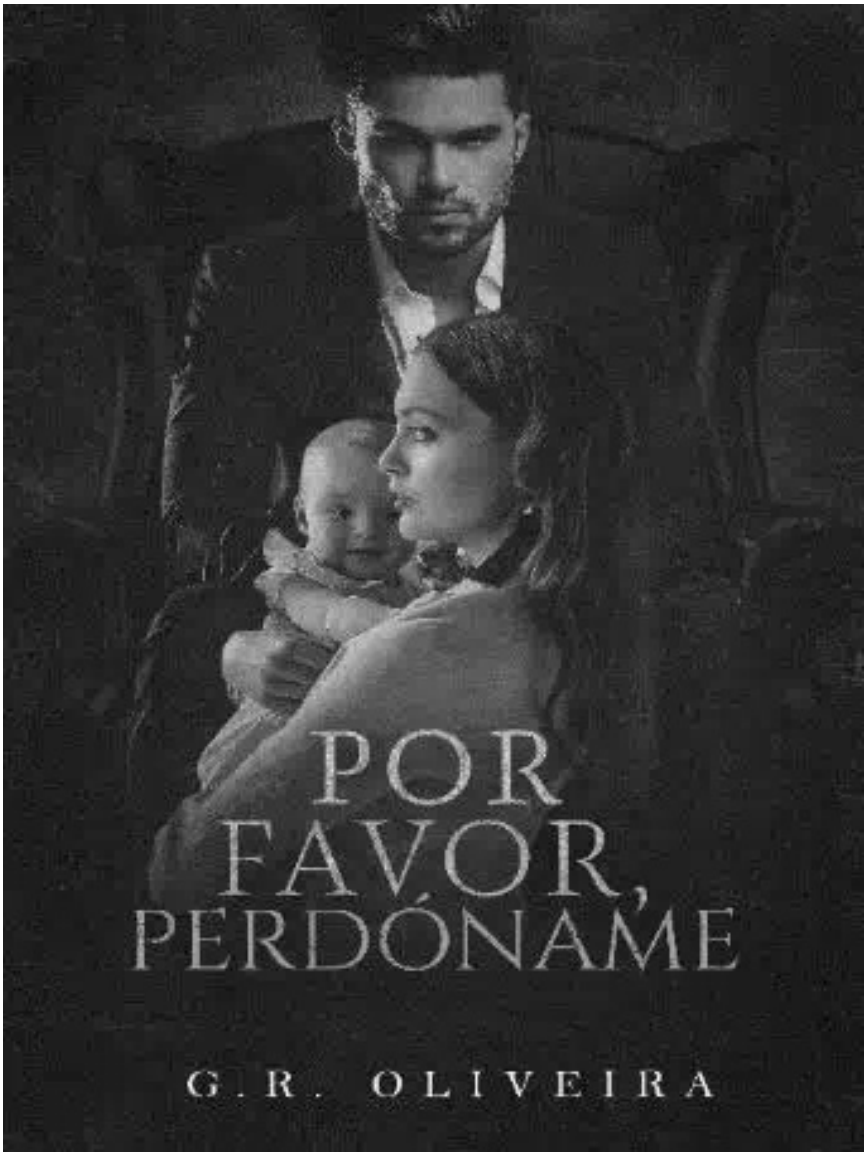
En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate

para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

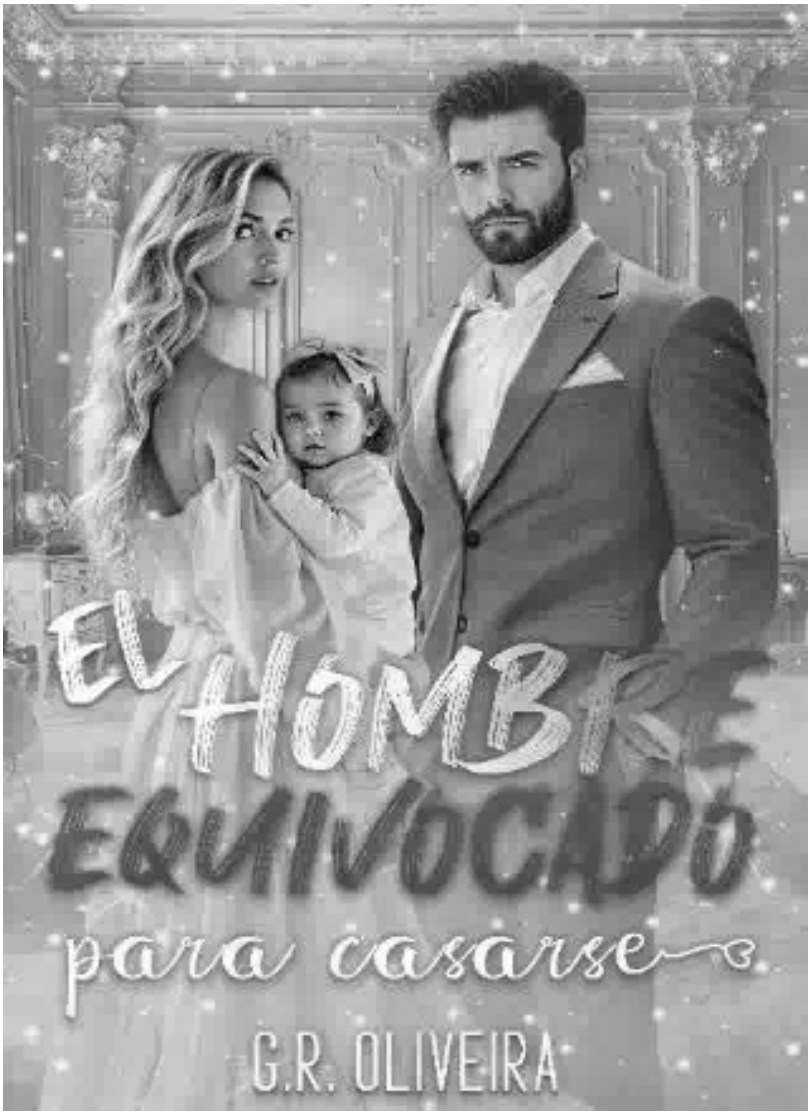
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi**

hija. Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK